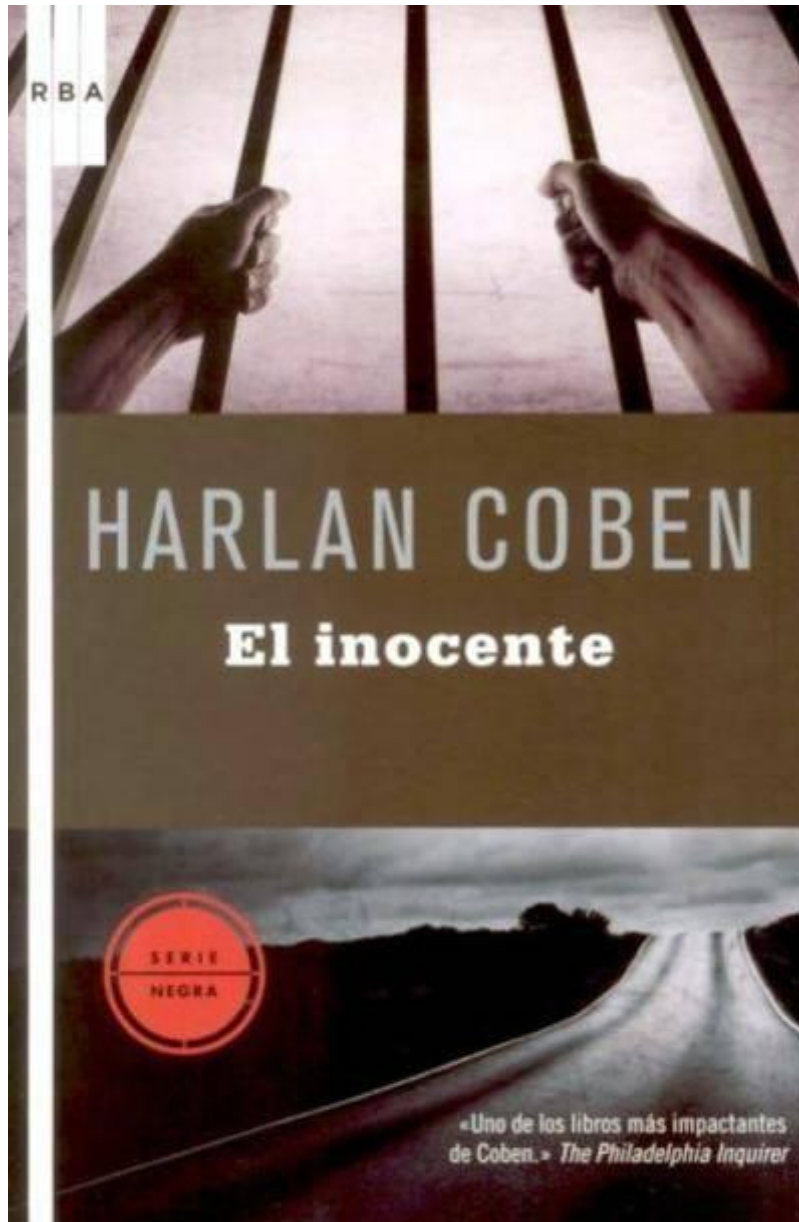


Harlan Coben



*El inocente*



*Harlan Coben*



*El inocente*

**HARLAN COBEN**

# **EL INOCENTE**



## ÍNDICE

RESUMEN .....	7
Prólogo .....	8
NUEVE AÑOS DESPUES .....	14
Capítulo 1.....	15
Capítulo 2.....	22
Capítulo 3.....	34
Capítulo 4.....	42
Capítulo 5.....	46
Capítulo 6.....	58
Capítulo 7.....	62
Capítulo 8.....	75
Capítulo 9.....	81
Capítulo 10.....	87
Capítulo 11.....	92
Capítulo 12.....	100
Capítulo 13.....	104
Capítulo 14.....	111
Capítulo 15.....	116
Capítulo 16.....	126
Capítulo 17.....	138
Capítulo 18.....	146
Capítulo 19.....	148
Capítulo 20.....	153
Capítulo 21.....	156
Capítulo 22.....	163
Capítulo 23.....	167
Capítulo 24.....	173
Capítulo 25.....	179
Capítulo 26.....	183
Capítulo 27.....	189
Capítulo 28.....	193



Capítulo 29.....	196
Capítulo 30.....	200
Capítulo 31.....	205
Capítulo 32.....	210
Capítulo 33.....	216
Capítulo 34.....	225
Capítulo 35.....	238
Capítulo 36.....	245
Capítulo 37.....	247
Capítulo 38.....	253
Capítulo 39.....	255
Capítulo 40.....	261
Capítulo 41.....	264
Capítulo 42.....	272
Capítulo 43.....	282
Capítulo 44.....	288
Capítulo 45.....	292
Capítulo 46.....	296
Capítulo 47.....	306
Capítulo 48.....	311
Capítulo 49.....	315
Capítulo 50.....	324
Capítulo 51.....	332
Capítulo 52.....	339
Capítulo 53.....	343
Capítulo 54.....	347
Capítulo 55.....	350
Capítulo 56.....	353
Capítulo 57.....	360
Capítulo 58.....	365
Capítulo 59.....	369
Capítulo 60.....	372
Capítulo 61.....	375
Capítulo 62.....	381
Capítulo 63.....	385
EPÍLOGO.....	390

*Harlan Coben*



*El inocente*

AGRADECIMIENTOS.....394

*Harlan Coben*



*El inocente*

*En recuerdo de Steven Z. Miller*

*A los que tuvimos la suerte de tenerlo como amigo.  
Intentamos estar agradecidos por el tiempo que tuvimos,  
pero es muy difícil.*

*Y a la familia de Steve, sobre todo Jesse, Maya T. y Nico.  
Cuando seamos lo bastante fuertes, hablaremos de vuestro padre,  
porque era el mejor hombre que hemos conocido.*



## RESUMEN

Una noche, Matt Hunter intenta, ingenuo de él, mediar en una pelea, a acaba matando a otro joven. Nueve años después es un ex convicto felizmente casado. Su esposa, Olivia, está embarazada están a punto de comprar la casa de sus sueños. Pero, de pronto, una llamada angustiada e inexplicable, hecha desde el teléfono de Olivia, hace pedazos por segunda vez la vida de Matt.

El inocente es una historia complicada y tortuosa con una gran carga emocional que obliga a pensar en las repercusiones que determinadas decisiones tienen sobre las vidas de sus protagonistas.



## Prólogo

Nunca quisiste matarlo.

Te llamas Matt Hunter. Tienes veinte años. Creciste en un barrio de clase media alta de las afueras, en el norte de Nueva Jersey, no lejos de Manhattan. Vives en la parte más pobre de la ciudad, pero es una ciudad muy rica. Tus padres trabajan mucho y te aman de forma incondicional. Eres el hijo de en medio. Tienes un hermano mayor al que adoras y una hermana menor que toleras.

Como todos los chicos de tu ciudad, creces preocupado por tu futuro y por la universidad que te admitirá. Estudias mucho y sacas unas notas buenas, aunque no espectaculares. Tu nota media es un «excelente bajo». No llegas al diez pero casi. Realizas actividades extraescolares bastante provechosas, incluido un trabajo de tesorero en la escuela. Eres atleta de élite en los equipos de fútbol y baloncesto, y lo bastante bueno para jugar en la División III, pero no para obtener una beca económica. Eres un listillo y tienes mucho encanto. En cuestión de popularidad, estás apenas por debajo del escalón superior. Cuando haces el examen de aptitud escolar, tu puntuación sorprende a tu tutor.

Apuntas a las universidades más prestigiosas, pero están fuera de tu alcance. Harvard y Yale te rechazan de entrada. Penn y Columbia te ponen en la lista de espera. Acabas yendo a Bowdoin, una pequeña universidad de élite de Brunswick, Maine. Te encanta. Las aulas son pequeñas. Haces amigos. No tienes novia formal, pero tampoco te apetece tenerla. En tu segundo año, entras en el equipo de fútbol de la universidad como defensa. Juegas en el equipo de baloncesto júnior por tu cuenta, y ahora que el escolta sénior se ha graduado, tienes muchas posibilidades de jugar valiosos minutos.

Es entonces, al volver al campus entre el primer y el segundo trimestres de tu penúltimo año, cuando matas a alguien.

Pasas unas maravillosas y frenéticas vacaciones con la familia, pero la práctica del baloncesto te atrae demasiado. Das un beso de despedida a tus padres y vuelves al campus en coche con tu mejor amigo y compañero de cuarto, Duff. Duff es de Westchester, Nueva York. Es bajo y de piernas gruesas. Juega de *right tackle* en el





equipo de fútbol y está en el banquillo del de baloncesto. Es el mayor bebedor del campus: Duff nunca pierde un concurso de tragar cervezas.

Conduces.

Duff quiere parar de camino, en la Universidad de Massachusetts en Amherst, Massachusetts. Un compañero del instituto es miembro de una fraternidad muy salvaje que celebra una fiesta a lo grande.

No te entusiasma la idea, pero no eres un aguafiestas. Te sientes más cómodo en reuniones íntimas donde conoces a casi todos. Bowdoin tiene unos 1.600 estudiantes. La Universidad de Massachusetts tiene casi 40.000. Estamos a principios de enero y hace un frío glacial. Hay nieve en las calles. Te ves el aliento mientras entras en la fraternidad.

Duff y tú tiráis los abrigos al montón. Pensarás a menudo en eso a lo largo de los años, en esa forma despreocupada de lanzar los abrigos. De habértelo dejado puesto, de haberlo dejado en el coche, de haberlo dejado en otro sitio...

Pero nada de eso pasó.

La fiesta no está mal. Es una salvajada, sí, pero para ti es una salvajada más bien forzada. El amigo de Duff quiere que os quedéis a pasar la noche en su habitación. Aceptáis. Bebes mucho —se trata de una fiesta universitaria, al fin y al cabo— aunque ni de lejos tanto como Duff. La fiesta decae. En cierto momento los dos vais a recoger los abrigos. Duff tiene una cerveza en la mano. Recoge su abrigo y se lo echa al hombro.

Entonces vierte algo de cerveza.

No mucha. Sólo una salpicadura. Pero es suficiente.

La cerveza cae sobre una cazadora roja. Esa es una de las cosas que recuerdas. Fuera hacía un frío glacial, veinte bajo cero, pero alguien sólo llevaba encima una mísera cazadora. Lo otro que nunca te quitarás de la cabeza es que la cazadora era impermeable. La cerveza salpicada, que era poquísima, no habría estropeado la cazadora. No la habría manchado. Se podía enjuagar con facilidad.

Pero alguien grita:

—¡Eh!

Él, el dueño de la cazadora roja, es un chico grande, pero no enorme. Duff se encoge de hombros. No se disculpa. El chico, el señor Cazadora Roja, se enfrenta a Duff cara a cara. Es un error. Sabes que Duff es un gran luchador con una mecha muy corta. Todas las facultades tienen un Duff, el tipo que nunca te imaginas que pueda perder una pelea.



Ése es el problema, por supuesto. Todas las facultades tienen un Duff. Y de vez en cuando tu Duff tropieza con su Duff.

Intentas ponerle fin, reírte de ello, pero tienes a dos chiflados atiborrados de cerveza con las caras rojas y los puños cerrados. Se ha lanzado un desafío. No recuerdas quién lo ha lanzado. Salís todos fuera, a la gélida noche, y te das cuenta de que os habéis metido en un lío.

El chicarrón de la cazadora roja va acompañado de amigos.

Ocho o nueve amigos. Duff y tú estáis solos. Buscas al amigo del instituto de Duff —Mark o Mike no sé qué— pero no se le ve por ninguna parte.

La pelea empieza enseguida.

Duff baja la cabeza como un toro y carga contra Cazadora Roja. Cazadora Roja se aparta y atrapa a Duff en una llave de judo. Le pega un puñetazo en la nariz. Con una llave sigue agarrando a Duff por la cabeza y vuelve a pegarle un puñetazo. Y otro. Y otro.

Duff tiene la cabeza baja y se retuerce como un loco, pero sin ningún efecto. Hacia el séptimo u octavo puñetazo Duff deja de retorcerse. Los amigos de Cazadora Roja lo vitorean. Los brazos de Duff caen a los lados.

Quieres detenerlos, pero no sabes cómo. Cazadora Roja hace su trabajo metódicamente, sin apresurarse en los puñetazos, tomando impulso. Sus colegas le aclaman. Exclaman «oh» y «ah» con cada *plaf*.

Estás aterrado.

Tu amigo está recibiendo una paliza, pero tú estás básicamente preocupado por ti mismo. Eso te avergüenza. Quieres hacer algo, pero estás asustado, espantosamente asustado. No puedes moverte. Sientes las piernas como si fueran de goma. Sientes un hormigueo en los brazos. Y te odias por eso.

Cazadora Roja suelta otro puñetazo a Duff en la cara. Afloja la llave. Duff cae al suelo como una bolsa de ropa sucia. Cazadora Roja le da una patada en las costillas.

Eres el peor de los amigos. Tienes demasiado miedo para ayudar.

Nunca olvidarás esa sensación. Cobardía. Es peor que una paliza, piensas. Tu silencio. Esa horrible sensación de deshonra.

Otra patada. Duff gime y rueda sobre su espalda. Tiene la cara manchada de rojo carmesí. Después sabrás que sus heridas eran menores. Ojos morados y numerosas laceraciones. Eso será todo. Pero entonces parece estar malherido. Sabes que él nunca se habría quedado quieto permitiendo que te dieran una paliza como ésa.



No puedes aguantar más.

Te apartas del público.

Todas las cabezas se vuelven hacia ti. Por un momento nadie se mueve. Nadie habla. Cazadora Roja respira con dificultad. Con el frío le ves el aliento. Estás temblando. Quieres parecer racional. «Eh —dices—, ya ha recibido bastante.» Gesticulas apaciguadoramente. Pruebas tu sonrisa encantadora. «Ha perdido la pelea. Ya está. Has ganado», le dices a Cazadora Roja.

Alguien salta detrás de ti. Unos brazos te rodean como una serpiente, ciñéndote en un abrazo de oso.

Estás atrapado.

Ahora Cazadora Roja viene a por ti. El corazón te late contra el pecho como un pajarito en una jaula demasiado pequeña. Echas la cabeza hacia atrás. Chocas con la cabeza contra la nariz de alguien. Cazadora Roja está más cerca. Le esquivas. Alguien más sale del corro. Tiene el pelo rubio y una tez rubicunda. Te imaginas que es otro colega de Cazadora Roja.

Se llama Stephen McGrath.

Va a pegarte. Le esquivas como un pez en el anzuelo. Vienen más a por ti. Te entra el pánico. Stephen McGrath te pone las manos en los hombros. Intentas soltarte. Te retuerces frenéticamente.

Entonces te sueltas y le agarras el cuello.

¿Te lanzaste sobre él? ¿Tiró él de ti o tú le empujaste? No lo sabes. ¿Uno de los dos perdió pie en la acera? ¿Fue culpa del hielo? Rememorarás ese momento infinidad de veces, pero la respuesta nunca será clara.

De un modo u otro, os caéis.

Tus dos manos siguen en su cuello. En su garganta. No lo sueltas.

Al caer se oye un ruido sordo. Stephen McGrath golpea con la parte trasera de la cabeza contra el borde de la acera. Se oye un sonido horripilante, infernal, un crac, algo húmedo y superficial y que no se parece a nada que hayas oído antes.

El sonido señala el final de la vida que conocías.

Siempre lo recordarás. Ese horrible sonido. Nunca te abandonará.

Todo se detiene. Miras abajo. Los ojos de Stephen McGrath están abiertos e inmóviles. Pero tú ya lo sabes. Lo sabes por la forma inerte que de repente ha adoptado el cuerpo. Lo sabes por ese *crac* horripilante e infernal.

La gente se dispersa. Tú no te mueves. No te mueves durante un largo rato.



Todo sucede muy rápido entonces. Llegan guardias de seguridad del campus. Después la policía. Les cuentas lo que ha pasado. Tus padres contratan a una magnífica abogada de Nueva York. Te dice que alegues defensa propia. Lo haces.

Y sigues oyendo ese horrible sonido.

El fiscal se burla. «Señoras y señores del jurado —dice—, ¿el acusado resbaló con las manos agarradas al cuello de Stephen McGrath? ¿Espera que nos lo creamos?»

El juicio no va bien.

A ti te da todo igual. Antes te importaban las notas y los minutos que jugabas. Qué lastimoso. Amigos, chicas, jerarquía social, salir adelante, todas esas cosas. Se han evaporado. Los ha sustituido el horrible sonido de ese cráneo golpeando contra el asfalto.

En el juicio, oyes llorar a tus padres, sí, pero son las caras de Sonya y Clark McGrath, los padres de la víctima, las que te obsesionan. Sonya McGrath te mira fijamente durante todo el juicio.

Te desafía a mirarla.

No puedes.

Intentas escuchar al jurado cuando anuncia el veredicto, pero esos otros sonidos interfieren. Los sonidos no cesan nunca, nunca te dejan, ni siquiera cuando el juez te mira severamente y te condena. La prensa está observando. No te mandarían a una prisión blanda para chicos blancos, tipo club de campo. Ahora no. En año de elecciones, no.

Tu madre se desmaya. Tu padre intenta aguantar el tipo. Tu hermana sale corriendo de la sala. Tu hermano, Bernie, se queda paralizado.

Te ponen las esposas y te llevan fuera de la sala. Tu educación no te ha preparado mucho para lo que te espera. Has visto la tele y has oído muchas historias sobre violaciones en prisión. Eso no te sucede —no hay agresiones sexuales—, pero te dan una paliza con los puños en tu primera semana. Cometes el error de identificar al que te lo ha hecho. Te dan dos palizas más y pasas tres semanas en la enfermería. Años más tarde, seguirás encontrando sangre en la orina de vez en cuando, un recuerdo de un puñetazo en el riñón.

Vives con un miedo constante. Cuando vuelven a dejarte con los demás internos, aprendes que la única forma de sobrevivir es unirse a una absurda pandilla de vástagos de la Nación Aria. No tienen elaboradas ideas ni una visión grandiosa de lo que debería ser Estados Unidos. Básicamente les gusta odiar.



Seis meses después de tu condena, tu padre muere de un infarto. Sabes que es culpa tuya. Quieres llorar, pero no puedes.

Pasas cuatro años en la cárcel. Cuatro años, el mismo período que la mayoría de estudiantes pasan en la universidad. Estás a punto de cumplir veinticinco años. Te dicen que has cambiado, pero no estás muy seguro de que sea verdad.

Cuando sales, tu paso es incierto. Como si el suelo debiera ceder bajo tus pies. Como si la tierra pudiera tragarte en cualquier momento.

En cierto modo siempre caminarás así.

Bernie, tu hermano, está en la puerta esperándote. Bernie acaba de casarse. Su esposa, Marsha, está embarazada de su primer hijo. Te abraza. Casi sientes como si los últimos cuatro años se esfumaran. Tu hermano hace una broma. Te ríes, ríes de verdad, por primera vez en mucho tiempo.

Te equivocabas, tu vida no acabó aquella noche fría en Amherst. Tu hermano te ayudará a encontrar la normalidad. Incluso llegarás a conocer a una hermosa mujer. Se llama Olivia. Te hará inmensamente feliz.

Te casarás con ella.

Un día —nueve años después de cruzar aquella puerta— te enterarás de que tu hermosa mujer está embarazada. Decidís comprar móviles con cámara para estar en contacto constante. Mientras estás trabajando, suena ese móvil.

Tu nombre es Matt Hunter. El teléfono suena por segunda vez. Y tú lo contestas...

*Harlan Coben*



*El inocente*

NUEVE AÑOS DESPUES



## Capítulo 1

*RENO, NEVADA, 18 de abril*

El timbre de la puerta sacó a Kimmy Dale de su pacífico sueño.

Se agitó en la cama, gimió y miró el reloj digital de la mesita.

Las 11:47 de la mañana.

A pesar de que fuera de día, la caravana seguía a oscuras. Así era como le gustaba a Kimmy. Trabajaba de noche y tenía el sueño ligero. En su época de cabeza de cartel en Las Vegas se había pasado años probando persianas, cortinas, estores, antifaces, hasta que encontró una combinación que impedía que el implacable sol de Nevada se inmiscuyera en su sueño. Los rayos de Reno eran un poco más clementes, pero seguían buscando y explotando la más mínima rendija.

Kimmy se sentó en su inmensa cama. El televisor, un modelo sin marca que había comprado de segunda mano a un motel local que se había decidido por fin a hacer reformas, seguía encendido con el volumen apagado. Las imágenes flotaban fantasmagóricamente en un mundo distante. Ahora mismo dormía sola, pero ésa era una condición en flujo constante. Había una época en la que cualquier visita, cualquier pareja en potencia, traía consigo esperanza a su cama, aportaba un optimismo —éste podría ser él—, que, en el fondo, Kimmy reconocía como ilusorio.

Ya no había esperanza.

Se levantó despacio. El pecho hinchado por la última cirugía estética le dolió con el movimiento. Era su tercera operación en aquella zona, y ya no era una niña. Ella no quería hacerlo, pero Chally, que creía tener ojo para esas cosas, había insistido. Sus propinas estaban bajando. Su popularidad se desvanecía. Así que aceptó. Pero la piel de la zona estaba demasiado tensa por los últimos abusos quirúrgicos. Cuando Kimmy se echaba boca arriba, esas malditas cosas caían hacia los lados y parecían ojos de pez.

El timbre de la puerta volvió a sonar.



Kimmy se miró las piernas de ébano. Treinta y cinco años, no había tenido hijos, pero las venas varicosas crecían como gusanos. Demasiados años de pie. Chally querría que se las operara también. Seguía estando en forma, todavía tenía un tipazo y un trasero espectacular, pero vaya, treinta y cinco años no son dieciocho. Tenía algo de celulitis. Y esas venas. Como un maldito mapa en relieve.

Se metió un cigarrillo en la boca. La caja de cerillas era de su actual lugar de empleo, un local de estriptís llamado Eager Beaver. En una época había sido cabeza de cartel en Las Vegas, con el nombre artístico de Black Magic. No echaba de menos esos días. En realidad, no echaba de menos ningún día.

Kimmy Dale se echó encima una bata y abrió la puerta del dormitorio. La sala no tenía protección contra el sol. El resplandor la agredió. Se tapó los ojos y parpadeó. Kimmy no tenía muchas visitas —nunca llevaba clientes a casa— y se imaginó que sería un testigo de Jehová. A diferencia de casi todo el resto del mundo libre, a Kimmy no le importaban sus intrusiones periódicas. Ella siempre invitaba a pasar a los enardecidos religiosos y les escuchaba con atención, envidiosa de que hubieran encontrado algo, deseando poder creer en sus tonterías. Como con los hombres de su vida, esperaba que éste fuera diferente, que éste la convenciera y ella fuera capaz de creer.

Abrió la puerta sin preguntar quién llamaba.

—¿Es usted Kimmy Dale?

La chica que esperaba en la puerta era joven. Dieciocho, veinte años, algo así. Y no, no era testigo de Jehová. No tenía su sonrisa de cabeza hueca. Por un momento, Kimmy se preguntó si sería uno de los fichajes de Chally, pero no podía ser. La chica no era fea ni mucho menos, pero no era para Chally. A Chally le gustaban llamativas y rutilantes.

—¿Quién eres tú? —preguntó Kimmy.

—Eso no importa.

—¿Cómo dices?

La chica bajó los ojos y se mordió el labio inferior. Kimmy vio algo vagamente familiar en ese gesto y sintió una punzada en el pecho.

—Conocía a mi madre —dijo la chica.

Kimmy jugó con el cigarrillo.

—Conozco a muchas madres.

—Mi madre —dijo la chica— era Candace Potter.





Kimmy pestañeó al oírlo. Hacía más de treinta grados fuera, pero de repente se apretó la bata.

—¿Puedo pasar?

¿Dijo Kimmy que sí? No sabría decirlo. Se apartó y la chica se metió en la caravana.

—No comprendo —dijo Kimmy.

—Candace Potter era mi madre. Me dio en adopción el día en que nació.

Kimmy intentó mantener el tipo. Cerró la puerta de la caravana.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias.

Las dos mujeres se miraron. Kimmy cruzó los brazos.

—No estoy segura de lo que quieres —dijo.

La chica habló como si lo llevara ensayado.

—Hace dos años me enteré de que era adoptada. Quiero mucho a mi familia adoptiva, o sea que no quiero que se imagine algo equivocado. Tengo dos hermanas y unos padres maravillosos. Han sido muy buenos conmigo. No se trata de ellos. Es sólo que... cuando te enteras de algo así, necesitas saber.

Kimmy asintió, sin saber muy bien por qué.

—Así que empecé a buscar información. No fue fácil. Pero hay grupos que ayudan a los hijos adoptados a encontrar a sus padres biológicos.

Kimmy se sacó el cigarrillo de la boca. Le temblaba la mano.

—Pero sabrás que Candi... Me refiero a tu madre... Candace.

—... está muerta. Sí, lo sé. La asesinaron. Me enteré la semana pasada.

Kimmy empezaba a sentir las piernas como si fueran de goma. Se sentó. Los recuerdos se agolpaban y dolía.

Candace Potter. Conocida como «Candi Cane» en los clubes.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Kimmy.

—He hablado con el detective que investigó su asesinato. Se llama Max Darrow. ¿Se acuerda de él?

Oh, sí, se acordaba del viejo Max. Ya lo conocía antes del asesinato. Al principio, el detective Max Darrow apenas se había molestado en investigar. Lo consideraba un caso de baja prioridad. Una *stripper* muerta, sin familia. Otro cactus moribundo en el



paisaje, eso era lo que Candi era para Darrow. Kimmy se había involucrado, intercambiando favores por favores. Así funciona el mundo.

—Sí —dijo Kimmy—, le recuerdo.

—Ahora está retirado. Me refiero a Max Darrow. Dice que saben quién la mató, pero que no saben dónde está.

Kimmy sintió que se le saltaban las lágrimas.

—Fue hace mucho tiempo.

—¿Mi madre y usted eran amigas?

Kimmy logró asentir con la cabeza. Todavía lo recordaba todo, por supuesto. Candi había sido más que una amiga para ella. En esta vida no se encuentran tantas personas con las que puedas contar de verdad. Candi había sido una, tal vez la única desde que había muerto su madre cuando Kimmy tenía doce años. Habían sido inseparables, Kimmy y esa chica blanca, y a veces se habían hecho llamar, profesionalmente al menos, Pic y Sayers, por la vieja película *La canción de Brian*, y entonces, como en la película, la amiga blanca murió.<sup>1</sup>

—¿Era prostituta? —preguntó la chica.

Kimmy meneó la cabeza y dijo una mentira que sonaba a verdad.

—Nunca.

—Pero hacía estriptís.

Kimmy no dijo nada.

—No la estoy juzgando.

—¿Qué quieres, pues?

—Quiero saber cosas de mi madre.

—Ahora ya no importa.

—A mí me importa.

Kimmy recordó cuando se enteró de lo que había pasado. Estaba actuando, cerca de Tahoe, haciendo un número para el público de mediodía, el mayor grupo de fracasados de la historia de la humanidad, hombres con polvo en las botas y agujeros en los corazones que la visión de mujeres desnudas no hacía más que ensanchar. Hacía tres días que no veía a Candi, pero era normal porque Kimmy estaba de viaje.

---

<sup>1</sup> Basada en la relación en la vida real de dos jugadores de béisbol, uno blanco y uno negro, y el vínculo que se creó entre ellos cuando uno descubre que se está muriendo de cáncer. (*N. de la T.*)



En aquel escenario fue donde empezó a oír los rumores. Se dio cuenta de que había pasado algo malo. Rezó para que no tuviera que ver con Candi.

Pero sí tenía que ver con ella.

—Tu madre tuvo una vida muy dura —dijo Kimmy.

La chica se sentó, extasiada.

—Candi creía que encontraríamos la forma de salir de esto, ¿sabes? Al principio creía que sería con algún tipo del club. Nos vería y nos llevaría lejos, pero eso es una estupidez. Algunas de las chicas lo intentan. Pero nunca funciona. El hombre quiere una fantasía, no a ti. Tu madre lo aprendió muy deprisa. Era una soñadora, pero con un objetivo.

Kimmy se calló, abrumada.

—¿Y? —apremió la chica.

—Y entonces ese cabrón la aplastó como si fuera una cucaracha.

La chica se agitó en la silla.

—El detective Darrow me dijo que se llamaba Clyde Rangor.

Kimmy asintió.

—También mencionó a una mujer llamada Emma Lemay. ¿Era su compañera?

—En algunas cosas, sí. Pero no conozco los detalles.

Kimmy no lloró al enterarse de la noticia. Estaba por encima de eso. Pero había dado la cara. Se había arriesgado, contando al maldito Darrow lo que sabía.

La verdad es que en esta vida no hay muchas ocasiones de defender tus principios. Pero Kimmy no traicionaría a Candi, ni siquiera entonces, cuando era demasiado tarde para ayudarla. Porque cuando Candi murió, también murió lo mejor de Kimmy.

Por eso habló con la policía, sobre todo con Max Darrow. El asesino —y sí, ella estaba segura de que habían sido Clyde y Emma— podía matarla también a ella, pero no se echaría atrás.

Sin embargo, Clyde y Emma no la habían agredido. Habían huido.

De eso hacía diez años.

—¿Sabía que yo existía? —preguntó la chica.

Kimmy asintió lentamente.



—Me lo dijo tu madre, pero sólo una vez. Le dolía demasiado hablar de ello. Tienes que comprenderlo. Candi era demasiado joven cuando ocurrió. Quince o dieciséis años. Te separaron de ella en el momento en que naciste. Ella ni siquiera supo si habías sido niño o niña.

El silencio se hizo pesado. Kimmy deseó que la chica se marchara.

—¿Qué cree que ha sido de él? Me refiero a Clyde Rangor.

—Estará muerto —dijo Kimmy.

Pero no lo creía. Las cucarachas como Clyde no mueren. Salen de la madriguera y siguen haciendo daño.

—Quiero localizarlo —dijo la chica.

Kimmy la miró.

—Quiero encontrar al asesino de mi madre y entregarlo a la justicia. No soy rica, pero tengo algo de dinero.

Las dos se quedaron calladas un momento. El ambiente era pesado y pegajoso. Kimmy no sabía cómo decirlo.

—¿Puedo decirte algo? —empezó.

—Por supuesto.

—Tu madre se mantuvo firme hasta el final.

—¿Firme en qué?

Kimmy siguió:

—Casi todas las chicas se rinden. Pero tu madre nunca lo hizo. No se la podía doblegar. Ella tenía sueños. Pero no podía ganar.

—No lo entiendo.

—¿Eres feliz, niña?

—Sí.

—¿Sigues estudiando?

—Acabo de empezar la universidad.

—La universidad —dijo Kimmy con una voz soñadora—: Tú.

—¿Qué pasa conmigo?

—Eso, tú eres el logro de tu madre.

La chica no dijo nada.



—Candi, tu madre, no querría verte mezclada en esto. ¿No lo comprendes?

—Creo que sí.

—Espera un momento.

Kimmy abrió un cajón. Ahí estaba, como siempre. Ya no la tenía a la vista, pero la fotografía estaba encima de todo. Candi y ella sonriendo al mundo. Pie y Sayers. Kimmy miró su propia imagen y se dio cuenta de que la jovencita que llamaban Black Magic era una desconocida, que Clyde Rangor también podría haberla hecho desaparecer a ella a puñetazos.

—Toma —dijo.

La chica cogió la fotografía como si fuera porcelana.

—Era preciosa —dijo la chica.

—Mucho.

—Parece feliz.

—No lo era. Pero hoy lo sería.

La chica levantó la barbilla.

—No sé si puedo mantenerme alejada de esto.

«Pues entonces —pensó Kimmy— tal vez seas más parecida a tu madre de lo que crees.»

Se abrazaron y prometieron estar en contacto. Cuando la chica se marchó, Kimmy se vistió. Fue al florista y pidió una docena de tulipanes. Los tulipanes eran las flores preferidas de Candi. Condujo cuatro horas hasta el cementerio y se arrodilló frente a la tumba de su amiga.

No había nadie más. Kimmy limpió el polvo de la diminuta lápida. Ella misma había pagado la parcela y la lápida. Candi no descansaría en un cementerio para pobres.

—Hoy ha venido tu hija —dijo en voz alta.

Soplaba una ligera brisa. Kimmy cerró los ojos y escuchó. Le pareció oír la voz de Candi, tanto tiempo silenciada, suplicándole que cuidara de su hija.

Y allí, con el ardiente sol de Nevada quemándole la piel, Kimmy prometió que lo haría.



## Capítulo 2

*IRVINGTON, NUEVA JERSEY, 20 de junio*

—Un móvil con cámara —murmuró Matt Hunter meneando la cabeza.

Miró al cielo en busca de guía divina, pero lo único que vio fue una enorme botella de cerveza.

La botella era una visión familiar, lo que veía Matt cada vez que salía de su desvencijada casa de dos pisos con la pintura descolorida. Con la parte superior a seis metros de altura, la famosa botella dominaba el perfil de la ciudad. Pabst Blue Ribbon había tenido una destilería allí, pero la había abandonado en 1985. Hacía años, la botella había sido una magnífica torre de agua con placas de acero bañadas en cobre, esmalte reluciente y una tapa dorada. De noche los reflectores iluminaban la botella para que los habitantes de Jersey la vieran desde muy lejos.

Pero ya no. Ahora el color era de un marrón de botella de cerveza por el óxido. La etiqueta de la botella había desaparecido hacía tiempo. Siguiendo su ejemplo, el antiguamente sólido vecindario que la circundaba no sólo se había disgregado sino que prácticamente se había esfumado. Hacía veinte años que nadie trabajaba en la fábrica de cerveza. Pero, a juzgar por su estado ruinoso, se podría pensar que hacía mucho más.

Matt se paró en el último escalón del porche. Olivia, el amor de su vida, siguió andando. Agitaba las llaves del coche en la mano.

—Creo que no deberíamos —dijo.

Olivia no se detuvo.

—Vamos. Será divertido.

—Un teléfono debería ser un teléfono —dijo Matt—. Una cámara debería ser una cámara.

—Vaya, qué profundo.



—Un chisme que es ambas cosas... es una perversión.

—Tu especialidad —dijo Olivia.

—Ja ja. ¿No ves el peligro?

—Pues no.

—Una cámara y un teléfono en uno —Matt se calló, pensando en lo que iba a decir— es..., no sé, es mezclar dos especies, si lo piensas bien, como en uno de esos experimentos de las películas de serie B que escapan al control y destruyen todo lo que encuentran.

Olivia lo miró.

—Eres más raro...

—No estoy seguro de que debamos comprarnos móviles con cámara, nada más.

Ella apretó el mando a distancia y los seguros de las puertas del coche se liberaron. Fue a abrir la puerta. Matt dudó.

Olivia volvió a mirarlo.

—¿Qué? —preguntó él.

—Si los dos tenemos móviles con cámara —dijo Olivia—, podría mandarte porno mientras estás trabajando.

Matt abrió la puerta.

—¿Verizon o Sprint?

Olivia le sonrió de una manera que le aceleró el corazón.

—Te quiero, ya lo sabes.

—Yo también te quiero.

Los dos estaban dentro del coche. Ella se volvió a mirarlo. Él detectó su inquietud y estuvo a punto de volverse.

—Todo irá bien —dijo Olivia—. Lo sabes, ¿no?

Él asintió y simuló una sonrisa. Olivia no se lo tragaría, pero el esfuerzo contaría para algo.

—Olivia —dijo.

—¿Sí?

—Continúa con el porno.

Ella le dio un puñetazo en el brazo.



Pero la inquietud de Matt volvió en cuanto entraron en la tienda de Sprint y empezaron a oír hablar del compromiso para dos años. La sonrisa del dependiente tenía algo de satánico, como el diablo de una de esas películas en que un tipo ingenuo vende su alma. Cuando el dependiente sacó un mapa de Estados Unidos — «las zonas que no eran turísticas», les informó, estaban en rojo brillante— Matt empezó a desconectar.

En cuanto a Olivia, no podía reprimir su emoción, pero es que la esposa de Matt tenía un don natural para el entusiasmo. Era una de esas escasas personas que encuentran alegría tanto en lo grande como en lo pequeño, uno de esos rasgos que demuestran que, sin duda en su caso, los opuestos se atraen.

El dependiente no dejaba de parlotear. Matt no le escuchaba, pero Olivia le dedicaba toda su atención. Le hizo un par de preguntas, por pura formalidad, pero el dependiente ya sabía que ese cliente había mordido el anzuelo, y estaba no sólo pescado y bien pescado, sino ya frito y casi engullido.

—Permítanme que prepare el papeleo —dijo el dependiente, apartándose.

Olivia cogió a Matt del brazo, con la cara radiante.

—A que es divertido.

Matt hizo una mueca.

—¿Qué?

—¿Le has hablado del porno?

Ella rió y apoyó la cabeza en su hombro.

Por supuesto, el atolondramiento de Olivia y su sonrisa inalterable se debían a algo más que a un cambio de móviles. Comprar los móviles con cámara era sólo un señuelo, un indicador de que algo iba a ocurrir.

Un bebé.

Hacía dos días, Olivia se había hecho una prueba de embarazo en casa y, de una forma que a Matt le había parecido cargada de significado religioso, había aparecido una cruz roja en la tira blanca. Se quedó en silencio, asombrado. Llevaban un año intentando tener un hijo, casi desde que se habían casado. La tensión del fracaso constante había convertido lo que antes era una experiencia espontánea y casi mágica en una serie de obligaciones bien orquestadas de toma de temperatura, señales en el calendario, abstinencia prolongada y ardor concentrado.

Ahora lo habían dejado atrás. Era pronto, le había avisado ella. «No nos entusiasmemos demasiado.» Pero Olivia estaba resplandeciente, no se podía negar.





Su positivo estado de ánimo era una fuerza, una tormenta, una marea. Matt no tenía nada que decir en contra.

Por eso estaban allí.

Los móviles con cámara, había insistido Olivia, permitirían que la futura familia de tres compartiera su vida de una forma que la generación de sus padres no podía ni imaginar. Gracias al móvil con cámara, ninguno de los dos perdería ningún momento clave, o ni que fueran banales, del niño: el primer paso, las primeras palabras, o el primer día en el parque, todo.

Al menos ése era el plan.

Una hora después, cuando volvieron a su mitad de la casa bifamiliar, Olivia le dio un beso rápido y empezó a subir las escaleras.

—Eh —gritó Matt, levantando el teléfono nuevo y arqueando una ceja—. ¿Quieres probar el vídeo?

—El vídeo sólo dura quince segundos.

—Quince segundos. —Lo pensó, se encogió de hombros, y dijo—: Habrá que alargar los preliminares.

Olivia gimió ostensiblemente.

Vivían en lo que estaba considerado una zona sórdida, a la sombra curiosamente reconfortante de la botella de cerveza gigante de Irvington. Hacía nueve años, cuando acababa de salir de la cárcel, Matt sentía que no se merecía nada mejor (y no era una mala idea porque tampoco se lo podía permitir) y a pesar de las protestas de la familia, se limitó a alquilar un piso. Irvington es una ciudad cansada, con una gran parte de población afroamericana, probablemente más del ochenta por ciento. Se puede llegar a la conclusión de que se sentía culpable por sus años de cárcel. Matt sabía que las cosas nunca son tan sencillas, pero no tenía mejor explicación, aparte de que no se sentía capaz todavía de volver a vivir en una zona residencial. El cambio sería demasiado rápido, el equivalente terrenal a un cambio súbito de presión.

De un modo u otro, aquel barrio —la estación de servicio Shell, la vieja ferretería, la charcutería de la esquina, los borrachos tirados en la acera, los atajos al aeropuerto de Newark, la taberna escondida cerca de la vieja cervecería Pabst— se había convertido en su hogar.

Cuando Olivia llegó de Virginia, Matt se imaginaba que insistiría en que cambiaran a un barrio mejor. Ella estaba acostumbrada a algo, si no mejor, sí diferente, y él lo sabía. Olivia había crecido en un pueblecito de Virginia llamado Northways. Cuando Olivia empezaba a caminar, su madre se había ido. Su padre la crió solo.



Joshua Murray, que era ya un padre mayor —tenía cincuenta y un años cuando Olivia nació—, se esforzó mucho por crear un hogar para él y su hijita. Joshua era el médico del pueblo de Northways, un médico de familia que trataba todo, desde el apéndice de Mary Kate Johnson de seis años hasta la gota del viejo Riteman.

Según Olivia, Joshua era un buen hombre, y un padre cariñoso y maravilloso que amaba con locura a su única hija. Eran ellos dos solos, padre e hija, viviendo en una casa de ladrillo de la calle principal. La consulta de su padre estaba en el lado derecho del paseo de entrada. Casi todos los días, Olivia volvía corriendo de la escuela para echar una mano con los pacientes. Animaba a los niños asustados o parloteaba con Cassie, la enfermera recepcionista de toda la vida. Cassie también era «una especie de niñera». Si su padre estaba ocupado, Cassie preparaba la cena y ayudaba a Olivia con los deberes. En cuanto a Olivia, adoraba a su padre. Su sueño —aunque ahora se daba cuenta de lo ingenuo que era— había sido ser médica y trabajar con su padre.

Pero durante el último año de Olivia en la universidad, todo cambió. Su padre, el único familiar que Olivia había conocido, murió de cáncer de pulmón. La noticia dejó a Olivia destrozada. La vieja ambición de ir a la facultad de medicina —siguiendo los pasos de su padre— murió con él. Olivia rompió su compromiso con el novio de la universidad, un estudiante de medicina llamado Doug, y volvió a la vieja casa de Northways. Pero vivir allí sin su padre era demasiado doloroso. Acabó por vender la casa y se trasladó a un complejo de apartamentos en Charlottesville. Aceptó un empleo en una empresa informática que exigía viajar mucho, y así fue en parte como ella y Matt retomaron su relación.

Irvington, Nueva Jersey, estaba muy lejos de Northways o Charlottesville, Virginia, pero Olivia le sorprendió. Quiso que se quedaran en el piso, por miserable que fuera, para poder ahorrar dinero con vistas a la casa de sus sueños, ahora fuera de su alcance.

Tres días después de comprar los móviles con cámara, cuando Olivia volvió a casa subió directamente a la otra planta. Matt se sirvió un refresco de lima y cogió un puñado de pretzels en forma de cigarro. Cinco minutos después la siguió. Olivia no estaba en el dormitorio. Miró en el pequeño estudio. Estaba frente al ordenador, dándole la espalda.

—Olivia.

Ella se volvió y le sonrió. Matt siempre había despreciado la vieja idea de que una sonrisa podía iluminar una habitación, pero Olivia podía hacerlo, tenía una de esas sonrisas «que hacen girar el mundo». Su sonrisa era contagiosa. Era un catalizador



sorprendente, que añadía color y textura a la vida de Matt, alterándolo todo en una habitación.

— ¿En qué piensas? — preguntó Olivia.

— En que estás muy buena.

— ¿Incluso embarazada?

— Sobre todo embarazada.

Olivia apretó una tecla y la pantalla se apagó. Se puso de pie y le besó suavemente la mejilla.

— Tengo que hacer la maleta.

Olivia se iba a Boston en viaje de trabajo.

— ¿A qué hora es tu vuelo? — preguntó.

— Creo que iré en coche.

— ¿Por qué?

— Una amiga mía abortó después de un viaje en avión. No quiero arriesgarme. Ah, y pienso ir a ver al doctor Haddon mañana por la mañana, antes de irme. Quiere confirmar la prueba y comprobar que todo va bien.

— ¿Quieres que te acompañe?

Ella denegó con la cabeza.

— Tienes que trabajar. Ya vendrás la próxima vez, cuando me hagan una ecografía.

— De acuerdo.

Olivia volvió a besarle, demorándose en sus labios.

— Eh — susurró—. ¿Eres feliz?

Matt iba a soltar una bromita, algo ingenioso. Pero no lo hizo. La miró directamente a los ojos y dijo:

— Mucho.

Olivia se apartó, sin dejar de mirarlo con aquella sonrisa.

— Voy a hacer la maleta.

Matt la vio alejarse. Se quedó un momento en el umbral. Sentía el pecho ligero. Por supuesto que era feliz, y eso le daba un miedo terrible. Lo bueno es frágil. Eso lo aprendes cuando matas a un chico. Lo aprendes cuando te pasas cuatro años en una cárcel de máxima seguridad.



Lo bueno es tan efímero, tan tenue, que puede ser destruido con un suave soplo.  
O por el sonido de un teléfono.

Matt estaba trabajando cuando el móvil con cámara vibró.

Miró el identificador de llamadas y vio que era Olivia. Matt seguía trabajando en la vieja mesa de socio de su hermano, esa clase de mesas en las que dos personas se sientan frente a frente, aunque el otro lado estaba vacío desde hacía tres años. Su hermano Bernie había comprado la mesa cuando Matt salió de la cárcel. Antes de lo que la familia denominaba eufemísticamente «el incidente», Bernie tenía grandes planes para los dos, los hermanos Hunter. No quería que nada se interpusiera. Matt dejaría atrás aquellos años. El incidente había sido un bache en el camino, nada más, y ahora los hermanos Hunter volvían a estar en marcha.

Bernie era tan convincente que Matt casi empezó a creerle.

Los hermanos compartieron la mesa durante seis años. Ejercieron la abogacía en aquella misma sala: Bernie atendía el derecho corporativo y lucrativo mientras Matt, que no podía ser un abogado de verdad por sus antecedentes, se ocupaba de lo contrario, lo no lucrativo ni lo corporativo. Los compañeros abogados de Bernie consideraban raro el acuerdo, pero intimidad no era algo que ninguno de los hermanos deseara. Habían compartido habitación toda la infancia, Bernie en la litera de arriba, una voz desde lo alto en la oscuridad. Los dos añoraban aquellos días, o al menos Matt. No estaba cómodo a solas, sino con Bernie en la habitación.

Durante seis años.

Matt apoyó las palmas de las manos en la superficie de caoba. Ya debería haberse librado de la mesa. El lado de Bernie estaba intacto desde hacía tres años, pero a veces Matt aún miraba hacia allí esperando verle.

El móvil con cámara volvió a vibrar.

En aquel instante Bernie lo tenía todo —una esposa estupenda, dos hijos estupendos, una gran casa en las afueras, era socio de un gran bufete de abogados, tenía buena salud, era querido por todos—; al siguiente, su familia echaba tierra sobre su tumba e intentaba entender lo que había pasado. Un aneurisma cerebral, dijo el médico. Lo llevas encima durante años y un día, *pam*, acaba con tu vida.

El móvil estaba en «vibración-timbre».



Dejó de vibrar y el timbre empezó a tocar la vieja canción de Batman de la tele, la de la letra trabada que básicamente consistía en tararear *na-na-na* un rato y después gritar «¡Batman!».

Matt se quitó el móvil del cinturón.

Su dedo se detuvo sobre la tecla de respuesta. Era un poco raro. Olivia, a pesar de estar en el ramo de la informática, era malísima con los aparatos. Apenas usaba el teléfono, y cuando lo hacía, sabiendo que Matt estaba en el despacho, lo llamaba por la línea fija.

Matt apretó la tecla de respuesta, pero apareció un mensaje diciendo que se transmitía una fotografía. Eso también era curioso. A pesar de su excitación inicial, Olivia aún no había aprendido a usar la prestación de cámara.

Sonó el intercomunicador.

Rolanda —Matt la calificaría de secretaria o ayudante, pero de hacerlo, ella lo mataría— se aclaró la voz.

—Matt.

—Sí.

—Marsha por la línea dos.

Sin dejar de mirar la pantalla, Matt cogió el teléfono, para hablar con su cuñada, la viuda de Bernie.

—Hola —dijo.

—Hola —dijo Marsha—. *¿Olivia sigue en Boston?*

—Sí. Precisamente, ahora mismo me está mandando una foto con el móvil nuevo.

—Oh. —Hubo un breve silencio—. *¿Vas a venir hoy?*

Como un paso más para la vida en familia, Matt y Olivia estaban mirando una casa cerca de la de Marsha y los niños. Estaba en Livingston, la ciudad donde Bernie y Matt habían crecido.

Matt se había cuestionado sobre la prudencia de volver allí. La gente tenía buena memoria. Por muchos años que pasaran, siempre sería objeto de murmullos e insinuaciones. Por una parte, Matt ya hacía tiempo que estaba por encima de esas necedades. Por otra, le preocupaban Olivia y el hijo que nacería. La maldición del padre que caía sobre el hijo y todo eso.

Pero Olivia comprendía los riesgos. Era lo que ella quería.



Más que eso, el estado de hipertensión de Marsha —Matt no sabía qué eufemismo utilizar— pesaba. Había sufrido una breve crisis un año después de la muerte de Bernie. Marsha había tenido que «descansar» —otro eufemismo— durante dos semanas, y Matt se instaló en su casa y se ocupó de los niños. Marsha ya estaba bien —era lo que todos decían—, pero a Matt le tranquilizaba la idea de estar cerca de ellos.

Hoy, un perito inspeccionaría la casa nueva.

—Pensaba salir dentro de poco. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—¿Podrías pasarte?

—¿Por tu casa?

—Sí.

—Claro.

—Si es un mal momento...

—No, claro que no.

Marsha era una mujer preciosa, cara ovalada que a veces parecía roída por la tristeza, y mirada nerviosa, hacia arriba, como queriendo comprobar que la nube negra está aún en su sitio. Era una reacción física, por supuesto, un reflejo más de su personalidad, como ser bajito o tener cicatrices.

—¿Todo va bien? —preguntó Matt.

—Sí, estoy bien. No es importante. Es que... ¿Podrías encargarte de los niños un par de horas? Tengo un asunto de la escuela y Kyra sale esta noche.

—¿Quieres que me los lleve a cenar?

—Eso sería estupendo. Pero no a un McDonald's, ¿vale?

—¿Un chino?

—Perfecto —dijo ella.

—Entendido, ya pasaré.

—Gracias.

La imagen empezó a aparecer en la cámara del móvil.

—Hasta luego —dijo.

Ella se despidió y colgó.

Matt volvió la atención al móvil. Miró fijamente la pantalla. Era diminuta. Tal vez tres centímetros, no más de cinco. El sol brillaba ese día. La cortina estaba abierta. La



luz hacía difícil la visión. Matt hizo visera con la mano alrededor de la pantallita e inclinó el cuerpo para hacerle sombra. Funcionó bastante bien.

Un hombre apareció en la pantalla.

Seguía siendo difícil distinguir los detalles. Parecía tener treinta y tantos años, la edad de Matt, y tenía el pelo muy oscuro, negro azabache. Llevaba una camisa roja abotonada hasta abajo. Tenía una mano levantada como si saludara. Estaba en una habitación con paredes blancas y una claraboya. El hombre tenía una sonrisa arrogante en la cara, de las que dicen «soy mejor que tú». Matt le miró. Sus ojos se encontraron y Matt habría jurado que había visto un destello burlón en ellos.

Pero Matt no le conocía.

¿Por qué su esposa habría sacado una foto de aquel hombre?

La pantalla se hizo negra. Matt no se movió. El fragor de caracol de mar permanecía en sus oídos. Seguía oyendo otros sonidos —un fax lejano, murmullos, el tráfico rodado— pero como a través de un filtro.

—Matt.

Era Rolanda Garfield, la susodicha ayudante/secretaria. El bufete no había visto con buenos ojos que Matt la contratara. Rolanda era una barriobajera para los camisas almidonadas de Carter Sturgis. Pero él había insistido. Era uno de los primeros clientes de Matt y una de sus pocas victorias penosamente logradas.

Durante su estancia en la cárcel, Matt había conseguido suficientes créditos para licenciarse. Le dieron la licenciatura poco después de salir. Bernie, una figura poderosa en el superbufete de Newark de Carter Sturgis, pensó que podría convencer al colegio para que hicieran una excepción y dejaran entrar a su hermano ex convicto.

Se equivocó.

Pero a Bernie no era fácil desanimarlo. Entonces convenció a sus socios de que aceptaran a Matt como un «paralegal», un término magníficamente amplio que, más o menos, significaba «hacer el trabajo de baja categoría».

Al principio, a los socios de Carter Sturgis no les hizo ninguna gracia. No era de extrañar, claro. ¿Un ex convicto en su immaculado bufete? No podía ser. Pero Bernie apeló a su supuesta humanidad: Matt sería bueno para las relaciones públicas. Demostraría que el gabinete tenía corazón y creía en las segundas oportunidades, al menos en teoría. Era inteligente. Sería un buen fichaje. Más aún, si se encargaba del gran volumen de casos no lucrativos del gabinete, permitiría a los socios seguir excavando en los bolsillos bien provistos sin distracción de los desfavorecidos.





No había opción: Matt trabajaría barato, ¿qué remedio le quedaba? Y el hermano, Bernie, un auténtico hacedor de dinero, se marcharía si no lo aceptaban.

Los socios consideraron el escenario: ¿hacer el bien y salir beneficiados? Es la lógica en la que se basa toda beneficencia.

Los ojos de Matt permanecieron en la pantalla en blanco del teléfono. Su pulso dio un brinco.

«¿Quién es este tipo del pelo negro oscuro?», se preguntó.

Rolanda apoyó las manos en las caderas.

—Tierra llamando a Marte —dijo.

—¿Qué? —se sobresaltó Matt.

—¿Va todo bien?

—¿A mí? Sí, claro.

Rolanda hizo una mueca.

El teléfono volvió a vibrar. Rolanda se quedó con los brazos en jarras. Matt la miró de nuevo. Ella no pilló la indirecta. Casi nunca las pillaba. El teléfono volvió a vibrar y después empezó a sonar la melodía de *Batman*.

—¿No contestas? —dijo Rolanda.

Matt miró el teléfono. El identificador de llamadas volvió a mostrar el número de su esposa.

—Eh, Batman.

—Enseguida —dijo Matt.

Con el pulgar tocó la tecla verde de envío, rozándola un instante antes de apretarla. La pantalla volvió a iluminarse.

Esta vez apareció un vídeo.

La tecnología iba mejorando, pero el tembloroso vídeo normalmente tenía una calidad dos pasos por debajo de la película de Zapruder.<sup>2</sup> Por un par de segundos, Matt tuvo dificultades en distinguir lo que sucedía. El vídeo no duraría. Matt lo sabía. Diez, quince segundos como mucho.

Era una habitación. Eso lo veía. La cámara enfocaba un televisor sobre una cómoda. Había un cuadro en la pared —Matt no distinguía el tema— pero la

---

<sup>2</sup> Película que grabó un aficionado durante el asesinato de John Kennedy. (*N. de la T.*)





impresión general le hizo concluir que se trataba de una habitación de hotel. La cámara se detuvo en la puerta del baño.

Y entonces apareció una mujer.

Su pelo era rubio platino. Llevaba gafas de sol oscuras y un vestido azul provocativo. Matt frunció el ceño.

¿Qué demonios era aquello?

La mujer se quedó quieta un momento. Matt tuvo la impresión de que no sabía que la cámara la enfocaba. La lente se movió hacia ella. Hubo un destello de luz, el sol que entraba por la ventana, y después volvió a enfocarse todo.

La mujer se acercó a la cama y Matt contuvo la respiración.

Reconoció la forma de caminar.

También reconoció la forma de sentarse en la cama, la sonrisa incierta que siguió, la forma de levantar la barbilla y cruzar las piernas.

No se movió.

Al otro lado de la habitación oyó la voz de Rolanda, ahora más suave:

—Matt.

La ignoró. La cámara bajó como si la depositaran sobre algo, probablemente en la cómoda. Seguía apuntando a la cama. Un hombre caminó hacia la rubia platino. Matt sólo podía ver la espalda del sujeto. Llevaba una camisa roja y tenía el pelo negro muy oscuro. Al acercarse bloqueó la vista de la mujer. Y de la cama.

Los ojos de Matt empezaban a ver borroso. Parpadeó para volver a enfocar. La pantalla de LCD de la cámara empezó a oscurecerse. Las imágenes temblaron y desaparecieron y Matt se quedó sentado, mientras Rolanda le miraba con curiosidad, las fotografías en el lado de la mesa de su hermano todavía en su sitio, y estaba seguro —bueno, casi seguro, la pantalla sólo tenía tres o cuatro centímetros, ¿no?— de que la mujer de la habitación del hotel, la mujer de la cama del vestido provocativo, que llevaba una peluca rubia platino y era en realidad castaña, se llamaba Olivia y era su esposa.



## Capítulo 3

NEWARK, NEW JERSEY, 22 de junio

Loren Muse, investigadora de homicidios del condado de Essex, estaba sentada en la oficina de su jefe.

—Espera un momento —dijo—. ¿Me estás diciendo que la monja tenía implante de mamas?

Ed Steinberg, el fiscal del condado de Essex, estaba sentado detrás de su mesa frotándose su considerable tripa. Tenía ese tipo de corpulencia que visto desde atrás ni siquiera le hacía parecer gordo, sólo con el trasero plano. Se echó hacia atrás y cruzó las manos en la nuca. La camisa tenía las axilas amarillentas.

—Eso parece, sí.

—Pero murió por causas naturales —dijo Loren.

—Eso creíamos.

—¿Ya no?

—Yo ya no pienso nada —dijo Steinberg.

—Ahora podría hacerte un chiste, jefe.

—Pero no lo harás —suspiró Steinberg y se puso las gafas de leer—. La hermana Mary Rose, una profesora de estudios sociales de décimo curso, fue hallada muerta en su habitación del convento. Sin signos de lucha, ni heridas, tenía sesenta y dos años. A primera vista, una muerte corriente, un infarto, una embolia, algo por el estilo. Nada sospechoso.

—¿Pero? —añadió Loren.

—Pero ha surgido algo.

—Creo que es más exacto decir que «se ha sumado» algo.

—Ya está bien. Para.



Loren levantó las palmas de las manos hacia arriba.

—Sigo sin entender qué hago aquí.

—¿Qué te parece porque eres la mejor investigadora de homicidios de todo el condado?

Loren hizo una mueca.

—Ya, sabía que no tenía gracia. La monja —Steinberg se bajó las gafas de leer— enseñaba en St. Margaret's High. —La miró.

—¿Y qué?

—Que tú estudiaste allí, ¿no?

—Repito: ¿y qué?

—Que la madre superiora tiene influencias en el cuerpo. Te ha pedido a ti.

—¿La madre Katherine?

El echó un vistazo al papel.

—La misma.

—¿Te cachondeas o qué?

—No. Pidió un favor. Preguntó por ti.

Loren meneó la cabeza.

—La conoces, supongo.

—¿A la madre Katherine? Sólo porque siempre me mandaban a su despacho.

—Vaya. ¿No eras una niña buena? —Steinberg se llevó una mano al corazón—. Me dejás sin habla.

—Sigo sin entender por qué me quiere a mí.

—A lo mejor cree que serás discreta.

—Odiaba ese colegio.

—¿Por qué?

—Tú no fuiste a una escuela católica, ¿a que no?

Él levantó la placa con su nombre que había sobre la mesa y señaló las letras una por una.

—Steinberg —leyó lentamente—. Fíjate en Stein. Fíjate en Berg. ¿Ves muchos apellidos de éstos en la iglesia?



Loren asintió.

—Ya. Para mí es como enseñar música a un sordo. ¿Con qué fiscal trabajaré?

—Conmigo.

Eso la sorprendió.

—¿Directamente ?

—Directa y únicamente. Nadie más se meterá en esto, ¿entendido?

Ella asintió.

—Entendido.

—¿Preparada, pues?

—¿Preparada para qué?

—Para la madre Katherine.

—¿Qué pasa?

Steinberg se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—Está en la habitación de al lado. Quiere hablar contigo en privado.

Cuando Loren Muse estudiaba en la St. Margaret's School para chicas, la madre Katherine medía tres metros y medio y tenía aproximadamente cien años. Los años la habían encogido y retardaban el proceso de envejecimiento, pero no mucho. La madre Katherine llevaba un hábito cuando Loren iba al St. Margaret's. Ahora vestía indumentaria innegablemente casta, pero mucho más informal. El equivalente religioso a Banana Republic, se imaginó Loren.

—Las dejaré a solas —dijo Steinberg.

La madre Katherine estaba de pie, con las manos unidas en posición de plegaria. La puerta se cerró. Ninguna de las dos dijo nada. Loren conocía la técnica. Ella no hablaría primero.

En su penúltimo año en la Livingston High School, Loren había sido etiquetada de «estudiante problemática» y la habían mandado a St. Margaret's. Entonces Loren era una niña diminuta, de apenas metro y medio de altura, y no había crecido mucho posteriormente. Los otros investigadores, todos varones y más listos que nadie, la llamaban Tapón.

Investigadores. Si no les paras los pies, te hacen pedazos.



Pero Loren no siempre había sido una niña problemática. Cuando estaba en la escuela elemental, era una muchachota pequeñaja, un azogue que pegaba patadas a la pelota y antes habría muerto que ponerse algo rosa. Su padre trabajaba para empresas de transporte. Era un hombre tranquilo y cariñoso que cometió el error de enamorarse de una mujer demasiado hermosa para él.

El clan Muse vivía en la sección de Coventry de Livingston, Nueva Jersey, una zona de los suburbios muy por encima de sus recursos sociales y económicos. La madre de Loren, la cautivadora y exigente señora Muse, había insistido en ello porque, maldita sea, se lo merecía. Nadie, lo que se dice nadie, miraría a Carmen Muse por encima del hombro.

Agobiaba a su marido, exigiéndole que trabajara más, que pidiera más préstamos, que encontrara la manera de seguir adelante, hasta que —exactamente dos días después de que Loren cumpliera los catorce— él se voló los sesos en su garaje biplaza.

Visto en perspectiva, Loren había llegado a la conclusión de que su padre probablemente era bipolar. Ahora lo veía. Tenía un desequilibrio químico en el cerebro. Un hombre se suicida y no es justo echar la culpa a los demás. Pero Loren lo hacía. Echaba la culpa a su madre. Se preguntaba cómo habría sido la vida de su cariñoso y tranquilo padre si se hubiera casado con alguien menos ambicioso que Carmen Valos de Bayonne.

La joven Loren se tomó la tragedia como era de esperar: se rebeló como una loca. Se dio a beber, a fumar, se juntó con indeseables, se acostó con más de uno. Era injusto que a los chicos con múltiples parejas sexuales se los reverenciara mientras que a una chica se la trata de furcia. Pero por mucho que a Loren le fastidiara admitirlo, por mucho que intentara consolarse racionalizándolo desde un punto de vista feminista, la verdad era que su grado de promiscuidad era adversamente (aunque directamente) proporcional a su grado de amor propio. Es decir que, cuando su autoestima estaba baja, ascendía su tendencia a desmadrarse. Los hombres no parecían sufrir el mismo destino, o, si era así, lo disimulaban bien.

La madre Katherine rompió el silencio.

—Me alegro de verte, Loren.

—Lo mismo digo —dijo Loren con una voz insegura muy poco propia de ella. ¿Es que empezaría a morderse las uñas otra vez?—. El fiscal Steinberg me ha dicho que quería usted verme.

—¿Nos sentamos?



Loren se encogió de hombros. Se sentaron. Loren se cruzó de brazos y se encogió un poco en la silla. Cruzó las piernas. Recordó que tenía un chicle en la boca. La cara de la madre Katherine mostró desaprobación. Para no dejarse intimidar, Loren aceleró la masticación hasta convertirla en un rumiaje bovino.

— ¿Quiere contarme qué pasa?

— Ésta es una situación delicada —empezó la madre Katherine—. Exige... —Miró hacia arriba como si pidiera ayuda al Señor.

— ¿Delicadeza? —acabó Loren.

— Sí. Delicadeza.

— De acuerdo —dijo Loren, arrastrando la palabra—. Se trata de la monja con tetas nuevas, ¿no?

La madre Katherine cerró los ojos, y los abrió de nuevo.

— Sí. Pero creo que has olvidado lo más importante.

— ¿Qué?

— Que ha muerto una profesora estupenda.

— Se refiere a la hermana Mary Rose. —Pensando: «Nuestra Señora del Escote».

— Sí.

— ¿Cree que murió por causas naturales? —preguntó Loren.

— Sí.

— ¿Pues?

— Es difícil hablar de ello.

— Me gustaría ayudar.

— Eras una buena chica, Loren.

— No, era una pesada.

La madre Katherine disimuló una sonrisa.

— Bueno, sí, eso también.

Loren le devolvió la sonrisa.

— Hay distintas clases de liantas —dijo la madre Katherine—. Eras rebelde, sí, pero siempre tuviste buen corazón. Nunca fuiste cruel con los demás. Para mí, eso ha sido siempre la clave. A menudo te metías en líos para proteger a alguien más débil.



Loren se echó hacia delante y se sorprendió a sí misma: le tomó la mano a la monja. La madre Katherine también reaccionó con sorpresa al gesto. Miró a Loren con sus ojos azules.

—Prométeme que lo que te contaré quedará entre tú y yo —dijo la madre Katherine—. Es muy importante. Sobre todo con este ambiente. Si se huele el escándalo...

—No taparé nada.

—No quiero que lo hagas —dijo ella, dedicándole el tono teológico de ofensa—. Es necesario llegar a conocer toda la verdad. He pensado muy en serio en dejarlo —hizo un gesto con la mano—, en olvidarlo. A la hermana Mary Rose la enterrarían discretamente y se acabó.

Loren sostenía la mano de la monja. La mano de la mujer mayor era oscura, como si estuviera hecha de madera de bálsamo.

—Haré lo que pueda.

—Debes entenderlo. La hermana Mary Rose era una de nuestras mejores profesoras.

—¿Enseñaba estudios sociales?

—Sí.

Loren rebuscó en los archivos de la memoria.

—No me acuerdo de ella.

—Llegó cuando tú ya te habías graduado.

—¿Cuánto tiempo había estado en St. Margaret's?

—Siete años. Y te diré algo: era una santa. Sé que la palabra parece exagerada, pero no hay otra forma de describirla. La hermana Mary Rose nunca aspiró a la gloria. No tenía ego. Sólo quería hacer lo correcto.

La madre Katherine apartó la mano. Loren se echó hacia atrás y volvió a cruzar las piernas.

—Adelante.

—Cuando nosotras..., me refiero a dos hermanas y a mí misma, cuando la encontramos por la mañana, la hermana Mary Rose iba en camisón. Ella, como nosotras, era una mujer muy modesta.

Loren asintió, con intención de animarla.



—Nos angustiamos, por supuesto. Había dejado de respirar. Intentamos hacerle el boca a boca y compresiones en el tórax. Un policía local nos había visitado hacía poco para enseñar a los niños técnicas de salvamento. Y lo intentamos. Así que le hice las compresiones y... —Se le quebró la voz.

—¿Y entonces se dio cuenta de que la hermana Mary Rose llevaba implantes mamarios?

La madre Katherine asintió.

—¿Lo comentó con las otras hermanas?

—Oh, no. Por supuesto que no.

Loren se encogió de hombros.

—La verdad es que no entiendo el problema —dijo.

—¿No?

—La hermana Mary Rose probablemente tuvo una vida antes de ser monja. Quién sabe cómo era.

—Ése es el problema —dijo la madre Katherine—. No la tenía.

—No sé si la entiendo.

—La hermana Mary Rose llegó desde una parroquia muy conservadora de Oregón. Era huérfana y entró en el convento a los quince años.

Loren se lo pensó.

—¿Entonces no tenía ni idea de que...? —Hizo un gesto torpe pasándose las manos frente al pecho.

—Ni la menor idea.

—¿Cómo se lo explica, entonces?

—Creo —dijo la madre Katherine mordiéndose el labio— que la hermana Mary Rose se presentó con algún subterfugio.

—¿Qué clase de subterfugio?

—No lo sé. —La madre Katherine la miró expectante.

—Y ahí es donde entro yo —dijo Loren.

—Bueno, sí.

—Quiere que averigüe qué se traía entre manos.

—Sí.





—Discretamente.

—Es lo que me gustaría, Loren. Pero tenemos que saber la verdad.

—¿Aunque sea mala?

—Sobre todo si es mala. —La madre Katherine se levantó—. Esto es lo que se hace con las cosas malas del mundo, sacarlas a la luz de Dios.

—Sí —dijo Loren—. A la luz.

—Ya no eres creyente, ¿verdad, Loren?

—Nunca lo fui.

—Bueno, yo no diría tanto.

Loren se levantó, pero la madre Katherine seguía mirándola desde arriba.

«Sí —pensó Loren—, tres metros y medio.»

—¿Me ayudarás?

—Sabe que sí.



## Capítulo 4

Pasaron los segundos. Matt Hunter se imaginó que eran segundos. Miró fijamente el teléfono y esperó. No pasó nada. Su mente estaba completamente paralizada. Se reactivó y al momento deseó que volviera la parálisis.

El teléfono. Le dio la vuelta en la mano mirándolo como si no lo hubiera visto nunca. La pantalla, se recordó a sí mismo, era pequeña. Las imágenes temblaban. El tinte y el color estaban apagados. El deslumbramiento también era un problema.

Asintió para sí mismo. «Sigue así.»Olivia no era rubia platino.

Bien. Más, más...

Él la conocía. La amaba. Él no era precisamente un buen partido. Era un ex convicto con pocas perspectivas. Tenía tendencia a retraerse emocionalmente. Ni amaba ni confiaba con facilidad. Olivia, en cambio, lo tenía todo. Era hermosa, inteligente, se había licenciado summa cum laude en la Universidad de Virginia. Incluso tenía un poco de dinero heredado de su padre.

Aquello no ayudaba mucho.

Sí. Sí, porque, a pesar de todo, Olivia le había elegido a él, al ex convicto con cero perspectivas. Era la primera mujer a la que había hablado de su pasado. Ninguna otra había durado tanto para llegar a ese punto.

¿Su reacción?

Bueno, no todo había sido idílico. La sonrisa de Olivia, esa sonrisa desarmante, se había ensombrecido un momento. Matt quiso dejarlo inmediatamente. Quiso marcharse porque de ninguna manera quería ser el responsable de ensombrecer, ni que fuera un momento, aquella sonrisa. Pero el pestañeo no había durado mucho. El resplandor volvió enseguida con todo el voltaje. Matt se había mordido el labio aliviado. Olivia le había tomado la mano por encima de la mesa y, en cierto sentido, ya no la había soltado.

Pero ahora, sentado allí, Matt recordó los primeros pasos dubitativos cuando salió de la cárcel, el cuidado con que entrecerró los ojos y cruzó la puerta, aquella



sensación —aquella sensación que nunca le abandonaría del todo— de que el fino hielo bajo sus pies podía resquebrajarse en cualquier momento y hundirlo en aguas heladas.

¿Cómo explicar lo que acababa de ver?

Matt comprendía la naturaleza humana. Es más, comprendía la naturaleza subyacente. Había visto cómo el destino lo maldecía, a él y a su familia, lo suficiente para tener una explicación o, si se quiere, una antiexplicación para todo lo que sale mal: en resumen, no hay explicación.

El mundo no es ni cruel ni alegre. Sencillamente es azaroso, está lleno de partículas que se cruzan como un rayo, sustancias químicas que se mezclan y reaccionan. No existe un orden de verdad. No hay una maldición programada del mal ni protección de la virtud.

Caos, chicos. Es el caos y basta.

Y en el remolino de ese caos, Matt sólo tenía una cosa: Olivia.

Pero allí sentado, en su despacho, con los ojos fijos en el teléfono, su cabeza no quería dejarlo. Ahora, ahora mismo, en este preciso momento... ¿qué estaba haciendo Olivia en la habitación de un hotel?

Cerró los ojos y buscó una salida.

A lo mejor no era ella.

De nuevo: la pantalla era pequeña; el vídeo, tembloroso. Matt siguió insistiendo en ello, ondeando racionalizaciones parecidas a una bandera en el asta, esperando que alguna cuajara.

Pero no cuajó nada.

Sentía una opresión en el pecho.

Las imágenes lo avasallaban. Matt intentó batallar con ellas, pero eran apabullantes. El cabello negro azabache del hombre. Aquella sonrisa condescendiente. Pensó en la manera de echarse hacia atrás que tenía Olivia cuando hacían el amor, mordiéndose el labio inferior, los ojos medio cerrados, los tendones del cuello en tensión. Imaginó también sonidos. Primero gemidos apagados. Después gritos de éxtasis...

Basta.

Levantó la cabeza y vio que Rolanda seguía mirándole.

—¿Querías algo? —preguntó Matt.

—Quería.



— ¿Qué?

— Hace tanto rato que estoy aquí que lo he olvidado.

Rolanda se encogió de hombros, giró sobre sí misma y salió del despacho, dejando la puerta abierta.

Matt se levantó y se acercó a la ventana. Miró la fotografía de los hijos de Bernie vestidos con el equipo de fútbol. Bernie y Marsha habían utilizado aquella foto para su felicitación navideña de hacía tres años. El marco era uno de esos chismes de bronce falso que venden en farmacias o ferreterías. En la fotografía, los hijos de Bernie, Paul y Ethan, tenían cinco y tres años y sonreían. Ahora ya no sonreían así. Eran buenos chicos, adaptados y todo eso, pero seguían viviendo con una tristeza subyacente, ineludible. Si los mirabas de cerca, las sonrisas actuales eran más cautas, un pestañeo en el ojo, un miedo a perder algo más.

¿Qué podía hacer?

Lo evidente, decidió. Llamar a Olivia. A ver qué pasaba.

Parecía racional por una parte y ridículo por otra. ¿Qué creía que pasaba? ¿Oiría de su esposa un jadeo pesado, una risa masculina de fondo? ¿O respondería con su habitual voz luminosa? Y entonces, ¿qué? Diría: «Hola, cariño. Oye, ¿qué es ese rollo del hotel? — En su cabeza ya no era una habitación de hotel, sino un motel de mala muerte, cambiar la «h» por la «m» le daba un nuevo significado—. ¿Y la peluca rubia platino y el tipo de la sonrisa de pelo negro?».

Aquello no procedía.

Se estaba dejando llevar por la imaginación. Seguro que había una explicación lógica. Quizá no la viera todavía, pero eso no significaba que no existiera. Matt recordaba haber visto especiales en la tele sobre los juegos de manos. Veías el truco y no tenías ni idea de cómo se hacía, pero en cuanto te lo enseñaban, te preguntabas cómo podías haber sido tan estúpido de no haber caído la primera vez. Esto era lo mismo.

Al no ver otra alternativa, Matt decidió llamar.

El móvil de Olivia estaba programado en su teclado con el número uno. Apretó la tecla y la mantuvo apretada. El teléfono empezó a sonar. Miró por la ventana y contempló la ciudad de Newark. Como siempre, sus sentimientos por la ciudad eran contradictorios. Ves su potencial, su vitalidad, pero sobre todo ves la decadencia y meneas la cabeza. Por alguna razón recordó el día en que Duff fue a verle a la cárcel. Duff se había echado a llorar, con la cara roja, como un chiquillo. Matt sólo podía mirarle. No había nada que decir.



El teléfono sonó seis veces antes de que saliera el buzón de voz de Olivia. El sonido de la voz animada de su esposa, tan familiar, tan... suya, hizo que su corazón se tambaleara. Esperó pacientemente a que Olivia terminara. Entonces sonó el *bip*.

—Hola, soy yo —dijo. Notaba la tensión en su voz y se esforzó por disimularla—. ¿Podrías llamarme cuando tengas un momento? —Calló.

Normalmente acababa con un rápido «te quiero», pero esta vez apretó la tecla de fin sin añadir lo que siempre le había salido con naturalidad.

Siguió mirando por la ventana. En la cárcel, lo que finalmente acabó con él no fue ni la brutalidad ni la repulsión. Todo lo contrario. Fue cuando todo aquello se convirtió en norma. Al poco tiempo a Matt empezaron a caerle bien sus hermanos de la Nación Aria, incluso disfrutaba de su compañía. Era un tipo perverso de síndrome de Estocolmo. La supervivencia es el secreto. La mente cambia para sobrevivir. Todo puede convertirse en normal. Eso fue lo que dio que pensar a Matt.

Pensó en la risa de Olivia. En que ella lo había apartado de todo aquello. Se preguntó ahora si aquella risa era real o sólo otro cruel espejismo, algo para ridiculizarlo con cariño.

Entonces Matt hizo algo muy raro.

Levantó la cámara alejándola de él, al brazo de distancia, y se hizo una foto. No sonrió. Sólo miró a la cámara. La fotografía ya estaba en la pequeña pantalla. Se miró la cara y sin estar seguro de lo que veía.

Marcó el número de Olivia y le mandó la foto.



## Capítulo 5

Pasaron dos horas. Olivia no le devolvió la llamada.

Matt pasó aquellas dos horas con Ike Kier, un socio sénior consentido que llevaba el pelo gris demasiado largo y peinado hacia atrás. Era de una familia acaudalada. Sabía relacionarse y poca cosa más, pero a veces con eso era suficiente. Tenía un Viper y dos Harley-Davidson. Su mote en el despacho era Mediana Edad, abreviado de crisis de la mediana edad.

Mediana Edad era lo bastante listo para saber que no era demasiado listo. En consecuencia, utilizaba mucho a Matt. Sabía que Matt estaba dispuesto a hacer el trabajo pesado y mantenerse en segundo plano. Esto permitía a Mediana Edad mantener las grandes relaciones corporativas con los clientes y dar buena imagen. Se imaginaba que a Matt le disgustaba, pero no tanto para hacer algo al respecto.

El fraude corporativo podía no ser bueno para Estados Unidos, pero era muy lucrativo para el gabinete de abogados de guante y camisa blancos de Carter Sturgis. Ahora estaban discutiendo el caso de Mike Stermán, el presidente de un gran laboratorio farmacéutico llamado Pentacol, que había sido acusado, entre otras cosas, de retocar los libros para manipular los precios de las acciones.

—En resumidas cuentas —dijo Mediana Edad, regalando a la sala su mejor voz de barítono para el jurado—, ¿nuestra defensa será...? —Miró a Matt esperando una respuesta.

—Echarle la culpa al otro —dijo Matt.

—¿Qué otro?

—Sí.

—¿Eh?

—Echaremos la culpa a quien podamos —dijo Matt—. Al jefe de finanzas —el cuñado de Stermán y su ex mejor amigo—, al departamento de informática, a lo que se nos ocurra, a los contables, a los bancos, a la junta, a los empleados de menor



nivel. Diremos que algunos de ellos son unos gánsteres, que cometieron errores involuntarios que resultaron fatales.

—¿No es contradictorio? —preguntó Mediana Edad, uniendo las manos y bajando las cejas—. ¿Alegar a la vez malicia y errores? —Calló, le miró y asintió.

Malicia y errores. A Mediana Edad le gustaba el sonido.

—Pretendemos confundir —dijo Matt—. Si le echas la culpa a muchos, nada queda. El jurado acaba pensando que algo se hizo mal, pero no sabe a quién echarle la culpa. Los apabullamos con hechos y cifras. Sacamos a la luz todos los posibles errores, todas las «t» sin rabo y las «i» sin puntos. Nos comportamos como si todas las discrepancias fueran catastróficas, aunque no lo sean. Lo cuestionamos todo. Nos mostramos escépticos con todos.

—¿Y qué hay del *bar mitzvah*?

Sterman había celebrado un *bar mitzvah* de dos millones de dólares para su hijo, fletando un avión a Bermudas, donde habían actuado Beyoncé y Ja Rule. La cinta — de hecho era un DVD con sonido sur round — se mostraría al jurado.

—Un gasto legítimo de empresa —dijo Matt.

—¿Cómo?

—Piensa en los invitados. Ejecutivos de los grandes laboratorios. Grandes clientes. Funcionarios gubernamentales de la FDA que aprueban los medicamentos y conceden licencias. Médicos, investigadores, todo. Nuestro cliente estaba agasajando a los clientes, una práctica empresarial americana legal desde antes del Boston Tea Party,<sup>3</sup> que se hizo por el bien de la empresa.

—¿Y el detalle de que la fiesta se celebrara en ocasión del *bar mitzvah* de su hijo?

Matt se encogió de hombros.

—Eso va en su favor, en realidad. Sterman estuvo genial.

Mediana Edad hizo una mueca.

—Piénsalo. Si Sterman hubiera dicho: «Celebro una gran fiesta para ganar clientes importantes», bueno, eso no le habría ayudado a crear las relaciones que estaba buscando. Así que Sterman, que es gato viejo, apostó por algo más sutil. Invita a los asociados de su empresa al *bar mitzvah* de su hijo. Así los pilla desprevenidos. Les parece encantador, ese padre de familia que los invita a algo personal en lugar de

---

<sup>3</sup> Manifestación de boicot contra la Ley del Té promulgada por el gobierno de Inglaterra en 1773 permitiendo a la Compañía de las Indias Orientales importar su té a las colonias sin intermediarios. (*N. de la T.*)



meterlos en una rígida celebración empresarial. Sterman, como cualquier gran ejecutivo brillante, tomó un camino creativo.

Mediana Edad arqueó una ceja y asintió lentamente.

—Oh, eso me gusta.

Matt ya se lo imaginaba. Miró el móvil, para asegurarse de que seguía encendido. Lo estaba. Comprobó si había mensajes o llamadas perdidas. No había nada.

Mediana Edad se levantó.

—¿Seguimos con los preparativos mañana?

—Claro —dijo Matt.

Se marchó. Rolanda metió la cabeza por la puerta. Miró hacia el pasillo en dirección a Mediana Edad, se colocó un dedo en la parte baja de la garganta y emitió un sonido ahogado. Matt miró el reloj. Era hora de ponerse en marcha.

Fue rápidamente al aparcamiento de la empresa. Su mirada vagaba, centrándose en todo y en nada. Tommy, el encargado del aparcamiento, le saludó con la mano. Todavía ensimismado, Matt le devolvió el saludo. Su plaza estaba atrás, bajo las cañerías que chorreaban agua. El mundo seguía su sistema de castas, incluso en los aparcamientos, como bien sabía él.

Alguien estaba limpiando un Jaguar verde perteneciente a uno de los socios fundadores. Matt se volvió. Una de las Harleys de Mediana Edad estaba allí, tapada con un plástico transparente. Había un carrito de la compra volcado, con tres de las cuatro ruedas arrancadas. ¿Qué se podía hacer con un carro de una rueda?

Los ojos de Matt vagaron por encima de los coches de la calle, la mayoría taxis ilegales, y notó un Ford Taurus gris porque la matrícula era MLH-472, y las iniciales del propio Matt eran MKH, casi igual, y esa clase de cosas le servían de distracción.

Pero una vez en el coche —de nuevo solo con sus pensamientos— otra cosa empezó a mortificarlo.

Bien, pensó, haciendo un esfuerzo para ser racional, suponiendo lo peor, que lo que había visto en la cámara fuera el momento inicial de alguna cita...

¿Por qué iba a mandarle la foto Olivia?

¿Qué sentido tenía? ¿Quería que la pillaran? ¿Era una petición de auxilio?

No encajaba.

Pero entonces se dio cuenta de otra cosa: Olivia no se lo había mandado.





Venía de su teléfono, sí, pero ella —suponiendo que fuera Olivia la de la peluca rubia platino— no parecía consciente de que la cámara la enfocara. Recordaba haberlo pensado. Ella era el tema de la filmación, lo filmado, por decirlo de algún modo, no quien filmaba.

¿Quién lo mandaba entonces? ¿Era el señor Cabellos Negros? En tal caso, ¿quién había hecho la primera foto, la de Cabellos Negros? ¿Se la había hecho él mismo?

Respuesta: No.

Cabellos Negros tenía la palma de la mano levantada, como saludando. Matt recordaba haber visto un anillo en su dedo, o lo que creía que era un anillo. No le apetecía mucho ponerse a mirar la foto otra vez. Pero pensó en ello. ¿Podría ser una alianza? No, el anillo estaba en la mano derecha.

Sea como fuere, ¿quién había sacado la foto de Cabellos Negros?

¿Olivia?

¿Por qué se la mandaría ella? ¿O se la habían mandado sin querer? ¿Habría apretado alguien una tecla equivocada?

Parecía improbable.

¿Había una tercera persona en la habitación?

Matt no lo había visto. Le dio unas cuantas vueltas más, pero no se le ocurrió nada nuevo. Ambas llamadas se habían originado en el teléfono de su esposa. Eso estaba claro. Pero si ella tenía una aventura, ¿por qué querría que lo supiera?

Respuesta —y, sí, sus razonamientos se estaban volviendo circulares—, no lo querría.

Entonces ¿quién?

Matt pensó otra vez en la sonrisa engreída de Cabellos Negros. Y su estómago se revolucionó. Cuando era más joven, era demasiado sensible. Ahora parecía mentira, pero Matt había sido demasiado sensible. Lloraba si perdía un partido de baloncesto, aunque no fuera de competición. Cualquier disgusto le duraba semanas. Todo aquello cambió la noche que Stephen McGrath murió. Si la cárcel te enseña algo, es a blindarte. No muestras nada. Jamás. No te permites sentir nada, ninguna emoción, porque la explotarían o te la robarían. Matt intentó hacer lo mismo ahora. Intentó amortiguar la sensación de opresión en su estómago.

No podía.

Volvieron las imágenes, algunas horribles mezcladas con recuerdos maravillosamente dolorosos, los que más dolían. Recordó un fin de semana que



Olivia y él habían pasado en una pensión victoriana de Lenox, Massachusetts. Recordaba haber esparcido almohadas y mantas frente a la chimenea de la habitación y haber abierto una botella de vino. Recordaba a Olivia sosteniendo el pie de la copa, la forma como le miraba, la forma como el mundo, el pasado, sus indecisos y temerosos pasos se habían desvanecido, el fuego, que se reflejaba en sus ojos verdes, y entonces pensó en ella estando así con otro hombre.

De repente le asaltó otra idea: una idea tan horrible, tan insoportable que casi perdió el control del coche.

Olivia estaba embarazada.

El semáforo se puso rojo. Matt casi lo rebasó. Apretó los frenos en el último momento. Un peatón, que ya empezaba a cruzar la calle, retrocedió de un salto y le amenazó con el puño. Matt no soltó las manos del volante.

Olivia había tardado mucho tiempo en concebir.

Los dos tenían más de treinta años y en la cabeza de Olivia sonaba su reloj biológico. Ella deseaba tanto crear una familia... Durante mucho tiempo sus intentos de concebir habían fracasado. Matt había empezado a pensar —y no porque sí— que la culpa podía ser suya. En la cárcel había recibido buenas palizas. En la tercera semana que estuvo allí, cuatro hombres le habían agarrado y le habían separado las piernas mientras un quinto le pateaba la ingle. Casi se había desmayado de dolor.

De repente Olivia estaba embarazada.

Quería acallar su cerebro, pero no había manera. La rabia empezó a imponerse. Era mejor, pensó, que el dolor, el apabullante dolor de que le arrebataran otra vez algo que adoraba.

Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla inmediatamente.

Olivia estaba en Boston, un viaje de cinco horas desde donde estaba Matt. A paseo la inspección de la casa. Conduce y ve a verla.

¿Dónde se alojaba?

Lo pensó un momento. ¿Se lo había dicho? No se acordaba. Esta era otra cosa con los teléfonos móviles. Ya no te preocupas tanto por eso. ¿Qué diferencia había entre estar en el Marriott o en el Hilton? Era un viaje de trabajo. Estaría de un lado para otro, en reuniones y cenas, y pasaría poco tiempo en su habitación.

Evidentemente era más fácil localizarla en su móvil.

Entonces ¿qué?



No tenía ni idea de dónde se alojaba. Y aunque lo supiera, ¿no sería más prudente llamarla primero? Pero la habitación que había visto en la cámara del teléfono podía no ser la misma. Podía ser de Cabellos Negros. Supongamos que sabía en qué hotel estaba. Supongamos que se presentaba, llamaba a la puerta y entonces, qué, ¿Olivia abría con un salto de cama y aparecía Cabellos Negros detrás de ella con una toalla alrededor de la cintura? ¿Qué haría Matt entonces? ¿Romperle la cara? ¿Señalarle con el dedo y gritar: «¡Aja!»?

Intentó llamarla otra vez al móvil. No obtuvo respuesta. No dejó otro mensaje.

¿Por qué no le había dicho Olivia dónde se alojaría?

Está bastante claro a estas alturas, ¿no, Matt?

El telón rojo cayó sobre sus ojos.

Suficiente.

Probó en su despacho, pero saltó directamente su contestador: «Hola, soy Olivia Hunter. Estaré fuera de la oficina hasta el viernes. Si es urgente, habla con mi ayudante, Jamie Suh, marcando su extensión, el seis cuatro cuatro...».

Eso fue lo que hizo Matt. Jamie contestó al tercer timbre.

—*Despacho de Olivia Hunter.*

—*Hola, Jamie, soy Matt.*

—*Hola, Matt.*

Mantuvo las manos al volante y habló utilizando el manos libres, que siempre le hacía sentir raro, como si fueras un chalado que hablara con un amigo imaginario. Cuando hablas por teléfono, deberías tener el aparato en la mano.

—*Quería preguntarte algo.*

—*Adelante.*

—*¿Sabes en qué hotel se aloja Olivia?*

No tuvo respuesta.

—*¿Jamie?*

—*Sigo aquí—dijo ella—. Lo miraré si esperas un momento. Pero ¿por qué no la llamas al móvil? Es el número que dejó para los clientes si había alguna urgencia.*

Matt no sabía muy bien cómo contestar a eso sin parecer desesperado. Si le decía que lo había intentado y le había salido el buzón de voz, Jamie Suh se preguntaría por qué no podía esperar a que ella le devolviera el mensaje. Se estrujó el cerebro buscando algo que pareciera plausible.



—Sí, ya lo sé —dijo—. Pero quería mandarle unas flores. Una sorpresa.

—Ah, ya. —Su voz no traslucía ningún entusiasmo—. *¿Es una ocasión especial?*

—No. —Después añadió sin ninguna convicción—: Pero es que la luna de miel aún no ha acabado.

Se rió de su lastimosa gracia. Aunque Jamie no.

Hubo un largo silencio.

—¿Sigues ahí? —dijo Matt.

—Sí.

—¿Puedes decirme dónde se aloja?

—*Lo estoy mirando.* —Se oyeron sus dedos tecleando el ordenador. Después—: Matt...

—Sí.

—*Me llaman por la otra línea. ¿Puedo llamarte cuando lo encuentre?*

—Claro —dijo, muy poco entusiasmado.

Le dio su teléfono móvil y colgó.

¿Qué diablos pasaba?

Su teléfono volvió a vibrar. Miró el número. Era de su despacho. Rolanda no se molestó en saludar.

—*Problemas* —dijo—. *¿Dónde estás?*

—Acabo de llegar a la Setenta y ocho.

—*Vuelve. Washington Street. Van a desahuciar a Eva.*

Matt maldijo en voz baja.

—¿Quién?

—*La pastora Jill está allí con esos dos gordinflones que tiene por hijos. Han amenazado a Eva.*

La pastora Jill. Una mujer que se había sacado el título de pastora en la red y montaba cosas de caridad para los jóvenes mientras cobraran lo suficiente en vales de comida. Los timos que se hacen contra los pobres van más allá del delito. Matt hizo girar el coche a la derecha.

—Voy para allá —dijo.



Diez minutos después paró en Washington Street. El barrio estaba cerca de Branch Brook Park. De pequeño, Matt solía jugar a tenis allí. Jugó en competiciones una temporada, y sus padres le llevaban a los torneos en Port Washington cada dos fines de semana. Incluso llegó a entrar en la lista de los menores de catorce años. Pero la familia dejó de ir a Branch Brook mucho antes de eso. Matt nunca comprendió qué le había ocurrido a Newark. Había sido una ciudad próspera y maravillosa. Los más ricos se fueron mudando durante la migración suburbana de los años cincuenta y sesenta. Era natural, por supuesto. Sucedió en todas partes. Pero Newark estaba abandonada. Los que se marcharon —incluso los que sólo se alejaron unos kilómetros— nunca miraron atrás. En parte fue culpa de las revueltas de finales de los sesenta. En parte fue por simple racismo. Pero había algo más en este caso, algo peor, y Matt no sabía exactamente qué era.

Bajó del coche. El barrio era predominantemente afroamericano. Como casi todos sus clientes. Matt pensó en ello un momento. Durante su estancia en la prisión, oyó la palabra con «n» más veces que ninguna otra. Él mismo la había dicho, para encajar al principio, pero se volvió menos repulsiva con el tiempo, lo que evidentemente era lo más repulsivo de todo.

Al final había tenido que traicionar todo lo que siempre había creído, la mentira suburbana liberal de que el color de la piel no importaba. En la cárcel, el color de la piel era lo único que importaba. Fuera, en un mundo enteramente diferente, importaba lo mismo.

Su mirada se paseó por el escenario. Se detuvo en un interesante amasijo de graffiti. En una pared de ladrillo desconchado, alguien había pintado con aerosol dos palabras en letras de diez centímetros de alto.

*¡PUTAS MENTIRAS!*

Normalmente Matt no se habría parado a mirar algo así. Pero lo hizo. Las letras eran rojas e inclinadas. Aunque no supieras leer, habrías percibido la rabia. Matt pensó en su autor, en lo que le había impulsado a escribir eso. Se preguntó si aquel acto de vandalismo habría diluido la ira del creador o habría sido su primer paso hacia una mayor destrucción.

Caminó hacia el edificio de Eva. El coche de la pastora Jill, un Mercedes 560 completamente equipado, estaba allí. Uno de sus hijos hacía guardia con los brazos cruzados y la cara apretada en una mueca. Los ojos de Matt iniciaron otra vez su barrido. Los vecinos estaban fuera y cerca. Un niño pequeño de unos dos años estaba sentado sobre un viejo cortacéspedes. Su madre lo utilizaba de cochecito. Hablaba sola y parecía tensa. La gente miraba a Matt, un blanco no era una rareza, pero despertaba curiosidad.



Los hijos de la pastora Jill lo miraron furiosos al verle acercarse. La calle quedó en silencio, como en una película del Oeste. La gente se preparaba para un espectáculo.

—¿Cómo estáis? —preguntó Matt.

Los hermanos podrían haber sido gemelos. Uno siguió mirando a Matt. El otro empezó a cargar las pertenencias de Eva en el maletero. Matt no pestañeó. Siguió sonriendo y caminando.

—Quiero que dejéis de hacer eso ahora mismo.

Brazos Cruzados dijo:

—¿Tú quién eres?

La pastora Jill salió. Miró a Matt y también puso mala cara.

—No puedes echarla —dijo Matt.

La pastora Jill lo miró por encima del hombro.

—Esta residencia es mía.

—No, es propiedad estatal. Tú dices que son alojamientos de caridad para los jóvenes del municipio.

—Eva no ha seguido las normas.

—¿Qué normas?

—Somos una institución religiosa. Tenemos un código moral estricto. Eva lo violó.

—¿Cómo?

La pastora Jill sonrió.

—No creo que sea de su incumbencia. ¿Puedo preguntar cómo se llama?

Sus dos hijos intercambiaron una mirada. Uno dejó en el suelo las cosas de Eva. Se volvieron a mirarlo.

Matt señaló el Mercedes de la pastora Jill.

—Bonito coche.

Los hermanos fruncieron el ceño y avanzaron hacia él. Uno hizo crujir el cuello mientras trotaba. El otro abrió y cerró los puños. Matt sentía que le hervía la sangre. Curiosamente, la muerte de Stephen McGrath —el «incidente»— no le había vuelto temeroso de la violencia. Tal vez de haber sido más agresivo aquella noche, no menos... pero ahora ya no importaba. Aprendió una lección valiosa sobre los enfrentamientos físicos: no se puede predecir nada. Está claro, el primero que pega suele ser el que gana. El más grande también suele salir victorioso. Pero una vez que



se empieza, una vez que el rojo tornado se apodera de los combatientes, puede suceder cualquier cosa.

Crujecuello dijo otra vez:

— ¿Quién eres?

Matt no pensaba arriesgarse. Suspiró y sacó su teléfono con cámara.

— Soy Bob Smiley, del Canal Nueve de Noticias.

Eso los detuvo.

Apuntó la cámara en su dirección y fingió que la encendía.

— Si no les importa, voy a grabar lo que hacen aquí. El equipo del Canal Nueve de Noticias llegará en tres minutos para grabar unas tomas mejores.

Los hermanos miraron a su madre. La cara de la pastora Jill cambió a una beatífica sonrisa, por falsa que fuera.

— Ayudamos al traslado de Eva — dijo —. A un lugar mejor.

— Ah...

— Pero si prefiere quedarse...

— Prefiere quedarse — dijo Matt.

— Milo, vuelve a meter sus cosas en el apartamento.

Milo, alias Crujecuello, miró a Matt rabioso. Matt levantó más la cámara.

— Mantén esa pose, Milo.

Milo y Puños Cerrados empezaron a sacar las cosas de la furgoneta. La pastora Jill fue corriendo a su Mercedes y esperó en el asiento de atrás. Eva miró a Matt desde la ventana y silabeó un «gracias» en silencio. Matt asintió y se fue.

Fue entonces, al volverse, sin mirar nada en concreto, cuando vio el Ford Taurus gris.

El coche pasaba a unos treinta metros detrás de él. Matt se quedó clavado. Había Ford Taurus grises a montones, por supuesto, quizás era el coche más popular del país. Ver dos el mismo día no era especialmente raro. Matt se imaginaba que probablemente había otro Ford Taurus en aquel mismo tramo de calle. A lo mejor dos o tres. Y no le sorprendería enterarse de que uno de ellos fuera gris.

Pero ¿tendría una matrícula que empezara por MLH, tan parecida a sus propias iniciales, MKH?

Sus ojos se quedaron pegados a la matrícula.





MLH-472.

El mismo coche que había visto frente a la oficina.

Matt intentó controlar su respiración. Sabía que podía tratarse sólo de una coincidencia. Haciendo un esfuerzo, incluso pensaba que era una fuerte posibilidad. Una persona podía ver el mismo coche dos veces en un día. Sólo estaba, ¿cuánto?, a un kilómetro de su oficina. Aquél era un barrio bastante congestionado. No era una gran sorpresa.

En un día normal —es más, casi cualquier otro día— habría permitido que esa lógica lo convenciera.

Pero no hoy. Dudó, pero no mucho rato. Después se dirigió al coche.

—Eh —gritó Milo—, ¿adónde vas?

—No pares de descargar, grandullón.

Matt no había dado ni cinco pasos cuando las ruedas delanteras del Ford Taurus empezaron a girar para salir de la plaza. Matt apresuró el paso.

Sin más ni más, el Taurus dio un salto adelante y salió disparado hacia la calle. Las luces traseras blancas se encendieron y el coche retrocedió. Matt se dio cuenta de que el conductor pensaba hacer un giro de 180 grados. El conductor apretó el freno y giró el volante rápida y violentamente. Matt estaba a sólo un par de metros de la ventana trasera.

Matt gritó:

—¡Espera!

Como si pudiera servir de algo. Echó a correr y saltó frente al coche.

Un error.

El Taurus resbaló con la grava, chirrió y salió disparado hacia él.

No redujo la velocidad, ni vaciló. Matt saltó a un lado. El Taurus aceleró. Matt estaba en el suelo, en horizontal. El parachoques le dio en el tobillo. Una explosión de dolor se le difundió hasta el hueso. El impulso lanzó a Matt por los aires. Cayó de cara y se protegió encogiendo el cuerpo y rodando. Aterrizó de espaldas.

Por un momento, Matt se quedó pestañeando de cara al cielo. La gente se agolpó a su alrededor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó alguien.

Él asintió y se sentó. Se palpó el tobillo. Lacerado, pero no roto. Alguien le ayudó a ponerse de pie.





Toda la escena —desde que había visto el coche hasta que éste había intentado atrepellarle— había durado quizá cinco o diez segundos. Sin duda no mucho más. Matt miró a lo lejos.

Alguien le había estado siguiendo, como mínimo.

Se palpó el bolsillo. El móvil seguía allí. Fue cojeando al apartamento de Eva. La pastora Jill y sus hijos se habían marchado. Se aseguró de que Eva estaba bien. Después se metió en su coche y respiró hondo. Pensó en lo que tenía que hacer y decidió que el primer paso era bastante obvio.

Marcó el número de su línea privada. Cuando Cingle contestó, Matt preguntó:

— ¿Estás en el despacho?

— Sí— dijo Cingle.

— Estaré allí dentro de cinco minutos.



## Capítulo 6

En cuanto la detective de homicidios del condado Loren Muse abrió la puerta de su apartamento, la agredió una ráfaga de humo de tabaco. Loren no la evitó. Se paró y aspiró hondo.

Su apartamento jardín estaba en Morris Avenue, en Union, Nueva Jersey. Nunca había entendido el concepto «jardín». El lugar era un asco: todo ladrillo, sin personalidad, y no había nada que recordara al verde. Aquélla era la versión de Nueva Jersey del purgatorio, una parada, el lugar donde las personas estaban de paso en su camino ascendente o descendente en la escala social y económica. Las parejas jóvenes vivían allí hasta que podían permitirse una casa. Los pensionistas poco afortunados volvían allí cuando sus hijos volaban del nido.

Y, por supuesto, las mujeres solteras al borde de la madurez que trabajaban demasiado y salían poco, también acababan allí.

Loren tenía treinta y cuatro años, y tenía citas en serie en las que, en palabras de su fumadora madre que estaba en ese momento en el sofá, «nunca se cerraba la venta». Lo de ser policía tenía eso. Al principio atraía a los hombres y después los hacía huir, cuando se acercaba la fecha del compromiso, alias caducidad. En aquel momento salía con un tal Pete a quien su madre había etiquetado de «fracasado sin remedio», valoración que a la propia Loren le costaba discutir.

Sus dos gatos, *Oscar* y *Felix*, no se veían por ninguna parte, pero eso era normal. Su madre, la bonita Carmen Valos Muse Brewster lo que sea, estaba echada en el sofá mirando *Jeopardy!* Veía el concurso casi cada día y jamás había sabido contestar una pregunta.

—Eh —dijo Loren.

—Este piso es una pocilga —dijo su madre.

—Pues límpialo. O mejor aún, lárgate.

Carmen acababa de romper con su marido número cuatro. Su madre era una mujer guapa, bastante más guapa que su anodina hija, que había salido más a su



padre suicida. Todavía era sexy, aunque un tanto pasada. Su belleza empezaba a decaer, pero seguía teniendo mejores citas que Loren. Los hombres adoraban a Carmen Valos Muse Etcétera.

Carmen apagó el televisor y dio otra calada al cigarrillo.

—Te he pedido mil veces que no fumaras aquí —dijo Loren.

—Tú fumas.

—No, mamá, lo he dejado.

Carmen enarcó las grandes cejas en su dirección, pestañeando seductoramente por pura costumbre.

—¿Lo has dejado?

—Sí.

—Oh, vamos. ¿Dos meses? Eso no es dejarlo.

—Ya son cinco meses.

—Es lo mismo. ¿No fumabas aquí?

—¿Y qué?

—¿Qué más da, entonces? La peste no se ha marchado ni mucho menos. Esto no es una de esas habitaciones de hotel para no fumadores. ¿No?

Su madre le lanzó la consabida mirada sentenciosa, mirando a Loren de arriba abajo, como hacía siempre, y como siempre juzgándola defectuosa. Loren esperó el inevitable consejo de belleza «sólo para ayudar»: necesitas un corte de pelo, deberías ponerte ropa más ajustada, ¿por qué te gusta parecer un muchacho?, ¿has visto los nuevos sujetadores push-up de Victoria's Secret?, un poco de maquillaje no te mataría, las bajitas nunca deberían salir sin tacones...

Carmen abrió la boca y sonó el teléfono.

—Que no se te olvide —dijo Loren.

Descolgó el teléfono.

—Eh, Tapón, soy moi.

«Moi» era Eldon Teak, un abuelo caucasiano de sesenta y dos años que sólo oía música rap. Era forense del condado de Essex.

—¿Qué hay, Eldon?

—¿Te ha tocado el caso de la Monja Cañón?

—¿Así la llamáis?



—Hasta que se nos ocurra algo más divertido. A mí me gustaba Nuestra Señora del Valle o Montañas Monte Santo, pero a nadie más.

Loren se frotó los ojos con el dedo índice y el pulgar.

— ¿Tienes algo para mí?

—Lo tengo.

— ¿Qué?

—Que la muerte no fue accidental.

— ¿La asesinaron?

— Sí. Con una almohada sobre la cara.

—Vaya, ¿cómo es posible que les pasara por alto?

— ¿Cómo es posible que le pasara por alto a quién?

— ¿No la habían clasificado como muerte por causas naturales?

— Sí.

— Bueno, Eldon, a eso me refería: cómo es posible que les pasara por alto.

— Y yo te he preguntado a quién te referías.

— A quien la examinó originalmente.

— Nadie la examinó originalmente. Ésa es la cuestión.

— ¿Por qué no?

— Estás de coña, ¿no?

— No. ¿No debería haber sido evidente de entrada?

— Ves demasiada televisión. Cada día mueren trillones de personas, ¿no? La esposa encuentra al marido muerto en el suelo. ¿Te crees que le hacemos una autopsia? ¿Te crees que comprobamos si es un asesinato? La mayoría de las veces ni siquiera acude la policía. Mi viejo la palmó hace diez años. Mi madre llamó a la funeraria, un médico le declaró muerto, lo recogieron y basta. Así es cómo funciona normalmente y tú lo sabes. Aquí se muere una monja, y a cualquiera que no sepa exactamente qué debe buscar le parece que es por causas naturales. Yo nunca la habría puesto sobre la mesa de no haber dicho algo tu madre superiora.

— ¿Estás seguro de que fue una almohada?

— Sí. Una almohada de su habitación, de hecho. Tiene la garganta llena de fibras.

— ¿Y debajo de las uñas?

— Están limpias.



— ¿No es un poco raro?

— *Depende.*

Loren meneó la cabeza, intentando entenderlo.

— ¿Tienes una identificación?

— *¿Una identificación de qué?*

— De la víctima.

— *Creía que era la Hermana Silicona o algo así. ¿Para qué necesitamos una identificación?*

Loren miró su reloj.

— ¿Cuánto rato te vas a quedar en la oficina?

— *Un par de horas más* —dijo Eldon Teak.

— Voy para allá.



## Capítulo 7

Así es como encontraste al amor de tu vida.

Son las vacaciones de primavera de tu primer año de universidad. Casi todos tus amigos se van a Daytona Beach, pero la madre de un viejo amigo del instituto, Rick, trabaja en una agencia de viajes. Os consigue unas tarifas bajísimas para ir a Las Vegas, así que seis amigos y tú os vais a pasar cinco noches en el Flamingo Hotel.

En la última noche, vais a un nightclub en el Caesars Palace porque habéis oído que es un local estupendo para estudiantes de vacaciones. El nightclub, por supuesto, es ruidoso y está hasta los topes. Hay demasiados fluorescentes. No es tu sitio ideal. Estás con amigos, intentando oír lo que dicen por encima del estruendo de la música, cuando miras hacia la barra.

Entonces ves a Olivia por primera vez.

No, la música no se apaga ni suenan arpas celestiales. Pero te ocurre algo. La miras y sientes algo en el pecho, una punzada cálida, y notas que ella también lo siente.

Normalmente eres tímido, no sabes cómo acercarte a las mujeres, pero esa noche no puedes equivocarte. Te acercas a ella y te presentas. Todos tenemos alguna noche especial como ésta, piensas. Estás en una fiesta y ves a una chica guapa y ella te mira y empezáis a hablar y conectáis de una forma que os hace pensar en toda una vida en lugar de una noche.

Hablas con ella. Hablas durante horas. Ella te mira como si fueras la única persona del mundo. Os vais a un sitio más tranquilo. La besas. Ella responde. Empiezas a acariciarla. Os acariciáis toda la noche y no deseas que vaya más allá. La abrazas. Hablas. Te encanta su risa. Te encanta su cara. Te encanta todo de ella.

Os dormís abrazados, vestidos, y te preguntas si algún día volverás a ser tan feliz. Su cabello huele a lilas y bayas. Nunca olvidarás ese olor.

Harías lo que fuera para que durara, pero sabes que no durará. Este tipo de intercambios no están hechos para durar. Tienes una vida, y Olivia tiene un novio «en serio» en casa, en realidad es su prometido. Esto no tiene nada que ver. Aquí



estáis vosotros dos, en vuestro propio mundo, durante un breve espacio de tiempo. Empacáis una pequeña vida en aquella noche, un ciclo completo de cortejo, relación, ruptura, en aquellas pocas horas.

Al final, tú volverás a tu vida y ella volverá a la suya.

No os molestáis en daros los números de teléfono, ninguno de los dos quiere fingir, pero te acompaña al aeropuerto y os despedís con un apasionado beso. Tiene los ojos húmedos cuando la sueltas. Vuelves a la facultad.

Sigues con tu vida, claro, pero nunca la olvidas del todo, ni aquella noche o cómo era besarla o cómo olían sus cabellos. Sigue contigo. Piensas en ella. No cada día, quizá ni siquiera cada semana. Pero sigue allí. El recuerdo es algo que sacas de vez en cuando, cuando te sientes solo, y no sabes si te consuela o te duele.

Te preguntas si ella también lo hace alguna vez.

Pasan once años. No la ves en todo ese tiempo.

Ya no eres la misma persona, por supuesto. La muerte de Stephen McGrath te desvía de la norma. Has cumplido condena en la cárcel. Pero ahora eres libre. Te han devuelto la vida, crees. Trabajas en el gabinete de abogados Carter Sturgis.

Un día te conectas e introduces su nombre en el Google. Sabes que es una estupidez y es inmaduro. Te das cuenta de que probablemente se casó con su prometido, tiene tres o cuatro hijos, quizá lleve el apellido del marido. Pero es un gesto inofensivo. No irás más allá. Sólo sientes curiosidad.

Hay varias Olivia Murray.

Buscas un poco más y encuentras una que podría ser ella. Esta Olivia Murray es directora de ventas de DataBetter, una consultoría que diseña sistemas de ordenador para empresas de tamaño medio. El sitio web de DataBetter tiene las biografías de sus empleados. La suya es breve, pero menciona que se graduó en la Universidad de Virginia. Ahí era donde iba tu Olivia Murray cuando la conociste hace tantos años.

Intentas olvidarlo.

No eres de los que creen en el destino o la predestinación, más bien al contrario, pero seis meses después, los socios de Carter Sturgis deciden que el sistema informático de la empresa necesita ponerse al día. Mediana Edad sabe que aprendiste programación durante tu estancia en la cárcel. Propone que formes parte de la comisión que desarrollará una nueva red para la oficina. Propones varias empresas que hagan una oferta.

Una de ellas es DataBetter.



Llegan dos personas de DataBetter a las oficinas de Carter Sturgis. Estás aterrado. A última hora, simulas una urgencia y no asistes a la presentación. Sería demasiado presentarse así. Dejas que los otros tres miembros de la comisión se encarguen de la entrevista. Te quedas en tu despacho. Te tiemblan las piernas. Te muerdes las uñas. Te sientes idiota.

A mediodía, llaman a la puerta de tu despacho.

Te vuelves y Olivia está allí.

La reconoces inmediatamente. Te sienta como un golpe físico. La punzada cálida ha vuelto. Apenas puedes hablar. Miras su mano izquierda. El dedo anular.

No lleva anillo.

Olivia sonríe y te dice que está en Carter Sturgis haciendo una presentación. Intentas asentir. Su empresa está haciendo una oferta para instalar el sistema informático de la casa, dice. Ha visto tu nombre en la lista de personas que deberían haber asistido a la reunión y se ha preguntado si serías el mismo Matt Hunter que conoció hace tantos años.

Todavía asombrado, le preguntas si le apetece tomar un café. Ella duda, pero dice que sí. Cuando te levantas y pasas a su lado, le hueles el pelo. Las lilas y las bayas siguen allí, y temes que se te humedezcan los ojos.

Os saltáis los típicos preliminares de puesta al día, a ti te parece estupendo. Te enteras de que en esos años ella también ha pensado en ti. El prometido desapareció hace tiempo. No se ha casado.

Tu corazón se hincha aunque te niegues a creer en tu suerte. No puede ser posible. Ninguno de los dos cree en el concepto de amor a primera vista.

Pero ahí estáis.

En las semanas siguientes descubres lo que es amor de verdad. Ella te enseña. Un día le cuentas la verdad sobre tu pasado. Ella lo supera. Os casáis. Ella se queda embarazada. Sois felices. Lo celebráis comprándoos móviles con cámara.

Y entonces, un día, recibes una llamada y ves a la mujer que conociste durante aquellas vacaciones de primavera —la única mujer que has amado— en una habitación de hotel con otro hombre.

¿Por qué habrían de seguirle?

Matt mantuvo las manos sobre el volante mientras daba vueltas a las posibilidades en la cabeza. Las fue repasando. Ninguna le convencía.

Necesitaba ayuda, de la buena. Y eso representaba visitar a Cingle.





Llegaría tarde a su cita con el perito de la casa. No le importaba mucho. De repente el futuro que se había permitido imaginar —casa, verja, la siempre hermosa Olivia, los 2,4 hijos, el perro labrador— parecía aterradoramente poco realista. Se estaba engañando, pensó. Un asesino convicto volviendo a los suburbios donde había crecido y creando una familia ideal; de repente, parecía un mal culebrón.

Matt llamó a Marsha, su cuñada, para decirle que llegaría más tarde, pero salió su contestador. Le dejó un mensaje y metió el coche en el aparcamiento.

En un edificio con mucho cristal, no muy lejos de la oficina, está MVD o Most Valuable Detection, una gran empresa de detectives que Carter Sturgis empleaba. Por norma general, Matt no era aficionado a los detectives privados. En la ficción eran tipos muy enrollados. En la realidad eran, en el mejor de los casos, policías retirados (con énfasis en la parte «tirados») y, en el peor, tipos que no habían llegado a polis y entraban en esa fauna peligrosa conocida como «aspirantes a polis». Matt había visto a muchos aspirantes trabajando como guardianes de prisión. La mezcla de fracasos y testosterona imaginaria producía consecuencias volátiles y a menudo poco agradables.

Matt se sentó en el despacho de una de las excepciones a la norma: la preciosa y controvertida Cingle Shaker. Matt no creía que ése fuera su nombre real, sino el que utilizaba profesionalmente. Cingle medía metro ochenta y tenía los ojos azules y el pelo de color miel. Su cara era bastante atractiva. Su cuerpo causaba arritmias cardíacas: era capaz de provocar un accidente de tráfico. Incluso Olivia había exclamado «Uau» al conocerla. Decían los rumores que Cingle había sido una roquette en Radio City Music Hall, pero que las demás chicas se quejaban de que estropeaba la «simetría». Matt no tenía ninguna duda.

Cingle tenía los pies apoyados en la mesa. Llevaba botas camperas que le añadían cinco centímetros a su altura, y vaqueros oscuros ajustados como mallas. En la parte de arriba, llevaba un jersey de cuello alto negro que en algunas mujeres podría considerarse ceñido pero que en el caso de Cingle se podía considerar legítimamente apto de recibir una denuncia por indecencia.

—Era una matrícula de Nueva Jersey —dijo Matt por tercera vez—. MLH-472.

Cingle no se había movido. Apoyó la barbilla en la L formada por su pulgar y su dedo índice. Le miró a los ojos.

—¿Qué? —dijo Matt.

—¿A qué cliente tengo que facturar?

—A ningún cliente —dijo Matt—. Me lo facturas a mí.

—Entonces a ti.



—Sí.

—Mmm. —Cingle bajó los pies al suelo, se estiró y sonrió—. ¿Es personal, entonces?

—Vaya —exclamó Matt—, eres buena. Te digo que me lo factures a mí, que es para mí, y, pam, deduces que es personal.

—Son años de ser detective, Hunter. No dejes que eso te intimide.

Matt se esforzó por sonreír.

Ella no dejó de mirarle.

—¿Quieres oír una de las diez reglas del Libro de resoluciones de Cingle Shaker?

—No, francamente.

—Resolución número seis: Cuando un hombre te pide que busques una matrícula por motivos personales, puede ser sólo por dos razones. Una —Cingle levantó un dedo—: cree que su esposa le engaña y quiere saber con quién.

—¿Y dos?

—No hay dos. Te he mentado. Sólo hay una.

—No es eso.

Cingle meneó la cabeza.

—Normalmente los ex convictos mienten mejor.

Matt lo dejó pasar.

—Vale, pongamos que te creo. ¿Por qué, dime, quieres que te localice esa matrícula?

—Es personal. ¿Te acuerdas? Me facturas a mí, a mí, personal.

Cingle se levantó, cuan larga era, y se puso en jarras. Lo miró con mala cara. Matt no exclamó «Uau» como Olivia, en voz alta, pero tal vez lo pensó.

—Piensa en mí como tu consejera religiosa —dijo ella—. La confesión es buena para el alma, ya lo sabes.

—Sí —dijo Matt—. Religión. En eso estaba pensando. —Se sentó—. ¿Me ayudarás o qué?

—Está hecho. —Lo miró un momento más. Matt no se arredró. Cingle volvió a sentarse y puso otra vez los pies sobre la mesa—. Lo de ponerme de pie y en jarras normalmente ablanda a los tíos.

—Soy de piedra.



—Sí, claro, así es más divertido.

—Ja, ja.

Ella volvió a mirarlo inquisitivamente.

—Quieres a Olivia, ¿verdad?

—No voy a hablar de eso contigo, Cingle.

—No tienes que contestarme. Te he visto con ella. Y a ella contigo.

—Entonces ya lo sabes.

Ella suspiró.

—Dame otra vez esa matrícula.

Matt se la dio y esta vez Cingle la apuntó.

—No tardaré más de una hora. Te llamaré al móvil.

—Gracias. —Matt fue hacia la puerta.

—Matt.

Se volvió a mirarla.

—Tengo cierta experiencia en estas cosas.

—Me consta.

—Abrir esta puerta —Cingle blandió el papelito con el número de matrícula— es como iniciar una pelea. En cuanto llamas ya no se sabe lo que pasará.

—Vaya, Cingle, qué sutil.

Ella hizo una mueca.

—La sutileza se acabó para mí el día que entré en la pubertad.

—Hazme este favor, ¿de acuerdo?

—Lo haré.

—Gracias.

—Pero —levantó un dedo índice—, si consideras necesario seguir adelante, quiero que me prometas que me dejarás ayudarte.

—No seguiré adelante —dijo Matt, y la expresión que vio en la cara de ella le dejó claro lo poco que le creía.



Matt estaba entrando en su antigua ciudad de Livingston cuando volvió a sonar el móvil. Era Jamie Suh, la ayudante de Olivia, que por fin le devolvía la llamada.

—*Lo siento, Matt. No encuentro la reserva del hotel.*

—¿Cómo es posible? —soltó Matt sin pensar.

Hubo un silencio demasiado largo. Intentó suavizarlo.

—A ver, ¿lo normal no es que deje el nombre del hotel? Por si hay alguna urgencia.

—*Tiene el móvil.*

Matt no supo qué decir.

—*Además casi siempre le reservo yo el hotel* —añadió Jamie.

—¿Esta vez no lo hiciste?

—*No.* —Y añadió rápidamente—: *Pero tampoco es muy raro. A veces lo hace ella misma.*

Matt no supo qué deducir de eso.

—¿Has hablado con Olivia hoy?

—*Ha llamado esta mañana.*

—¿Te ha dicho dónde estaría?

Hubo otro silencio. Matt sabía que su comportamiento se consideraría más allá de la normal curiosidad marital, pero decidió arriesgarse.

—*Sólo ha dicho que tenía varias reuniones. Nada concreto.*

—De acuerdo, si vuelve a llamarte...

—*Le diré que la estás buscando.*

Después Jamie colgó.

Otro recuerdo le asaltó. Él y Olivia habían tenido una pelea fenomenal, una de esas discusiones brutales en las que sabes que no tienes razón pero no bajas del burro. Ella se marchó llorando y no llamó durante dos días. Dos días enteros. Él la llamaba pero no contestaba. La buscó pero no la encontró. Aquello se le incrustó en el corazón, lo recordó en ese momento. La idea de que no volviera nunca más le dolía tanto que le costaba respirar.

El inspector de la casa estaba a punto de terminar cuando él llegó. Hacía nueve años, Matt había salido de la cárcel después de cumplir cuatro por matar a un



hombre. Ahora, por increíble que pareciera, estaba a punto de comprarse una casa, compartirla con la mujer que amaba y criar a un hijo.

Meneó la cabeza incrédulamente.

La casa formaba parte de un tramo de la urbanización construido en 1965. Como casi todo Livingston, la zona había sido agrícola. Todas las casas eran muy parecidas, pero si eso había desanimado a Olivia, lo había disimulado muy bien. Había contemplado la casa con un fervor casi religioso y había susurrado: «Es perfecta». Su entusiasmo disipó todas las dudas sobre regresar a su ciudad que Matt podía seguir albergando.

Matt estaba en lo que pronto sería su jardín delantero e intentó imaginarse a sí mismo viviendo allí. Se le hacía raro. Ya no se sentía de allí. Eso lo había sabido hasta... bueno, hasta Olivia. Ahora había regresado.

Un coche patrulla paró detrás de él. Bajaron dos hombres. El primero iba de uniforme. Era joven y estaba en forma. Echó un vistazo policial a Matt. El segundo vestía de civil.

—Hola, Matt —gritó el hombre del traje marrón—. Cuánto tiempo.

Hacía mucho tiempo, desde el instituto al menos, pero Matt reconoció inmediatamente a Lance Banner.

—Hola, Lance.

Los dos hombres cerraron las puertas del coche de un portazo como si hubieran coordinado sus movimientos. El uniformado cruzó los brazos y permaneció en silencio. Lance se acercó a Matt.

—¿Sabes que vivo en esta calle? —dijo.

—No me digas.

—Sí.

Matt no dijo nada.

—Ahora soy detective de la policía.

—Felicidades.

—Gracias.

¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Lance Banner? Desde segundo curso, al menos. Nunca fueron amigos, ni enemigos. Jugaron en el mismo equipo de la Liga de Alevines durante tres años. Fueron juntos a una clase de gimnasia en octavo y a una clase de estudio en el primer año de instituto. Livingston High School era un instituto grande: seiscientos chicos por curso. Ellos se movían en círculos diferentes.



— ¿Cómo te ha ido? — preguntó Lance.

— Muy bien.

Salió el perito. Llevaba un sujetapapeles en la mano.

— ¿Qué te ha parecido, Harold? — preguntó Lance.

Harold levantó la cabeza y asintió.

— Muy sólida, Lance.

— ¿Seguro?

Algo en su tono hizo que Harold se detuviera. Lance volvió a mirar a Matt.

— Éste es un buen barrio.

— Por eso lo hemos elegido.

— ¿Estás seguro de que es una buena idea, Matt?

— ¿El qué, Lance?

— Volver aquí.

— He cumplido mi condena.

— ¿Y crees que con eso acaba todo?

Matt no dijo nada.

— Ese chico que mataste sigue muerto, ¿no?

— Lance...

— Ahora soy el detective Banner — dijo.

— Detective Banner, vengo a ver...

— He leído tu caso. Incluso llamé a un par de compañeros, para enterarme de lo que había pasado.

Matt lo miró. Tenía manchas grises en los ojos. Había engordado. Los dedos le escocían y a Matt no le gustaba la forma como le sonreía. La familia de Lance Banner había trabajado aquella tierra. Su abuelo, o quizá su bisabuelo, había vendido aquella tierra por una bicoca. Los Banner seguían considerando Livingston su ciudad. Ellos eran la tierra. El padre bebía demasiado. Lo mismo que los dos aburridos hermanos de Lance. En cambio, a Matt, Lance siempre le había parecido bastante listo.

— Entonces ya lo sabes: fue un accidente — dijo Matt.

Lance Banner asintió lentamente.

— Es posible.



—Entonces ¿a qué viene esto, Lance?

—A que eres un ex convicto.

—¿Crees que debía ir a la cárcel?

—Es difícil de decir —dijo, frotándose la barbilla—. Pero, por lo que he leído, creo que tuviste mala suerte.

—¿Y?

—Y te pringaron. Fuiste a la cárcel.

—No te entiendo.

—La sociedad quiere vender esa mierda de la rehabilitación en público, y a mí me da igual. Pero yo —dijo, señalándose a sí mismo— sé cómo va. Y tú —dijo, señalando a Matt— sabes cómo va.

Matt no dijo nada.

—Puede que fueras una bellísima persona cuando entraste. Pero ¿vas a decirme que eres la misma persona ahora?

Era una pregunta sin respuesta. Se volvió y se fue hacia la puerta.

—A lo mejor el inspector de la casa encuentra algo y te da una excusa para retractarte —dijo Lance.

Matt entró y acabó los trámites con el perito. Había algunos detalles —algún problema de cañerías, un distribuidor de electricidad sobrecargado— pero todo problemas pequeños. Cuando terminaron, Matt fue a casa de Marsha.

Aparcó en la calle bordeada de árboles donde vivían sus sobrinos y su cuñada... ¿Se la seguía considerando cuñada si el hermano había muerto? Sin duda «ex» sonaba fatal. Los niños, Paul y Ethan, estaban en el jardín recogiendo hojas. Estaban con la canguro, Kyra, una estudiante de primer curso de la universidad que seguía unas clases de verano en la Universidad William Paterson. Le alquilaba una habitación a Marsha encima del garaje. Kyra había venido muy bien recomendada por alguien de la iglesia de Marsha, y aunque Matt era al principio escéptico con la idea de tener a una canguro viviendo en casa (aunque fuera una universitaria), tenía que reconocer que el acuerdo funcionaba de maravilla. Kyra resultó ser una chica fantástica, una cara nueva rebotante de una alegría muy necesaria, procedente de uno de los estados con «I» del Medio Oeste, nunca se acordaba de cuál.

Matt bajó del coche. Kyra hizo visera con la mano sobre los ojos y le saludó con la otra. Sonreía como sólo sonríen los jóvenes.

—Hola, Matt.



—Hola, Kyra.

Los chicos oyeron la voz de Matt y volvieron la cabeza como perritos al oír a sus dueños hurgando en el cajón de las chucherías. Se lanzaron hacia él gritando:

—¡Tío Matt! ¡Tío Matt!

Matt sintió que se le aligeraba el peso del pecho. Una sonrisa se dibujó en sus labios al ver correr a los niños hacia él. Ethan se agarró a la pierna derecha de Matt. Paul se colgó de su cintura.

—McNabb la pasa —dijo Matt, haciendo su mejor imitación de Greg Gumbel—. ¡Cuidado! Strahan ha atravesado la línea y tiene una pierna...

Paul lo soltó.

—¡Quiero ser Strahan! —exigió.

Ethan no quiso saber nada.

—¡No, yo quiero ser Strahan!

—¡Eh, los dos podéis ser Strahan! —dijo Matt.

Los dos pequeños miraron a su tío como si fuera el tonto de la clase.

—No puede haber dos Michael Strahan —dijo Paul.

—Eso —se apuntó el hermano.

Entonces apretaron los hombros y volvieron a lanzarse sobre él. Matt representó a un *quarterback* a punto de ser derribado a lo Al Pacino. Se tambaleó, buscó desesperadamente un apoyo imaginario, falló un pase con su invisible balón, y finalmente cayó a cámara lenta.

—¡Uau! —Los chicos se levantaron, chocaron las palmas de las manos y se golpearon pecho contra pecho.

Matt gimió incorporándose y Kyra disimuló una risita.

Paul y Ethan seguían con su danza de celebración cuando apareció Marsha en la puerta. Estaba muy bonita, pensó Matt. Llevaba un vestido y maquillaje. Su pelo estaba cuidadosamente despeinado. Las llaves del coche se balanceaban en su mano.

Al morir Bernie, ellos dos se habían hundido y habían intentado crear algo a la desesperada donde Matt pudiera ejercer de marido y padre.

Fue un desastre.

Matt y Marsha, después de un tiempo prudencial —seis meses—, una noche, sin hablarlo, pero sabiendo lo que iba a pasar, se emborracharon. Marsha tomó la





iniciativa. Le besó, le besó con pasión y después se echó a llorar. Aquello había sido el final.

Antes del «incidente», la familia de Matt había tenido mucha suerte, o había sido ingenuamente feliz. Matt tenía veinte años y sus abuelos seguían vivos y con buena salud; en Miami y en Scottsdale. La tragedia había golpeado a otras familias, pero había esquivado a los Hunter. El incidente lo había cambiado todo. Los había dejado mal preparados para lo que pasó después.

La tragedia tiene esta forma de funcionar: en cuanto se instala dentro, elimina las defensas y permite a sus secuaces un fácil acceso donde nutrirse. Tres de sus cuatro abuelos murieron durante la permanencia de Matt en la cárcel. La angustia mató a su padre y minó a su madre. La madre huyó a Florida. Su hermana huyó a Seattle, al oeste. Bernie tuvo el aneurisma.

Así, sin más, todos desaparecieron.

Matt se levantó y saludó a Marsha con la mano. Ella le devolvió el saludo.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Kyra.

Marsha asintió.

—Gracias, Kyra.

—De nada. —Kyra se cargó la mochila—. Adiós, Matt.

—Adiós, guapa.

Sonó el móvil de Matt. El identificador de llamadas le dijo que era Cingle Shaker. Hizo un gesto a Marsha indicándole que tenía que contestar. Ella le dio a entender que no se preocupara. Matt se acercó a la calzada y contestó.

—Hola.

—Tengo información sobre la matrícula —dijo Cingle.

—Adelante.

—Es de alquiler. Un Avis del aeropuerto de Newark.

—¿Significa esto que hemos llegado a un punto muerto?

—Para muchos investigadores, sin duda. Pero tú cuentas con una experta o casi.

—¿Casi?

—Intento ser modesta.

—No te va, Cingle.



—*Ya, pero se intenta. He llamado a un contacto del aeropuerto. Me lo ha mirado. El coche lo ha alquilado un tal Charles Talley. ¿Le conoces?*

—No.

—*Creía que el nombre te sonaría.*

—No.

—*¿Quieres que investigue a ese Talley?*

—Sí.

—*Te llamaré.*

Colgó. Matt recogía la antena cuando vio al mismo coche patrulla doblando la esquina. Redujo la velocidad al pasar frente a la casa de Marsha. El policía uniformado que había hablado con él le miró. Matt le devolvió la mirada y sintió que se le encendía la cara.

Paul y Ethan se quedaron mirando el coche patrulla. Matt se volvió a Marsha. Ella se percató. Matt intentó sonreír y quitarle importancia. Marsha frunció el ceño.

Entonces su teléfono volvió a sonar.

Sin dejar de observar a Marsha, Matt se llevó el teléfono a la oreja sin mirar el identificador.

—*Hola —dijo.*

—*Hola, cariño, ¿cómo te ha ido?*

Era Olivia.



## Capítulo 8

Las series televisivas convencían a la gente de que los policías se reunían habitualmente con los forenses en el depósito, frente a un cadáver. En realidad eso pasaba raramente. Loren estaba encantada de que fuera así. No era remilgada ni nada de eso, pero prefería que la muerte siguiera siendo impactante. No hacía bromas en un escenario. No intentaba bloquearse o utilizar otros mecanismos de defensa para evadirse. Para Loren un depósito era un ambiente demasiado práctico, demasiado informal, demasiado mundano con el asesinato.

Estaba a punto de abrir la puerta del despacho de Eldon cuando salió Trevor Wine, un investigador de homicidios como ella. Trevor estaba gordo y era de la vieja escuela. Toleraba a Loren como a una simpática mascota que a veces se mea en la alfombra buena.

—Hola, Tapón —dijo.

—¿Tienes un homicidio?

—Sí. —Trevor Wine se subió el cinturón. Tenía el tipo de gordura donde la cintura nunca está en el mismo sitio—. Víctima de arma de fuego. Dos tiros en la cabeza a quemarropa.

—¿Robo, banda, qué?

—Puede que haya sido robo, pero seguro que nada de bandas. La víctima era un blanco jubilado.

—¿Dónde han encontrado el cadáver?

—Cerca del cementerio judío de Fourteenth Avenue. Creemos que es un turista.

—¿Un turista en ese barrio? —Loren hizo una mueca—. ¿Qué hay para ver?

Trevor simuló una risotada y le puso la mano carnosa en el hombro.

—Te lo diré cuando me entere. —No añadió «nena», pero fue como si lo hubiera hecho—. Hasta luego, Tapón.

—Sí, hasta luego.



Se fue y Loren abrió la puerta.

Eldon estaba sentado a su mesa. Llevaba una camisa y unos pantalones de médico nuevos. Eldon siempre iba vestido así. Su despacho no tenía personalidad ni color. Al aceptar el puesto, Eldon tenía pensado cambiarlo, pero cuando alguien entraba en esa habitación para oír detalles de la muerte, no quería nada que estimulara sus sentidos. Así que se conformó con una decoración neutra.

—Toma —dijo Eldon—, cógela.

Le lanzó algo. Instintivamente Loren lo cogió. Era una bolsa de plástico, transparente y amarilla. Dentro había una especie de gel. Eldon tenía una bolsa igual en la mano.

—¿Esto es...?

Eldon asintió.

—Un implante de mama muy usado y por lo tanto muy sucio.

—¿Se me permite decir «puaf»?

—Adelante.

Loren sostuvo la bolsa contra la luz y frunció el ceño.

—Creía que los implantes eran transparentes.

—Empiezan siéndolo, al menos los salinos.

—¿Éstos no son salinos?

—No. De silicona. Y se han estado macerando en tetas desde hace más de una década.

Loren intentó no poner cara de asco. Dentro había una especie de Hcl. Eldon arqueó una ceja y empezó a amasar el implante.

—Para ya.

Se encogió de hombros.

—En fin, éstos pertenecen a tu hermana de los Melones Inmaculados.

—¿Y me los enseñas por...?

—Porque nos dan pistas.

—Soy toda oídos.

—Primero, son de silicona.

—Eso me has dicho.



— ¿Recuerdas hace cinco o diez años cuando hubo aquel gran pánico del cáncer?

— Los implantes perdían.

— Eso. Así que las empresas se vieron obligadas a pasarse al salino.

— ¿No están volviendo ahora a la silicona?

— Sí, pero el caso sigue siendo que éstos son viejos. Muy viejos. Tienen más de una década.

Loren asintió.

— Bien, de acuerdo, es un comienzo.

— Hay más. — Eldon sacó una lupa. Volvió a jugar con uno de los implantes—. ¿Ves esto?

Loren cogió la lupa.

— Es una etiqueta.

— ¿Ves el número del fondo?

— Sí.

— Es el número de serie. Está en casi todos los implantes quirúrgicos: rodillas, caderas, mamas, marcapasos, todo. El aparato tiene que llevar un número de serie.

Loren asintió.

— Y el fabricante guarda los registros.

— Exactamente.

— Así que, si llamamos al fabricante y le damos el número de serie...

— Sabremos el nombre real de la madre con los superiores grandes.

Loren levantó la cabeza.

— Gracias.

— Hay un problema.

Loren se apoyó en su silla.

— La empresa que fabricó los implantes se llamaba SurgiCo. Quebró hace ocho años.

— ¿Y sus archivos?

Eldon se encogió de hombros.



—Lo estamos investigando. Mira, es tarde. Hoy no encontraremos nada. Espero descubrir adonde han ido los archivos mañana.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Me preguntaste por qué no había fibras debajo de las uñas.

—Sí.

—Le estamos haciendo un análisis completo de toxicidad. Podría ser que estuviera drogada, pero yo no lo creo.

—Tienes otra teoría.

—La tengo.

—¿Cuál?

Eldon se echó hacia atrás y cruzó las piernas. Se volvió a un lado y miró la pared.

—Tenía unas pequeñas laceraciones en la parte interior de los bíceps.

Loren entornó los ojos.

—No te sigo.

—Si un hombre fuera muy fuerte y, no sé, entendido, podría agredir fácilmente a una mujer dormida —empezó, con un deje en la voz, como si hablara con un niño—. La colocaría boca arriba, o tal vez ya durmiera en esa posición, se sentaría sobre su pecho, le bloquearía los brazos con las rodillas, y eso, siendo cuidadoso y profesional, se haría sin dejar marcas, hasta asfixiarla con la almohada.

La temperatura de la habitación bajó diez grados. La voz de Loren fue apenas un suspiro.

—¿Crees que fue lo que pasó?

—Tendremos que esperar a los resultados de los análisis —dijo Eldon, apartando la mirada de la pared y volviéndose hacia ella—. Pero sí. Sí, creo que fue lo que sucedió.

Ella no dijo nada.

—Hay una cosa más que respalda mi teoría. Podría ayudarnos. —Eldon puso una fotografía sobre la mesa. Una instantánea de la monja. Tenía los ojos cerrados como si fueran a hacerle un masaje. Tenía sesenta y pocos años, pero la muerte había borrado las arrugas—. ¿Sabes algo de huellas dactilares en la piel?

—Sólo que son difíciles de sacar.

—Casi imposible, si no encuentras el cadáver inmediatamente. La mayor parte de los estudios nos dicen que intentemos sacar huellas en el escenario si es posible.



Como mínimo los del laboratorio deberían asegurarse de que el cadáver se rocía con cola inmediatamente para conservar las huellas antes de que se lleven a la víctima.

Los detalles forenses no eran el punto fuerte de Loren.

—Aja.

—Bueno, ya era demasiado tarde para nuestra monja cadáver. —La miró—. ¿Lo pillas? Monja cadáver en lugar de novia cadáver.

—Como si las tuviera delante ahora mismo. Sigue.

—Bien, he intentado algo experimental. Por suerte el cadáver no fue refrigerado. La condensación que se concentra en la piel se lo carga todo. En fin, pensé en utilizar el papel semirrígido de tereftalato de polietileno. Ése es el que usamos basándonos en la electricidad estática que atrae las partículas de polvo...

—Alto. —Loren levantó la palma de la mano en la clásica señal de «stop»—. Saltémonos el casting de CSI. ¿Has sacado huellas del cuerpo?

—Sí y no. Encontré manchas en ambas sienes. Una parece un pulgar, la otra podría ser un dedo anular.

—En las sienes.

Eldon asintió. Se sacó las gafas, las limpió, volvió a colocárselas sobre la nariz y las adaptó.

—Creo que el asesino le cogió la cara con una mano. Con la palma, como un jugador de baloncesto, apretándole la nariz con la parte baja.

—Por Dios.

—Sí. Entonces le empujó la cabeza hacia abajo mientras se colocaba encima.

—Pero ¿las huellas, qué? ¿Puedes identificar algo con ellas?

—Lo dudo. Huellas parciales como mucho. No sería suficiente en un juzgado, pero hay un nuevo programa que puede ser útil, no sé, para llenar vacíos, como quien dice. Si tienes a alguien, sería suficiente para confirmarlo o eliminarlo.

—Podría ayudarnos.

Eldon se puso de pie.

—Voy a ponerme manos a la obra. Tardaré un día seguramente, quizá dos. Te avisaré cuando tenga algo.

—De acuerdo —dijo Loren—. ¿Algo más?

Fue como si una sombra le cruzara la cara.



—Eldon.

—Sí —dijo—. Hay algo más.

—No me gusta cómo lo has dicho.

—A mí tampoco me gusta decirlo, créeme. Pero creo que quien la mató no se limitó a asfixiarla.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes algo de armas reductoras?

—Algo.

—Creo que utilizaron una. —Tragó saliva—. Dentro del cuerpo.

—Cuando dices «dentro del cuerpo», te refieres a...

—Me refiero a lo que estás pensando —dijo él, interrumpiéndola—. Oye, soy producto de una escuela católica, ¿vale?

—¿Hay señales de quemaduras?

—Vagamente. Pero si sabía lo que hacía, sobre todo en una zona tan sensible, no las dejaría necesariamente. Además era un reductor de una sola punta, si eso te sirve de algo. En general, por ejemplo los que usa la policía, tienen dos puntas. Todavía estoy haciendo pruebas, pero creo que sufrió mucho antes de morir.

Loren cerró los ojos.

—Eh, Tapón.

—¿Qué?

—Hazme un favor. Atrapa a ese cabrón.





## Capítulo 9

—*Hola, cariño, ¿cómo te ha ido?* —preguntó Olivia.

Matt se quedó sin habla.

—Matt.

—Estoy aquí —dijo.

El coche patrulla estaba fuera de su vista. Matt miró detrás de él. Marsha estaba frente a la puerta con las manos en las caderas. Paul perseguía a Ethan, y los dos chillaban y se reían.

—*¿Qué?* —preguntó Olivia como si nada—. *¿Dónde estás?*

—En casa de Marsha.

—*¿Va todo bien?*

—Me llevo a los niños a cenar.

—*Otra vez al McDonald's, no. Esos fritos son muy poco saludables.*

—Es verdad.

Pasos inciertos. El suelo se hundió. Matt sostenía el teléfono pensando: «Uno no se presenta sin más y grita: "Aja, ¡te pillé!"».

—*¿Alguna novedad?* —preguntó Olivia.

—No mucho —dijo Matt. Kyra subía a su coche. Le sonrió y se despidió con la mano. Él le devolvió el saludo con un gesto de la barbilla—. Te he llamado antes —dijo Matt con toda la despreocupación de que fue capaz.

—*¿Ah, sí?*

—Sí.

—*¿Cuándo?*

—A mediodía.

—*¿En serio?*



—No, me lo estoy inventando. Sí, en serio.

—Pues sí que es raro.

—¿Por qué?

—No he oído sonar el teléfono.

—A lo mejor lo tenías lejos —insinuó él ofreciéndole una excusa.

—Puede ser —dijo ella despacio.

—Te he dejado un mensaje.

—Espera. —Hubo un silencio—. *Espera, aquí dice «tres llamadas perdidas».*

—Ése debo de ser yo.

—*Lo siento, cariño. Sé que es una estupidez pero sigo haciéndome un lío con la lectura de mensajes. Mi antiguo código era seis-siete-seis y después apretaba inicio, pero creo que eso no funciona con éste.*

—No —dijo Matt—. Tu nuevo código es los últimos cuatro dígitos de tu número de teléfono y después aprietas la tecla de la libra.

—*Ah, bueno. Yo normalmente sólo miro la lista de llamadas perdidas.*

Matt cerró los ojos. No podía creer lo tonto y ordinario que le hacía sentir todo aquello.

—¿Dónde has estado? —preguntó.

—¿Qué?

—Cuando te he llamado. ¿Dónde estabas?

—*Oh, estaba en un seminario.*

—¿Dónde?

—*¿Cómo que dónde? En Boston.*

—¿Sobre qué era?

—*Una nueva herramienta de navegación para impedir que los empleados utilicen la red de asuntos personales. No te puedes imaginar la cantidad de horas de trabajo que se pierden en Internet.*

—Ya.

—*Oye, tengo que irme. He de cenar con una gente.*

—¿Alguien que yo conozca?



—No, no los conoces. —Olivia suspiró de una forma un poco exagerada—. *En realidad, no te gustaría conocerlos.*

—¿Aburridos?

—Mucho.

—¿En qué hotel estás?

—¿No te lo dije?

—No.

—*En el Ritz. Pero entro y salgo. Es mejor que me llames al móvil.*

—¿Olivia?

—Oh —dijo ella—. *Espera un momento.*

Hubo un largo silencio. Marsha cruzó el jardín acercándose a él. Señaló su coche como preguntando si podía marcharse. Él le indicó que sí. Ethan y Paul, cansados de correr en círculos, corrieron hacia él. Ethan le agarró la pierna derecha, y Paul la izquierda. Matt hizo una mueca y señaló el teléfono, con la esperanza de que entendieran que estaba ocupado. No lo entendieron.

—*Hay una foto en mi teléfono. ¿Qué tecla debo apretar?* —preguntó Olivia.

—El de la derecha.

—*Espera. Ya sale.* —Después—: *Anda, si eres tú. Vaya, me he casado con un demonio muy guapo.*

Matt no pudo evitar sonreír y eso aún le dolió más. La amaba. Podía intentar suavizar el golpe, pero no había forma de esquivarlo.

—No te lo voy a discutir —dijo.

—*Pero no es tu mejor sonrisa. Qué digo, esto no es ni sonrisa. La próxima vez quítate la camisa.*

—Tú también —dijo Matt.

Ella rió, pero no era una risa tan natural como de costumbre.

—Mejor aún —añadió Matt, y se le escaparon las siguientes palabras, — ¿Por qué no te pones una peluca rubio platino?

Silencio.

Esta vez lo rompió él.

—¿Olivia?

—*Aquí estoy.*



— Antes. Cuando te he llamado.

— ¿Qué?

— Te estaba devolviendo una llamada.

Como si notaran la tensión, los niños le soltaron las piernas. Paul inclinó la cabeza hacia Ethan.

— *Pero si yo no te he llamado* — protestó Olivia.

— Sí me has llamado. He recibido una llamada de tu teléfono.

— ¿Cuándo?

— Justo antes de que te llamara.

— *No entiendo nada.*

— Había una foto en el teléfono. De un hombre de pelo oscuro. Y después he recibido un vídeo.

— ¿Un vídeo?

— Estabas en una habitación. Al menos alguien que se parecía a ti. Pero llevabas puesta una peluca rubia platino.

Más silencio. Y después:

— *No sé de qué me hablas.*

¿La creía Matt? Quería creerla, sólo deseaba olvidarlo...

— Antes — dijo —, justo antes de dejarte el mensaje, he recibido una llamada de tu móvil. Era una foto...

— *No, eso lo he entendido, pero...*

— Pero ¿qué?

— *Oh, espera* — dijo Olivia —. *Esto podría explicar algo.*

Paul y Ethan habían empezado a correr en círculos enloquecidos otra vez. Estaban fuera de control y demasiado cerca de la calle. Matt tapó el teléfono con la mano y los llamó.

— ¿Explicar qué? — preguntó.

— *Creo... Bueno, no entiendo por qué no he recibido tu primera llamada. Hay cobertura. He mirado las llamadas perdidas y ¿sabes qué? Jamie también me ha llamado. Esa llamada tampoco la he oído.*

— ¿Y?



—Estoy pensando que los chicos que había en el seminario son unos bromistas. A lo mejor uno de ellos me ha gastado una broma.

—Una broma.

—Sí, durante el seminario. Me he dormido. Era un aburrimiento mortal. Cuando me he despertado, mi bolso había cambiado de sitio. No mucho. Vero ahora que lo pienso, seguro que estaba en otro sitio. En ese momento no le he dado importancia.

—Pero ahora crees...

—Eso, sí, que lo han cogido y han hecho algo y me lo han devuelto. No lo sé. También parece una tontería.

Matt no sabía qué pensar, pero el tono de Olivia no le sonaba sincero.

—¿Cuándo vuelves?

—El viernes.

Se cambió el teléfono de mano.

—Iré a verte.

—¿No tienes trabajo?

—Nada que no pueda esperar.

—Pero —preguntó ella, vacilando un poco— ¿mañana no es tu jueves en el museo?

Casi lo había olvidado.

—No puedes perdértelo.

No se lo había perdido nunca en tres años. Durante mucho tiempo Matt no le había hablado de su cita quincenal de los jueves en el museo. La gente no lo entendería. Existía un vínculo, una atracción nacida de la necesidad y la intimidad. Era difícil decir más. Esos encuentros eran sencillamente demasiado importantes.

Aun así dijo:

—Puedo aplazarlo.

—No deberías hacerlo, Matt. Ya lo sabes.

—Podría coger un avión ahora...

—No es necesario. Estaré en casa pasado mañana.

—No quiero esperar.

—Aquí estoy todo el día ocupadísima. Mira, tengo que irme. Ya hablaremos más tarde, ¿de acuerdo?

*Harlan Coben*



*El inocente*

—Olivia...

—*El viernes* —dijo ella—. *Te quiero.*

Y colgó.



## Capítulo 10

—Tío Matt.

Paul y Ethan estaban bien sujetos al asiento trasero. Matt había tardado quince minutos en abrocharles los cinturones. ¿Quién los había diseñado? ¿La NASA?

— ¿Qué pasa, chico?

— ¿Sabes qué tienen ahora en el McDonald's?

— Ya os lo he dicho. No vamos al McDonald's.

— Ya lo sé. Sólo te lo cuento.

— Ya.

— ¿Sabes qué tienen ahora en el McDonald's?

— No —dijo Matt.

— ¿Sabes la peli nueva de *Shrek*?

— Sí.

— Tienen muñecos de *Shrek* —dijo Paul.

— Sí que los tienen —intervino Ethan.

— No me digas.

— Y son gratis.

— No son gratis —dijo Matt.

— Lo son. Entran en el Happy Meal.

— Que es demasiado caro.

— ¿Demasiado por qué?

— No iremos al McDonald's.

— Ya lo sabemos.

— Sólo hablamos.



- Tienen muñecos gratis, para que lo sepas.
- De la nueva peli de *Shrek*.
- ¿Te acuerdas cuando vimos la primera película de *Shrek*, tío Matt?
- Me acuerdo —dijo Matt.
- Me gusta el asno —dijo Ethan.
- A mí también —intervino Matt.
- El asno es el muñeco de la semana.
- No vamos a ir al McDonald's.
- Sólo hablaba.
- Porque la comida china también es buena —dijo Paul.
- Aunque no den muñecos.
- Sí, me gustan las costillas.
- Y el dim sum.
- A mamá le gustan las judías.
- Ag. A ti no te gustan las judías, ¿verdad tío Matt?
- Son buenas para la salud —dijo Matt.

Ethan se volvió hacia su hermano.

- Eso significa que no.

Matt sonrió e intentó olvidarse un rato de los sucesos del día. Paul y Ethan eran un buen remedio.

Llegaron al Cathay, un restaurante chino al estilo antiguo, con clásicos retro como el chow mein y los huevos foo yong, mesas agrietadas de vinilo y una anciana gruñona en la recepción que te observaba comer como si temiera que fueras a robarle los cubiertos.

La comida era grasa, como tenía que ser. Los chicos comieron a gusto. En el McDonald's sólo picoteaban. Se zampaban como mucho media hamburguesa y una docena de patatas. Allí limpiaron el plato. Los restaurantes chinos deberían plantearse regalar muñecos articulados de películas.

Ethan, como siempre, estaba animado. Paul era más reservado. Los habían educado más o menos igual, tenían el mismo fondo genético, pero no podían ser más diferentes. Ethan era el gracioso. Nunca estaba quieto. Era travieso y animado y





desprendía cariño. Cuando Paul coloreaba, nunca se salía de la línea. Se frustraba cuando cometía un error. Era reflexivo, un buen atleta y le gustaban los mimos.

La naturaleza se imponía a la educación.

Se pararon en un Dairy Queen antes de volver a casa. Ethan acabó con más vainilla encima de la que consumía. Cuando aparcó frente a la casa, a Matt le sorprendió que Marsha no hubiera vuelto. Metió a los niños en casa, con su propia llave, y los bañó. Eran las ocho.

Matt puso un episodio de *The Fairy Odd Parents*, bastante divertido desde un punto de vista adulto, convenciendo a los niños con las dotes de negociador que había adquirido en los pleitos legales por todo el estado para que se fueran a la cama. A Ethan le asustaba la oscuridad, y Matt encendió la luz de noche de SpongeBob.

Matt miró el reloj. Las ocho y media. No le importaba quedarse, pero empezaba a preocuparse.

Fue a la cocina. Las últimas obras de arte de Paul y Ethan estaban pegadas en la nevera con imanes. También había fotografías con marcos acrílicos que nunca parecían sostener las fotos bien centradas. La mayoría estaban medio caídas. Matt fue colocándolas bien cuidadosamente.

Cerca de la parte superior de la nevera, fuera del alcance de los niños (—¿o de su vista?—) había dos fotografías de Bernie. Matt se paró y miró a su hermano. Al poco rato se volvió y cogió el teléfono de la cocina. Marcó el número del móvil de Marsha.

Marsha tenía identificador de llamadas y respondió diciendo:

—*¡Matt? Estaba a punto de llamarte.*

—Eh.

—*¿Estás en la casa?*

—Estamos en casa. Y los niños están bañados y en la cama.

—*Uau, qué bueno eres.*

—Gracias.

—*No, gracias a ti.*

Ninguno de los dos dijo nada por un momento.

—*¿Quieres que me quede hasta más tarde?* —preguntó Matt.

—*Si no te importa, sí.*

—No me importa. Olivia sigue en Boston.

—*Gracias* —dijo ella, algo rara la voz.



Matt cambió el teléfono de oreja.

— ¿A qué hora volverás?

— *Matt...*

— Sí.

— *Antes te he mentado.*

Matt no dijo nada.

— *No tenía una reunión de escuela.*

Él esperó.

— *Tengo una cita.*

Sin saber muy bien qué decir, Matt se conformó con un anodino:

— Ah.

— *Debería habértelo dicho. — Bajó la voz—. No es la primera vez que le veo.*

Los ojos de Matt encontraron los de su hermano en la fotografía de la nevera.

— Aja.

— *Me he estado viendo con alguien. Ya hace dos meses. Pero los niños no saben nada, claro.*

— No tienes que darme explicaciones.

— *Sí, Matt, sí.*

Él no dijo nada.

— *Matt...*

— Dime.

— *¿Te importaría quedarte esta noche?*

Él cerró los ojos.

— No — dijo—. No me importa en absoluto.

— *Volveré a casa antes de que se despierten los niños.*

— De acuerdo.

Oyó un sollozo sofocado. Estaba llorando.

— No pasa nada, Marsha.

— *¿De verdad?*

*Harlan Coben*



*El inocente*

—Sí —dijo él—. Nos vemos mañana.

—*Te quiero, Matt.*

—Yo también te quiero.

Colgó el teléfono. Era una buena noticia que Marsha estuviera saliendo con alguien. Era una muy buena noticia. Pero sus ojos volvieron hacia su hermano. Por injusto que fuera, no pudo evitar pensar que Bernie nunca había estado tan muerto.



## Capítulo 11

Todo el mundo parece haber tenido ese sueño terrorífico en el que de repente estás a punto de hacer el examen final de una asignatura a la que no has ido a clase en todo el semestre. Matt no. En cambio, en un curioso equivalente, soñaba que estaba de vuelta en la cárcel. No tenía ni idea del motivo para volver allí. No recordaba ni el delito ni el juicio, sólo tenía la sensación de que había metido la pata y que esta vez no saldría nunca.

Se despertaba con un sobresalto. Estaba sudado. Tenía lágrimas en los ojos. Temblaba.

Olivia se había acostumbrado. Le abrazaba y le susurraba que no pasaba nada, que nadie le haría daño. Ella también tenía pesadillas, su adorable esposa, pero no parecía necesitar o desear un consuelo.

Matt se echó en el sofá del estudio. La habitación de invitados de arriba tenía una cama doble que en aquel momento le parecía demasiado grande para él solo. En aquel momento, mirando hacia el techo en la oscuridad, sintiéndose más solo que nunca desde que Olivia había entrado en su despacho, tenía miedo de dormirse. Mantuvo los ojos abiertos. A las cuatro de la madrugada el coche de Marsha entró en el paseo.

Cuando oyó la llave en la puerta, Matt cerró los ojos y fingió dormir. Marsha se acercó de puntillas y le besó en la frente. Desprendía olor a champú y jabón. Se había duchado allí donde hubiera estado. Se dijo si se habría duchado sola. Se preguntó por qué le importaba.

Marsha fue a la cocina. Fingiendo que aún dormía, Matt abrió un ojo lentamente. Marsha preparaba el almuerzo para los niños. Untó la confitura con mano diestra. Tenía lágrimas en las mejillas. Matt siguió sin moverse. La dejó acabar en paz y escuchó sus pasos sigilosos subiendo la escalera.

A las siete, le llamó Cingle.

—He intentado llamarte a casa —dijo—. No estabas. —Estoy en casa de mi cuñada. — Ah.



- Cuidando de mis sobrinos.
- *¿Es que te lo he preguntado?* Matt se frotó la cara.
- ¿Qué tienes?
- *¿Vas a ir al despacho?*
- Sí, dentro de un rato. ¿Por qué?
- *He encontrado a Charles Talley, el que te sigue.* Matt acabó de incorporarse.
- ¿Dónde?
- *Hablemos de esto en persona, ¿de acuerdo?*
- ¿Por qué?
- *Necesito investigar un poco más.*
- ¿Sobre qué?
- *Sobre Charles Talley. Pasaré por tu despacho a mediodía, ¿de acuerdo?*
- De todos modos tenía su cita de los jueves en el museo.
- Sí, de acuerdo.
- *Y, Matt...*
- ¿Qué?
- *¿Dijiste que era personal? Lo que pasa con Talley.*
- Sí.
- *Entonces estás en un buen lío.*

Matt era miembro del Museo de Newark. Sacó su tarjeta de socio pero no era necesario. Los guardias de la puerta ya le conocían. Saludó y entró. Había muy pocas personas en el vestíbulo a esa hora de la mañana. Matt se dirigió a la galería de arte en el ala oeste. Pasó frente a la pieza más reciente del museo, una tela colorida de Wosene Worke Kosrof, y subió la escalera al segundo piso.

Ella era la única persona en la sala. Matt la vio desde el fondo del pasillo. Estaba de pie donde siempre, frente al cuadro de Edward Hopper. Tenía la cabeza ligeramente inclinada a la izquierda. Era una mujer muy atractiva, que rondaba los sesenta, casi metro ochenta de altura, los pómulos altos, y el tipo de pelo rubio que sólo lucen los ricos. Como siempre, estaba elegante, compuesta y distinguida.



Se llamaba Sonya McGrath. Era la madre de Stephen McGrath, el chico que Matt había matado.

Sonya esperaba siempre frente al Hopper. El cuadro se titulaba *Sheridan Theater* y lograba captar la desolación y la desesperación pura en una pintura de un cine. Era asombroso. Había famosas imágenes que describían los estragos de la guerra, de la muerte, de la destrucción, pero había algo en ese Hopper aparentemente simple, algo en aquella sala de cine casi vacía que a ellos les decía cosas que ningún otro cuadro les decía.

Sonya McGrath le oyó acercarse pero no se apartó del cuadro. Matt pasó junto a Stan, el guardia de seguridad que trabajaba en aquel piso los jueves por la mañana. Intercambiaron una sonrisa rápida y un saludo con la cabeza. Matt se preguntó que pensaría Stan de sus plácidas citas con aquella mujer mayor tan atractiva.

Se situó junto a ella y miró el Hopper. Funcionaba como un extraño espejo. Él lo veía como un reflejo de las dos figuras aisladas: él, el acomodador de Hopper; ella, la solitaria cliente. Estuvieron un buen rato sin hablar. Matt miró el perfil de Sonya McGrath. Había visto una fotografía de ella una vez en el periódico, en la sección de Estilo del dominical del *New York Times*. Sonya McGrath era una persona conocidísima en la alta sociedad. En la fotografía, su sonrisa era deslumbrante. Matt no había visto nunca a una persona con aquella sonrisa; de hecho, se preguntaba si podía existir fuera del cine.

—No tienes buen aspecto —dijo Sonya.

No le miraba, de hecho, él no había notado que le hubiera mirado, pero de todos modos asintió. Sonya volvió la cara y le miró.

Su relación —aunque el concepto «relación» no parecía hacerle justicia— empezó poco después de que Matt saliera de la cárcel. Sonaba su teléfono, él lo descolgaba y nadie respondía. No colgaban. No hablaban. Matt creía oír una respiración, pero básicamente era sólo silencio.

De algún modo Matt sabía quién había al otro lado de la línea.

La quinta vez que llamó, Matt respiró hondo varias veces y reunió valor para decir:

—Lo siento.

Hubo un largo silencio. Después Sonya contestó:

—*Cuéntame lo que pasó realmente.*

—Ya lo hice. En el juicio.

—*Cuéntamelo otra vez. Todo.*



Matt lo intentó. Tardó un buen rato. Ella no le interrumpió. Cuando Matt terminó, ella colgó.

Al siguiente día ella volvió a llamar.

—*Quiero hablarte de mi hijo*— dijo sin más preámbulos.

Y así lo hizo.

Matt sabía ahora más de lo que habría deseado sobre Stephen McGrath. Ya no era sólo un chico que se había metido en una pelea, el tronco caído en el camino que había conseguido desviar la vida de Matt Hunter. McGrath tenía dos hermanas menores que le adoraban. Le gustaba tocar la guitarra. Era un poco hippy; Sonya dijo con un atisbo de risa que lo había heredado de su madre. Sabía escuchar, eso lo decían siempre sus amigos. Si tenían algún problema, acudían a Stephen. No necesitaba ser el centro de atención. Se conformaba con ser un personaje secundario. Se reía con las bromas de los demás. Sólo se había metido en un lío una vez en la vida —la policía le había cogido con unos amigos bebiendo detrás del instituto—, nunca había participado en una pelea, ni siquiera de niño, y parecía mortalmente aterrado ante la violencia física.

Durante aquella misma llamada, Sonya le dijo:

—*¿Sabías que Stephen no conocía a ninguno de los chicos de la pelea?*

—Sí.

Ella se echó a llorar.

—*Entonces ¿por qué se metió?*

—No lo sé.

Se citaron por primera vez en el Museo de Newark, hacía tres años. Tomaron café y apenas hablaron. Unos meses después, quedaron para almorzar. Se convirtió en algo fijo, los jueves alternos por la mañana frente al Hopper. Ninguno de los dos se había saltado jamás un jueves.

Al principio no se lo contaron a nadie. El marido y las hijas de Sonya no lo entenderían. Evidentemente ellos mismos tampoco lo entendían. Matt era incapaz de explicar por qué aquellas reuniones eran tan importantes para él. La mayoría pensaría que lo hacía por puro sentido de culpa, que lo hacía por ella o para redimirse o algo por el estilo. Pero ése no era su caso.

Durante dos horas —era lo que duraban sus encuentros— Matt se sentía curiosamente libre porque le dolía, sufría y sentía. No sabía qué sacaba ella, pero suponía que era algo parecido. Hablaban de aquella noche. Hablaban de sus vidas. Hablaban de los pasos inciertos, la sensación de que el suelo podía ceder en cualquier



momento. Sonya nunca dijo «Te perdono». Nunca dijo que no hubiera sido culpa suya, que había sido un accidente, que ya había cumplido su pena.

Sonya se puso a caminar por el pasillo. Matt miró el cuadro un instante y después la siguió. Fueron al piso de abajo, al atrio del museo. Tomaron un café y se sentaron a la mesa de siempre.

—Venga —dijo ella—. Cuéntame qué pasa.

No lo dijo por educación o para romper el hielo. No se trataba de preguntar «¿cómo-estás-yo-bien-y-tú?». Matt se lo contó todo. Le contó a esa mujer, Sonya McGrath, cosas que no había contado a nadie. Nunca le mentía, nunca endulzaba ni suavizaba nada.

Cuando acabó, Sonya preguntó:

—¿Crees que Olivia tiene una aventura?

—Las pruebas son bastante claras.

—¿Pero?

—Pero he descubierto que las pruebas pocas veces dan el panorama completo.

Sonya asintió.

—Deberías llamarla otra vez —dijo.

—Ya la he llamado.

—Inténtalo en el hotel.

—Lo he hecho.

—¿No está?

—No estaba inscrita.

—Hay dos Ritz-Carlton en Boston.

—He probado en los dos.

—Ah. —Se echó hacia atrás y se llevó una mano a la barbilla—. Así que sabes que, de algún modo, Olivia no dice la verdad.

—Sí.

Sonya se lo pensó. No conocía a Olivia, pero sabía más que nadie de su relación con Matt. Apartó la mirada.

—¿Qué?

—Intento encontrar una razón plausible para su comportamiento.





— ¿Y?

— Por ahora no he encontrado ninguna. — Se encogió de hombros y sorbió un poco de café—. Tu relación con Olivia siempre me ha parecido una rareza.

— ¿En qué sentido?

— La forma como conectasteis hace diez años con un encuentro de una noche.

— No fue una aventura de una noche. No nos acostamos.

— Lo que puede ser la clave.

— No sé si te entiendo.

— De haberos acostado, bueno, podría haberse roto el hechizo. La gente dice que hacer el amor es lo más íntimo del mundo. En realidad probablemente es lo contrario.

Matt esperó.

— Bueno, es una extraña coincidencia — dijo ella.

— ¿Por qué?

— Clark tiene una aventura.

Matt no le preguntó si estaba segura o cómo lo sabía. Sencillamente dijo:

— Lo siento.

— No es lo que crees.

Matt no dijo nada.

— No tiene nada que ver con lo que le pasó a nuestro hijo.

Matt intentó asentir.

— Nos gusta culpar a la muerte de Stephen de todos los problemas. Se ha convertido en nuestra mejor carta del tipo «la vida es injusta». Pero la razón de la aventura de Clark es mucho más prosaica.

— ¿Cuál es?

— Está cachondo.

Sonrió y Matt intentó devolverle la sonrisa.

— Ah, ¿te había dicho que era joven? La chica con quien Clark se acuesta.

— No.

— Treinta y dos. Tenemos una hija de esa edad.



—Lo siento —repitió Matt.

—No lo sientas. Es la otra cara de lo que decíamos antes. Sobre la intimidad y el sexo.

—¿Qué?

—La verdad es que, como muchas mujeres de mi edad, siento muy poco interés por el sexo. Sí, sé que *Cosmo* y compañía dicen otra cosa, con todas esas tonterías de que los hombres llegan al cenit a los diecinueve y las mujeres a los treinta. Pero en realidad, los hombres siempre están cachondos. Punto. Para mí el sexo ya no tiene nada que ver con la intimidad. Clark, en cambio, lo necesita. Y eso es lo que es ella para él esa chica. Sexo. Un alivio. Una necesidad física.

—¿Y eso no te molesta?

—No se trata de mí.

Matt no dijo nada.

—Si lo piensas bien, es sencillo: Clark quiere algo que yo no tengo interés en ofrecerle. O sea que lo busca en otra parte. —Sonya vio la expresión de Matt. Suspiró, apoyó las manos en los muslos—. Te pondré un ejemplo. Si a Clark le gustara el póquer, por ejemplo, y a mí no me gustara jugar...

—Vamos, Sonya. No es lo mismo.

—Oh, ¿estás seguro?

—Sexo y póquer.

—De acuerdo, bien, no nos alejemos del placer físico. Un masaje profesional. A Clark le da un masaje cada semana en su club un masajista llamado Gary...

—Tampoco es lo mismo.

—¿Es que no lo ves? Claro que sí. El sexo con esa chica no tiene nada que ver con la intimidad. Es sólo algo físico. Como un masaje en la espalda o un apretón de manos. ¿No debería aceptarlo?

Sonya le miró y esperó.

—Yo no lo aceptaría —dijo Matt.

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Sonya. Le gustaban los juegos mentales. Le gustaban los desafíos. Matt se preguntó si lo decía en serio o si sólo le ponía a prueba.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó ella.

—Olivia vuelve mañana.



— ¿Y podrás esperar?

— Lo intentaré.

Sus ojos no dejaban de mirarle.

— ¿Qué? — preguntó.

— No podemos escapar, ¿verdad? Pensé... — Se calló.

— ¿Qué pensaste?

Se miraron.

— Sé que es un estereotipo horroroso, pero todo parecía una pesadilla. Lo de Stephen. El juicio. Pensaba que me despertaría y descubriría que todo era una broma de mal gusto, que no pasaba nada.

Él había sentido lo mismo. Estaba atrapado en una pesadilla, esperando el clímax de la *cámara oculta* en el que Stephen aparecería sano y salvo y sonriente.

— Pero ahora el mundo parece todo lo contrario, ¿no, Matt?

Asintió.

— En lugar de pensar que lo malo es una pesadilla de la que despertarás — continuó —, piensas que es lo bueno lo que representa una ilusión. Eso es lo que ha provocado la llamada que te han hecho. Te despertó del buen sueño.

Matt no pudo hablar.

— Sé que nunca superaré lo que pasó — dijo Sonya McGrath —. Sencillamente no es posible. Pero pensé... Esperé que quizá tú pudieras.

Matt atendió a que dijera algo más. No lo hizo. Se levantó de repente, como si hubiera hablado demasiado. Fueron juntos a la salida. Sonya le besó en la mejilla y, cuando se abrazaron, lo alargaron más de lo habitual. Como siempre, sintió la desolación que emanaba de ella. La muerte de Stephen estaba allí, en todo momento, en todos sus gestos. Él estaba con ellos, el eterno compañero.

— Si me necesitas — susurró —, me llamas. A cualquier hora.

— Lo haré.

La observó alejarse. Pensó en lo que le había dicho, en la fina línea entre los buenos y los malos sueños, y, cuando ella por fin desapareció al doblar la esquina, se fue.



## Capítulo 12

Cuando Matt llegó a la mesa de Rolanda, ésta dijo:

—Cingle te espera en tu despacho.

—Gracias.

—Mediana Edad quiere que le avise en cuanto llegues. —Rolanda le miró—. ¿Ya has llegado?

—Dame cinco minutos.

Ella volvió a mirar la pantalla y comenzó de nuevo a teclear. Matt entró en su despacho. Cingle Shaker estaba de pie, mirando por la ventana.

—Bonita vista —dijo.

—¿Tú crees?

—No. Es lo que yo considero dar conversación.

—Se te da muy bien —dijo.

—Creía que sólo eras un pasante.

—Lo soy.

—¿Cómo es que tienes un despacho tan bueno?

—Era el de mi hermano.

—¿Y?

—Y Bernie era uno de los peces gordos aquí.

—¿Y? —Cingle se volvió a mirarlo—. No quiero parecer insensible, pero está muerto.

—Creo que antes has sido dura contigo misma. Eres buena de verdad dando conversación.



—No, en serio, ¿hace cuánto?, ¿tres años? No puedo creer que permitan que un pasante ex convicto tenga un despacho como éste.

Sonrió.

—Ya te he entendido.

—¿Cuál es el truco?

—A lo mejor respetan la memoria de mi hermano.

—¿Unos abogados? —Cingle hizo una mueca—. Por favor.

—La verdad es que creo que les gusta tenerme aquí —dijo Matt.

—¿Porque eres un encanto?

—Por lo de ser un ex convicto. Soy una rareza divertida.

Cingle asintió.

—¿Como lo de tener a una pareja de lesbianas en una velada de alta sociedad?

—Algo parecido, pero incluso más exótico. Es curioso. En cierto modo soy el summum de las rarezas. Siempre que están borrachos, me preguntan, disimuladamente, claro, qué tal se está en —simuló unas comillas con los dedos— la Gran Casa.

—Eres como una celebridad local.

—Es excéntrico, sí.

—¿Y por eso no te echan del despacho?

Matt se encogió de hombros.

—A lo mejor te tienen miedo —dijo Cingle—. Ya mataste a un hombre con las manos.

Matt suspiró y se sentó. Cingle le imitó.

—Lo siento —dijo.

Él la tranquilizó con un gesto.

—¿Qué tienes?

Cingle cruzó sus largas piernas. Era un golpe de efecto, Matt lo sabía, pero se imaginó que ya se habría convertido en un movimiento inconsciente por su parte.

—A ver, dime —dijo ella—. ¿Por qué querías que te localizara esa matrícula?

Matt hizo un gesto de desesperación.

—¿De verdad tenemos que volver a repasar el significado de «personal»?



—Si quieres que te diga lo que sé...

—¿Ahora recurres al chantaje?

Pero se dio cuenta de que hablaba en serio.

—Creo que me estaba siguiendo —dijo Matt.

—¿Por qué lo crees?

—¿Por qué lo creo? Fui a varios sitios, y el coche estaba allí.

—Y tú cogiste la matrícula.

—Las letras son parecidas a mis iniciales.

—¿Perdón?

Matt le explicó lo de la matrícula, las tres letras parecidas a sus iniciales, y que el coche había huido cuando se había acercado. Cingle le escuchó sin moverse.

Cuando Matt terminó, Cingle preguntó:

—¿Y por qué te sigue Charles Talley, Matt?

—No lo sé.

—¿No tienes ni idea?

No insistió. Conocía a los hombres que protestan en exceso. El silencio era la mejor respuesta.

—Talley tiene antecedentes.

Matt estuvo tentado de decir «Yo también», pero se lo pensó mejor. Tener antecedentes —antecedentes que llamaran la atención de Cingle— significaba algo. El que no lo significara en el caso de Matt sólo demostraba que toda norma tiene su excepción. A Matt no le gustaba pensar así —¿no tenía Lance Banner el mismo prejuicio?—, pero no es fácil discutir la realidad.

—Agresión —dijo Cingle—. Utilizando puños de hierro. No mató al pobre desgraciado, pero le machacó tanto el cerebro que habría sido más compasivo haberlo matado.

Matt lo pensó, intentando entenderlo.

—¿Cuánto le cayó?

—Ocho años.

—Mucho tiempo.

—No era su primer cargo. Y estaba lejos de ser un preso modelo.



Matt intentó asumirlo. ¿Por qué le seguiría aquel tipo?

—¿Quieres ver cómo es? —preguntó Cingle.

—¿Tienes una foto?

—La foto de la ficha, sí.

Cingle llevaba una americana azul con vaqueros. Metió la mano en el bolsillo interior de la americana, sacó unas fotografías e hizo girar el mundo de Matt otra vez.

¿Cómo era...?

Sabía que ella le estaba mirando, evaluando su reacción, pero no pudo evitarlo. Cuando vio las dos fotos —la clásica de frente y otra de perfil— casi soltó un bufido. Se agarró a la mesa con las manos. Se sentía como si fuera a caerse sin remedio.

—O sea que le reconoces —dijo Cingle.

Le reconocía. La misma sonrisa. El mismo pelo negro azabache.

Charles Talley era el hombre de la foto del móvil.



## Capítulo 13

Loren Muse caminó por la máquina del tiempo.

Volver a St. Margaret's, su instituto, cumplía los requisitos: los pasillos parecían más estrechos, los techos no tan altos, las taquillas más pequeñas, las profesoras más bajas. Pero otras cosas, lo importante, no había cambiado tanto. Loren sufrió el efecto del portal del tiempo al entrar. Sintió que el instituto le hormigueaba en el estómago, el constante estado de inseguridad; la necesidad tanto de aprobación como de rebelión se agitaban dentro de ella.

Llamó a la puerta de la madre Katherine.

— Adelante.

Había una niña sentada en el despacho. Llevaba el mismo uniforme de la escuela que Loren tenía hace muchos años, la blusa blanca y la falda de cuadros escoceses. ¡Por Dios, cómo lo odiaba! La niña tenía la cabeza baja, en una postura claramente posreprimenda de la madre Katherine. Su pelo fibroso le colgaba delante de la cara como una cortina de cuentas.

— Ya puedes irte, Carla — dijo la madre Katherine.

Con los hombros caídos y la cabeza todavía baja, Carla se escabulló del despacho. Loren la saludó con la cabeza cuando pasó por su lado, como diciendo: «Estoy contigo, hermana». Carla no la miró. Cerró la puerta al salir.

La madre Katherine lo observó con una expresión entre divertida y desanimada, como si leyera el pensamiento de Loren. Sobre la mesa había montones de brazaletes de distintos colores. Cuando Loren los señaló, la diversión se desvaneció.

— ¿Esos brazaletes son de Carla? — preguntó Loren.

— Sí.

Una violación del código de vestuario, pensó Loren, esforzándose por no menear la cabeza. Caramba, ese colegio no había cambiado nada.





— ¿No has oído hablar de esto? — preguntó la madre Katherine.

— ¿Si he oído hablar de qué?

— Del juego del brazalete — dijo la monja con un suspiro.

Loren se encogió de hombros.

La madre Katherine cerró los ojos.

— Es una moda... Ésa sería la palabra; reciente, creo.

— Ya.

— Cada brazalete... No sé ni cómo decirlo... Cada color representa un tipo de acto sexual. El negro, por ejemplo, se supone que es... bueno, para una cosa. El rojo...

Loren levantó una mano.

— Creo que está claro. De modo que las chicas se los ponen como una especie de... no sé, de nivel.

— Peor aún.

Loren esperó.

— No has venido para esto.

— Dígamelo de todos modos.

— Las niñas como Carla se ponen los brazaletes delante de los chicos. Y según el color del que le arranque el chico ella hará lo estipulado.

— Por favor, no puede ser.

La madre Katherine le lanzó una mirada más pesada que la eternidad.

— ¿Cuántos años tiene Carla? — preguntó Loren.

— Dieciséis. — La madre Katherine señaló otro juego de brazaletes como si temiera tocarlos—. Pero éstos se los he quitado a una alumna de octavo.

No había nada que decir.

La madre Katherine buscó algo detrás de ella.

— Éstos son los registros telefónicos que pediste.

La casa seguía desprendiendo un aroma a tiza que Loren siempre había asociado a una cierta ingenuidad adolescente. La madre Katherine le entregó un fajo de papeles.

— Tenemos tres teléfonos para dieciocho religiosas — dijo la madre Katherine.

— ¿Seis por teléfono, pues?



La madre Katherine sonrió.

—Y dicen que ya no se enseñan matemáticas.

Loren miró a Cristo en la cruz detrás de la cabeza de la madre superiora. Se acordó de un viejo chiste, que había oído al entrar en la escuela. Un chico saca insuficiente en matemáticas y sus padres lo mandan a una escuela católica. En su primer boletín de notas, sus padres se asombran de que su hijo haya sacado excelente. Y cuando le preguntan por qué, contesta: «Bueno, cuando entré en la capilla y vi al tipo aquel clavado en un signo más, pensé que aquí iban en serio».

La madre Katherine se aclaró la garganta.

—¿Te puedo preguntar algo?

—Adelante.

—¿Sabes de qué murió la hermana Mary Rose?

—Todavía se están haciendo pruebas.

La madre Katherine esperó.

—Es lo único que puedo decirle ahora.

—Lo comprendo.

Ahora le tocaba esperar a Loren. Cuando la madre Katherine se volvió, Loren dijo:

—Sabe más de lo que me dice.

—¿Sobre qué?

—Sobre la hermana Mary Rose. Sobre lo que le sucedió.

—¿Ya conoces su identidad?

—No. Pero la identificaremos. Antes de que acabe el día, imagino.

La madre Katherine se incorporó un poco.

—Sería un buen comienzo.

—¿No quiere contarme nada más?

—Nada más, Loren.

Loren esperó un instante. La anciana estaba... «Mintiendo» sería una palabra demasiado fuerte. Pero Loren olía a evasión.

—¿Ha echado un vistazo a las llamadas, madre?

—Lo he hecho. He pedido a las cinco hermanas que compartían el teléfono con ella que las miraran también. La mayoría fueron llamadas a la familia, claro.



Llamadas a hermanos, padres, algunos amigos. Algunas eran llamadas a tiendas. A veces piden pizza. O comida china.

—Creía que las monjas tenían que comer... no sé, comida de convento.

—Creías mal.

—Me alegro —dijo Loren—. ¿Algún número que le haya llamado la atención?

—Sólo uno.

Las gafas de leer de la madre Katherine colgaban de una cadena. Se las colocó en la punta de la nariz y pidió los papeles con un gesto. Loren se los entregó. La monja miró la primera página, se lamió un dedo, y pasó a la segunda. Sacó un bolígrafo y dibujó un círculo.

—Éste.

Devolvió el papel a Loren. El número tenía un prefijo 973. Eso lo situaba en Nueva Jersey, a unos cincuenta kilómetros de allí. La llamada se había hecho hacía tres semanas. Había durado seis minutos.

Probablemente nada.

Loren se fijó en el ordenador, en una mesita, detrás de la mesa de la madre Katherine. Era raro imaginarse a la madre superiora navegando por la red, pero parecía bastante claro que ya quedaban pocos renuentes.

—¿Puedo usar su ordenador? —preguntó Loren.

—Por supuesto.

Loren intentó una búsqueda sencilla en el Google del número de teléfono. Nada.

—¿Estás buscando el número? —preguntó la madre Katherine.

—Sí.

Según el enlace de la página de Verizon Web, el número no figuraba en la guía.

Loren la miró.

—Ya lo ha buscado.

—He buscado todos los números.

—Ya —dijo Loren.

—Para asegurarme de que no se pasara nada por alto.

—Ha sido muy concienzuda.

La madre Katherine asintió, con la cabeza bien alta.



—Supongo que tienes la forma de localizar los números que no están en la guía.

—La tengo.

—¿Te gustaría ver la habitación de la hermana Mary Rose?

—Sí.

La habitación era más o menos como esperaba: pequeña, severa, paredes blancas de cemento, un gran crucifijo sobre una cama individual, una ventana. Una celda. La habitación era tan acogedora y personal como otra del Motel Six. No había nada de carácter personal, nada que delatara que aquella habitación tenía un inquilino, casi como si aquél fuera el objetivo de la hermana Mary Rose.

—Los técnicos del escenario del crimen llegarán en una hora —dijo Loren—. Tendrán que sacar huellas, buscar cabellos, todas esas cosas.

La mano de la madre Katherine se acercó lentamente a la boca.

—¿Entonces crees que la hermana Mary Rose fue...?

—No se precipite, ¿de acuerdo?

Sonó su móvil. Loren contestó. Era Eldon Teak.

—*Hola, preciosa, ¿vas a venir hoy?* —preguntó.

—Dentro de una hora —dijo ella—. ¿Qué pasa?

—*He encontrado al actual propietario de nuestro fabricante de prótesis de silicona. SurgiCo pertenece ahora a Lockwood Corporation.*

—¿Ese mamotreto de Wilmington?

—*Por Delaware, sí.*

—¿Les has llamado?

—Sí.

—¿Y?

—*Y no ha ido bien.*

—¿Por qué?

—*Les dije que teníamos un cadáver, el número de serie de una prótesis mamaria, y que necesitábamos una identificación.*

—¿Y?

—*No quieren darnos la información.*

—¿Por qué no?



—No lo sé. Parlotearon mucho y utilizaron el término «confidencialidad médica» varias veces.

—Menuda mierda.... —La madre Katherine apretó los labios. Loren se contuvo—. Pediré una orden.

—Son una gran empresa.

—Ya cuentan con ello. Sólo quieren protegerse legalmente.

—Tardará.

Loren pensó que Eldon tenía razón. La Lockwood Corporation era de fuera del estado. Probablemente necesitaría que un juzgado federal emitiera una citación.

—Otra cosa —dijo Eldon.

—¿Qué?

—Al principio parecía que no les importaba mucho. Llamé, hablé con alguien. Iba a mirarme el número de serie. No digo que sea un procedimiento habitual, pero tampoco debería dársele tanta importancia.

—¿Pero?

—Pero entonces un abogado con un nombre muy rimbombante me llamó y me dijo que no con diáfana claridad.

Loren se lo pensó.

—¿A qué distancia está Wilmington? ¿A dos horas de aquí?

—Tal como conduces, a quince minutos.

—Creo que voy a probar esta teoría. ¿Tienes el nombre del abogado rimbombante?

—Lo tengo por aquí. Ah, sí, espera. Randal Horne de Horne, Buckman y Pierce.

—Llama al señor Horne. Dile que voy a verle para entregarle una citación.

—No tienes una citación.

—Eso no lo sabes.

—Ah, claro.

Loren colgó y marcó otro número. Una mujer se puso al teléfono. Loren dijo:

—Quiero que me busquen un número de teléfono.

—Nombre y número de placa, por favor.

Loren se lo dio. Después leyó el número de teléfono al que había llamado la hermana Mary Rose.



—Espere, por favor —dijo la mujer.

La madre Katherine fingía estar ocupada. Miraba al infinito, miraba por la habitación. Jugueteara con el rosario. Por el teléfono Loren oía teclear. Después:

— ¿Tiene un bolígrafo?

Loren tomó un lápiz grueso que llevaba en el bolsillo. Tomó un recibo del gas y le dio la vuelta.

—Diga.

—El número que ha pedido está a nombre de una tal Marsha Hunter, en el 38 de Darby Tenace, Livingston, Nueva Jersey.



## Capítulo 14

—Matt...

Matt no dejaba de mirar las fotos de Charles Talley. Aquella misma maldita sonrisa engreída, la que había visto en la foto de su móvil. Matt volvió a tener la sensación de estar cayendo, pero aguantó el tipo.

—Le conoces, ¿no? —dijo Cingle.

—Necesito que me hagas un favor —dijo.

—No hago favores. Esto es mi trabajo. Te lo voy a facturar, ¿recuerdas?

—Mejor. —Miró a Cingle—. Quiero que me encuentres todo lo que puedas de Charles Talley. Quiero decir todo.

—¿Y qué debería buscar?

Buena pregunta. Matt no sabía cómo enfocarlo.

—Cuéntamelo —dijo Cingle.

Matt sacó su móvil. Dudó pero, de hecho, ¿qué sentido tenía seguir manteniéndolo en secreto? Lo abrió, puso la función cámara y apretó la flecha hacia atrás hasta que salió la foto de Charles Talley, la que habían tomado en aquella habitación de hotel. Era el mismo hombre, no había duda. La miró fijamente un momento.

—Matt...

Las palabras de Matt fueron lentas y deliberadas.

—Ayer recibí una llamada del teléfono de Olivia. —Se lo pasó—. Contenía esto.

Cingle cogió el teléfono. Sus ojos se fijaron en la pantalla. Matt vio que los abría, sorprendida. Sus ojos fueron de las fotos a la imagen de la pequeña pantalla. Finalmente le miró a él.

—¿Qué demonios es esto?

—Aprieta la tecla de avance —dijo Matt.



— ¿La de la derecha?

— Sí. Te llevará al vídeo que llegó después de la foto.

La cara de Cingle era una máscara de concentración. Cuando el vídeo acabó, dijo:

— Si aprieto la tecla de «replay», ¿volverá a pasar?

— Sí.

Ella la apretó. Visionó el breve vídeo dos veces más. Cuando terminó, dejó cuidadosamente el móvil sobre la mesa.

— ¿Tienes alguna explicación? — preguntó.

— Ninguna.

Cingle se lo pensó.

— Sólo he visto a Olivia una vez.

— Lo sé.

— No puedo decir si es ella o no.

— Yo creo que lo es.

— ¿Crees?

— Su cara no se distingue bien.

Cingle se mordió el labio inferior. Alargó el brazo, cogió el bolso y rebuscó en él.

— ¿Qué? — preguntó Matt.

— No eres el único que está al día en tecnología — dijo Cingle.

Sacó un pequeño ordenador portátil, no mayor que el teléfono de Matt.

— ¿Una Palm Pilot?

— Un PC de bolsillo de última tecnología — le corrigió ella. Sacó un cable, enchufó un extremo al teléfono y otro al PC de bolsillo—. ¿Te importa que descargue la foto y el vídeo?

— ¿Por qué?

— Me los llevaré a la oficina. Tenemos toda clase de programarlo para visionar las imágenes cuadro a cuadro, ampliarlas y analizarlas con precisión.

— Que quede entre nosotros.

— Entendido.

Cingle descargó las fotos y devolvió el teléfono a Matt.





—Una cosa más.

—Te escucho.

—Descubrir cosas de nuestro amigo Charles Talley puede que no nos dé lo que necesitamos. —Se inclinó hacia él—. Tenemos que llegar al fondo del asunto. Encontrar una conexión entre Talley y...

—Olivia —acabó Matt.

—Sí.

—Quieres investigar a mi esposa.

Cingle se echó hacia atrás y cruzó de nuevo las piernas.

—Si esto sólo fuera una aventura vulgar y corriente, probablemente no sería necesario. Puede ser que se conocieran por casualidad. Que coincidieran en un bar. No lo sé. Pero Talley te sigue. También te manda fotos, y te las restriega por la cara.

—¿Y eso significa?

—Significa que aquí hay algo más —dijo Cingle—. Deja que te pregunte algo y no te ofendas, ¿vale?

—Vale.

Cingle se agitó en la silla. Todos sus movimientos, intencionados o no, tenían algo de seductor.

—¿Qué sabes en realidad de Olivia? De su pasado, quiero decir.

—Lo sé todo, de dónde es, a qué escuela fue...

—¿Y de su familia?

—Su madre se largó siendo ella un bebé. Su padre murió cuando ella tenía veintiún años.

—¿Hermanos?

—No tiene.

—¿Así que su padre la crió solo?

—Básicamente. ¿Y qué?

Cingle siguió hablando.

—¿Dónde se crió?

—En Northways, Virginia.

Cingle lo apuntó.



—Fue a la universidad allí, ¿no?

Matt asintió.

—Fue a la UVA.

—¿Qué más?

—¿Qué quieres decir? ¿Qué más quieres? Hace ocho años que trabaja para DataBetter Associates. Su color preferido es el azul. Tiene los ojos verdes. Lee más que ningún otro ser humano que conozca. Su placer oculto son las películas cursis de Hallmark. Y, a riesgo de hacerte vomitar, cuando me despierto y está junto a mí, sé que no hay hombre más afortunado en la tierra. ¿Lo estás apuntando?

La puerta del despacho se abrió de golpe. Los dos se volvieron. Entró Mediana Edad.

—Oh, disculpen, no quería interrumpir.

—No pasa nada —dijo Matt.

Mediana Edad miró su reloj, con gran ostentación.

—Necesito que nos pongamos con el caso Sterman enseguida.

Matt asintió.

—Ahora mismo iba a llamarte.

Los dos miraron a Cingle. Ella se levantó. Inconscientemente, Mediana Edad se ajustó la corbata y se atusó el pelo.

—Ike Kier —dijo, ofreciéndole la mano.

—Sí —dijo Cingle, consiguiendo no poner los ojos en blanco—. Encantada. —Miró a Matt—. Ya hablaremos.

—Gracias.

Ella le miró un segundo más de lo necesario y se fue hacia la puerta. Mediana Edad se apartó para dejarla pasar. Cuando se hubo marchado, Mediana Edad se sentó en la silla que ella había ocupado y dijo:

—¿Quién diablos es ésa?

—Cingle Shaker. Trabaja para MVD.

—¿Me estás diciendo que es una sabuesa?

Mediana Edad se rió de su propia broma. Como Matt no le secundó, disimuló con una tosecita y entornó los ojos. Sus cabellos canosos estaban impecablemente



peinados. El cabello gris favorece a los abogados, y más cuando es abundante. Les da un cierto aire de autoridad con los jurados.

Matt abrió el cajón de su mesa y sacó el expediente de Stermán. Los dos hombres hablaron del caso durante tres horas sobre los preliminares, lo que podría ofrecer la oficina del fiscal. Estaban a punto de terminar cuando sonó el móvil de Matt. Comprobó el identificador de llamadas. La pantalla decía: «No disponible». Matt se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

—Eh. —Era un susurro de hombre—. A ver si adivinas qué le estoy haciendo ahora mismo a tu mujer.



## Capítulo 15

Para Loren Muse, hoy no había forma de escapar al *déjà vu*.

Paró frente a la casa de Marsha Hunter en el 38 de Darby Terrace, en Livingston, Nueva Jersey. Livingston había sido su ciudad natal. Loren tenía claro que crecer no era fácil para nadie. La adolescencia es una zona de guerra, vivieras donde vivieras. Se supone que las ciudades acomodadas como Livingston son amortiguadores de los golpes. Según los que las componen, podía ser verdad. Allí era donde vivía ella cuando su padre decidió que en realidad no pertenecía a ninguna parte, ni siquiera a su hija.

Livingston tenía todos los reclamos: escuelas enormes, programa de deportes, juntas de caridad, asociaciones de padres, gran rendimiento en los institutos. Cuando Loren vivía allí, los niños judíos dominaban la mención de honor. Ahora eran los asiáticos y los indios, la siguiente generación de inmigrantes, los nuevos aspirantes. Era ese tipo de sitio. Vienes aquí, te compras una casa, pagas los impuestos, alcanzas el sueño americano.

Pero ya sabemos lo que se dice: cuidado con lo que deseas.

Llamó a la puerta de la casa de Marsha Hunter. Loren no había podido imaginar la relación entre la madre sola, una rareza en Livingston, y la hermana Mary Rose, más allá de una llamada de seis minutos. Probablemente debería haber hecho alguna investigación antes, comprobar sus antecedentes, pero no tenía tiempo. Allí estaba, pues, en el porche, a pleno sol, cuando se abrió la puerta.

— ¿Marsha Hunter?

La mujer, atractiva de una forma corriente, asintió:

— Sí, soy yo.

Loren le mostró su identificación.

— Soy la investigadora Loren Muse de la oficina del fiscal del condado de Essex. ¿Podría dedicarme un momento?

Marsha Hunter pestañeó, confundida.



— ¿De qué va esto?

Loren probó una sonrisa simpática.

— ¿Puedo pasar un momento?

— Ah, sí. Por supuesto.

Se apartó. Loren entró en la casa y, *patapam*, otra ráfaga de *déjà vu*. Aquella monotonía de los interiores. Allí podía ser cualquier año entre 1964 y ahora. No había cambios. El televisor podía ser más lujoso, las alfombras algo menos afelpadas, los colores más tenues, pero aquella sensación de volver atrás, a la antigua dimensión de su complicado mundo infantil, seguía en el ambiente.

Miró las paredes, buscando una cruz, una virgen o alguna señal de catolicismo, algo que pudiera explicar fácilmente la llamada de la falsa hermana Mary Rose. No había nada que insinuara alguna religión. Loren notó una sábana y una manta dobladas en un rincón de un sofá, como si alguien hubiera dormido allí recientemente.

Había una chica en la habitación, de unos veinte años, y dos niños de no más de ocho o nueve años.

— Paul, Ethan — dijo la madre —, ésta es la investigadora Muse.

Los niños dieron la mano a Loren con buenos modales, e incluso la miraron a los ojos.

El pequeño, Ethan, dijo:

— ¿Eres policía?

— Mujer policía — contestó Loren automáticamente—. Sí, más o menos. Soy investigadora de la oficina del fiscal. Es como ser un agente de policía.

— ¿Tienes pistola?

— Ethan — dijo Marsha.

Loren le habría contestado, se la habría enseñado. Pero sabía que a muchas madres les daban miedo esas cosas. Loren lo comprendía —lo que fuera para impedir que sus retoños entendieran la violencia— pero negar la existencia de las armas era una táctica lamentablemente inadecuada a largo plazo.

— Y ella es Kyra Sloan — dijo Marsha Hunter—. Me ayuda con los niños.

La chica llamada Kyra la saludó con la mano desde el otro extremo de la habitación, mientras recogía un juguete. Loren le devolvió el saludo.

— Kyra, ¿podría sacar un momento a los chicos?



—Claro. —Kyra miró a los chicos—. ¿Vamos a hacer unos pases?

—¡Yo lanzo primero!

—¡No, ya lanzaste el primero la otra vez! ¡Me toca a mí!

Salieron sin dejar de pelearse por los turnos. Marsha se volvió hacia Loren.

—¿Pasa algo?

—No, nada.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí?

—Es un seguimiento de rutina de una investigación en curso.

Era una tontería sin sentido, pero a Loren solía resultarle eficaz.

—¿Qué investigación?

—Señora Hunter.

—Por favor. Llámeme Marsha.

—De acuerdo. Marsha, ¿es católica?

—¿Cómo dice?

—No pretendo curiosear. No es una pregunta sobre religión, en realidad. Sólo intento saber si mantiene alguna relación con la parroquia de St. Margaret's, de East Orange.

—¿St. Margaret's?

—Sí. ¿Es de esa parroquia?

—No. Somos de St. Philomena, en Livingston. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Tiene alguna relación con St. Margaret's?

—No. —Entonces—: ¿Qué tipo de relación?

Loren siguió, para no perder el ritmo.

—¿Conoce a alguien que vaya a esa escuela?

—¿A St. Margaret's? No, no lo creo.

—¿Conoce a alguna de sus profesoras?

—No lo creo.

—¿Y a la hermana Mary Rose?

—¿Quién?

—¿Conoce a alguna de las monjas de St. Margaret's?



—No. Conozco a varias de St. Phil's, pero a ninguna hermana Mary Rose.

—¿De modo que el nombre de la hermana Mary Rose no significa nada para usted?

—Nada de nada. ¿De qué va esto?

Loren no dejó de mirar a la mujer a la cara, buscando el mítico «reconocimiento». No traslucía nada, pero eso no significaba mucho.

—¿Vive sola con los niños?

—Sí. Bueno, Kyra tiene una habitación sobre el garaje, pero ella es de otro estado.

—Pero vive aquí.

—Me alquila una habitación y me ayuda. Va a clase a la William Paterson University.

—¿Está divorciada?

—Soy viuda.

Algo en su manera de decirlo hizo encajar un par de piezas. No todas ellas ni mucho menos. Ni siquiera las suficientes todavía. Loren se habría dado una bofetada. Debería haberla investigado antes.

Marsha se cruzó de brazos.

—¿De qué va todo esto?

—Una tal hermana Mary Rose ha fallecido recientemente.

—¿Y trabajaba en esa escuela?

—Sí, era profesora en St. Margaret's.

—Sigo sin entender qué...

—Cuando echamos un vistazo a los registros de llamadas, encontramos una que no podemos explicar.

—¿Llamó aquí?

—Sí.

Marsha Hunter parecía perpleja.

—¿Cuándo?

—Hace tres semanas. El dos de junio para ser exactos.

Marsha meneó la cabeza.

—A lo mejor se equivocó de número.



— ¿Durante seis minutos?

Aquello hizo enmudecer a Marsha.

— ¿Qué día ha dicho?

— El dos de junio. A las ocho de la noche.

— Podría mirar en mi agenda, si quiere.

— Me gustaría, gracias.

— Está arriba. Vuelvo enseguida. Pero estoy segura de que ninguno de nosotros habló con esa hermana.

— ¿Ninguno de nosotros?

— ¿Perdone?

— Ha dicho «nosotros». ¿A quién se refiere?

— No lo sé. A todos los que vivimos en casa, supongo.

Loren no hizo ningún comentario.

— ¿Le importa que le haga unas preguntas a la niñera?

Marsha Hunter vaciló.

— Supongo que no pasa nada. —Se esforzó por sonreír—. Pero los chicos se pondrán furiosos si utiliza la palabra «niñera» delante de ellos.

— Entendido.

— Vuelvo enseguida.

Loren cruzó la cocina hacia la puerta de atrás. Miró por la ventana. Kyra estaba lanzando pelotas a Ethan. Él saltaba, pero no las cogía. Kyra se adelantó un paso, se inclinó y lanzó una más baja. Esta vez, Ethan la cogió.

Loren se volvió. Estaba llegando a la puerta cuando algo la hizo detenerse.

La nevera.

Loren no estaba casada, no tenía hijos, no había crecido en una de esas casas felices, hogar dulce hogar, pero si había algo más americano —más familiar— que la puerta de una nevera, ella no sabía qué era. Sus amigos tenían neveras como ésa. Ella no, y se dio cuenta de lo penoso que era. Loren tenía dos gatos y ninguna familia de verdad, a menos que contara a su melodramática y egocéntrica madre.

Pero en casi todas las casas americanas, si querías ver lo personal, allí —la puerta de la nevera— era donde mirabas. Había obras de arte infantiles. Había redacciones de la escuela, todas adornadas con estrellas de mediocridad que pasaban por





excelencia. Había invitaciones a cumpleaños impresas: una a una fiesta en un local llamado Little Gym, otra a una bolera de East Hanover. Había formularios de excursiones escolares, vacunas infantiles y la liga de fútbol.

Y, por supuesto, había fotos familiares.

Loren había sido hija única y por muchas veces que las viera —aquel torbellino de sonrisas imantadas— siempre le parecían ligeramente irreales, como si viera un mal programa de televisión o leyera una tarjeta de felicitación cursi.

Loren se acercó a la fotografía que le había llamado la atención. Más piezas encajaban ahora.

¿Cómo podía habersele pasado?

Debería haberlo imaginado de entrada. Hunter. El nombre no era raro, pero tampoco tan corriente por allí. Sus ojos repasaron las demás fotos, pero volvían otra vez a la primera, la de la izquierda tomada en lo que parecía un partido de béisbol. Loren seguía mirando la foto cuando volvió Marsha.

—¿Todo bien, inspectora Muse?

Loren se sobresaltó al oír su voz. Intentó pensar en los detalles, pero sólo le venía a la cabeza un bosquejo.

—¿Ha encontrado la agenda?

—No tengo nada apuntado ese día. La verdad es que no me acuerdo dónde estuve.

Loren asintió y volvió a mirar la nevera.

—Este hombre —señaló y volvió a mirar a Marsha— es Matt Hunter, ¿no?

La cara de Marsha se cerró como una puerta de metal.

—¿Señora Hunter?

—¿Qué quiere?

Antes la había tratado con cierta calidez. No quedaba ni rastro de eso.

—Le conocía —dijo Loren—. Hace mucho tiempo.

Nada.

—En la escuela elemental. Los dos fuimos a Burnet Hill.

Marsha se cruzó de brazos. No la estaba ablandando.

—¿Qué relación tienen?

—Es mi cuñado —dijo Marsha—. Y es un buen hombre.



«Sí, claro —pensó Loren—. Un príncipe encantado.» Había leído algo de la condena por asesinato. Matt Hunter había cumplido condena en una cárcel de máxima seguridad. Una severa condena, recordó. Se acordó de la manta y la sábana dobladas en el sofá.

— ¿La visita Matt a menudo? Teniendo en cuenta que es el tío de los chicos...

— ¿Inspectora Muse?

— Sí.

— Quiero que se vaya.

— ¿Por qué?

— Matt Hunter no es un criminal. Lo que pasó fue un accidente. Ya ha pagado por ello con creces.

Loren se quedó callada, esperando que siguiera hablando. No siguió. Al poco rato se dio cuenta de que esa línea de interrogatorio no la llevaría a ninguna parte. Sería mejor intentar una vía menos ofensiva.

— Me caía bien.

— ¿Perdone?

— Cuando éramos críos. Era simpático.

Eso era cierto. Matt Hunter era un chico simpático, otro chico de Livingston deseoso de encajar que probablemente no debería haberse esforzado tanto por caer bien.

— Me marchó — dijo Loren.

— Gracias.

— Si se entera de algo sobre la llamada de teléfono del dos de junio...

— Se lo comunicaré.

— ¿Le importa si hablo con la canguro antes de marcharme?

Marsha suspiró y se encogió de hombros.

— Gracias. — Loren fue hacia la puerta.

Marsha la llamó.

— ¿Puedo preguntarle algo?

Loren la miró.

— ¿Esa monja fue asesinada?



— ¿Por qué me lo pregunta?

Marsha volvió a encogerse de hombros.

— Es una pregunta lógica, supongo. ¿Por qué habría venido si no?

— No puedo hablar de los detalles con usted. Lo siento.

Marsha no dijo nada. Loren abrió la puerta y salió al jardín. El sol seguía alto; en junio los días eran largos. Los niños corrían y jugaban con una despreocupación maravillosa. Los adultos nunca podrían jugar así. Ni en un millón de años. Loren recordó su niñez de muchachote, los días en los que podía jugar a béisbol durante horas y no aburrirse ni un solo segundo. Se preguntaba si Marsha Hunter lo hacía, salir a jugar con sus hijos a béisbol, y al pensarlo sintió otra punzada.

No había tiempo para eso.

Marsha la observaría desde la ventana de la cocina. Loren tenía que ser rápida. Se acercó a la chica. ¿Cómo se llamaba? ¿Kylie, Kyra, Kelsey? La saludó.

— Hola.

La chica hizo visera con la mano sobre los ojos y parpadeó. Era bastante bonita, con esas mechas rubias que sólo pueden deberse a la juventud o a un frasco.

— Hola.

Loren no perdió tiempo en preámbulos.

— ¿Viene Matt Hunter mucho por aquí?

— ¿Matt? Sí.

La chica había respondido sin vacilar. Loren disimuló una sonrisa. Ah, la juventud.

— ¿Con qué frecuencia?

Kyra —ése era su nombre— se agitó un poco, ligeramente más precavida, pero seguía siendo joven. Mientras Loren siguiera siendo la figura de autoridad, respondería.

— No lo sé. Varias veces a la semana, supongo.

— ¿Es un buen hombre?

— ¿Cómo?

— Matt Hunter. ¿Es un buen hombre?

Kyra sonrió sinceramente.

— Es fantástico.



— ¿Es bueno con los niños?

— De lo mejor.

Loren asintió, fingiendo desinterés.

— ¿Estuvo aquí anoche? — preguntó con toda la despreocupación que pudo.

Pero ahora Kyra inclinó la cabeza a un lado.

— ¿No le ha hecho esas preguntas a la señora Hunter?

— Sólo lo estoy confirmando. Estuvo aquí, ¿no?

— Sí.

— ¿Toda la noche?

— Me fui a la ciudad con unos amigos. No lo sé.

— Había sábanas en el sofá. ¿Quién pasó allí la noche?

Ella se encogió de hombros.

— Supongo que sería Matt.

Loren echó un vistazo atrás. Marsha Hunter desapareció de la ventana. Ahora se dirigiría a la puerta trasera. La chica no se acordaría del dos de junio. Loren ya tenía suficiente, aunque no tuviera ni idea de lo que significaba.

— ¿Sabes dónde vive Matt?

— En Irvington, creo.

Se abrió la puerta trasera. Basta, pensó Loren. Encontrar a Matt Hunter no sería difícil. Sonrió y empezó a alejarse, por no dar a Marsha una razón para avisar a su cuñado. Intentó caminar de la forma más normal posible. Se despidió de Marsha con la mano. Ella le devolvió lentamente el saludo.

Loren salió a la calle y fue hacia su coche, pero otra cara del pasado lejano — caramba, ese caso empezaba a parecer un mal episodio de *Loren Muse. Ésta es tu vida*— estaba junto a su coche. Estaba apoyado en el capó, con un cigarrillo colgando de los labios.

— Eh, Loren.

— En carne y hueso — dijo ella —, detective Lance Banner.

Echó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con el pie.

Él señaló la colilla.

— Podría ponerte una multa por eso.



—Creía que estabas en homicidios del condado.

—El tabaco mata. ¿No lees la caja?

Lance Banner le sonrió torcidamente. Su coche, un evidente coche de la policía sin distintivos, estaba aparcado al otro lado de la calle.

—¡Cuánto tiempo!

—La convención de seguridad de los bomberos, en Trenton —dijo Loren—. ¿Cuánto hace? ¿Seis o siete años?

—Algo así. —Se cruzó de brazos, sin dejar de apoyarse en el capó del coche de Loren—. ¿Has venido en visita oficial?

—Sí.

—¿Tiene que ver con un antiguo compañero de clase?

—Podría ser.

—¿Quieres contármelo?

—¿Quieres decirme por qué estás aquí?

—Vivo cerca de aquí.

—¿Y?

—He visto un vehículo del condado. He pensado que podría echar una mano.

—¿Cómo es eso?

—Matt Hunter quiere volver a vivir en la ciudad —dijo Lance—. Está a punto de comprar una casa no muy lejos de aquí.

Loren no dijo nada.

—¿Te sirvo de algo en tu caso?

—Me parece que no.

Lance sonrió y abrió la puerta del coche.

—¿Por qué no me cuentas qué pasa? Podríamos encontrar una solución conjunta.



## Capítulo 16

—Eh, ¿a que no adivinas lo que le estoy haciendo a tu mujer ahora mismo?

Matt sostuvo el teléfono junto a la oreja.

El hombre susurró.

—¿Matt? ¿Sigues ahí?

Matt no dijo nada.

—Eh, Matt, ¿has ido contando chismes sobre mí? ¿Le has dicho a tu mujer que te había mandado esas fotos?

Matt no podía moverse.

—Porque ahora Olivia está mucho más protectora con su teléfono. Bueno, no dejará de enrollarse conmigo. Eso no pasará. Es adicta. Tú ya me entiendes.

Matt cerró los ojos.

—Pero de repente dice que quiere ir con más cuidado. Por eso me pregunto, de hombre a hombre, ¿le has dicho algo? ¿Le has contado nuestro pequeño secreto?

La mano de Matt apretaba con tanta fuerza el teléfono que pensó que lo aplastaría. Intentó respirar hondo, pero tenía el pecho atascado. Cuando encontró la voz, dijo:

—Cuando te encuentre, Charles Talley, te voy a aplastar la cabeza y rajarte el cuello.

Silencio.

—¿Sigues ahí, Charles?

La voz del teléfono se convirtió en un susurro.

—Te dejo. Ella ha vuelto.

Y colgó.

Matt le dijo a Rolanda que anulara las visitas de la tarde.

—No tienes visitas —dijo ella.



—No te hagas la lista.

—¿Quieres contarme lo que pasa?

—Después.

Se fue a casa. Todavía tenía el móvil en la mano. Esperó hasta llegar a su casa, cerca de la calle principal de Irvington. La hierba ya escasa de por sí se había muerto casi toda con la reciente sequía. Hacía tres semanas que no llovía en la Costa Este. En los suburbios como Livingston, la gente se toma muy en serio el estado del césped. Olvidarse de él, sentarse tranquilamente a mirar como el césped verde se vuelve marrón, era merecedor de un buen rechinamiento de dientes de los vecinos según el *Libro del Génesis* serie B de barbacoas en el patio. En Irvington, en cambio, a todos les daba igual.

Los céspedes eran cosa de ricos.

Matt y Olivia vivían en una casa bifamiliar en decadencia que se sostenía con un refuerzo de aluminio. Ellos tenían el lado derecho de la casa; los Owen, una familia afroamericana de cinco, tenían la izquierda. Los dos lados tenían dos dormitorios, un baño y un aseo.

Matt subió los escalones de dos en dos. Al entrar apretó el número correspondiente a Olivia. Volvió a salirle el buzón de voz. No le sorprendió. Esperó a que sonara la señal.

—Sé que no estás en el Ritz —dijo Matt—. Sé que eras tú la de la peluca rubia. Sé que no era una broma. Incluso me he enterado de lo de Charles Talley. Haz el favor de llamarme y explicarte.

Colgó y miró por la ventana. Había una estación de servicio Shell en una esquina. La miró. Respiraba a trompicones y superficialmente. Intentó calmarse. Cogió una maleta del trastero, la echó sobre la cama y empezó a llenarla de ropa de cualquier manera.

Paró. Hacer una maleta. Un gesto estúpido e histriónico. Basta.

Olivia volvería mañana.

¿Y si no volvía?

No valía la pena pensarlo. Volvería a casa. Todo se resolvería, en un sentido u otro, en pocas horas.

Pero ya no le avergonzaba fisgar. Empezó por los cajones de Olivia. Apenas le hizo sentir incómodo hacerlo. Aquella voz del teléfono lo había hecho estallar. El mejor escenario posible: Olivia le ocultaba algo. Podía intentar descubrir qué era.



Pero no encontró nada.

En los cajones no, y tampoco en los armarios. Pensó en otros posibles escondites y se acordó de algo.

El ordenador.

Fue al estudio y encendió el ordenador, que se iluminó y cobró vida. Le pareció que tardaba una eternidad. La pierna derecha de Matt empezó a temblar de mala manera. Se puso una mano sobre la rodilla para apaciguarla.

Finalmente habían contratado cable —lo del teléfono había perdido la partida, como el Betamax— y tardó pocos segundos en conectarse a la red. Conocía la contraseña de Olivia, aunque nunca se le había ocurrido utilizarla. Se metió en su correo electrónico y repasó los mensajes. Los nuevos no contenían ninguna sorpresa. Lo intentó con los antiguos.

El directorio estaba vacío.

Miró su carpeta de «Correo enviado». Lo mismo, todo había sido borrado. Probó en «Correo borrado». También estaba limpio. Miró en la «Historia» de los buscadores, esperando descubrir por dónde había navegado Olivia. Eso también había sido borrado.

Matt se detuvo y llegó a una conclusión evidente: Olivia se había cubierto las espaldas. Y la siguiente pregunta evidente era: ¿por qué?

Había otra zona que podía mirar: las cookies.

La gente a menudo borra su historia de navegación o su lista de correo, pero las cookies son algo distinto. Si Olivia había borrado las cookies, Matt sabría automáticamente que pasaba algo raro. Su página de inicio de Yahoo, por ejemplo, no aparecería automáticamente. Amazon no sabría quién era. Una persona que pretendiera no dejar rastro no querría eso.

Borrar las cookies sería demasiado obvio.

Entró en el Explorer y encontró la carpeta que contenía las cookies del web. Había montones de cookies. Apretó el icono de la fecha, poniéndolas por orden, desde la más reciente hacia atrás. Las repasó con los ojos. Reconoció la mayoría —Google, OfficeMax, Shutterfly— pero había dos dominios desconocidos. Los apuntó, minimizó la ventana del Explorer y volvió a la red.

Tecléo la primera dirección y apretó «entrar». Era del *Nevada Sun News*, un periódico que exigía un registro para acceder a los archivos. La sede del periódico estaba en Las Vegas. Miró el «perfil personal». Olivia se había registrado utilizando





un nombre y una dirección de correo falsos. No era de extrañar. Los dos lo hacían para impedir el correo basura y proteger su intimidad.

Pero ¿qué estaba buscando Olivia?

No había forma de saberlo.

Eso era raro, pero la segunda dirección era más rara todavía.

La red tardó un poco en reconocer la entrada de Matt. La dirección saltó de un lugar a otro hasta que finalmente aterrizó en algo llamado: Stripper-Fandom.com.

Matt frunció el ceño. Había un aviso en la página inicial que decía que los menores de dieciocho años no debían continuar. Eso no prometía nada bueno. Clicó el icono de entrada. Las fotos que aparecieron, como era de esperar, eran provocativas. Stripper-Fandom era un «eufemismo» para...

... ¿para *strippers*? Matt meneó la cabeza. Había montones de imágenes de mujeres en topless. Clicó sobre una. Había biografías de todas las chicas:

*La carrera de Bunny como bailarina exótica empezó en Atlantic City, pero con su impresionante danza y sus trajes provocativos, ascendió rápidamente al estrellato y se trasladó a Las Vegas. «¡Esto me encanta! ¡Y me encantan los ricachos!» El distintivo de Bunny son las orejas de conejo y bailar alrededor de la barra...*

Matt apretó el enlace. Salió una dirección de correo electrónico, por si querías escribir a Bunny y pedir sus tarifas para una «audiencia privada». Lo decía así: «audiencia privada». Como si Bunny fuera el papa.

¿Qué diablos estaba pasando?

Matt buscó entre el abanico de *strippers* hasta que no pudo más. Nada le llamó la atención. Nada tenía sentido. Estaba más desorientado que antes. Quizás el sitio no significara nada. Casi todas las *strippers* eran de la zona de Las Vegas. Tal vez Olivia entraría allí clicando sobre un anuncio del periódico de Nevada. Tal vez el enlace llevara allí.

Pero ¿por qué había entrado en la página de un periódico de Nevada, para empezar? ¿Por qué había borrado todos sus mensajes?

Ninguna respuesta.

Matt pensó en Charles Talley. Introdujo su nombre en el Google. No salió nada interesante. Apagó el buscador y se fue al piso de abajo, con el susurro de la llamada telefónica todavía resonándole en la cabeza, haciendo pedazos toda razón:

«Eh, ¿a que no adivinas qué le estoy haciendo a tu mujer ahora mismo?»

Tenía que tomar un poco el aire. El aire y algo un poco más potente.



Salió a la calle y se dirigió a South Orange Avenue. Desde Garden State Parkway, no podías dejar de ver la botella de cerveza marrón gigante alzándose y dominando el perfil de la ciudad. Pero cuando cruzabas por aquella parte de Parkway, lo otro que advertías —incluso más que el viejo depósito de agua— era un extenso cementerio a cada lado de la carretera. La carretera partía por la mitad un camposanto. Te veías encajonado a izquierda y derecha por interminables hileras de lápidas erosionadas por el tiempo. Pero el efecto de conducir por allí no era tanto el de partir un cementerio en dos como el de estarlo uniendo, de estarlo completando. Y allí, en la distancia no tan lejana, aquella rara botella gigantesca de cerveza se alzaba en el aire, como un centinela silencioso que guardaba a sus moradores sepultos o tal vez se burlaba de ellos.

El deterioro de la cervecería tenía algo de desconcertante. Todas las ventanas tenían algún cristal roto, pero no del todo, como si alguien se hubiera tomado la molestia de tirar una piedra y sólo una piedra a cada una de las ventanas del edificio de veinte pisos. Había escombros por todas partes. Las aberturas eran una amenaza discordante y grande. La combinación de erosión y orgullo, el fuerte armazón en contraste con el aspecto desdentado de los cristales rotos, daba al lugar un curioso porte de guerrero pisoteado.

Pronto demolerían la vieja fábrica y construirían un centro comercial de lujo. Eso era lo que le hacía falta a Jersey, otro centro comercial.

Matt entró en el callejón y se dirigió a la puerta roja descolorida. La taberna ni siquiera tenía nombre. Había una ventana con un neón de Pabst Blue Ribbon. Como la cervecería —¿como aquella ciudad?—, el rótulo ya no se encendía.

Matt abrió la puerta, dejando entrar la luz a un lugar sumido en la oscuridad. Los hombres —sólo había una mujer en el bar, dispuesta a pegarle un puñetazo a cualquiera que la llamara señora— pestañearon como murciélagos a los que hubieran deslumbrado con una linterna. No había máquina de discos, ni vestigio de música. Las conversaciones tenían un tono tan bajo como la luz.

Mel seguía detrás de la barra. Hacía dos o tres años que Matt no iba por allí, pero Mel seguía recordando su nombre. La taberna era un tugurio corriente. Los hay por todo Estados Unidos. Hombres —al menos mayoritariamente— que salían de cualquier trabajo laborioso e intentaban emborracharse. Si eso incluía alguna fanfarronada o chanza, no pasaba nada, pero esa clase de locales eran básicamente para emborracharse, más que para consolarse o conversar.

Antes de su estancia en la cárcel Matt jamás habría entrado en un antro como el de Mel. Ahora le gustaban los sitios tirados. No estaba seguro de por qué. Los hombres allí eran gordos y con músculos poco definidos. Llevaban camisetas de franela en



otoño e invierno y camisetas que ponían de relieve sus tripas en primavera y verano. Llevaban vaqueros todo el año. Allí no había muchas peleas, pero nadie entraba en uno de esos locales a menos que supiera usar los puños.

Matt se sentó en un taburete. Mel lo saludó con la cabeza.

—¿Cerveza?

—Vodka.

Mel le sirvió uno. Matt levantó el vaso, lo miró y meneó la cabeza. Beber para olvidar los problemas. ¿Podía haber un estereotipo peor? Se tragó el vodka y dejó que lo arrojara su calor. Pidió otro con un gesto de la cabeza, pero Mel ya estaba atento. Matt también lo tragó de golpe.

Empezó a sentirse mejor. O por decir lo mismo de otro modo: empezó a sentir menos. Sus ojos se pasearon lentamente de un lado a otro. Como en casi todas partes, se sentía un poco desplazado, como un espía en territorio enemigo. Ya no se sentía bien en ningún sitio: ni en su antiguo y cómodo mundo, ni en su nuevo y endurecido mundo. Así que trampeaba con los dos. La verdad era que sólo se sentía cómodo — por penoso que fuera— cuando estaba con Olivia.

Maldita Olivia.

Tercera copa adentro. El zumbido empezó en la base del cráneo.

Vaya, menudo saque.

Ya se sentía un poco inseguro. Era lo que quería. Hacer que todo se esfumara, temporalmente. No para siempre. No estaba bebiendo para olvidar las penas. Las estaba aplazando, sólo una noche más, hasta que Olivia volviera a casa y le explicara por qué estaba en la habitación del motel con otro hombre, por qué le había mentado, por qué el otro sabía que Olivia y él habían hablado de las fotos.

Sí, señor. Pequeños detalles.

Hizo una seña para que le sirvieran otra copa. Mel, hombre poco conversador y poco dado a dar consejos, se la sirvió.

—Eres un tipo guapo, Mel.

—Vaya, gracias, Matt. Me lo dicen mucho, pero sigue emocionándome.

Matt sonrió y miró su vaso. Sólo por una noche. Olvidar.

Un alce enorme salió del baño, y tropezó sin querer con Matt al pasar. Matt se sobresaltó y le lanzó una mala mirada.

—Cuidado —dijo.



El alce gruñó una disculpa, y el momento se esfumó. Matt estaba casi desilusionado. Cualquiera pensaría que Matt sería más prudente, él, mejor que nadie, conocía los peligros de las peleas, pero no aquella noche. No, aquella noche unos puñetazos serían muy bien recibidos, ya lo creo.

A la mierda las consecuencias, ¿vale?

Buscó el fantasma de Stephen McGrath. A menudo se sentaba en el taburete de al lado. Pero Stephen no se veía por ninguna parte esa noche. Bien.

Matt no era un gran bebedor. Lo sabía. No aguantaba bien el alcohol. Ya había superado la fase de apaciguamiento y estaba entrando en la embriaguez. La clave, por supuesto, era saber cuándo parar, mantener el subidón sin lo que viene después. Era una línea que mucha gente intentaba encontrar. Era una línea con la que casi todos tropezaban.

Aquella noche realmente le importaba muy poco la línea.

—Otra.

La palabra le salió atropellada. Lo oyó él mismo. También sonó hostil. El vodka lo estaba poniendo furioso o, más bien, lo estaba soltando. De hecho estaba deseoso de líos, al mismo tiempo que los temía. La rabia le hacía concentrarse. O al menos eso era lo que quería creer. Sus pensamientos ya no eran confusos. Sabía lo que quería. Quería pegarle a alguien. Deseaba un enfrentamiento físico. Le daba igual cargarse a alguien o que alguien se lo cargara a él.

Le daba igual.

Matt pensó en aquel gusto por la violencia. En su origen. Tal vez su antiguo compañero, el detective Lance Banner, tuviera razón. La cárcel cambia. Entrás siendo una persona, incluso cuando eres inocente, pero sales...

El detective Lance Banner.

El guardián de la puerta de Livingston, maldito cabrón pueblerino.

Pasó el rato. Era imposible saber cuánto. Finalmente le hizo una seña a Mel para pagar. Cuando bajó del taburete, el interior del cráneo de Matt protestó con un aullido. Se agarró a la barra, y se repuso.

—Hasta otro día, Mel.

—Me alegro de verte, Matt.

Se abrió paso hacia fuera, con un nombre resonando repetidamente en la cabeza.

Detective Lance Banner.



Matt recordaba un incidente en el segundo curso, cuando Lance y él tenían siete años. Durante un descanso de un partido de Four Squares —el juego más tonto desde Teherball<sup>4</sup>— a Lance se le habían desgarrado los pantalones. Lo que lo había empeorado, lo que lo había convertido en uno de esos incidentes de la infancia horripilantes, fue que aquel día no llevaba calzoncillos. Había nacido un mote, del que Lance no pudo deshacerse hasta el instituto: «Que se te sale, Lance».

Matt se rió ruidosamente.

Entonces recordó las palabras de Lance: «Éste es un buen barrio».

—¿Y qué? —dijo Matt en voz alta—. ¿Ahora todos los niños llevan calzoncillos, Lance?

Matt se rió de su propia broma. El ruido resonó en el local, pero nadie le miró.

Abrió la puerta. Ya era de noche. Se tambaleó en la calle, riéndose todavía de su propia broma. El coche estaba aparcado cerca de su casa. Había un par de mediovecinos, bebiendo algo de una bolsa de papel marrón.

Uno de los dos... *sin techo* era la palabra públicamente correcta que se utilizaba, pero ellos preferían el *borrachines* de toda la vida, le saludó.

—¡Eh, Matt!

—¿Cómo estás, Lawrence?

—Bien, tío. —Levantó la bolsa—. ¿Necesitas un trago?

—No.

—Eh. —Lawrence hizo un saludo con la mano—. Parece que ya te has tomado lo tuyo.

Matt sonrió. Metió una mano en el bolsillo y sacó un billete de veinte.

—Iros a tomar algo bueno. Invito yo.

Una franca sonrisa se dibujó en la cara de Lawrence.

—Matt, eres un tío enrollado.

—Sí. Sí. Soy la hostia.

Lawrence rió entonces como en un número de Richard Pryor. Matt saludó con la mano y se fue. Hurgó en el bolsillo y sacó las llaves del coche. Miró las llaves que tenía en la mano, luego el coche, y se detuvo.

Estaba totalmente pedo.

---

<sup>4</sup> Los dos son juegos de pelota para niños de muy corta edad. (N. de la T.)



Matt se sentía irracional en ese momento. Era una estupidez. Se moría de ganas de pegarle una paliza a alguien —Lance Banner era el número dos de su lista (el número uno era Charles Talley, pero Matt no sabía dónde encontrarle) —, pero no era tan estúpido. No conduciría en esas condiciones.

—Oye, Matt, ¿quieres quedarte un rato con nosotros? —preguntó Lawrence.

—Más tarde tal vez, chicos.

Matt se dio la vuelta y se dirigió otra vez hacia Grove Street. El autobús número 70 pasaba por Livingston. Esperó en la parada, balanceándose con el viento. No había nadie más esperando. La mayoría de la gente viajaba en dirección opuesta, era la gente agotada que dejaba los ambientes acomodados y volvía a sus humildes moradas.

Bienvenidos al lado oscuro de los suburbios.

Cuando llegó el 70, Matt observó cómo bajaban de él las mujeres cansadas. Nadie habló. Nadie sonrió. No había nadie que lo recibiera.

El trayecto de autobús era de unos quince kilómetros, pero menudos quince kilómetros. Se salía de la decadencia de Newark e Irvington y de repente se entraba en otro universo. El cambio se producía en un instante. El autobús pasaba por Maplewood, Milburn, Short Hills y, finalmente, Livingston. Matt pensó otra vez en la distancia, en la geografía, en la sutileza de los límites.

Apoyó la cabeza contra la ventana del autobús, y la vibración le sentó como una especie de masaje. Pensó en Stephen McGrath y aquella noche terrible en Amherst, Massachusetts. Pensó en su mano alrededor del cuello de Stephen. Se preguntó si había apretado mucho. Se preguntó si habría podido soltarle al caer, si eso habría representado una diferencia. Se preguntó si tal vez, sólo tal vez, le había apretado más aún el cuello.

Le dio muchas vueltas a eso.

Bajó en la rotonda de la Ruta 10 y fue caminando al local favorito de Livingston, el Landmark. El aparcamiento de Northfield Avenue estaba repleto de monovolúmenes. Matt rió con sarcasmo. Aquí no había límites sutiles. Aquello no era el local de Mel. Era un bar para blandengues, donde los haya. Empujó la puerta.

Lance Banner estaría allí.

El Landmark, evidentemente, no se parecía en nada a Mel's. Estaba muy iluminado. Había mucho ruido. Outkast cantaba sobre rosas que olían a caca, música segura del gueto. No había vinilos resquebrajados, ni pintura pelada, ni serrín en el suelo. Los rótulos de Heineken funcionaban. También el reloj de Budweiser, completo, con sus caballos en movimiento. Se servía poco alcohol puro y duro. Las



mesas estaban llenas de jarras de cerveza. Al menos la mitad de los hombres iban vestidos con uniformes de béisbol de distintos patrocinadores —Friendly's Ice Cream, Best Buy, Burrelle's Press Clipping— y celebraban los resultados del partido de liga con compañeros y contrincantes a la vez. Había un puñado de universitarios de vacaciones del curso de Princeton o Rutgers o —angustia— tal vez el alma máter de Matt, Bowdoin.

Matt entró, y cuando lo hizo, nadie se volvió. Eso fue al principio. Todos se reían. Fanfarroneaban y estaban rojos y en forma. Hablaban todos al mismo tiempo. Sonreían y maldecían con demasiada informalidad y parecían blandos.

Y entonces vio a su hermano, Bernie.

Aunque por supuesto no era Bernie. Bernie estaba muerto. Pero, vaya, era igual que él. Al menos por detrás. Matt y Bernie solían ir allí con carnés falsos. Se reían y fanfarroneaban y hablaban al mismo tiempo y maldecían con demasiada informalidad. Observaban a los otros chicos, a los jugadores de béisbol, y les escuchaban hablar de sus aficiones culinarias, sus empleos, sus hijos, sus asientos en el Yankee Stadium, sus experiencias como entrenadores en la Liga de Alevines, las lamentaciones por el declive de su vida sexual.

Mientras Matt estaba allí, pensando en su hermano, la energía del local se alteró. Alguien le reconoció. Se inició un murmullo. Siguieron susurros y cabezas vueltas. Matt buscó a Lance Banner con la mirada. No lo vio. Vio la mesa con los polis — estaba claro que eso es lo que eran— y reconoció a uno de ellos como el poli niño con quien se había presentado Lance.

Todavía muy borracho, Matt intentó caminar sin tambalearse. Al verle acercarse, los policías le lanzaron sus mejores miradas láser. Las miradas no le arredraron. Matt las había visto peores. La mesa quedó en silencio cuando él llegó al lado del poli niño.

Matt se paró frente a él. El chico no se apartó. Matt intentó no balancearse.

—¿Dónde está Lance? —preguntó Matt.

—¿Quién quiere saberlo?

—Ésta es buena. —Matt asintió—. ¿Quién te escribe el guión?

—¿Qué?

—«¿Quién quiere saberlo?» Eso sí es gracioso, en serio. Estoy aquí, delante de ti. Te lo estoy preguntando directamente, y tú me sales, así sin más, sin tiempo para pensarlo, con «¿Quién quiere saberlo?». —Matt se acercó un poco más—. Estoy aquí, delante de ti, o sea que ¿quién diablos va a querer saberlo?





Matt oyó el sonido de patas de silla rascando el suelo, pero no apartó la mirada. El poli niño miró a sus colegas, y después a Matt.

—Estás borracho.

—¿Y qué?

El chico acercó su cara a la de Matt.

—¿Quieres que te lleve al centro y te haga soplar?

—Uno —Matt levantó el dedo índice—, la comisaría de policía de Livingston no está en el centro. Está más bien en las afueras. Has visto demasiadas reposiciones de *NYPD Blue*. Dos, no estoy conduciendo, lumbrera, o sea que no creo que tengas ningún derecho a analizar nada. Tres, ya que estamos hablando de aliento y te tengo tan cerca de mi cara, llevo caramelos de menta en el bolsillo. Voy a sacarlos muy despacio para que cojas uno. Y puedes quedarte todo el paquete.

Otro policía se levantó.

—Lárgate de aquí, Hunter.

Matt se volvió hacia él y entornó los ojos. Tardó un segundo en reconocer al hombre de la cara de hurón.

—¡Anda, si es Fleisher! Eres el hermanito de Dougie.

—Nadie te quiere aquí.

—¿Nadie...? —Matt miró a un hombre y después al otro—. ¿Sois de verdad, vosotros? ¿Ahora me vais a echar de la ciudad? Tú —Matt hizo chasquear los dedos y señaló al mayor—, hermanito de Fleisher, ¿cómo te llamas?

Él no le contestó.

—Da lo mismo. Tu hermano Dougie era el porrero más grande de la clase. Traficaba con toda la escuela. Le llamábamos Hierbajo, ¡por Dios!

—¿Estás hablando mal de mi hermano?

—No hablo mal. Digo la verdad.

—¿Quieres pasar la noche en la cárcel?

—¿Por qué, cara de culo? ¿Vas a arrestarme por difamación? Adelante. Trabajo para un gabinete de abogados. Te demandaría hasta por el examen de reválida del instituto que probablemente no aprobaste nunca.

Más chirridos de sillas. Otro policía se puso de pie. Después otro. El corazón de Matt empezó a latir a doble velocidad. Alguien le agarró por la muñeca. Matt se deshizo de la mano. Su mano derecha se cerró en un puño.





—Matt.

Era una voz amable que desencadenó un recuerdo distante dentro de él. Matt miró detrás de la barra. Pete Appel. Un antiguo amigo del instituto. Jugaban juntos en el Riker Hill Park. El parque era una base de misiles de la guerra fría reconvertido. Él y Pete solían jugar a lanzaderas en las rampas de lanzamiento de cemento resquebrajadas. Eso sólo podía pasar en Nueva Jersey.

Pete le sonrió. Matt relajó el puño. Los policías no se movieron.

—Hola, Pete.

—Hola, Matt.

—Me alegro de verte, tío.

—Yo también —dijo Pete—. Oye, estaba a punto de marcharme. ¿Te parece que te lleve a casa?

Matt miró a los policías. Varios tenían los rostros congestionados, a punto de estallar. Se volvió hacia su viejo amigo.

—Gracias, Pete. Ya me las arreglaré.

—¿Seguro?

—Sí. Oye, lo siento si te he causado problemas.

Pete sonrió.

—Me alegro de verte.

—Yo también.

Matt esperó. Dos de los policías se apartaron. No miró atrás mientras se dirigía al aparcamiento. Aspiró el aire nocturno y echó a andar por la calle. Al poco echó a correr.

Tenía un lugar en la cabeza.



## Capítulo 17

Lance Banner seguía sonriéndole a Loren.

—Vamos, sube —dijo—. Hablaremos.

Loren echó otra mirada a la casa de Marsha Hunter y después subió al asiento del pasajero. Lance empezó a conducir por el viejo barrio.

—¿Qué querías de la cuñada de Matt? —preguntó.

Loren hizo jurar a Lance que aquello quedaría entre ellos, pero de todos modos sólo le dio una idea general: que estaba investigando la muerte sospechosa de la hermana Mary Rose, que todavía no estaban seguros de que hubiera sido asesinato, que era posible que la hermana Mary Rose hubiera hecho una llamada a casa de Marsha Hunter. No le habló de los implantes ni de que ignoraban la identidad de la monja.

Por su parte, Lance le informó de que Matt Hunter estaba casado, que actualmente trabajaba como un abogado «de poca categoría» en la antigua firma de su hermano. La esposa de Matt Hunter, dijo Lance, era de Virginia o de Maryland, no lo recordaba bien. También añadió, quizá con demasiado entusiasmo, que le encantaría ayudar a Loren en su caso.

Loren le dijo que no se preocupara, que se trataba de su investigación, que si se le ocurría algo, se lo comunicara. Lance asintió y la acompañó a su coche.

Antes de irse, Loren dijo:

—¿Te acuerdas de él? ¿De cuando éramos pequeños?

—¿De Hunter? —Lance frunció el ceño—. Sí, claro que le recuerdo.

—Parecía un tipo muy normal.

—Como muchos asesinos.

Loren cogió la manilla de la puerta, meneando la cabeza.

—¿De verdad lo crees?



Lance no dijo nada.

—El otro día leí un poco —dijo Loren—. No recuerdo los detalles, pero la premisa básica era que, hacia los cinco años, gran parte de nuestro futuro está predeterminado: lo bien que nos irá en la escuela, si acabaremos siendo delincuentes, nuestra capacidad de amar. ¿Qué piensas tú, Lance?

—No lo sé —dijo él—. No me importa mucho.

—Has cogido a muchos tipos malos, ¿no?

—Sí.

—¿Alguna vez has estudiado su pasado?

—A veces.

—A mí me parece —dijo Loren— que siempre encuentro algo. Normalmente siempre hay un caso bastante claro de psicosis anterior o de trauma. En las noticias los vecinos siempre dicen cosas como: «Vaya, no sabía que ese hombre tan simpático estuviera haciendo picadillo a los niños, parecía tan bien educado». Pero tú miras atrás, hablas con sus maestros, hablas con sus amigos de la infancia, y siempre te cuentan una historia diferente. Nunca se sorprenden mucho.

Lance asintió.

—¿Entonces qué? —preguntó—. ¿Ves algo en el pasado de Matt Hunter que le convierta en un asesino?

Lance se lo pensó.

—Si todo estuviera determinado a los cinco años, no tendríamos trabajo.

—Eso no es una respuesta.

—La mejor que puedo darte. Si intentas hacer un perfil basándote en cómo jugaba un niño en los columpios, estamos jodidos.

Tenía razón. De todos modos, Loren no debía perder de vista la pelota y ahora mismo eso significaba localizar a Matt Hunter. Subió a su coche y se dirigió al sur. Todavía tenía tiempo de llegar a Lockwood Corp, en Wilmington, Delaware, antes de que fuera demasiado tarde.

Intentó llamar a Matt Hunter a su despacho, pero le dijeron que ya se había ido. Llamó a su casa y le dejó un mensaje en el contestador: «Matt, soy Loren Muse. Soy investigadora de la oficina del fiscal del condado de Essex. Nos conocimos hace mucho tiempo, en Burnet Hill. ¿Podrías llamarme cuanto antes?».

Le dejó el número de su móvil y el de la oficina.



El habitual trayecto de dos horas a Delaware le llevó una hora y veinte minutos. Loren no utilizó la sirena, pero sí dejó la lucecita azul papadeante durante todo el viaje. Le gustaba la velocidad. ¿Qué sentido tiene ser de la policía si no puedes conducir deprisa y llevar un arma?

Las oficinas de Randal Horne eran el arquetipo de despacho de abogado rico. Su empresa ocupaba tres pisos de un complejo de edificios de oficinas, uno al lado del otro, una interminable monotonía de cajas uniformes.

La recepcionista de Horne, Buckman y Pierce, una arpía clásica que había pasado hacía tiempo su momento de esplendor, miró a Loren como si la hubiera reconocido de un póster pornográfico. Con un buen ceño en la frente, la arpía le indicó que se sentara.

Randal Horne la tuvo esperando veinte minutos largos: un clásico juego mental de abogado, si no transparente. Loren mató el rato leyendo la apasionante selección de revistas, que consistía en varios ejemplares de *The Third Branch*, el boletín del tribunal federal y el *American Bar Association Journal*. Suspiró. Qué no daría ella por una revista con un juez en la portada.

Por fin, Horne salió a la zona de recepción y se colocó directamente frente a ella. Era más joven de lo que imaginaba, aunque tenía aquella cara brillante que Loren normalmente asociaba con el Botox o con Jermaine Jackson. Llevaba el pelo demasiado largo, peinado hacia atrás y rizado en la nuca. Su traje era impecable, aunque de solapas demasiado anchas. Tal vez volvían a estar de moda.

Se saltó las presentaciones:

—No creo que tengamos nada de qué hablar, señora Muse.

Randal Horne estaba tan cerca que no le permitía levantarse. No le extrañó. Intentaba hacer el número de la autoridad con ella. Loren medía metro y medio de todos modos, y ya estaba acostumbrada. Estuvo tentada de apretarle la mano sobre la entrepierna, sólo para apartarlo, pero decidió dejarle jugar.

La recepcionista arpía —parecía quince años mayor para hacer de matrona carcelaria en películas de serie B— observaba la escena con un atisbo de sonrisa en sus labios secos y untados de carmín.

—Quisiera saber la identidad de la mujer que compró los implantes mamarios con el número de serie 89783348 —dijo Loren.

—En primer lugar —dijo Horne— se trata de archivos muy antiguos. SurgiCo no guardaba el nombre de la mujer en sus archivos, sólo el del médico que realizó la intervención.

—Bien, eso será suficiente.



Horne se cruzó de brazos.

— ¿Tiene la citación, detective?

— Está en camino.

Él le hizo su mejor mueca presuntuosa, que lo decía todo.

— Bien, pues — dijo —, volveré a mi despacho. Por favor, comuníquesele a Tiffany cuando la tenga.

La arpía se pavoneó sonriendo de oreja a oreja. Loren la señaló y dijo:

— Tiene carmín en los dientes. — Después volvió a dedicar su atención a Randal Horne—. ¿Le importaría decirme por qué necesita una citación?

— Hay una serie de leyes sobre la intimidad de los pacientes. Aquí en Lockwood Corporation creemos en ellas.

— Pero esa mujer está muerta.

— Aun así.

— No se trata de secretos médicos. Sabemos que llevaba implantes. Intentamos identificar el cuerpo.

— Habrá otras formas, detective.

— Y lo intentamos, créame. Pero por ahora... — Loren se encogió de hombros.

— Lamentablemente eso no cambia nuestra posición.

— Pero su posición, con el debido respeto, parece ligeramente fluida, señor Horne.

— No sé si comprendo su idea.

— Espere un segundo. — Loren sacó unos papeles doblados de los bolsillos traseros—. Antes de venir he tenido tiempo de revisar algunos casos de Nueva Jersey. Parece que su empresa siempre ha colaborado con la policía hasta ahora. Entregaron expedientes sobre un cadáver encontrado en julio pasado en el condado de Somerset. Un tal señor Hampton Wheeler, de sesenta y seis años, a quien le cortaron la cabeza y los dedos para evitar identificarlo, pero el asesino olvidó que llevaba un marcapasos. Su empresa ayudó a las autoridades a identificarle. Hubo otro caso...

— Detective... Muse, ¿no?

— Inspectora.

— Inspectora Muse. Tengo mucho trabajo. Por favor, póngase cómoda. Cuando llegue su citación, comuníquesele a Tiffany enseguida.



—Espere. —Loren miró a la arpía—. Tiffany, vaya, no puede ser su nombre real, ¿no?

—Si me disculpa...

—Señor Horne, ya sabe que no llegará ninguna citación, que era un farol.

Randal Horne no dijo nada.

Loren miró abajo y vio el ejemplar de *The Third Branch*. Frunció el ceño y se volvió hacia Horne. Esta vez se puso de pie.

—No pensó que era un farol —dijo, hablando con lentitud—. Lo sabía.

Horne dio un paso atrás.

—Pero, de hecho —Loren siguió, más para sí misma que para él—, podía haber sido verdad. Habría sido muy justo, es cierto, pero podría haber llamado a un juez federal mientras me dirigía aquí. La citación sería pan comido. Cualquier miembro del juzgado le habría puesto el timbre en cinco minutos. Ningún juez en su sano juicio se habría negado a menos que...

Randal Horne esperó. Era casi como si esperara que ella lo dedujera.

—A menos que alguien a nivel federal, el FBI o la oficina del fiscal de Estados Unidos, le recomendara lo contrario.

Horne se aclaró la garganta y miró su reloj.

—Tengo que irme, de verdad —dijo.

—Su empresa colaboraba con nosotros al principio, tal como dijo Eldon. De repente dejó de hacerlo. ¿Por qué? ¿Por qué había de cambiar de opinión de repente a menos que los federales le obligaran? —Levantó la cabeza—. ¿Qué interés pueden tener los federales en este caso?

—Eso no es asunto nuestro —dijo él.

Inmediatamente Horne se llevó una mano a la boca como si estuviera apabullado con su propia indiscreción. Sus ojos se encontraron y ella supo que él le había hecho un favor. Horne no diría nada más. Ya había dicho bastante.

El FBI. Eran ellos los que le habían hecho callar.

Y tal vez Loren sabía por qué.

Una vez en su coche, Loren le dio vueltas al asunto.



¿A quién conocía en el FBI? Tenía conocidos allí, pero nadie que pudiera ayudarla a ese nivel. El cosquilleo que le producía siempre encontrar una pista le corrió por el cuerpo. Aquello era gordo, no había ninguna duda. El FBI se había entrometido en el caso. Por alguna razón querían saber quién se hacía pasar por la hermana Mary Rose, y dejaban trampas y tarjetas de visita por todas partes, incluso en la empresa que le había suministrado los implantes de mamas.

Asintió para sí misma. Por supuesto era todo pura especulación, pero tenía sentido. Empezando por la víctima: la hermana Mary Rose tenía que ser algo así como fugitiva o testigo. Alguien valioso para el FBI.

De acuerdo, bien. Adelante.

Hacía tiempo, la hermana Mary Rose (o como se llamara) huyó; difícil de decir cuándo, pero había estado enseñando en St. Margaret's, según la madre Katherine, siete años. O sea que al menos tenía que ser antes de eso.

Loren se detuvo un momento a considerar las implicaciones. La hermana Mary Rose había sido una fugitiva desde hacía al menos siete años. ¿Llevaban buscándola los federales todo ese tiempo?

Tenía sentido.

La hermana Mary Rose se había escondido muy bien. Sin duda, había cambiado de identidad. Probablemente había empezado en Oregón, en aquel convento tan conservador que la madre Katherine había mencionado. ¿Quién sabe cuánto tiempo habría estado allí?

No importaba. Lo que importaba era que, hacía siete años, por la razón que fuera, decidió irse al este.

Loren se frotó las manos. Ah, aquello era bueno.

Entonces la hermana Mary Rose se muda a Nueva Jersey y empieza a enseñar en St. Margaret's. Según dicen es una buena profesora y monja, dedicada y cariñosa, y lleva una vida tranquila. Pasan siete años. Tal vez piensa que ya está segura. Tal vez se vuelve descuidada y tropieza con alguien de su antigua vida. Cualquier cosa.

De alguna manera, de alguna forma, su pasado vuelve. Alguien sabe quién es. Y entonces alguien entra en su habitación del convento, la tortura y después la asfixia con una almohada.

Loren paró, casi como si le ofreciera un respetuoso momento de silencio.

De acuerdo, pensó, ¿y ahora qué?

Necesitaba obtener la identificación de los federales.



¿Cómo?

Lo único que se le ocurría era el clásico *quid pro quo*: darles algo a cambio. Pero ¿qué tenía ella?

A Matt Hunter, para empezar.

Los federales probablemente iban un día o dos por detrás de ella. ¿Ya tendrían los registros telefónicos? Lo dudaba. Y si los tenían, si estaban enterados de la llamada a Marsha Hunter, ¿habrían adivinado ya la relación con Matt Hunter?

Lo dudaba mucho.

Loren entró en la autopista y tomó el móvil. Estaba descargado. Soltó un par de tacos. La mayor mentira —al mismo nivel de «el cheque está en el correo» y «su llamada es muy importante para nosotros»— es la vida que dicen que tiene la batería del móvil. La suya se suponía que duraba una semana en *standby*. Era afortunada si el maldito chisme le duraba treinta y seis horas.

Abrió la guantera y sacó el cargador. Enchufó un extremo al encendedor y el otro al teléfono. La pantalla del móvil se iluminó y le comunicó que tenía tres mensajes.

El primero era de su madre. «Hola, cariño —decía su madre con una voz curiosamente tierna. Era su voz pública, la que reservaba para cuando creía que alguien estaba escuchando y, por consiguiente, juzgando sus cualidades maternas—. He pensado en pedir una pizza en Renato's y alquilar una película en Blockbuster, la nueva de Russell Crowe ya está en DVD, y no sé, quizá podríamos celebrar una noche de chicas, solas las dos. ¿Qué te parece?» Loren meneó la cabeza, e intentó no conmovirse, pero las lágrimas pugnaban por salir a la superficie. Su madre. Cada vez que quería olvidarse de ella, echarla de su vida, odiarla, culparla para siempre de la muerte de su padre, ella salía con algo sorprendente y la hacía volver del abismo.

—Sí —dijo Loren bajito en su coche—. Me parece muy bien.

El segundo y el tercer mensajes le borraron aquella idea de golpe. Eran ambos de su jefe, Ed Steinberg, fiscal del condado, y eran breves e iban al grano. El primero decía: «Llámame. Ya». El segundo decía: «¿Dónde te has metido? Llámame. No importa la hora. Se avecina un desastre».

Ed Steinberg no era dado a las exageraciones ni a que le llamaran a cualquier hora. En ese sentido era de la vieja escuela. Loren tenía su teléfono particular en alguna parte, no encima, desgraciadamente, pero no lo había usado nunca. A Steinberg no le gustaba ser molestado fuera de horas de trabajo. Su lema era: «Vive un poco. Eso puede esperar». Normalmente estaba fuera de la oficina a las cinco y ella ya no recordaba la última vez que le había visto allí después de las seis.





Eran las seis y media. Loren decidió probar primero en su despacho. Podía ser que Thelma, su secretaria, todavía estuviera. Sabría cómo localizarle. Después de un timbre, el propio Ed Steinberg contestó al teléfono.

No era una buena señal.

— ¿Dónde estás? — preguntó Steinberg.

— Vuelvo de Delaware.

— Ven aquí directamente. Hay un problema.



## Capítulo 18

*LAS VEGAS, NEVADA. SEDE DEL FBI EDIFICIO JOHN LAWRENCE BAILEY. DESPACHO DEL AGENTE ESPECIAL JEFE.*

Para Adam Yates el día empezó como otro cualquiera.

Al menos, eso era lo que quería creer. En un sentido más amplio, ningún día era un día cualquiera para Yates, al menos, en los últimos veinte años. Cada día era como tiempo prestado, esperando eternamente a que cayera el hacha fatídica. Incluso ahora, cuando personas más racionales concluirían que había dejado atrás con éxito los errores del pasado, el miedo seguía agazapado en un rincón del cerebro, atormentándolo.

Entonces Yates era un agente joven, que trabajaba infiltrado. Diez años más tarde era el agente especial responsable de todo Nevada, una de las mejores posiciones dentro del FBI. Había ascendido por jerarquía. En todo ese tiempo, no había tenido ni rastro de problemas.

Así que, cuando se dirigía al trabajo aquella mañana, parecía un día más.

Pero, en cuanto su asesor jefe, Cal Dollinger, entró en su despacho, y aunque ninguno de los dos había hablado del incidente ocurrido hacía una década, algo en la cara de su viejo amigo le dijo que aquél era el día, y que los demás simplemente habían sido el camino para llegar a él.

Yates echó un vistazo rápido a la fotografía que tenía sobre la mesa. Era una instantánea familiar, Bess, los tres niños y él. Ahora las niñas eran adolescentes, y no había formación que preparara adecuadamente a un padre para eso. Yates siguió sentado. Llevaba su uniforme informal: pantalones de algodón, sin calcetines, un polo de color brillante.

Cal Dollinger esperó de pie junto a la mesa. Cal era enorme, casi dos metros y ciento treinta kilos. Adam y Cal se conocían desde hacía mucho tiempo, desde la clase de octavo de la señora Colbert en la Collingwood Elementary School. Algunos hombres les llamaban Lenny y George, en referencia a los personajes de Steinberg de



su obra *De ratones y hombres*. No iban desencaminados: Cal era un gigante y absurdamente fuerte, pero todo lo que tenía Lenny de amable le faltaba a Cal. El era una roca, tanto física como emocionalmente. Podría haber matado a un conejo acariciándolo, pero no le importaba mucho.

Sin embargo, su vínculo era mucho más fuerte que eso. Os conocéis desde hace mucho, os habéis ayudado a apagar muchos fuegos, y sois prácticamente uno. Cal podía ser cruel, no había ninguna duda. Pero como para muchos hombres violentos, era todo cuestión de blanco y negro. A los que estaban en su pequeña zona blanca — su esposa, sus hijos, Adam, la familia de Adam— los protegería con su último aliento. El resto del mundo era negro e inanimado, un telón de fondo lejano.

Adam Yates esperó, pero Cal podía esperar más.

—¿Qué pasa? —preguntó Adam finalmente.

Los ojos de Cal se pasearon por el despacho. Temía los dispositivos de escucha.

—Está muerta —dijo.

—¿Quién?

—La mayor.

—¿Estás seguro?

—Encontraron su cadáver en Nueva Jersey. La hemos identificado con los números de serie de los implantes quirúrgicos. Se hacía pasar por monja.

—¿Me tomas el pelo?

Cal no sonrió. Cal no bromeaba.

—¿Y... él? —Yates ni siquiera quería pronunciar el nombre de Clyde.

Cal se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿Y la cinta?

Cal meneó la cabeza. Era tal como Adam Yates esperaba. No se acabaría fácilmente. No se acabaría nunca. Echó otra mirada rápida a su esposa y sus hijos. Contempló su espacioso despacho, las condecoraciones en la pared, su nombre en la placa, sobre la mesa. Todo ello —su familia, su carrera, toda su vida— parecía etéreo, como querer agarrar humo con la mano.

—Deberíamos irnos a Nueva Jersey —dijo.



## Capítulo 19

Sonya McGrath se sorprendió al oír la llave en la cerradura.

Una década después de la muerte de su hijo, las fotografías de Stephen seguían con sus marcos en aquellas mesitas. Se habían añadido otras fotografías, por supuesto. Cuando Michelle, la hija mayor de Sonya, se casó el año anterior, habían sacado fotos, naturalmente. Había varias enmarcadas en la repisa de la chimenea. Pero nunca se había retirado ninguna de las fotografías de Stephen. Habían empaquetado sus cosas, habían vuelto a pintar su habitación, habían dado su ropa a beneficencia, habían vendido su coche, pero Sonya y Clark nunca podrían tocar sus fotografías.

Su hija Michelle, como muchas novias, había decidido hacerse las habituales fotos de grupo antes de la ceremonia. El novio, un simpático chico llamado Jonathan, tenía una gran familia. Se hicieron todas las tomas de rigor. Sonya y Clark habían posado valientemente, con su hija, con su hija y su futuro yerno, con los padres de Jonathan y los flamantes novios, todo, pero se echaron atrás cuando los fotógrafos propusieron una «fotografía de la familia McGrath» incluyendo a Sonya y Clark con Michelle y Cora, la hermana pequeña de Michelle, porque lo que todos verían, incluso aquel día lleno de alegrías, era el enorme vacío en la «fotografía de los McGrath» en la que debería estar Stephen.

La gran casa estaba silenciosa esa noche. Había sido así desde que Cora había empezado la universidad. Clark «trabajaba hasta tarde aquella noche», un eufemismo por «acostarse con la jovencita», pero a Sonya le daba igual. Ella no le cuestionaba los horarios porque su casa aún parecía más solitaria y silenciosa cuando estaba él.

Sonya hizo girar el brandy en la copa. Estaba sola en la nueva sala de proyecciones, a oscuras, frente al DVD. Había alquilado una película de Tom Hanks —su presencia, incluso en películas ínfimas, le proporcionaba un extraño consuelo—, pero todavía no había apretado la tecla de inicio.

«Por Dios—pensó—, qué lamentable soy.»



Sonya siempre había sido una mujer sociable. Tenía muchos y buenos amigos. Sería fácil echarles la culpa, decir que se habían ido distanciando de ella tras la muerte de Stephen, que lo habían intentado pero, al cabo del tiempo, se habían cansado, y por eso habían empezado a poner una excusa, después otra, y se habían ido alejando y cortando vínculos.

Pero eso no sería justo.

Podía ser verdad para unos pocos —sin duda se había producido un cierto distanciamiento—, pero Sonya tenía más responsabilidad que ninguno de sus amigos. Ella se había alejado. No quería consuelo. No deseaba ni compañía ni camaradería ni conmiseración. Tampoco quería ser desgraciada, pero quizás ésa era la alternativa más fácil y, por lo tanto, mejor.

Se abrió la puerta principal.

Sonya encendió una lamparita al lado de su sillón. Fuera estaba oscuro, pero en aquella sala sin ventilación no importaba. Las persianas no dejaban entrar la luz. Oyó los pasos en el vestíbulo de mármol y después en el suelo de madera. Se dirigían hacia ella.

Esperó.

Unos minutos después, Clark entró en la habitación. No dijo nada; se la quedó mirando. Lo observó un momento. Su marido parecía un poco mayor, o quizás había pasado mucho tiempo desde que había mirado con atención al hombre con quien se había casado. Había decidido no conformarse con un distinguido cabello canoso y se lo había teñido. Era un trabajo meticuloso, como todo lo que hacía Clark, pero seguía sin quedarle bien. Su piel tenía un tono ceniciento. Parecía más delgado.

—Estaba a punto de ver una película —dijo.

Él siguió mirándola.

—Clark...

—Lo sé —dijo.

No se refería a saber que iba a poner una película. Se refería a otra cosa muy distinta. Sonya no pidió aclaraciones. No había ninguna necesidad. Se quedó quieta.

—Sé lo de tus visitas al museo —siguió—. Lo sé desde hace tiempo.

Sonya no supo responder. Contraatacar con un «Yo sé lo tuyo» era la respuesta más obvia, pero sería al mismo tiempo defensivo y totalmente irrelevante. Aquello no tenía nada que ver con una aventura.



Clark siguió de pie, con las manos colgando a los lados, los dedos nerviosos, pero no cerrados en un puño.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó.

—Desde hace unos meses.

—¿Por qué no me dijiste nada entonces?

Él se encogió de hombros.

—¿Cómo te enteraste?

—Te hice seguir —dijo.

—¿Seguirme? ¿Quieres decir que contrataste a un detective?

—Sí.

Sonya cruzó las piernas.

—¿Por qué? —Su tono de voz se hizo más agudo; se sentía absurdamente traicionada—. ¿Creías que me acostaba con otro?

—Él mató a Stephen.

—Fue un accidente.

—¿Ah, sí? ¿Es eso de lo que habláis cuando celebráis vuestros pequeños almuerzos? ¿Que asesinó accidentalmente a mi hijo?

—A nuestro hijo —corrigió ella.

Entonces la miró con una expresión que ya le había visto otras veces, pero nunca dirigida a ella.

—¿Cómo has podido?

—¿Cómo he podido qué, Clark?

—Verte con él. Ofrecerle tu perdón...

—Nunca le he ofrecido nada por el estilo.

—Consolarle.

—No tiene nada que ver con eso.

—Entonces ¿qué?

—No lo sé. —Sonya se puso de pie—. Clark, escúchame: lo que le pasó a Stephen fue un accidente.

Él soltó un ruidito despreciativo.



— ¿Así te consuelas, Sonya? ¿Convenciéndote de que fue un accidente?

— ¿Consolarme? —Un escalofrío gélido la atravesó—. No hay consuelo, Clark. Ni un segundo. Accidente, asesinato, Stephen está muerto de todos modos.

Él no dijo nada.

—Fue un accidente, Clark.

—Él te ha convencido de eso, ¿eh?

—De hecho, todo lo contrario.

—¿Y eso qué significa?

—Ya no está seguro de sí mismo. Siente una inmensa culpa.

—Pobrecillo. —Clark hizo una mueca—. ¿Cómo puedes ser tan ingenua?

—Deja que te pregunte algo —dijo Sonya, acercándose más a él—. Si hubieran caído de otra forma, si el ángulo hubiera sido diferente o si Stephen hubiera girado el cuerpo y Matt Hunter se hubiera golpeado la cabeza con la acera...

—No vayas por ahí.

—No, Clark, escúchame. —Ella dio otro paso—. De haber ido de otro modo, de haber acabado muerto Matt Hunter y de haberse encontrado Stephen encima de él...

—No estoy de humor para jugar a las hipótesis contigo, Sonya. Todo esto no importa.

—Tal vez a mí me importe.

—¿Por qué? —contraatacó Clark—. ¿No has dicho tú misma que de todos modos Stephen está muerto?

Ella no dijo nada.

Sonya cruzó la habitación, pasó por su lado manteniendo la distancia para que no la rozara. Él se sentó en una silla y apoyó la cabeza en las manos. Ella esperó.

— ¿Recuerdas el caso de la madre que ahogó a sus hijos en Texas? —preguntó él.

— ¿Qué tiene que ver?

—Tú —cerró los ojos un momento— sólo escúchame, ¿vale? ¿Recuerdas aquel caso? Aquella madre tan abrumada que ahogó a sus hijos en la bañera. Creo que eran cuatro o cinco. Una historia espeluznante. La defensa alegó locura. El marido la apoyó. ¿Te acuerdas, en las noticias?

—Sí.

— ¿Qué pensaste?



Ella no dijo nada.

—Te diré lo que pensé yo —continuó—. Pensé, ¿qué más da? No quiero parecer frío. Pero ¿qué diferencia hay entre considerar loca a esa madre y encerrarse en un manicomio o considerarla culpable y meterla el resto de su vida en prisión o en el corredor de la muerte?

—¿Qué diferencia hay? De todos modos, has matado a tus hijos. Es el fin de tu vida, ¿no?

Sonya cerró los ojos.

—Eso es lo que pienso de Matt Hunter. Mató a nuestro hijo. Tanto si fue un accidente como si fue intencionado, sólo sé que nuestro hijo está muerto. El resto no me importa. ¿Lo comprendes?

Más de lo que podía imaginarse.

Sonya sintió que se le saltaban las lágrimas. Miró a su marido. Clark sufría tanto... Vete, quería decirle ella, sumérgete en tu trabajo, en tu amante, en lo que sea. Vete.

—No intento hacerte daño —dijo.

Él asintió.

—¿Quieres que deje de verte? —preguntó.

—¿Importa lo que yo quiera?

Ella no contestó.

Clark se levantó y salió de la habitación. Unos segundos después, Sonya oyó que se cerraba la puerta, y se quedó sola de nuevo.





## Capítulo 20

Loren Muse recorrió el trayecto de vuelta de Wilmington, Delaware, a Newark incluso en menos tiempo que a la ida. Ed Steinberg estaba solo en su oficina del tercer piso del nuevo juzgado del condado.

—Cierra la puerta —dijo su jefe.

Steinberg parecía desaseado —corbata aflojada, botón superior de la camisa desabrochado, una manga más arremangada que la otra—, pero ése era su aspecto más o menos habitual. A Loren le caía bien Steinberg. Era inteligente y justo. Odiaba la política que el trabajo comportaba, pero comprendía la necesidad del juego. Y jugaba bien.

A Loren su jefe le parecía sexy, como puede serlo un veterano del Vietnam, con el pelo largo, montado en su moto y con aspecto de osito cariñoso. Steinberg estaba casado, por supuesto, y tenía dos hijos en la universidad. Era un estereotipo, pero era cierto: los buenos estaban todos cogidos.

Cuando Loren era joven, su madre le advertía que no se precipitara: «No te cases joven», decía Carmen con la boca pastosa por el vino. Loren no siguió nunca conscientemente ese consejo, pero en algún momento se dio cuenta de que era una idiotez. Los hombres buenos, los que querían comprometerse y tener hijos, eran detectados rápidamente. El campo era más y más escaso con el paso de los años. Ahora Loren tenía que conformarse con lo que sus amigas llamaban «devoluciones»: divorciados gordos que se resarcían de los días de rechazo en el instituto, o los que todavía eran presa de la angustia de su primer matrimonio, o los tipos semidecentes que estaban interesados —y ¿por qué no?— en una jovencita desamparada que los adorara.

—¿Qué hacías en Delaware? —preguntó Steinberg.

—Seguía una pista sobre la identidad de la monja.

—¿Crees que era de Delaware?

—No.



Loren le explicó rápidamente lo del código de identificación de los implantes, la colaboración inicial, el muro impenetrable, la relación con los federales. Steinberg se frotó el bigote como si fuera una mascota.

Cuando Sonya acabó, él dijo:

—El responsable de la zona es un federal llamado Pistillo. Le llamaré por la mañana, a ver qué me dice.

—Gracias.

Steinberg se frotó un poco más el bigote. Miró hacia otro lado.

—¿Es para eso por lo que querías verme? —preguntó ella—. ¿El caso de la hermana Mary Rose?

—Sí.

—¿Y?

—Los del laboratorio han sacado huellas de la habitación de la monja.

—¿Y qué?

—Han encontrado ocho huellas distintas —dijo él—. Unas eran de la hermana Mary Rose. Seis más son de monjas y empleados de St. Margaret's. Las están pasando por el sistema, por si acaso alguien que no sabemos tiene antecedentes.

Se calló.

Loren se acercó a la mesa y se sentó.

—Doy por supuesto —dijo— que tienes una identificación de la octava.

—La tenemos. —La miró a los ojos—. Por eso te he pedido que volvieras.

Ella hizo un gesto de abandono.

—Soy toda oídos.

—Las huellas pertenecen a Max Darrow.

Ella esperó a que dijera más. Como no lo hizo, le dijo:

—Supongo que el tal Darrow tiene antecedentes.

Ed Steinberg meneó la cabeza lentamente.

—No.

—Entonces ¿cómo lo habéis identificado?

—Sirvió en las fuerzas armadas.



A lo lejos, Loren oyó sonar un teléfono. Nadie lo respondió. Steinberg se echó atrás en su gran silla de piel. Miró hacia arriba.

—Max Darrow no es de por aquí —dijo.

—Ah.

—Vivía en Raleigh Heights, Nevada. Cerca de Reno.

Loren pensó un momento.

—Reno está muy lejos de una escuela católica de East Orange, Nueva Jersey.

—Ya lo creo. —Steinberg seguía mirando hacia arriba—. Era de los nuestros.

—¿Darrow era un poli?

Él asintió.

—Retirado. El detective Max Darrow. Trabajó veinticinco años en homicidios de Las Vegas.

Loren intentó encajar aquello en su teoría de que la hermana Mary Rose era una fugitiva. A lo mejor era de la zona de Las Vegas o Reno. A lo mejor había tropezado con ese Max Darrow en algún momento del pasado.

El siguiente paso parecía bastante claro.

—Tenemos que localizar a Max Darrow.

La voz de Ed Steinberg fue suave.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Ah, sí?

—Darrow está muerto.

Se miraron a los ojos y algo más encajó en su sitio. Era como si Loren volviera a ver a Trevor Wine subiéndose el cinturón. ¿Cómo había descrito a la víctima asesinada su condescendiente colega?

—«Un blanco retirado... Un turista.»

Steinberg asintió.

—Encontramos el cadáver de Darrow en Newark, cerca del cementerio de Fourteenth Avenue. Le pegaron dos tiros en la cabeza.



## Capítulo 21

Por fin se puso a llover.

Al salir del Landmark Bar and Grill, Matt Hunter se dirigió a Northfield Avenue. No le siguió nadie. Era tarde, estaba oscuro y estaba borracho, pero eso no importaba. Nunca se olvidan las calles del barrio donde naciste.

Dobló a la derecha en Hillside Avenue. Llegó diez minutos después. El cartel de la inmobiliaria seguía en la entrada, vendida. En pocos días la casa sería suya. Se sentó en la acera y la miró. Gotas lentas y grandes como cerezas le caían encima.

La lluvia le recordaba la cárcel. Volvía el mundo gris, triste, sin forma. La lluvia era del color del asfalto de la cárcel. Desde los dieciséis años Matt usaba lentillas — ahora las llevaba—, pero en la cárcel se había limitado a las gafas y se las quitaba a menudo. Le ayudaba un poco a convertir el entorno carcelario en algo gris, difuminado y sin forma.

Siguió mirando la casa que había pensado comprar, aquella «residencia con encanto» como la definía el anuncio. Pronto se instalaría allí con Olivia, su preciosa mujer embarazada, y tendrían un hijo. Seguramente habría más hijos después de éste. Olivia quería tener tres.

No había verja enfrente, pero la habría, como la había habido antes. El sótano no estaba acabado, pero Matt era bastante manitas. Lo acabaría él mismo. El columpio de atrás estaba viejo y oxidado, y habría que arrancarlo. Aunque tardarían aún dos años en reemplazarlo, Olivia ya había encontrado la marca exacta que quería —uno de madera de cedro— con garantía de que no se astillara.

Matt intentó ver todo eso: el futuro. Intentó imaginarse viviendo dentro de aquella casa de tres dormitorios, con una cocina que necesitaba actualizarse, un fuego en la chimenea, risas en la mesa a la hora de la cena, el niño que iba a su cama porque una pesadilla le había asustado, la cara de Olivia por las mañanas. Casi podía verle, como si uno de los fantasmas de Scrooge le estuviera mostrando el camino, y por un segundo casi sonrió.

Pero la imagen no se sostuvo. Matt meneó la cabeza bajo la lluvia.



¿A quién había querido engañar?

No sabía qué pasaba con Olivia, pero de una cosa sí estaba seguro: aquello era el final. El cuento de hadas había acabado. Como había dicho Sonya McGrath, las imágenes en el teléfono habían sido la llamada despertador, el control de realidad, el momento de decir: «¡Era todo broma!», cuando en el fondo del fondo, siempre lo había sabido.

No hay forma de volver.

Stephen McGrath no estaba dispuesto a alejarse. Cada vez que Matt empezaba a alejarse de él, el difunto Stephen volvía a su lado, atrapándole de nuevo, poniéndole una mano en el hombro.

«Estoy aquí, Matt. Sigo contigo...»

Siguió sentado bajo la lluvia. Se preguntó vagamente qué hora sería. No tenía mucha importancia. Pensó en la maldita foto de Charles Talley, el hombre misterioso del pelo negro azabache, con sus susurros burlones en el teléfono. ¿Con qué fin? Eso era lo que Matt no lograba descubrir ni imaginar. Borracho o sobrio, en la comodidad de su hogar o su infierno, bajo la lluvia, una vez terminada la sequía...

Y fue entonces cuando se dio cuenta.

La lluvia.

Matt se volvió y miró hacia arriba, recibiendo las gotas. La lluvia. Por fin lluvia. La sequía había acabado con una furia imponente.

¿Podía ser tan sencilla la respuesta?

Matt se lo pensó. Primero: tenía que volver a casa. Tenía que llamar a Cingle. La hora no importaba. Ya lo comprendería.

—¡Matt!

No había oído pararse el coche, pero la voz, incluso ahora, incluso en esas condiciones, bueno, Matt no pudo evitar sonreír. Se quedó sentado en la acera.

—Hola, Lance.

Matt observó a Lance Banner que bajaba de un monovolumen.

—Me han dicho que me buscabas —dijo Lance.

—Te buscaba.

—¿Por qué?

—Quería pelearme contigo.

Ahora le tocaba a Lance sonreír.



—No querías pelear.

—¿Crees que tengo miedo?

—Yo no he dicho eso.

—Te daría una paliza.

—Y eso sólo me daría la razón.

—¿Sobre qué?

—Que la cárcel cambia a las personas —dijo Lance—. Porque antes de que te encerraran, te habría roto los dos brazos en un suspiro.

Tenía razón. Matt siguió sentado. Seguía sintiéndose fatal y no se esforzaba por no sentirse así.

—Es como si estuvieras por todas partes, Lance.

—Lo estoy.

—Eres un ángel, qué caray. —Matt hizo chasquear los dedos—. Eh, Lance, ¿sabes a quién te parece ahora? Eres como Mamá Block.

Lance no dijo nada.

—¿Te acuerdas de Mamá Block de Hobart Gap Road? —preguntó Matt.

—¿La señora Sweeney?

—Ésa. La señora S. Siempre fisgando a través de la ventana, a todas horas. Con cara de mala leche, quejándose de los niños que cruzaban por su jardín. —Matt le señaló—. Ahora eres así, Lance. Eres como una gran Mamá Block.

—¿Has bebido, Matt?

—Sí. ¿Te molesta?

—No; de hecho, no.

—Entonces ¿por qué siempre estás encima, Lance?

El se encogió de hombros.

—Intento mantener alejados a los malos.

—¿Crees que puedes?

Lance no le contestó.

—¿Crees que tus monovolúmenes y tus buenas escuelas son, no sé, una especie de campo magnético que mantiene alejado al mal? —Matt se rió exageradamente de su propia gracia—. Caramba, Lance, fíjate en mí, por el amor de Dios. Soy el chico del



póster que demuestra que eso sólo es una mierda. Yo debería estar en tu grupo de advertencia a los adolescentes, sabes, como cuando estábamos en el instituto y los policías nos hacían ver cómo un conductor borracho atropellaba a otro conductor. Eso debería hacer. Uno de esos que advierten a los jóvenes. Aunque no estoy seguro de cuál sería mi lección.

—No meterte en peleas, para empezar.

—No me he metido en ninguna pelea. He intentado empezar una.

Lance sofocó un suspiro.

—¿Quieres volver a revisar tu caso aquí, bajo la lluvia, Matt?

—No.

—Bien. ¿Qué te parece si te acompaño a casa?

—¿No vas a arrestarme?

—Quizás en otra ocasión.

Matt echó un último vistazo a la casa.

—Puede que tengas razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre mi lugar.

—Venga, Matt, nos estamos mojando. Te acompañaré a casa.

Lance se colocó detrás de él. Puso sus manos bajo las axilas de Matt y lo levantó. Tenía fuerza. Matt se tambaleó, inseguro. La cabeza le daba vueltas. Su estómago protestaba. Lance le guió hasta el coche y le ayudó a subir.

—Si vomitas en mi coche —dijo Lance— desearás que te haya arrestado.

—Ooooh, que duro.

Matt bajó un poco la ventanilla, para que entrara la brisa pero no la lluvia. Apoyó la nariz en la abertura como un perro. El aire le alivió. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventana. El cristal estaba frío contra la mejilla.

—¿A qué ha venido la borrachera?

—Me apetecía.

—¿Lo haces a menudo? ¿Beber hasta la estupidez?

—¿También eres consejero de Alcohólicos Anónimos, Lance? Además de tu papel de Mamá Block.

Lance asintió.



—Tienes razón. Cambio de tema.

La lluvia aflojó un poco. Los limpiaparabrisas atenuaron la velocidad. Lance mantuvo las dos manos sobre el volante.

—Mi hija mayor tiene trece años. ¿No es increíble?

—¿Cuántos hijos tienes, Lance?

—Tres. Dos chicas y un chico.

Apartó una mano del volante y buscó dentro de su cartera. Sacó tres fotografías y se las pasó a Matt. Él las miró, buscando como siempre el parecido con el padre.

—El niño. ¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Se parece a ti cuando tenías su edad.

Lance sonrió.

—Se llama Devin, pero le llamamos Devil.<sup>5</sup> Es tremendo.

—Como su padre.

—Supongo que sí.

Se callaron durante un rato. Lance fue a poner la radio, pero decidió que no.

—Mi hija. La mayor. Estamos pensando matricularla en una escuela católica.

—¿Ahora va al Heritage?

El Heritage era el instituto donde habían ido ellos.

—Sí, pero no sé. Está un poco descarriada. He oído que la escuela de St. Margaret's de East Orange es buena.

Matt miró por la ventana.

—¿Sabes algo de ella?

—¿De una escuela católica?

—Sí. O de St. Margaret's.

—No.

Lance volvía a tener las dos manos sobre el volante.

—¿No conoces a nadie que haya ido?

---

<sup>5</sup> Demonio en inglés. (*N. de la T.*)





— ¿A St. Margaret's?

—No.

— ¿Te acuerdas de Loren Muse?

Matt se acordaba. Siempre te acuerdas de las personas con las que fuiste a la escuela elemental aunque no las hayas vuelto a ver nunca más. Te acuerdas del nombre y de la cara inmediatamente.

— Sí. Fue con nosotros a clase una temporada. Después desapareció. Su padre murió cuando éramos niños, ¿no?

— ¿No lo sabes?

— ¿Saber qué?

— Su viejo se suicidó. Se voló los sesos en el garaje cuando ella estaba en octavo. Lo mantuvieron en secreto.

— Vaya, qué horrible.

— Sí, pero le van bien las cosas. Ahora trabaja en la oficina del fiscal de Newark.

— ¿Es abogada?

Lance meneó la cabeza.

— Investigadora. Pero después de lo que pasó con su padre, bueno, Loren también pasó una mala temporada. St. Margaret's le fue bien, creo.

Matt no dijo nada.

— Pero ¿tú no conoces a nadie que haya ido a St. Margaret's?

— Lance...

— Sí.

— Este numerito tan sutil. No está colando. ¿Qué quieres preguntarme?

— Te pregunto si conoces a alguien que haya ido a St. Margaret's.

— ¿Quieres que escriba una carta de recomendación para tu hija?

— No.

— Entonces ¿por qué me haces tantas preguntas?

— ¿No te suena una hermana Mary Rose? Enseñaba estudios sociales en esa escuela. ¿La conoces?

Matt se volvió y miró a Lance a la cara.

— ¿Soy sospechoso de algún delito?



— ¿Qué? Sólo estamos conversando.

— No he oído un no, Lance.

— Tienes la conciencia muy sucia.

— Y tú sigues esquivando mi pregunta.

— ¿No quieres contarme cómo conociste a la hermana Mary Rose?

Matt cerró los ojos. Ya no estaban lejos de Irvington. Volvió a apoyar la cabeza en el respaldo.

— Háblame más de tus hijos, Lance.

Lance no contestó. Matt cerró los ojos y escuchó la lluvia. Le devolvió a lo que estaba pensando antes de que Lance Banner apareciera. Tenía que llamar a Cingle cuanto antes.

Porque, por raro que fuera, la lluvia podía contener la clave de lo que estaba haciendo Olivia en aquella habitación de hotel.



## Capítulo 22

Matt dio las gracias a Lance por llevarle y esperó a que se marchara.

En cuanto el monovolumen se perdió de vista, entró en casa, cogió el teléfono y empezó a marcar el móvil de Cingle. Miró la hora. Eran casi las once. Esperaba que estuviera despierta, pero aunque no lo estuviera, en cuanto se explicara, ella lo entendería.

El teléfono sonó cuatro veces y después salió un escueto mensaje con la voz de Cingle.

—Yo. Tú. Tono.

Maldita sea.

Le dejó un mensaje: «Llámame. Es urgente». Apretó la tecla de «otras opciones» y lo mandó también al teléfono de su casa. Tal vez le llegaría al busca.

Quería descargar las imágenes de su móvil en su disco duro, pero como un tonto se había dejado el cable USB en el trabajo. Buscó en la habitación del ordenador el cable que venía con el móvil de Olivia, pero no lo encontró.

Entonces se dio cuenta de que la luz del contestador parpadeaba. Apretó la tecla para escuchar los mensajes. Sólo había uno, y después del día que llevaba, ya no le sorprendió.

«Matt, soy Loren Muse. Soy investigadora en el despacho del fiscal del condado de Essex. Nos conocimos hace un montón de tiempo, en Burnet Hill. ¿Podrías llamarme lo antes posible?»

Dejaba dos números, el de la oficina y el móvil.

Matt volvió a colgar el teléfono. De modo que Lance intentaba adelantarse a su homóloga en el condado. O trabajaban juntos. Cualquiera cosa. Se preguntaba qué sucedía. Lance había dicho algo sobre St. Margaret's en East Orange. Algo sobre una monja de esa escuela.

¿Qué podía tener eso que ver con él?



Fuera lo que fuera, no podía ser bueno.

No le apetecía especular. Pero tampoco quería estar desprevenido. Así que fue a la habitación del ordenador e hizo una clásica búsqueda en el Google. Buscó St. Margaret's en East Orange y le salieron demasiadas páginas. Intentó recordar el nombre de la monja. Hermana Mary no sé qué. Lo añadió a la mezcla. «Hermana Mary», «St. Margaret's», «East Orange».

Ninguna página relevante.

Se acomodó y reflexionó. No se le ocurrió nada. No llamaría a Loren todavía. Podía esperar a mañana. Podía decir que había salido a beber —Lance lo confirmaría— y que había olvidado escuchar los mensajes.

Empezaba a despejarse la cabeza. Pensó en lo que debía hacer a continuación. Aunque estaba solo en la casa, Matt miró en el pasillo y cerró la puerta. Después abrió la puerta del armario, metió una mano hasta el fondo y sacó la caja fuerte. La combinación era 878 porque esos números no tenían nada que ver con su vida. Los había inventado y basta.

Dentro de la caja había un arma.

La miró. Era una máuser M2 semiautomática. Matt la había comprado en la calle —no era muy difícil— al salir de la cárcel. No se lo había dicho a nadie, ni a Bernie, ni a Olivia ni a Sonya McGrath. No sabría explicar por qué la tenía. Su pasado tendría que haberle enseñado los peligros de tales actos. Y se lo había enseñado, pero con matices. Ahora que Olivia iba a tener un bebé, pues sí, tendría que deshacerse del arma. Pero no estaba seguro de ser capaz de hacerlo.

El sistema de prisiones tiene bastantes críticos. Muchos problemas son evidentes y, hasta cierto punto, orgánicos, teniendo en cuenta que se encierra a malas personas con otras malas personas. Pero lo que sí es cierto es que la cárcel enseña las peores habilidades. Se sobrevive siendo esquivo, aislándose, temiendo cualquier alianza. No enseñan a integrarse o a ser productivo: justo lo contrario. Se aprende que no se puede confiar en nadie, que la única persona con la que se puede contar de verdad es uno mismo, que se debe estar alerta a todas horas.

Tener el arma proporcionaba a Matt una extraña sensación de consuelo.

Sabía que estaba mal. Había más posibilidades de que el arma le condujera al desastre que a la salvación. Pero seguía allí. Y ahora que el mundo le estaba preparando una encerrona, la miraba por primera vez desde que la había comprado.

El teléfono lo sobresaltó. Cerró rápidamente la caja, como si alguien hubiera entrado por sorpresa en la habitación, y descolgó.

—¿Diga?



— ¿A que no sabes qué estaba haciendo cuando has llamado?

Era Cingle.

—Lo siento —dijo Matt—. Sé que es tarde.

—No, no. Adivina. Bueno, olvídalo, te lo diré. Estaba en la cama con Hank. Es interminable. Estaba tan aburrida que casi me levanto a medio... bueno, empujón. Pero los hombres son tan sensibles, ¿no?

—Cingle...

— ¿Qué pasa?

—Las fotos que has descargado de mi móvil.

— ¿Qué?

— ¿Las tienes?

— ¿Quieres decir los archivos? Están en la oficina.

— ¿Las has ampliado?

— Ya lo ha hecho mi técnico, pero no he tenido tiempo de mirarlas.

— Necesito verlas —dijo Matt—. Ampliadas, quiero decir.

— ¿Por qué?

— Tengo una idea.

— Oh, oh.

— Sí, oh, oh. Mira, sé que es tarde, muy tarde, pero si pudiéramos encontrarnos en tu despacho...

— ¿Ahora?

— Sí.

— Salgo ahora mismo.

— Te debo una.

— Como horas extras —dijo Cingle—. Nos vemos dentro de cuarenta y cinco minutos.

Matt cogió las llaves —ya estaba suficientemente sobrio para conducir— metió el móvil y la cartera en el bolsillo y fue hacia la puerta. Entonces recordó la máuser semiautomática. Todavía estaba sobre la mesa. Pensó en lo que iba a hacer.

Cogió el arma.

Ésa es otra cosa que no se dice: tener un arma en la mano hace sentir de maravilla. En la tele, las personas normales siempre se comportan con repugnancia cuando



cogen un arma por primera vez. Hacen muecas y dicen: «¡No la quiero!». Pero la verdad es que tener un arma en la mano —el frío acero contra la piel, el peso en la palma de la mano, la propia forma, la manera de agarrarla con la mano con naturalidad, deslizar el dedo índice sobre el gatillo— no sólo es agradable, sino que parece correcto y natural.

Pero no debía hacerlo.

Si por algún motivo lo pillaban con el arma encima, con su expediente, tendría muchos problemas. Lo sabía.

Aun así se metió la pistola en la cintura de los pantalones.

Cuando Matt abrió la puerta de la calle, ella subía los escalones. Sus ojos se encontraron.

Matt se preguntó si la habría reconocido de no haberle mencionado Lance su nombre y haber escuchado el mensaje en el contestador. Era difícil decirlo. Seguía llevando el pelo corto. Conservaba el aire de muchachote. A él le parecía que no había cambiado mucho. Eso también era curioso, encontrarse con alguien a quien se conoció de pequeño, en la escuela elemental, y seguir reconociéndole porque ves al niño que sigue siendo.

—Hola, Matt —dijo Loren Muse.

—Hola, Loren.

—¡Cuánto tiempo!

—Sí.

Ella sonrió.

—¿Tienes un segundo? Tengo que hacerte unas preguntas.



## Capítulo 23

De pie frente a la puerta, Matt Hunter preguntó:

— ¿Se trata de la monja de St. Margaret's?

Loren se sobresaltó, pero Hunter levantó una mano.

— No te emociones —dijo—. Sé lo de la monja porque Lance ya me lo ha preguntado.

Debería habérselo imaginado.

— ¿Quieres ponerme al día, pues?

Matt se encogió de hombros y no dijo nada. Ella le apartó, entró en el recibidor y echó un vistazo. Había libros amontonados por todas partes. Algunos habían caído, como torres desmoronadas. Había fotografías enmarcadas sobre la mesa. Loren las estudió. Cogió una.

— ¿Es tu esposa?

— Sí.

— Es guapa.

— Sí.

Loren dejó la foto y se volvió a mirarlo. Sería cursi decir que tenía el pasado escrito en la cara, que la cárcel le había cambiado no sólo por dentro, sino también por fuera. A Loren no le convencía esta forma de pensar. Ella no creía que los ojos fueran el espejo del alma. Había visto asesinos con ojos amables y hermosos. Había visto personas inteligentes que tenían una expresión totalmente vacía. Había oído decir a jurados: «Supe que era inocente en cuanto entró en la sala, esas cosas se notan», y aquello era una tontería, total y absoluta.

Pero dicho esto, había algo en la actitud de Matt Hunter, en la inclinación de la barbilla quizás, en la línea de la boca. El daño, la actitud defensiva, trascendían. No sabía muy bien qué era, pero se notaba. De no haber sabido que había cumplido



condena después de una infancia tranquila, ¿seguiría sintiendo esa vibración inconfundible?

Pensaba que sí.

Loren no podía evitar pensar en Matt de niño, un niño bueno, pacífico, con buen carácter, y sintió una punzada de pena.

—¿Qué le has dicho a Lance? —preguntó.

—Le he preguntado si era sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—De lo que sea.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Ha esquivado la pregunta.

—No eres un sospechoso —dijo ella—. Por ahora no, al menos.

—Uau.

—¿Es sarcasmo eso?

Matt Hunter se encogió de hombros.

—¿Puedes hacerme las preguntas ya? Tengo que ir a un sitio.

—Tengo que ir a un sitio —repitió ella, mirando ostentosamente el reloj—. ¿A estas horas?

—Soy muy sociable —dijo Matt, saliendo hacia el umbral.

—No sé por qué pero lo dudo.

Loren le siguió. Echó un vistazo al barrio. Había dos hombres bebiendo algo que llevaban en unas bolsas de papel y cantando un viejo clásico de la Motown.

—¿Son los Temptations? —preguntó Loren.

—Los Four Tops —dijo Matt.

—Siempre los confundo.

Se volvió hacia él. Matt hizo un gesto de disculpa.

—No es exactamente Livingston, ¿no? —dijo Matt.

—Me han dicho que te trasladas.

—Es un buen lugar para tener familia.

—¿Tú crees?





— ¿Tú no?

Ella meneó la cabeza.

— Yo no volvería.

— ¿Es una amenaza?

— No, en significado literal. Yo, Loren Muse, no volvería nunca a vivir allí.

— Cada uno a lo suyo, entonces. — Suspiró—. ¿Hemos acabado con la conversación?

— Supongo.

— Bien. ¿Qué le ha pasado a esa monja, Loren?

— Aún no lo sabemos.

— Inténtalo otra vez.

— ¿La conocías?

— Ni siquiera recuerdo cómo me dijo Lance que se llamaba. Hermana Mary no sé qué.

— Hermana Mary Rose.

— ¿Qué le ha pasado?

— Ha muerto.

— Ya. ¿Qué tengo yo que ver?

Loren no sabía muy bien cómo enfocararlo.

— ¿Tú qué crees?

Matt suspiró y pasó a su lado.

— Buenas noches, Loren.

— Espera. Vale, ha sido una tontería. Lo siento.

Matt se volvió.

— Su registro de llamadas.

— ¿Qué hay?

— La hermana Mary Rose hizo una llamada que no se explica.

La cara de Matt no dijo nada.

— ¿La conoces o no?

Matt meneó la cabeza.



—No.

—Porque el registro dice que efectuó una llamada a la casa de tu cuñada en Livingston.

Matt frunció el ceño.

—¿Llamó a Marsha?

—Tu cuñada ha negado haber recibido ninguna llamada de St. Margaret's. También he hablado con la tal Kylie que le alquila una habitación.

—Kyra.

—¿Qué?

—Se llama Kyra, no Kylie.

—Bien, da igual. En fin, sé que pasas mucho tiempo en su casa. De hecho sé que estuviste allí anoche.

Matt asintió.

—Así que pensaste, redoble de tambores, por favor, que la monja debió de llamarme a mí —acabó Matt por ella.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene sentido.

Matt respiró hondo.

—¿Qué?

—¿Ésta no es la parte en la que yo me pongo furioso y digo que sólo tiene sentido porque tienes prejuicios contra un ex convicto, a pesar de que haya cumplido condena y pagado su deuda con la sociedad?

Eso la hizo sonreír.

—No me digas que quieres ahorrarte la indignación. ¿Quieres ir directo a la negación?

—Lo aceleraría todo un poco —dijo Matt.

—¿Así que no conoces a la hermana Mary Rose?

—No. Entre nosotros, no conozco a ninguna hermana Mary Rose. No creo que conozca a ninguna monja. No conozco a nadie relacionado con St. Margaret's, excepto, según Lance, a ti, que fuiste allí, o sea que la respuesta debería ser: sólo a ti. No tengo ni idea por qué la hermana Mary Rose llamaría a la casa de Marsha o si de verdad llamó a la casa de Marsha.



Loren decidió cambiar de táctica.

— ¿Conoces a un hombre llamado Max Darrow?

— ¿También ha llamado a Marsha?

— ¿Por qué no respondes y basta, Matt? ¿Conoces a un tal Max Darrow de Raleigh Heights, en Nevada, sí o no?

Un sobresalto. Loren lo vio. Pequeño, el más mínimo de los cambios en la cara de Matt. Pero así era: una ligera abertura de los ojos. Se recuperó en menos de un segundo.

—No —dijo.

— ¿Nunca has oído hablar de él?

—Nunca. ¿Quién es?

—Ya lo leerás en el periódico de mañana. ¿Te importa decirme dónde estuviste ayer? Quiero decir antes de ir a casa de Marsha.

—Sí, me importa.

— ¿Por qué no me lo dices y ya está?

Él apartó la mirada, cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Esto empieza a parecer un interrogatorio de un sospechoso en toda regla, detective Muse.

—Inspectora Muse —dijo ella.

—De todos modos, creo que ya he contestado bastantes preguntas esta noche.

— ¿Te niegas?

—No, me voy. —Ahora era el turno de Matt de mirar el reloj—. De verdad que debo irme.

— ¿Y supongo que no vas a decirme qué te traes entre manos?

—Supones bien.

Loren se encogió de hombros.

—Podría seguirte.

—Te ahorraré la molestia. Voy a las oficinas de MVD en Newark. Lo que haga allí es sólo asunto mío. Buenas noches.

Empezó a bajar los peldaños.

—Matt...

*Harlan Coben*



*El inocente*

— ¿Qué?

— Te parecerá raro —dijo Loren—, pero me alegro de verte. Desearía que hubiera sido en otras circunstancias.

Casi sonrió.

— Lo mismo digo.



## Capítulo 24

«Nevada», pensó Matt. Loren Muse le había preguntado por un hombre de Nevada.

Veinte minutos después de dejar a Loren en la entrada, Matt estaba en el despacho de Cingle. Había dedicado el trayecto a repasar el interrogatorio mentalmente. Una palabra no dejaba de volver: «Nevada».

Max Darrow, fuera quien fuera, era de Nevada.

Y Olivia había estado mirando un sitio web de un periódico llamado *Nevada Sun News*.

¿Coincidencia?

Sí, claro.

Las oficinas de MVD estaban en silencio. Cingle estaba sentada a su mesa, con un chándal Nike negro. Llevaba el pelo recogido en una larga cola de caballo. Apretó el interruptor para encender el ordenador.

— ¿Has oído hablar de la muerte de una monja de Saint Margaret's? —preguntó Matt.

Cingle frunció el ceño.

— ¿Es la iglesia de East Orange?

— Sí. También es una escuela.

— No.

— ¿Y en relación a un tal Max Darrow?

— ¿Qué?

Matt rápidamente le explicó las preguntas de sus antiguos compañeros de clase, Lance Banner y Loren Muse. Cingle suspiró y tomó notas. No dijo nada, y se limitó a arquear una ceja cuando él mencionó haber encontrado una cookie en el ordenador conectada con una web de *strippers*.



—Lo miraré.

—Gracias.

Giró un poco la pantalla del ordenador para que los dos pudieran verla.

—Manos a la obra, ¿qué quieres ver?

—¿Puedes ampliar la foto de Charles Talley que me mandaron al móvil?

Ella empezó a mover el ratón y clicar.

—Deja que te explique algo rápidamente—dijo Matt.

—Estoy escuchando.

—Sobre el programa de ampliación. A veces hace milagros, a veces no sirve para una mierda. Cuando sacas una foto digital, la calidad depende de los píxeles. Por eso se trata de comprar una cámara con el máximo posible de píxeles. Los píxeles son puntos. Cuantos más puntos, más clara es la imagen.

—Ya lo sé.

—La cámara de tu móvil tiene una lectura de píxeles francamente miserable.

—Eso también lo sé.

—Entonces sabes que cuanto más amplías la imagen, menos clara se vuelve. Este programa utiliza algoritmos, sí, lo sé, una palabrota. Dicho sencillamente, imagina lo que debería haber basándose en las pistas que aparecen. Color, sombra, bordes, líneas, de todo. No es precisamente exacto. Hay mucho de ensayo y error. Pero dicho esto...

Accedió a la fotografía de Charles Talley. Esta vez Matt ignoró el pelo negro azabache, la sonrisa, la cara en general. Ignoró la camisa roja y las paredes blancas. Sólo tenía ojos para una cosa.

Lo señaló con el dedo.

—¿Lo ves?

Cingle se puso unas gafas, entornó los ojos y le miró.

—Sí, Matt—dijo con decisión—. Se llama ventana.

—¿Puedes ampliarla?

—Lo puedo intentar. ¿Por qué? ¿Crees que hay algo en esa ventana?

—No exactamente. Hazlo, por favor.

Cingle se encogió de hombros, colocó el cursor sobre la ventana y la amplió. La ventana ocupó la mitad de la pantalla.



— ¿Puedes aclararla?

Cingle apretó algo llamado sintonía fina. Después miró a Matt. Él le sonrió.

— ¿No lo ves?

— ¿Ver qué?

— Es gris. Eso lo puedes ver con el móvil. Pero ahora mira: hay gotas de lluvia en la ventana.

— ¿Y qué?

— Esta foto me la mandaron ayer por la tarde. ¿Viste lluvia en alguna parte ayer? ¿O anteayer?

— Pero espera. ¿No se supone que Olivia está en Boston?

— Puede que esté en Boston y puede que no. Pero tampoco ha llovido en Boston. No ha llovido en todo el noroeste.

Cingle volvió a sentarse.

— ¿Y eso qué significa?

— Espera. Primero mírame otra cosa —dijo Matt—. Saca el vídeo del móvil y pásalo lentamente.

Cingle redujo la fotografía de Charles Talley. Se puso a clicar sobre los iconos otra vez. Matt sintió la excitación. Las piernas le temblaban. La cabeza se le despejó.

El vídeo empezó a pasar. Matt intentó mirar a la mujer de la peluca rubio platino. Más tarde, la pasaría despacio, para confirmar que realmente era Olivia. Estaba bastante seguro de que lo era. Pero ése no era el tema en ese momento.

Esperó hasta que la mujer empezó a moverse, esperó el haz de luz.

— Aprieta pausa.

Cingle fue rápida. Apretó cuando apareció el haz de luz.

— Mira —dijo Matt.

Cingle asintió.

— Vaya, no te jode.

El sol entraba a raudales por la ventana.

— La fotografía y el vídeo no se tomaron al mismo tiempo —dijo ella.

— Exactamente.



—¿Qué pasó entonces? ¿Descargaron la primera foto en el móvil de Olivia o hicieron una foto de una foto?

—Algo así.

—Sigo sin entender nada.

—Yo tampoco estoy seguro de entenderlo. Pero... vuelve a pasar el vídeo. A cámara lenta.

Cingle hizo lo que le pedía.

—Para. —Matt miró la pantalla—. Amplía la mano izquierda de él.

Era una toma de la palma de la mano. También estaba borrosa cuando la amplió al principio. Introdujo el programa de ampliación. La mano se enfocó un poco más.

—Sólo piel —dijo Matt.

—Ni anillo ni alianza. Volvamos a la fotografía de Charles Talley.

Eso fue más fácil. La fotografía tenía mejor resolución. La figura de Charles Talley era más grande. Su mano estaba levantada, con la palma bien abierta, casi como si parara el tráfico.

Se veía con claridad un anillo.

—Dios mío —dijo Cingle—. Es un montaje.

Matt asintió.

—No es que sepa lo que pasa en este vídeo, pero querían que supieras que el tal Charles Talley tenía una aventura con Olivia. ¿Te imaginas por qué?

—No. ¿Sabes algo más de Talley?

—Déjame ver los mensajes. Puede que haya llegado algo.

Mientras Cingle iniciaba su servicio on line, Matt sacó el móvil. Otra vez apretó la tecla de marcado rápido de Olivia. Volvía a sentir cierto calor en el pecho. Sonrió. Sí, había problemas —Olivia seguía en una habitación de hotel con un desconocido— y, también podía ser que siguiera un poco exaltado por los efectos del vodka, pero ahora había esperanzas. La sensación de desastre empezaba a ceder.

Esta vez la voz grabada de Olivia le sonó melódica. Esperó a oír el tono y dijo: «Sé que no has hecho nada malo. Por favor llámame». Miró a Cingle, que fingía no escuchar. «Te quiero», acabó.

—Oh, qué dulce —dijo Cingle.

Una voz masculina gritó desde el ordenador: «Tiene mensajes».





— ¿Hay algo? —preguntó Matt.

— Espera un segundo. — Echó un vistazo por encima a los mensajes—. Por ahora no mucho, pero es algo. Talley tiene tres condenas por agresión, y dos arrestos más en los que se desestimaron los cargos. Fue sospechoso, menudo pájaro, de matar a su casero de una paliza. Cumplió condena por última vez en una cárcel estatal, no te lo pierdas, en Lovelock.

— Ese nombre me suena. ¿Dónde está?

— No lo dice. Espera, voy a hacer una búsqueda rápida. — Cingle se puso a teclear y apretó «entrar»—. Vaya.

— ¿Qué?

Ella le miró.

— Está en Lovelock, Nevada.

Nevada. Matt sintió que se hundía el suelo. El móvil de Cingle sonó. Ella lo levantó para ver la pantalla.

— Perdóname un momento.

Matt intentó asentir. Se sentía atontado.

Nevada.

Entonces otra idea suelta le vino a la cabeza, otra posible conexión con Nevada: durante su primer año en la universidad, ¿no había ido con unos amigos a Nevada?

A Las Vegas, para ser exactos.

Fue allí, en aquel viaje, hacía tantos años, cuando vio por primera vez al amor de su vida...

Meneó la cabeza. No, no, no podía ser. Nevada es un estado muy grande.

Cingle colgó y empezó a teclear en el ordenador.

— ¿Qué? —preguntó él.

Sus ojos volvieron a posarse en la pantalla.

— Charles Talley.

— ¿Qué pasa?

— Sabemos dónde está.

— ¿Dónde?

Ella apretó «entrar» y entornó los ojos.

*Harlan Coben*



*El inocente*

—Según Mapquest, a menos de seis kilómetros de donde estás ahora. —Se quitó las gafas y le miró—. Talley está alojado en el Howard Johnson's del aeropuerto de Newark.



## Capítulo 25

—¿Estás segura? —preguntó Matt.

Cingle asintió.

—Talley está allí desde hace al menos dos noches. Habitación 515.

Matt intentó encajar algunas piezas. No había manera.

—¿Tienes el teléfono?

—¿El del Howard Johnson's? Lo puedo buscar en la red.

—Búscalos.

—¿Vas a llamarlo?

—Sí.

—¿Y qué le dirás?

—Nada todavía. Sólo quiero ver si es la misma voz.

—¿La misma voz de qué?

—Del tipo que me llamó insinuando que estaba con Olivia. Sólo quiero saber si era Charles Talley.

—¿Y si lo era?

—Oye, ¿te crees que tengo un plan a largo plazo? —dijo Matt—. Doy palos de ciego.

—Usa mi teléfono. El identificador de llamadas está bloqueado.

Matt descolgó el teléfono. Cingle le leyó el número. El telefonista contestó al tercer timbre.

—Howard Johnson's, aeropuerto de Newark.

—Habitación 515, por favor.

—Un momento.



Con el primer timbre el corazón de Matt empezó a acelerarse. El tercer timbre se interrumpió a la mitad. Entonces oyó una voz que decía:

—Sí.

Matt colgó el teléfono con calma.

Cingle le miró.

—¿Qué?

—Es él —dijo Matt—. Es el mismo hombre.

Ella frunció el ceño y cruzó los brazos.

—¿Y ahora qué?

—Podríamos seguir estudiando el vídeo y la foto —dijo Matt.

—Sí.

—Pero no sé de qué nos serviría. Supongamos que me equivoco. Supongamos que el del vídeo y el de la foto son Tally. Entonces necesitamos hablar con él. Supongamos que había dos hombres...

—De todos modos tenemos que hablar con él —dijo Cingle.

—Sí, no veo otra alternativa. Tengo que ir allí.

—Tenemos que ir.

—Preferiría ir solo.

—Y yo preferiría ducharme con Hugh Jackman —dijo Cingle poniéndose de pie. Se cogió el pelo, se arregló la cola, y apretó más la goma—. Voy contigo.

Seguir discutiendo sólo serviría para retrasar lo inevitable.

—De acuerdo, pero quédate en el coche. De hombre a hombre, solo, puede que consiga sacarle algo.

—Muy bien, como quieras. —Cingle ya iba hacia la puerta—. Conduciré yo.

Tardaron cinco minutos en llegar.

El Howard Johnson's podía estar situado en una franja más fea de la autovía, pero le hacía falta un servicio de vertedero. Quizá ya tuviera uno. A un lado de Frontage Road estaba la salida 14 de la New Jersey Turnpike. Al otro lado estaba el aparcamiento de los empleados de Continental Airlines. Siguiendo por Frontage Road unos centenares más de metros, estaba la prisión estatal Northern,



convenientemente situada —más que el Howard Johnson's incluso— junto al aeropuerto de Newark. Perfecto para una fuga rápida.

Cingle se paró frente a la entrada.

—¿Seguro que quieres entrar ahora? —preguntó ella.

—Sí.

—Pues dame tu móvil —dijo ella.

—¿Por qué?

—Un amigo, un pez gordo de Park Avenue, me enseñó este truco. Enciendes el móvil. Llamas al mío. Lo dejas abierto y conectado. Yo pongo el mío en «silencio». Así funciona como intercomunicador. Oiré lo que dices y lo que haces. Si tienes problemas, grita.

Matt frunció el ceño.

—¿Un pez gordo necesita hacer eso?

—Mejor que no lo sepas.

Cingle cogió el móvil de Matt, marcó su número, y respondió con su móvil. Le devolvió el móvil al Matt.

—Cuélgatelo del cinturón. Si tienes algún problema, grita pidiendo ayuda.

—De acuerdo.

El vestíbulo estaba vacío. No era sorprendente teniendo en cuenta la hora. Sonó una campana al abrirse la puerta de cristal. Apareció el recepcionista de noche, un tipo sin afeitado que parecía una bolsa de colada demasiado llena. Matt le saludó sin detenerse, intentando que pareciera que se alojaba allí. El recepcionista le devolvió el saludo y se retiró.

Matt llegó al ascensor y lo llamó. Sólo funcionaba uno. Matt oyó que se ponía en marcha con un gruñido, pero tardó en llegar. De nuevo las imágenes empezaron a asaltarle la mente. Aquel vídeo. La peluca rubio platino. Todavía no tenía idea, ni la más remota, de lo que significaba.

Cingle había comparado aquello con meterse en una pelea: no se podía prever cómo acabaría. Pero allí estaba, a punto de abrir una puerta, literalmente, y la verdad es que no tenía ni idea de lo que encontraría detrás.

Un minuto después, Matt estaba frente a la puerta de la habitación 515.



Seguía llevando la pistola. Pensó si debía sacarla y escondérsela atrás, pero no, si Talley la veía, todo se precipitaría. Matt levantó la mano y llamó. Escuchó. Llegó un ruido del otro extremo del pasillo, una puerta que se abría, quizá. Se volvió.

Nadie.

Llamó otra vez, más fuerte.

—¿Talley? —gritó—. ¿Estás ahí? Tenemos que hablar.

Esperó. Nada.

—Por favor, abre, Talley. Sólo quiero hablar contigo, nada más.

Y entonces llegó una voz del otro lado de la puerta, la misma voz que había oído por teléfono:

—Un segundo.

La puerta de la habitación 515 se abrió.

Y de repente, de pie frente a él, con aquel pelo negro azabache y la mueca condescendiente, estaba Charles Talley.

Talley se quedó quieto en el umbral, hablando por el móvil. —De acuerdo —dijo a quien estuviera al otro lado—. De acuerdo, bien.

Con un gesto de la barbilla le indicó a Matt que pasara.

Y eso fue exactamente lo que hizo.



## Capítulo 26

Loren pensó en el sobresalto.

Matt había intentado disimular, pero había reaccionado al nombre de Max Darrow. La cuestión era, por supuesto, por qué.

De hecho había aceptado el desafío de Matt y le había seguido, porque condujo delante de él y había aparcado cerca de las oficinas de MVD. El dueño de la empresa de investigación privada era un ex federal. Tenía fama de discreción, pero quizá se le podría presionar.

Cuando Matt aparcó —tal como había hecho ella— había dos coches más en el aparcamiento. Loren apuntó los números de matrícula. Era tarde. No había motivos para quedarse allí.

Veinte minutos después, Loren llegó a su casa. *Oscar*, su gato más viejo, se le acercó para que le rascara la cabeza. Así lo hizo, pero el gato se aburrió enseguida, maulló impaciente, y se escabulló en la oscuridad. Hubo un tiempo en que *Oscar* habría salido como una flecha, pero la edad y una cadera dolorida le habían puesto fin. *Oscar* se estaba haciendo viejo. En la última revisión, el veterinario había mirado a Loren con expresión de que era mejor empezar a prepararse. Loren había bloqueado el pensamiento. En las películas, eran siempre los niños los que quedaban destrozados por la pérdida de una mascota. En realidad los niños se cansan de los animales. Los adultos solitarios sienten su pérdida mucho más intensamente. Como Loren.

Hacía mucho frío en el piso. El aire acondicionado gruñía en el alféizar de la ventana, goteando agua y manteniendo la habitación a una temperatura ideal para almacenar carne. Su madre dormía en el sofá. El televisor seguía encendido, con un publrreportaje comercial de algún dispositivo que garantizaba entregar seis paquetes con la máxima rapidez. Loren apagó el aire acondicionado. Su madre no se movió.

Loren se quedó en el umbral escuchando el ronquido de fumadora de su madre. El sonido ronco era en cierto modo consolador, aliviaba el deseo de Loren de encender



un cigarrillo. Loren no despertó a su madre. No le ahuecó la almohada ni la tapó con una manta. Sólo la observó un momento y se preguntó por milésima vez qué sentía por aquella mujer.

Loren se preparó un bocadillo de jamón, lo devoró sobre el fregadero de la cocina, y se sirvió una copa de vino de una botella con forma de jarra. Vio que tenía que bajar la basura. La bolsa estaba llena hasta los topes, lo que no impedía que su madre siguiera echándole cosas, como siempre.

Enjuagó el plato bajo el grifo y levantó el cubo de la basura con un suspiro. Su madre seguía sin moverse; no había cambios ni perturbaciones en su ciclo de ronquidos de fumadora. Llevó la bolsa al contenedor de fuera. El aire nocturno era pegajoso. Los grillos cantaban. Echó la bolsa al montón.

Cuando volvió al apartamento su madre estaba despierta.

— ¿Dónde has estado? —preguntó Carmen.

— He tenido trabajo.

— ¿Y no podías llamar?

— Lo siento.

— Estaba preocupadísima.

— Ya he visto que te afectaba.

— ¿Qué quieres decir con eso?

— Nada. Buenas noches.

— Eres tan desconsiderada. ¿Por qué no me has llamado? He esperado y esperado...

Loren meneó la cabeza.

— Me estoy cansando de esto, mamá.

— ¿De qué?

— De que te metas conmigo.

— ¿Quieres echarme?

— No he dicho eso.

— Pero es lo que quieres, ¿no? Que me vaya.

— Sí.





Carmen abrió la boca y se llevó una mano al pecho. Hubo probablemente una época en la que los hombres reaccionaban a ese teatro. Loren recordaba fotografías de la Carmen joven, tan bonita, tan desgraciada, tan segura de merecer más.

— ¿Echarías a tu propia madre?

— No. Me has preguntado si querría hacerlo. Sí. Pero no lo haré.

— ¿Tan horrible soy?

— No... no te metas tanto conmigo, ¿vale?

— Sólo quiero que seas feliz.

— Ya.

— Quiero que encuentres a alguien.

— Te refieres a un hombre.

— Sí, por supuesto.

Hombres, ésa era la solución de Carmen a todo. Loren quería decir: «*Sí, mamá, ya veo lo fantásticamente feliz que te han hecho los hombres*», pero se mordió la lengua.

— No quiero que estés sola — dijo su madre.

— Como tú — dijo Loren, deseando no haberlo dicho.

No esperó una respuesta. Se fue al cuarto de baño y se preparó para meterse en la cama. Cuando salió, su madre volvía a estar en el sofá. El televisor estaba apagado. El aire acondicionado volvía a estar en marcha.

— Lo siento — dijo Loren.

Su madre no contestó.

— ¿Tengo algún mensaje? — preguntó Loren.

— Tom Cruise ha llamado dos veces.

— Qué bien, buenas noches.

— ¿Qué? ¿Crees que te ha llamado ese novio tuyo?

— Buenas noches, mamá.

Loren se fue a su dormitorio y encendió el portátil. Mientras se ponía en marcha, decidió mirar el contestador. No, Peter, el novio nuevo, no había llamado; de hecho, hacía tres días que no llamaba. En realidad, aparte de las llamadas procedentes de su oficina, no había ninguna otra llamada.

Vaya, era lastimoso.



Peter era un tipo simpático, un poco gordo y tirando a sudoroso. Tenía un empleo en Stop & Shop, pero Loren no sabía qué hacía exactamente, probablemente porque tampoco le interesaba demasiado. No era un noviazgo formal, no iban en serio, era el tipo de relación que avanzaba por sí sola, según el principio científico de que un cuerpo en movimiento sigue moviéndose. Cualquier fricción podía pararla en seco.

Echó un vistazo a la habitación, al papel pintado de mala calidad, al escritorio anodino, a la mesita de noche de baratillo.

¿Qué clase de vida era ésa?

Loren se sintió vieja y sin perspectivas. Pensó en la posibilidad de irse a vivir al oeste, a Arizona o a Nuevo México, a algún lugar cálido y diferente como ésos. Empezar de nuevo con un buen clima. Pero la verdad era que tampoco le gustaba tanto hacer actividades al aire libre. Le gustaban la lluvia y el frío porque le daban una excusa para quedarse en casa y ver una película o leer un libro sin sentirse culpable.

El ordenador se puso en marcha. Comprobó los mensajes. Había uno de Ed Steinberg de hacía una hora:

Loren:

No quiero estudiar el expediente de Max Darrow que tiene Trevor Wine hasta que él esté presente. Lo haremos por la mañana. Esto son los preliminares. Duerme un poco, nos veremos a las nueve en punto.

Jefe

Tenía un archivo adjunto. Loren descargó el documento y decidió imprimirlo. Leer demasiado rato la pantalla del ordenador le cansaba la vista. Cogió las páginas de la impresora y se metió en la cama. *Oscar* subió, pero Loren vio cuánto le costaba el esfuerzo. El viejo gato se acurrucó junto a ella. A Loren le gustaba que lo hiciera.

Echó un vistazo rápido a los documentos y le sorprendió ver que Trevor Wine ya había elaborado una hipótesis decente sobre el crimen. Según las notas, Max Darrow, un ex detective del Departamento de Policía de Las Vegas y actual residente en Raleigh Heights, Nevada, había sido hallado muerto en un coche de alquiler, cerca del cementerio hebreo de Newark. Según el informe, Max Darrow estaba alojado en el Howard Johnson's del aeropuerto de Newark. Había alquilado un coche en un sitio llamado LuxDrive. El coche, un Ford Taurus, había sido conducido, según el cuentakilómetros, doce kilómetros en los dos días que había estado en posesión de Darrow.



Loren pasó a la segunda página. Allí era donde las cosas se ponían interesantes.

Max Darrow fue hallado muerto en el asiento del conductor del coche de alquiler. Nadie lo había denunciado. Un coche patrulla había visto manchas de sangre en la ventana. Cuando encontraron a Darrow, tenía los pantalones y los calzoncillos bajados hasta los tobillos. Su cartera había desaparecido. El informe decía que Darrow no llevaba joyas cuando lo encontraron, dando a entender que seguramente le habían robado también esos artículos.

Según el informe preliminar —todo era todavía preliminar—, la sangre que había, especialmente la trayectoria en el parabrisas y el cristal de conductor, demostraba que a Darrow le habían pegado un tiro estando sentado en el asiento del conductor. También se encontraron salpicaduras en el interior de sus pantalones y calzoncillos, de acuerdo con que el hombre tuviera los pantalones bajados antes del tiroteo, y no después.

La teoría de trabajo era evidente: Max Darrow había decidido pasarlo bien, o más probablemente, comprar un poco de «diversión». Había elegido mal a la prostituta, que esperó el momento adecuado —pantalones bajados— y le atrató. Entonces había pasado algo, aunque era difícil precisar qué. Tal vez Darrow, al ser un ex poli, había intentado jugar a hacerse el héroe. Tal vez la prostituta estaba sencillamente demasiado colgada. En todo caso, acaba pegando un tiro a Darrow y matándolo. Ella coge todo lo que encuentra —cartera, joyas— y huye.

El equipo de investigación, en colaboración con el Departamento de Policía de Nevada, apretaría las tuercas al gremio de la prostitución. Alguien sabría lo que había pasado. Hablarían.

Caso resuelto.

Loren dejó el informe. La teoría de Wine tenía sentido sin tener en cuenta que había huellas de Darrow en la habitación de la hermana Mary Rose. De todos modos, ahora que Loren sabía que la teoría principal no valía para nada, ¿qué le quedaba? Bueno, para empezar, aquello era con toda probabilidad un montaje muy elaborado.

Imaginémoslo.

Quieres matar a Darrow. Subes a un coche con él. Le apuntas a la cabeza con una pistola. Le ordenas que se dirija a una parte sórdida de la ciudad. Le obligas a bajarse los pantalones, cualquiera que haya visto una serie de forenses en la tele sabría que si le bajaras los pantalones después de dispararle, las salpicaduras de sangre lo demostrarían. Después le pegas un tiro en la cabeza y te llevas su dinero y sus joyas, para que parezca un robo.

Trevor Wine se lo había tragado.



Así, sin más Loren probablemente habría llegado a la misma conclusión.

¿Cuál sería el próximo paso lógico?

Loren se sentó en la cama.

La teoría de Wine era que Max Darrow había dado una vuelta y había elegido a la chica equivocada. Pero si ése no era el caso —Loren estaba segura—, ¿cómo había subido el asesino al coche de Darrow, para empezar? ¿No era más lógico suponer que Darrow iba con su asesino en el coche desde el principio?

Eso significaba que Darrow probablemente conocía a su asesino. O al menos no le consideraba una amenaza.

Volvió a buscar el kilometraje. Doce kilómetros. Suponiendo que utilizara el coche el día antes, bueno, eso significaba que no había ido muy lejos.

Había algo más que considerar: se habían encontrado otra serie de huellas, en concreto en el cuerpo de la hermana Mary Rose.

Bien, pensó Loren, supongamos que Darrow trabajaba con alguien más, tal vez un socio. Se alojarían juntos, ¿no? O cerca, al menos.

Darrow se alojaba en el Howard Johnson's.

Volvió a mirar el expediente. La empresa de alquiler de coches Lux-Drive tenía una sucursal en el mismo hotel.

Ahí había empezado todo entonces. En el Howard Johnson's.

Los hoteles solían tener cámaras de seguridad. ¿Habría revisado ya Trevor Wine las del Howard Johnson's?

Quién sabe, pero sin duda valía la pena que las revisara ella.

De todos modos, podía esperar a mañana, ¿no?

Intentó dormir. Se sentó en la cama y cerró los ojos. Estuvo así más de una hora. De la otra habitación le llegaban los ronquidos de su madre. El caso se estaba calentando. Loren sentía el zumbido en su sangre. Apartó las sábanas y saltó de la cama. Era imposible que lograra dormir. Al menos ahora. No habiendo algo parecido a una pista en el ambiente. Mañana ya tendría una nueva serie de problemas, con Ed Steinberg llamando a los federales y Trevor Wine participando en la investigación.

Tal vez la retiraran del caso.

Loren se puso un chándal, tomó la cartera y una identificación. Salió de puntillas, subió al coche y se fue al Howard Johnson's.



## Capítulo 27

No hay nada peor que el porno malo.

Echado en la cama de la habitación del hotel, eso era lo que estaba pensando Charles Talley antes de que sonara el teléfono. Estaba viendo un porno pésimamente editado en el canal de pago Spectravision. Le había costado 12,95 dólares, pero la maldita película cortaba todos los buenos planos, los primeros planos y, bien, los genitales, de hombres y de mujeres.

¿Qué era aquella mierda?

Peor aún, la película, para compensar el tiempo perdido, no paraba de repetir las mismas tomas. Así que la chica se ponía de rodillas, la cara del chico se echaba hacia atrás y volvía a verse a la chica bajando, la cara del chico, la chica bajando...

Era enloquecedor.

Talley estaba a punto de llamar a recepción y decirles lo que opinaba. Aquello era Estados Unidos de América, por Dios. Un hombre tenía derecho a mirar porno en la intimidad de su habitación en el hotel. No esa cosa blanducha para gallinas. Porno de verdad. Acción pura y dura. Esa cosa, el porno blando podían pasarlo por el Disney Channel.

Entonces sonó el teléfono. Talley miró su reloj.

Ya era hora. Llevaba horas esperando que respondieran a su llamada.

Talley descolgó el teléfono y se lo llevó a la oreja. En la pantalla la chica jadeaba de la misma manera desde hacía ya diez minutos. Aquella porquería era un aburrimiento mortal.

—Sí.

Clic. Tono de comunicar.



Habían colgado. Talley miró el aparato como si pudiera darle una segunda respuesta. No lo hizo. Lo colgó y se sentó. Esperó a que el teléfono volviera a sonar. Cinco minutos después, empezó a preocuparse.

¿Qué diablos sucedía?

Nada había salido como estaba planeado. Él había volado desde Reno, ¿hacía ya tres días? No se acordaba exactamente. Su misión del día anterior había sido clara y fácil: seguir al tipo llamado Matt Hunter. No dejarle ni un momento.

¿Por qué?

No tenía ni idea. Le habían indicado dónde empezar —aparcado frente a un gran gabinete de abogados de Newark— y seguir a Hunter a todas partes.

Pero el tipo, el tal Matt Hunter, había detectado el seguimiento casi inmediatamente.

¿Cómo?

Hunter era un aficionado. Pero algo había salido muy requetemal. Hunter le había detectado enseguida. Y encima, peor —mucho peor—, cuando le había llamado, sabía quién era él.

Había deletreado el nombre completo de Talley, por Dios.

Eso lo tenía confundido.

No le gustaba mucho estar confundido. Hizo algunas llamadas, intentó descubrir qué sucedía, pero nadie le había contestado.

Eso le confundía aún más.

Talley tenía su talento. Se relacionaba con *strippers* y sabía manejarlas. También sabía cómo hacer daño. Y eso era más o menos todo. Pero, en realidad, pensándolo bien, esas dos cosas se complementaban. Si se quiere hacer funcionar un local de *strippers* con fluidez, hay que saber hacer daño.

Así que cuando las cosas se volvían confusas —como ahora— recurría a ello. Violencia. Hacer daño a alguien y en serio. Había cumplido condena en la cárcel por sólo tres agresiones, pero imaginaba que en toda su vida habría pegado palizas o mutilado a más de cincuenta. Dos habían muerto.

Su método preferido para hacer daño consistía en utilizar armas reductoras y puños de hierro. Talley buscó en su bolsa. Primero sacó su nueva y reluciente arma reductora. Se llamaba Cell Phone Stun Gun. Tal como el nombre sugería, el aparato parecía exactamente un móvil. Le había costado sesenta y nueve pavos en la red. Se podía llevar encima. Lo podías sacar y llevártelo a la oreja como si hablaras y



*patapam*, apretabas una tecla y la «antena» de la parte superior le pegaba un viaje a tu enemigo de 180.000 voltios.

A continuación sacó los puños de hierro. Talley prefería los diseños más nuevos, con mayor zona de impacto. No sólo ampliaban la zona de colisión, sino que ejercían menor presión sobre la mano cuando se tropezaba con alguien recalcitrante.

Talley dejó el arma reductora y los puños de hierro sobre la mesita. Volvió a mirar la película, todavía con la esperanza de que el porno mejorara. De vez en cuando echaba un vistazo a sus armas. Eso también le excitaba, no había ninguna duda.

Intentó pensar en lo que podía hacer.

Veinte minutos después, llamaron a su puerta. Miró el reloj de la mesita. Era casi la una de la madrugada. Se levantó de la cama silenciosamente.

Hubo otra llamada, ahora más urgente.

Se acercó de puntillas a la puerta.

— ¿Talley? ¿Estás ahí? Tenemos que hablar.

Miró por la mirilla. ¿Qué demonios...?

¡Era Matt Hunter!

Le entró el pánico. ¿Cómo le había localizado Hunter?

—Por favor, abre Talley. Sólo quiero hablar contigo, nada más.

Talley no lo pensó. Reaccionó. Dijo:

—Un segundo.

Entonces volvió a acercarse a la cama y se puso el puño de hierro en la mano izquierda. En la derecha, sostuvo el móvil junto a la oreja, como si estuviera en plena conversación. Fue a coger la manilla. Antes de girarla, miró por la mirilla.

Matt Hunter seguía allí.

Talley planificó sus próximos tres movimientos. Eso era lo que hacían los grandes hombres. Planificar por adelantado.

Abriría la puerta, como si estuviera hablando por teléfono. Le indicaría a Hunter que pasara. En cuanto lo tuviera a tiro, Talley le daría con el arma reductora. Le apuntaría al pecho, un gran blanco con la mayor zona de superficie. Al mismo tiempo tendría la mano izquierda preparada. Con los puños de hierro, le metería un gancho en las costillas.

Charles Talley abrió la puerta.

Se puso a hablar por teléfono, fingiendo que había alguien al otro lado de la línea.

*Harlan Coben*



*El inocente*

—De acuerdo —dijo Talley—. De acuerdo, bien.  
Con un gesto de la barbilla indicó a Matt Hunter que pasara.  
Y eso fue exactamente lo que hizo Matt Hunter.





## Capítulo 28

Matt dudó frente a la puerta de la habitación 515 pero no por mucho tiempo.

No tenía elección. No podía quedarse en el pasillo e intentar hablar con él. Así que empezó a entrar. Todavía no estaba seguro de cómo enfocarlo, ni del papel que jugaba Talley. Matt había decidido ir a las claras y ver adonde le conducía. ¿Sabía Talley que formaba parte de un montaje? ¿Era él el hombre del vídeo? Y si era así, ¿por qué habían sacado antes la otra fotografía?

Matt entró.

Charles Talley seguía hablando por el móvil. En cuanto la puerta empezó a cerrarse, Matt dijo:

—Creo que podemos ayudarnos mutuamente.

Y entonces fue cuando Charles Talley le tocó el pecho con el móvil.

Matt sintió una especie de cortocircuito en todo el cuerpo. Su columna dio un salto hacia arriba. Los dedos de las manos se separaron. Los dedos de los pies se le tensaron. Sus ojos se abrieron mucho.

Quería alejarse del móvil. Lejos. Pero no podía moverse. Su cerebro gritó. Su cuerpo no le escuchaba.

«La pistola —pensó Matt—. Coge la pistola.»

Charles Talley preparó el puño. Matt se dio cuenta. Intentó moverse otra vez, intentó al menos volverse, pero el voltaje eléctrico debía de paralizar ciertas sinapsis cerebrales. Su cuerpo sencillamente no le obedecía.

Talley le pegó un puñetazo en la parte baja de la caja torácica.

El golpe aterrizó sobre el hueso como una maza. El dolor lo llenó todo. Matt cayó sobre su espalda.

Parpadeó, los ojos se le humedecieron, y miró la cara sonriente de Charles Talley.

«La pistola... coge la maldita pistola...»

Pero sus músculos sufrían un espasmo.



«Cálmate. Relájate.»

De pie sobre él, Talley tenía el móvil en una mano. Llevaba un puño de hierro en la otra.

Matt pensó vagamente en su móvil. El que llevaba en la cintura. Cingle estaba al otro lado escuchando. Abrió la boca para llamarla.

Talley volvió a atacarle con lo que debía de ser un arma aturdidora.

Los voltios corrieron a través de su sistema nervioso. Sus músculos, incluidos los de la mandíbula, se contrajeron y estremecieron incontrolablemente.

Sus palabras, su grito de ayuda, no llegaron a pronunciarse.

Charles Talley le sonrió. Le mostró el puño de hierro. Matt sólo podía mirar.

En la cárcel, algunos guardias llevaban armas reductoras. Matt había aprendido que funcionaban sobrecargando el sistema de comunicación interno. La corriente imita los impulsos eléctricos naturales del cuerpo y los confunde diciendo a los músculos que trabajen sin parar. La víctima queda indefensa.

Matt vio que Talley preparaba el puño. Quería coger su máuser Mz y volarle la cara a aquel cabrón. Tenía el arma allí mismo, en el cinturón, pero podría haber estado fuera del estado.

El puño se acercaba a él.

Matt sólo quería levantar un brazo, quería rodar a un lado, quería hacer algo. No pudo. El puñetazo de Talley apuntaba directamente al torso de Matt, quien observó que se acercaba a cámara lenta.

El puño se aplastó sobre su esternón.

Sintió como si los huesos se hubieran hundido en su corazón. Como si el esternón fuera de poliestireno. Matt abrió la boca en un grito silencioso y angustiado. No tenía aire. Dejó los ojos en blanco.

Cuando por fin Matt pudo volver a enfocar, el puño de hierro se dirigía a su cara.

Matt se esforzó, pero estaba débil. Demasiado débil. Sus músculos seguían sin obedecer. Su red de comunicaciones interna seguía cerrada. Pero algo primitivo, algo básico, permanecía, todavía tenía suficiente instinto de supervivencia para esquivar el golpe como mínimo.

El puño le arañó la parte de atrás de la cabeza. La piel se abrasó. El intenso dolor le hizo explotar la cabeza. Sus ojos se cerraron. Esta vez no se abrieron más. En algún lugar lejano oyó una voz, una voz conocida, que gritó: «¡No!». Pero probablemente

*Harlan Coben*



*El inocente*

no era real. Entre las corrientes eléctricas y el castigo físico, las conexiones cerebrales probablemente se conjuraban inventando todo tipo de ilusiones extrañas.

Hubo otro golpe. Tal vez otro. Tal vez más, pero Matt estaba lejos de notarlos.



## Capítulo 29

—¿Talley? ¿Estás ahí? Tenemos que hablar.

Cingle Shaker se animó al oír la voz de Matt por el móvil. El sonido no era una maravilla, pero se entendía bastante.

—Por favor, abre, Talley. Sólo quiero hablar contigo, nada más.

La respuesta fue confusa. Demasiado para entenderla. Cingle intentó aclararse la cabeza y concentrarse. Su coche estaba aparcado en doble fila frente a la entrada. Era tarde. Nadie la molestaría.

Pensó en entrar sin más. Eso sería lo más inteligente. Matt estaba en el quinto piso. Si pasaba algo, ella tardaría un rato en llegar. Pero Matt se había mostrado muy firme. Creía que su única posibilidad era enfrentarse a ese tal Talley él solo. Si la veía antes de que hablaran, sólo complicaría el encuentro.

Pero después de oír una voz sofocada, Cingle estaba razonablemente segura de que Talley no estaba en el vestíbulo. De hecho, desde su punto de mira, no había nadie en el vestíbulo.

Decidió entrar.

Las técnicas de supervivencia no eran el punto fuerte de Cingle. Se hacía notar demasiado. Nunca había sido una rockette ni otro tipo de bailarina —ella también había oído los rumores—, pero ya hacía años que había desistido de intentar vestir con discreción. Cingle se había desarrollado a una edad muy temprana. A los doce, parecía que tuviera dieciocho. Los chicos la adoraban y las chicas la odiaban. Y en adelante, ésa había sido más o menos la norma.

Ninguna de esas dos actitudes le preocupaban demasiado. Lo que sí le molestaba, sobre todo de niña, eran las miradas de los hombres mayores, incluso parientes, incluso hombres en los que confiaba y a quienes quería. No le sucedió nunca nada. Pero se aprende a una tierna edad que el deseo y la lujuria pueden girar un cerebro. Nunca es agradable.

Cingle estaba casi en el vestíbulo cuando, a través del teléfono, oyó un ruido raro.



¿Qué era eso?

Las puertas de cristal del vestíbulo se abrieron. Sonó una campanilla. Cingle mantuvo el teléfono apretado contra la oreja. Nada. No había sonido, ni charla ni nada.

Eso no podía ser bueno.

Un repentino crujido le llegó al receptor, y la sobresaltó. Cingle apretó el paso, corrió al ascensor.

Apareció el hombre de la recepción, vio a Cingle, tiró de su tripa y sonrió.

—¿Desea algo?

Cingle apretó el botón de llamada.

—¿Señora?

Seguía sin oírse ninguna conversación por el teléfono. Sintió un escalofrío en la nuca. Tenía que arriesgarse. Cingle se acercó el teléfono a la boca.

—¡Matt!

Nada.

Maldita sea, lo había puesto en «silencio». Lo había olvidado.

Entonces otro sonido raro, un gruñido quizá. Pero más sofocado. Más ahogado.

¿Dónde demonios estaba el maldito ascensor?

¿Y dónde demonios estaba la tecla de sonido?

Cingle encontró la tecla primero. Estaba en el rincón derecho. Su dedo temblaba al apretarlo. El pequeño icono desapareció. Se acercó el teléfono a la boca.

—¡Matt! —gritó—. Matt, ¿estás bien?

Otro grito estrangulado. Después una voz —la de Matt no— dijo:

—¿Quién demonios...?

Por detrás de ella, el portero de noche preguntó:

—¿Sucede algo, señora?

Cingle siguió apretando el botón del ascensor.

«*Vamos, vamos...*» Por el teléfono:

—Matt, ¿estás ahí?

*Clic.* Luego silencio. Silencio absoluto. El corazón de Cingle latía como si quisiera liberarse.



¿Qué debía hacer?

—Señora, por favor, debe...

La puerta del ascensor se abrió. Ella saltó dentro. El portero de noche metió la mano para impedir que la puerta se cerrara. La pistola de Cingle estaba en su sitio. Por primera vez en su vida por motivos de trabajo la sacó.

—Suelte la puerta —dijo.

Él obedeció, apartando la mano como si no le perteneciera.

—Llame a la policía —dijo Cingle—. Dígales que tiene una emergencia en el quinto piso.

Las puertas se cerraron. Cingle apretó el botón del quinto. Quizás a Matt no le gustara que se implicara la policía, pero ahora decidía ella. El ascensor gimió y empezó a subir. Parecía subir un metro y bajar dos.

Cingle mantuvo la pistola en la mano derecha. Con el dedo en el gatillo, apretó el botón del quinto repetidas veces en el tablero del ascensor. Como si eso sirviera para algo. Como si el ascensor viera que tenía prisa y aumentara la velocidad.

Llevaba el móvil en la mano izquierda. Rápidamente volvió a marcar el número de Matt.

No hubo tono, sólo su registro de voz: «No me puedo poner ahora...».

Cingle maldijo, apretó el botón de apagar. Se situó frente a la abertura del ascensor para salir de él en cuanto fuera humanamente posible. El ascensor zumbó en cada piso, una señal para los invidentes, y finalmente se paró con un *ding*.

Se preparó como una corredora de fondo para la carrera. Cuando las puertas empezaron a abrirse, Cingle las empujó con ambas manos y salió.

Estaba en el pasillo.

Cingle oyó unos pasos, no veía a nadie. Parecía alguien que corriera hacia el otro lado.

—¡Alto!

Quien fuera no aflojó el paso. Ella tampoco. Cingle corrió por el pasillo.

¿Cuánto? ¿Cuánto hacía que había perdido el contacto con Matt?

Desde el fondo del corredor, Cingle oyó una puerta pesada que se abría de golpe. La puerta de emergencia, seguro. A la escalera.



Cingle contaba los números de las habitaciones sin dejar de correr. Cuando llegó a la habitación 511, percibió que la puerta de la 515 —dos más allá— estaba abierta de par en par.

Pensó qué debía hacer —seguir al fugitivo por la escalera o mirar en la habitación 515— pero sólo un instante.

Cingle se apresuró, cruzó la puerta, con la pistola en la mano.

Matt estaba boca arriba, con los ojos cerrados. No se movía. Pero eso no era lo más impactante.

Lo realmente impactante era quién estaba con él.

Cingle casi suelta la pistola.

Por un momento se quedó quieta y miró con incredulidad. Después entró en la habitación. Matt aún no se había movido. Le salía sangre de la cabeza.

Cingle se quedó prendida en la otra persona que estaba en la habitación.

La persona que se arrodillaba junto a Matt.

Tenía la cara anegada en lágrimas. Los ojos, rojos.

Cingle reconoció a la mujer enseguida.

—Olivia.



## Capítulo 30

Loren Muse cogió la salida de Frontage Road de la Ruta 78 y paró en el aparcamiento del Howard Johnson's. Había un coche parado en doble fila ante la entrada.

Apretó el freno.

El coche, un Lexus, estaba en el aparcamiento de MVD hacía menos de una hora.

Eso no podía ser una coincidencia.

Maniobró el vehículo hasta la puerta principal y sacó la pistola del cinturón. La placa ya estaba allí. Las esposas le colgaban por detrás. Corrió hacia el coche. No había nadie dentro. Las llaves seguían en el contacto. La puerta no estaba cerrada.

Loren abrió la puerta del Lexus.

¿Era legal aquel registro? Pensó que podía serlo. Las llaves estaban a la vista en el contacto. El coche no estaba cerrado. Estaba echando una mano. Eso debía hacerlo legal de alguna manera, ¿no?

Se bajó las mangas sobre las manos, formando unas manoplas, para no dejar huellas. Abrió la guantera e intentó hurgar en los papeles. No tardó mucho. Era un coche de empresa, perteneciente a MVD. Pero los documentos del concesionario de Midas Muffler decían que lo conducía alguien llamado Cingle Shaker.

A Loren le sonaba el nombre. Los chicos de la oficina del condado hablaban de ella con un punto excesivo de celo. Decían que tenía un cuerpo que superaba cualquier película, tanto aptas, como no aptas.

¿Cuál podía ser su relación con Hunter?

Loren se llevó las llaves del coche, ¿por qué darle a la señora Shaker la posibilidad de largarse sin haber charlado un rato? Entró en el hotel y se acercó a la recepción. El portero de noche respiraba con jadeos.

—¿Han vuelto? —preguntó.

—¿Vuelto?





No era su mejor forma de interrogatorio, pero era un comienzo.

—Los policías que se han marchado, no sé, hace una hora quizá. Con la ambulancia.

—¿Qué policías?

—¿No viene con ellos?

Ella se acercó.

—¿Cómo se llama?

—Ernie.

—Ernie, ¿por qué no me cuenta lo que ha ocurrido?

—Ya lo he contado a los otros.

—Cuéntemelo a mí ahora.

Ernie suspiró teatralmente.

—De acuerdo, ha sido así: primero ha entrado un hombre en el hotel.

—¿Cuándo? —interrumpió Loren.

—¿Qué?

—¿Qué hora era?

—No lo sé. Hará dos horas. ¿No lo sabe ya todo?

—Siga.

—El tipo se mete en el ascensor. Sube. Un par de minutos después esa tía grandota entra como una flecha y se mete en el ascensor. —Tosió tapándose con el puño—. Yo voy y le llamo la atención. Le pregunto si necesita algo. Cumpliendo con mi trabajo y todo eso.

—¿Le preguntó al hombre si deseaba algo?

—¿Qué? No.

—Pero sí se lo preguntó a —Loren dibujó comillas con los dedos— la tía grandota.

—Alto ahí. No es que fuera grandota, de hecho. Era alta. No quiero que piense que fuera gorda ni mucho menos. No se equivoque. No lo era. No estaba nada gorda. Más bien lo contrario. Era como una de esas mujeres de las películas de amazonas, ¿sabe?

—Sí, Ernie, ya me hago una idea. —Pensaba en Cingle Shaker—. ¿O sea que le ha preguntado a la señora amazona si deseaba algo?



—Eso, sí, tal cual. Y esa chica, esa chica alta, me saca una pistola, ¡una pistola!, y me dice que llame a la policía.

Se calló, esperando que a Loren se le abriera la boca de asombro.

— ¿Y eso es lo que ha hecho?

—Hombre, sí. Me apuntó con un arma. ¿Se lo puede creer?

—Lo intento, Ernie. ¿Y qué pasó entonces?

—Ella está en el ascensor, ¿vale? Me apunta con el arma hasta que las puertas se cierran. Entonces llamo a la pasma. Como me había dicho ella. Dos de los chicos de Newark estaban comiendo en un restaurante aquí al lado. Llegaron en un periquete. Les dije que ella había subido al quinto piso. Y ellos subieron.

— ¿Ha dicho algo de una ambulancia?

—Debieron de llamar a una.

— ¿Debieron? Se refiere a los agentes.

—Nooo. Bueno, puede que sí. Pero creo que llamaron las mujeres que había en la habitación.

— ¿Qué habitación?

—Mire, yo no he subido. Ni lo he visto ni nada. —Los ojos de Ernie se entornaron como ranuras—. Lo que le estoy diciendo ahora es todo de oídas. Se supone que sólo debe preguntarme lo que he visto o lo que sé directamente.

—Esto no es un juicio —le soltó Loren—. ¿Qué ha pasado arriba?

—No lo sé. Le han pegado una paliza a alguien.

— ¿A quién?

—Ya se lo he dicho. No lo sé.

— ¿Hombre, mujer, blanco, negro?

—Ah, ahora la entiendo. Pero ¿por qué me lo pregunta? ¿Por qué no va...?

—Conteste y basta, Ernie. No tengo tiempo para hacer un montón de llamadas.

—Un montón de llamadas no, pero podría llamar por radio a los polis que estuvieron aquí, los agentes de Newark...

La voz de Loren se volvió de acero.

—Ernie.

—Bueno, bueno, tranquila. Era un hombre, ¿está claro? Blanco. De treinta y tantos, creo. Lo han sacado con una camilla.



— ¿Qué le ha pasado?

— Alguien le ha pegado una buena, creo.

— ¿Y todo eso ha pasado en el quinto piso?

— Creo que sí, sí.

— Ha dicho algo de unas mujeres que habría en la habitación. Que habían llamado a una ambulancia.

— Sí. Sí, lo he dicho.

Sonrió como si estuviera encantado consigo mismo.

Loren también tenía ganas de sacar su pistola.

— ¿Cuántas mujeres, Ernie?

— ¿Qué? Ah, dos.

— ¿Una de ellas era la chica alta que le ha sacado la pistola?

— Sí.

— ¿Y la otra?

Ernie miró a la izquierda. Miró a la derecha. Después se inclinó un poco y susurró.

— Creo que podría ser la esposa del tipo.

— ¿Del que ha recibido la paliza?

— Aja.

— ¿Por qué lo dice?

Su voz siguió en tono bajo.

— Porque se ha ido con él. En la ambulancia.

— ¿Por qué estamos susurrando?

— Bueno, sólo intento ser, como quien dice, discreto.

Loren imitó su susurro.

— ¿Por qué, Ernie? ¿Por qué somos, como quien dice, discretos?

— Porque la otra mujer, la esposa, se alojaba aquí desde hace dos noches. Él, el marido, no estaba. —Se inclinó sobre la mesa. A Loren le llegó una vaharada de, como quien dice, halitosis crónica—. De repente entra el marido como una bala. Hay una especie de pelea... —Se paró, arqueó ambas cejas como si las implicaciones fueran evidentes.



— ¿Qué ha pasado con la chica amazona?

— ¿La que me ha apuntado con el arma?

— Sí, Ernie —dijo Loren, luchando con su creciente impaciencia—. La que le ha apuntado con el arma.

— Los agentes la han arrestado. Esposada y todo.

— La mujer que cree que era su esposa, la que estaba alojada aquí las últimas dos noches. ¿Sabe cómo se llama?

Él meneó la cabeza.

— No, lo siento. Nunca lo he oído.

— ¿No se registró?

A Ernie se le iluminaron los ojos.

— Claro. Claro que se registró. Y hasta nos quedamos con una copia de la tarjeta de crédito.

— Qué bien. —Loren se frotó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar—. Bueno, Ernie, si no es pedir demasiado, ¿por qué no me busca su nombre?

— Sí, claro, con mucho gusto. Vamos a ver. —Se puso frente al ordenador y empezó a teclear—. Creo que estaba en la habitación 522,... A ver, sí, aquí está.

Giró la pantalla para que Loren lo viera.

La huésped de la habitación 522 se llamaba Olivia Hunter. Loren se quedó mirando fijamente la pantalla un momento. Ernie le señaló las letras.

— Dice Olivia Hunter.

— Ya lo veo. ¿A qué hospital lo han llevado?

— Al Beth Israel, creo que han dicho. Loren le dio a Ernie su tarjeta con el número del móvil. —Llámeme si recuerda algo más.

— Oh, lo haré. Loren se fue corriendo al hospital.



## Capítulo 31

Matt Hunter se despertó.

Vio la cara de Olivia.

No había duda de que era real. Matt no estaba viviendo uno de esos momentos en los que no sabes si estás soñando o no. El color había huido de la cara de Olivia. Sus ojos estaban rojos. Matt vio el miedo y la única cosa que pudo pensar —no en respuestas, ni en explicaciones— la única cosa que pudo pensar con claridad fue: «¿Cómo podría aliviarla?».

Las luces eran brillantes. El rostro de Olivia, incluso así hermoso, estaba enmarcado por algo parecido a una cortina de ducha blanca. Matt intentó sonreírle. El cráneo le retumbaba como un dedo machacado con un martillo.

Ella le observaba. Vio que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Lo siento —susurró ella.

—No pasa nada —dijo Matt.

Se sentía un poco ido. Analgésicos, pensó. Morfina o algo parecido. Le dolían las costillas, pero era un dolor sordo. Se acordaba del hombre de la habitación del hotel, Talley, el del pelo negro azabache. Recordaba la sensación paralizante, la caída, los puños de hierro.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En urgencias, en el Beth Israel.

Matt sonrió.

—Nací aquí, sabes. —Sí, estaba claro que le habían dado algo, un relajante muscular, un analgésico, algo—. ¿Qué ha sido de Talley? —preguntó.

—Ha huido.

—¿Estabas en la habitación?

—No. Estaba al fondo del pasillo.



Matt cerró los ojos, sólo un momento. Aquello no tenía sentido — ¿Estabas al fondo del pasillo? Intentó despejarse.

—Matt.

Él parpadeó varias veces e intentó concentrarse.

— ¿Estabas al fondo del pasillo?

— Sí. Te he visto entrar en la habitación y te he seguido.

— ¿Estabas alojada en ese hotel?

Antes de que pudiera contestar, la cortina se apartó.

— Ah, ¿cómo se encuentra? — dijo el médico. Tenía acento paquistaní o indio, quizá.

— De maravilla — dijo Matt.

El médico les sonrió. La chapa con su nombre decía PATEL.

— Su esposa me ha dicho que le han agredido, que creía que el agresor había utilizado un arma reductora.

— Eso creo.

— Eso es bueno, en cierto modo. Las armas reductoras no dejan daños permanentes. Sólo incapacitan temporalmente.

— Sí — dijo Matt —. Me protege un ángel de la guarda.

Patel rió discretamente y comprobó el gráfico.

— Ha sufrido una conmoción. Seguramente tiene una costilla fracturada, pero no lo sabré hasta que le hagamos una radiografía. No tiene mucha importancia, contusa o rota, sólo se puede tratar con reposo. Ya le he dado algo para el dolor. Puede que necesite más.

— De acuerdo.

— Quiero que se quede esta noche.

— No — dijo Matt.

Patel le miró.

— ¿No?

— Quiero ir a casa. Mi esposa puede cuidarme.

Patel miró a Olivia. Ella asintió.

— ¿Entiende que no se lo recomiendo? — dijo el médico.



—Lo entendemos —dijo Olivia.

En la tele, los médicos siempre ponen pegatas a los pacientes que «quieren irse a su casa». Patel no puso objeciones. Se encogió de hombros y basta.

—Bien, firme el formulario de alta voluntaria, y puede irse.

—Gracias, doctor —dijo Matt.

Patel se encogió de hombros.

—Que le vaya bien.

—Igualmente.

Patel se marchó.

—¿Está aquí la policía? —preguntó Matt.

—Acaban de marcharse, pero volverán.

—¿Qué les has dicho?

—No gran cosa —dijo ella—. Creen que ha sido una especie de disputa conyugal. Que me pillaste con otro hombre, o algo así.

—¿Qué le ha pasado a Cingle?

—La han arrestado.

—¿Qué?

—Apuntó al recepcionista con una pistola.

Matt meneó la dolorida cabeza.

—Hay que pagarle la fianza.

—Me ha dicho que no, que ya se las arreglaría.

Matt intentó sentarse. El dolor le penetraba en la parte trasera del cráneo como un cuchillo ardiente.

—¿Matt?

—Estoy bien.

Y lo estaba. Había recibido palizas peores. Mucho peores. Aquello no era nada. Podía con ello. Se sentó en la cama y la miró a los ojos. Ella le miró como si se preparara para recibir un golpe.

—Esto es algo malo, ¿no? —dijo Matt.

Olivia tenía una opresión en el pecho. Las lágrimas empezaron a escaparse.



—No lo sé todavía —dijo ella—. Pero sí. Sí, es bastante malo.

—¿Queremos que la policía se inmiscuya?

—No. —Las lágrimas ya le rodaban por las mejillas—. Hasta que te lo haya contado todo.

Matt sacó los pies de la cama.

—Pues larguémonos cuanto antes.

Loren contó seis personas haciendo cola en el mostrador de urgencias. Cuando se situó delante, las seis gruñeron furiosas. Loren las ignoró. Golpeó con la placa sobre la mesa.

—Hace poco han traído a un paciente.

—No me diga. —La recepcionista la miró por encima de las gafas de media luna y paseó la mirada por la sala de espera llena hasta los topes—. ¿Un paciente, dice? —Masticaba chicle—. Vaya, menuda vista. Hace poco han traído a un paciente.

La cola rió y Loren se ruborizó.

—Era una víctima de agresión. En el Howard Johnson's.

—Ah, ése. Creo que se ha marchado.

—¿Marchado?

—Le han dado el alta hace unos minutos.

—¿Adonde ha ido?

La mujer la miró con ojos inexpresivos.

—Vale —dijo Loren—. Déjelo.

Sonó su móvil. Lo contestó y ladró:

—Muse.

—Eh, hola, ¿es usted la policía que estuvo aquí antes?

Loren reconoció la voz.

—Sí, Ernie. ¿Qué pasa?

Se oyó un quejido bajo.

—Tiene que volver.



*Harlan Coben*



*El inocente*

— ¿Qué pasa, Ernie?

— *Ha ocurrido algo* — dijo Ernie—. *Creo... creo que está muerto.*



## Capítulo 32

Matt y Olivia habían rellenado los documentos necesarios, pero ninguno de los dos tenía coche. El de Matt seguía aparcado frente a MVD. El de Olivia en el Howard Johnson's. Llamaron a un taxi y esperaron frente a la entrada.

Matt sentado en una silla de ruedas. Olivia de pie junto a él. Ella miraba al frente, no a él. Hacía calor y bochorno, pero Olivia seguía abrazándose el cuerpo. Llevaba una blusa sin mangas y unos pantalones caqui. Tenía los brazos bronceados y musculosos.

El taxi paró. Matt se puso de pie con dificultad. Olivia intentó ayudarle, pero él la apartó. Entraron los dos en el asiento trasero. Sus cuerpos no se tocaron. No se tomaron de la mano.

— Buenas noches — dijo el chofer, con los ojos en el retrovisor —. ¿A dónde?

El chofer tenía la piel oscura y hablaba con acento africano. Matt le dio su dirección en Irvington. El chofer era charlatán. Era de Ghana, les contó. Tenía seis hijos. Dos de ellos vivían con él; el resto estaban en Ghana con su esposa.

Matt intentó mantener la conversación. Olivia miraba por la ventana y no decía nada. Al cabo Matt le cogió la mano. Ella le dejó hacerlo, pero no la apretó.

— ¿Has ido a ver al doctor Haddon? — preguntó Matt.

— Sí.

— ¿Y?

— Todo va bien. Debería ser un embarazo normal.

Desde el asiento delantero, el conductor dijo:

— ¿Embarazo? ¿Va a tener un hijo?

— Sí — dijo Matt.

— ¿Es su primer hijo?

— Sí.



— Son una bendición, amigo.

— Gracias.

Ya estaban en Irvington, en Clinton Avenue. Delante de ellos el semáforo se puso rojo. El chofer apretó el freno.

— Aquí doblamos a la derecha, ¿sí?

Matt había estado mirando por la ventana, preparado para decir que sí, cuando algo le llamó la atención. Su casa sí estaba al final de la calle a la derecha. Pero no era eso lo que le había llamado la atención.

Había un coche de la policía aparcado enfrente.

— Espere un momento — dijo Matt.

— ¿Disculpe?

Matt bajó la ventanilla. El coche de policía estaba en marcha. Eso le preocupó. Miró hacia la esquina. Lawrence el borrachín estaba deambulando con su habitual bolsa marrón, cantando el clásico de los Four Tops, «Bernadette».

Matt se apoyó en la ventana.

— Eh, Lawrence.

— ...y nunca he encontrado el amor que encontré en ti... — Lawrence dejó de cantar de golpe. Puso una mano sobre los ojos y miró. Una sonrisa le iluminó la cara. Se acercó a ellos tambaleándose—. ¡Matt, tío! Fíjate, vivito y coleando y en un taxi.

— Sí.

— Has estado bebiendo, ¿eh? Me acuerdo de antes. No querías beber y conducir, ¿a que no?

— Algo así, Lawrence.

— Uau. — Lawrence señaló el vendaje de la cabeza de Matt—. ¿Qué te ha pasado? ¿Sabes a quién te pareces, con la cabeza vendada así?

— Lawrence...

— A aquel tío de aquel cuadro antiguo, el que toca la flauta. ¿O era el del lazo? Nunca me acuerdo. Lleva la cabeza vendada, igualito que tú. ¿Cómo se llamaba ese cuadro?

Matt intentó que le hiciera caso.

— Lawrence, ¿ves ese coche de policía?

— ¿Qué? — Lawrence se inclinó más cerca—. ¿Te lo han hecho ellos?



—No, no es eso. Estoy bien, te lo juro.

Lawrence estaba perfectamente situado para tapar la visión de Matt desde el coche. Si el policía miraba en su dirección, seguramente pensaría que Lawrence estaba mendigando.

—¿Cuánto rato lleva aparcado ahí? —preguntó Matt.

—No lo sé. Quince minutos, veinte quizá. El tiempo vuela, Matt. Cuanto más viejo, más rápido pasa. Hazle caso a Lawrence.

—¿Ha bajado del coche?

—¿Quién?

—El poli.

—Ah, sí. Ha llamado a tu puerta incluso. —Lawrence sonrió—. Ya lo veo. Estás metido en un lío, ¿no, Matt?

—¿Yo? Yo soy de los buenos.

A Lawrence le chifló eso.

—Oh, ya lo sabía. Buenas noches, Matt. —Se inclinó un poco hacia la ventana—. Tú también, Liv.

—Gracias, Lawrence —dijo Olivia.

Lawrence miró a Olivia y calló. Miró a Matt y se incorporó. Su voz se hizo más amable.

—Cuidaos mucho.

—Gracias, Lawrence. —Matt se echó hacia delante y golpeó en el cristal—. Cambio de destino.

—¿Tendré problemas por esto? —preguntó el chofer.

—Ni mucho menos. Fue un accidente. Quieren hablar conmigo sobre cómo me lo he hecho. Prefiero esperar a mañana.

El chofer no lo creyó, pero tampoco parecía deseoso de discutir. El semáforo se puso verde. El taxi se puso en marcha y fue hacia delante en lugar de doblar a la derecha.

—¿Adónde vamos?

Matt le dio la dirección de MVD en Newark. Pensó que podían recoger el coche y buscar un lugar adonde ir y charlar. La cuestión era ¿dónde? Miró el reloj. Eran las tres de la mañana.



El chofer paró en el aparcamiento de MVD.

—Aquí está bien, ¿sí?

—Bien, gracias.

Bajaron del coche. Matt le pagó.

—Conduciré yo —dijo Olivia.

—Estoy bien.

—Bien, claro. Acaban de darte una paliza y estás atiborrado de medicamentos. — Olivia extendió la palma de la mano—. Dame las llaves.

Matt se las dio. Subieron al coche y ella lo puso en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó Olivia.

—Voy a llamar a Marsha, a ver si podemos quedarnos en su casa.

—Vas a despertar a los niños.

Matt logró sonreír.

—Ni una granada en la almohada lograría despertar a esos dos.

—¿Y la pobre Marsha?

—No le importará.

Pero de repente Matt vaciló. No le preocupaba en absoluto despertar a Marsha — en aquellos años habían intercambiado muchas llamadas a horas intempestivas—, pero ahora se preguntaba si estaría sola, si no interrumpiría algo. Entonces —y eso sí era raro— empezó a preocuparse por otra cosa.

Supongamos que Marsha volvía a casarse.

Paul y Ethan todavía eran pequeños. ¿Llamarían papá al marido? Matt no estaba seguro de poder soportarlo. Peor aún, ¿qué papel tendría el tío Matt en esa nueva vida, en esa nueva familia? Era todo una tontería, por supuesto. Se estaba adelantando a los acontecimientos. Y no era precisamente el mejor momento para pensar en eso, con todos los problemas que tenía. Pero la idea estaba allí, en su cabeza, pugnando por salir de un armario trasero.

Sacó el móvil y apretó el segundo número en su marcador. Al llegar a Washington Avenue, Matt vio dos coches que pasaban en dirección opuesta. Se volvió y observó que paraban en el aparcamiento de MVD. Los coches eran de la oficina del fiscal del condado de Essex. Eran de la misma marca y modelo que el que Loren llevaba aquella noche.

Aquello no podía ser bueno.



Contestaron al teléfono al segundo timbre.

— *Me alegro de que hayas llamado* — dijo Marsha.

Si estaba dormida, lo disimulaba muy bien.

— ¿Estás sola?

— ¿Qué?

— Bueno... Ya sé que los niños están ahí...

— *Estoy sola, Matt.*

— No pretendía fisgar. Sólo quiero asegurarme de que no interrumpo nada.

— *No interrumpes. Ni nunca interrumpirás.*

Eso debería haberlo tranquilizado.

— ¿Te parece bien que Olivia y yo pasemos la noche en tu casa?

— *Por supuesto.*

— Es una larga historia, pero es que me han agredido esta noche...

— ¿Estás bien?

El dolor empezaba a dejarse sentir de nuevo en su cabeza y en las costillas.

— Tengo moratones y laceraciones, pero me pondré bien. El caso es que la policía quiere hacerme algunas preguntas y todavía no estamos listos.

— *¿Tiene algo que ver con lo de la monja?* — preguntó Marsha.

— ¿Qué monja?

La cabeza de Olivia se volvió hacia él.

— *Esta mañana ha pasado una investigadora del condado* — dijo Marsha—. *Debería haberte llamado, pero no creía que fuera importante. Espera, tengo una tarjeta suya por aquí...*

La cabeza de Matt, aunque exhausta y confusa, recordó entonces.

— Loren Muse.

— *Eso, ése era el nombre. Dijo que una monja había llamado a esta casa.*

— Lo sé — dijo Matt.

— ¿Has hablado con Muse?

— Sí.

— *Me lo imaginaba. Estábamos hablando y entonces, no sé, vio una foto tuya en la nevera y de repente se puso a hacernos preguntas, a Kyra y a mí, sobre si venías muy a menudo.*



—No te preocupes. Ya lo he arreglado. Mira, llegaremos dentro de veinte minutos.

—Prepararé la habitación de invitados.

—No te tomes ninguna molestia.

—No es molestia. Hasta ahora.

Colgó.

—¿De qué va eso de la monja? —dijo Olivia.

Matt le contó la visita de Loren. La cara de Olivia perdió más color aún. Cuando terminó, estaban en Livingston. Las calles estaban completamente vacías, tanto de coches como de peatones. No había nadie a la vista. Las únicas luces que procedían de las casas eran las de las plantas bajas conectadas.

Olivia siguió en silencio mientras aparcaba frente a la casa de Marsha. Matt veía la silueta de Marsha a través de la cortina de la ventana del vestíbulo. La luz del garaje estaba encendida. Kyra estaba despierta. Vio que miraba hacia fuera. Matt bajó la ventanilla y la saludó con la mano. Ella le devolvió el saludo.

Olivia apagó el motor. Matt se miró la cara en el retrovisor. Estaba horrible. Lawrence tenía razón. Con el vendaje en la cabeza, se parecía al soldado que tocaba la flauta en *Espíritu del 76* de Willard.

—¿Olivia?

Ella no dijo nada.

—¿Conoces a esa hermana Mary Rose?

—Tal vez.

Bajó del coche. Matt hizo lo mismo. Las luces exteriores —Matt había ayudado a Bernie a instalar los detectores de movimiento— se encendieron. Olivia dio la vuelta al coche y se puso a su lado. Le cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Antes de decir nada —dijo Olivia—, tienes que saber algo.

Matt esperó.

—Te quiero. Eres el único hombre que he amado. Pase lo que pase, me has dado una felicidad y una alegría que había creído imposibles.

—Olivia...

Ella le puso el índice en los labios.

—Sólo quiero una cosa. Quiero que me abracés. Sólo abrázame. Un minuto o dos. Porque después de que te diga la verdad, no estoy segura de que quieras volver a hacerlo.



## Capítulo 33

Cuando Cingle llegó a la comisaría utilizó su llamada para hablar con su jefe, Malcolm Seward, el presidente de Most Valuable Detection. Seward era un agente del FBI retirado. Había abierto MVD hacía diez años y estaba amasando una pequeña fortuna.

Seward no estuvo encantado con la llamada nocturna.

— *¿Apuntaste a un hombre con una pistola?*

— No pretendía pegarle un tiro.

— *Eso me tranquiliza.* — Seward suspiró—. *Haré unas llamadas. Saldrás dentro de una hora.*

— Eres el mejor, jefe.

Colgó.

Cingle volvió a su celda y esperó. Un agente alto abrió la puerta de la celda.

— Cingle Shaker.

— Yo.

— Sígame por favor.

— A tu disposición, guapo.

La guió por el pasillo. Cingle se esperaba que todo acabara —la audiencia por la fianza, una libertad rápida, lo que fuera— pero ése no fue el caso.

— Dese la vuelta, por favor — dijo el agente.

Cingle arqueó una ceja.

— ¿No debería invitarme a cenar primero?

— Dese la vuelta por favor.

Cingle obedeció. Él le esposó las manos.

— ¿Qué está haciendo?





El agente no habló. La acompañó fuera, abrió la puerta de atrás del coche patrulla y la empujó dentro.

—¿Adónde vamos?

—Al nuevo juzgado federal.

—¿Al de West Market?

—Sí, señora.

El trayecto fue corto, apenas un kilómetro. Tomaron el ascensor hasta el tercer piso. Las palabras despacho del fiscal del condado de Essex estaban grabadas en el cristal. Había una gran vitrina con trofeos junto a la puerta, como las que se ven en el instituto. Cingle se preguntó qué haría una vitrina de trofeos en la oficina del fiscal. Se dedican a procesar asesinos, violadores y traficantes, y lo primero que ves cuando entras es un puñado de trofeos que conmemoran partidos de fútbol sala. Qué raro.

—Por aquí.

La acompañó a la zona de espera, tras la puerta de doble hoja. Cuando se pararon, ella miró dentro de un espacio pequeño y sin ventanas.

—¿Una sala de interrogatorio?

Él no dijo nada, sólo sostuvo la puerta. Cingle se encogió de hombros y entró.

Pasó el tiempo. De hecho, pasó mucho tiempo. Le habían confiscado sus posesiones, incluido el reloj, de modo que no sabía cuánto tiempo había pasado. Tampoco había un cristal unidireccional, de los que se ven normalmente en la tele. Aquí usaban una cámara. Había una montada en el rincón de una pared. Desde la sala de control, se podía enfocar o cambiar el ángulo a voluntad. Había una hoja de papel pegada en un ángulo raro. Era el punto guía, Cingle lo sabía, donde se dejaba el formulario de puesta en libertad para que la cámara te grabara firmándolo.

Cuando finalmente se abrió la puerta, entró una mujer en la sala que Cingle supuso que era una investigadora. Era diminuta, poco más de metro y medio, y cincuenta kilos máximo. Estaba empapada de sudor. Parecía que acabara de salir de un baño de vapor. Tenía la blusa pegada al cuerpo y manchas en las axilas. Su cara brillaba con una capa de sudor. Llevaba una pistola en el cinturón y tenía un sobre en la mano.

—Soy la investigadora Loren Muse —dijo la mujer.

Uau, qué rapidez. Cingle recordaba el nombre. Muse era la que había interrogado a Matt aquella misma noche.

—Cingle Shaker —dijo ella.



—Sí, lo sé. Tengo que hacerle unas preguntas.

—Y yo he decidido no contestar nada por ahora.

Loren todavía estaba recuperando el aliento.

—¿Por qué?

—Soy investigadora privada.

—¿Y quién es su cliente?

—No tengo por qué decírselo.

—No existe el privilegio de confidencialidad investigador privado-cliente.

—Conozco la ley.

—¿Entonces?

—Entonces he decidido no responder preguntas por ahora.

Loren dejó caer el sobre en la mesa. Continuaba cerrado.

—¿Se niega a colaborar con la oficina del fiscal del condado?

—En absoluto.

—Entonces, por favor, responda a mis preguntas. ¿Quién es su cliente?

Cingle se echó atrás. Estiró las piernas y las cruzó en los tobillos.

—¿Se ha caído en una piscina o qué?

—Ah, claro. Ya entiendo. ¿Porque estoy mojada? Muy buena, en serio. ¿Tengo que coger un boli, por si se le ocurren más chistes?

—No es necesario. —Cingle señaló la cámara—. Sólo tiene que mirar la cinta.

—No está encendida.

—No.

—Si quisiera grabarlo, tendría que hacerle firmar un formulario.

—¿Hay alguien en la sala de control?

Loren se encogió de hombros e ignoró la cuestión.

—¿No le gustaría saber cómo está el señor Hunter?

Cingle no mordió el anzuelo.

—Podemos hacer esto: yo no pregunto si usted no pregunta.

—Ni hablar.



—Mire, inspectora... Muse, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué tanto jaleo? Fue una simple agresión. Seguramente en ese hotel tienen tres a la semana.

—Aun así, fue lo suficientemente grave para que apuntara a un hombre con su pistola —dijo Loren.

—Sólo quería llegar arriba antes de que la situación se volviera más peligrosa.

—¿Cómo lo sabía?

—Disculpe...

—La pelea tuvo lugar en el quinto piso. Usted estaba fuera en el coche. ¿Cómo supo que alguien tenía problemas?

—Creo que hemos terminado.

—No, Cingle. No lo creo.

Sus ojos se encontraron. A Cingle no le gustó lo que vio. Loren sacó una silla hacia fuera y se sentó.

—Me he pasado la última media hora en la escalera del Howard Johnson's. No tiene aire acondicionado. De hecho, hace un calor infernal. Por eso tengo esta pinta.

—¿Y yo debo de saber de qué está hablando?

—No ha sido una simple agresión, Cingle.

Cingle miró el sobre.

—¿Qué es eso?

Loren vació el contenido del sobre. Eran fotografías. Cingle suspiró, cogió una y se quedó helada.

—Veo que le ha reconocido.

Cingle miró las dos fotos. La primera era una cabeza. No había ninguna duda, el muerto era Charles Talley. Su cara parecía carne cruda. La otra era de cuerpo entero. Talley estaba tirado en unas escaleras de metal.

—¿Qué le ha pasado?

—Dos tiros en la cara.

—Caramba.

—¿Le apetece hablar ahora, Cingle?



—No sé nada de esto.

—Se llama Charles Talley. Pero eso ya lo sabía, ¿no?

—Caramba —repitió Cingle, intentando entender algo.

Talley estaba muerto. ¿Cómo? ¿No acababa de agredir a Matt?

Loren volvió a guardar las fotos en el sobre. Juntó las manos y se acercó más.

—Sé que trabaja para Matt Hunter. También sé que, justo antes de que fueran a ese hotel, se encontraron en su despacho para una charla nocturna. ¿Le importaría decirme de qué hablaron?

Cingle meneó la cabeza.

—¿Ha matado a ese hombre, señora Shaker?

—¿Qué? Por supuesto que no.

—¿Y el señor Hunter? ¿Le ha matado él?

—No.

—¿Cómo lo sabe?

—Disculpe...

—Ni siquiera le he dicho cuándo le habían matado. —Loren inclinó la cabeza—. ¿Cómo sabe que no estuvo implicado en la muerte de ese hombre?

—Eso no es lo que quería decir.

—¿Qué quería decir?

Cingle respiró hondo. Loren no.

—¿Qué me dice del detective retirado Max Darrow?

—¿Quién?

Pero Cingle recordaba el nombre por Matt. Él le había pedido que lo investigara.

—Otro muerto. ¿Le ha matado usted? ¿O le ha matado Hunter?

—No sé de que... —Cingle calló, cruzó los brazos—. Tengo que salir de aquí.

—Eso no sucederá, Cingle.

—¿Va a acusarme de algo?

—La verdad es que sí. Amenazó a un hombre con un arma cargada.

Cingle cruzó los brazos e intentó recuperar la compostura.

—Vaya noticia.



—Ya, pero esta vez no se saldrá con la suya. Se quedará toda la noche y mañana la acusarán. La vamos a procesar con todo el peso de la ley. No sólo perderá la licencia, si le va bien, sino que yo apostaré a que cumplirá condena.

Cingle no dijo nada.

—¿Quién ha atacado al señor Hunter esta noche?

—¿Por qué no se lo pregunta a él?

—Se lo preguntaré. Porque, y esto es interesante, cuando hallamos el cadáver del señor Talley, tenía un arma reductora y un par de puños de hierro. Había sangre fresca en los puños de hierro. —Loren volvió a inclinar la cabeza, acercándose un poco más—. Cuando realicemos un análisis de ADN, ¿de quién cree que será la sangre?

Llamaron a la puerta. Loren Muse aguantó la mirada un momento más antes de levantarse a abrir. El hombre que había escoltado a Cingle desde la comisaría estaba en el umbral. Llevaba un teléfono móvil.

—Para ella —dijo el hombre, señalando a Cingle.

Cingle miró a Loren. La cara de Loren no expresaba nada.

Cingle se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

—*Empieza a hablar.*

Era su jefe, Malcolm Seward.

—Es un caso complicado.

—*Estoy conectado a nuestra red*—dijo Seward—. *¿Qué número de caso?*

—Todavía no tiene número.

—¿Qué?

—Con el debido respeto, no me siento cómoda hablando con las autoridades presentes.

Oyó el suspiro de Seward.

—*Adivina quién acaba de llamarme, Cingle. Adivina quién me ha llamado a casa a las tres de la mañana.*

—Señor Seward...



— Bueno, no hace falta que adivines. Yo te lo diré, porque son las tres de la madrugada y estoy demasiado cansado para jueguecitos. Ed Steinberg. El propio Ed Steinberg me ha llamado. ¿Sabes quién es?

— Sí.

— Ed Steinberg es el fiscal del condado de Essex.

— Lo sé.

— También es mi amigo desde hace veintiocho años.

— Eso también lo sé.

— Bien, Cingle, entonces estamos en la misma onda. MVD es mi empresa. Es una empresa muy provechosa, o eso creo yo. Y gran parte de nuestra eficiencia, la tuya y la mía, depende de poder trabajar con estas personas. Así que, cuando Ed Steinberg me llama a casa a las tres de la madrugada y me dice que está trabajando en un homicidio triple...

— Espera — dijo Cingle —. ¿Has dicho triple?

— ¿Lo ves? Ni siquiera sabes lo lejos que llega este embrollo. Ed Steinberg, mi viejo compañero, desea mucho tu colaboración. Eso significa que yo, tu jefe, deseo mucho tu colaboración. ¿Me he expresado con claridad?

— Creo que sí.

— ¿Lo crees? ¿Es que he sido demasiado sutil, Cingle?

— Existen factores atenuantes.

— Según Steinberg, no. Steinberg dice que está relacionado con un ex convicto. ¿Es cierto eso?

— Trabaja en Carter Sturgis.

— ¿Es un abogado?

— No, es un ayudante.

— ¿Y cumplió condena por asesinato?

— Sí, pero...

— Entonces no hay más que hablar. No hay razón para la confidencialidad. Diles lo que quieren saber.

— No puedo.

— ¿Que no puedes? — El tono de Seward se hizo más agudo —. No me gusta oír eso.

— No es tan sencillo, jefe.



—Pues yo lo simplificaré para que lo entiendas, Cingle. Tienes dos opciones: hablar o vaciar tu mesa. Adiós.

Colgó el teléfono. Cingle miró a Loren. Loren le sonrió.

— ¿Todo bien, señora Shaker?

—De maravilla.

—Bien. Porque ahora mismo, nuestros técnicos van camino de la oficina de MVD. Peinarán su disco duro. Estudiarán todos los documentos que tiene archivados. El fiscal Steinberg está hablando con su jefe. Descubrirá a qué archivos ha accedido recientemente, con quién ha hablado, dónde ha estado, en qué ha trabajado...

Cingle se levantó lentamente y miró a Loren desde las alturas. Loren no retrocedió ni un paso.

—No tengo nada más que decir.

— ¿Cingle?

— ¿Qué?

—Siéntese.

—Prefiero estar de pie.

—Bien. Entonces escuche, porque estamos llegando al final de nuestra conversación. ¿Sabe que fui a la escuela con Matt Hunter? A la escuela elemental, en realidad. Me gustaba. Era un buen chico. Y si es inocente, nadie estará más deseoso de limpiar su nombre que una servidora. Pero que usted tenga la boca cerrada, bueno, Cingle, me hace pensar que oculta algo. Tenemos los puños de hierro de Talley. Sabemos que Matt Hunter estaba en la escena del crimen. Sabemos que hubo una pelea en la habitación 515; ésa era la habitación del señor Talley. También sabemos que el señor Hunter estuvo bebiendo en un par de bares. La prueba de ADN de los puños de hierro demostrará que la sangre es de Hunter. Y, por supuesto, sabemos que el señor Hunter, un ex convicto, tiene antecedentes en peleas que terminan con un muerto.

Cingle suspiró.

— ¿Dónde quiere ir a parar?

—Claro, Cingle, enseguida: ¿de verdad cree que necesito su ayuda para atraparlo?

Cingle empezó a mover el pie, buscando una salida.

— ¿Qué quiere de mí, entonces?

—Ayuda.



— ¿Ayuda con qué?

—Dígame la verdad —dijo Loren—. Es lo único que pido. Hunter ya está prácticamente condenado. En cuanto entre en el sistema, siendo un ex convicto y todo eso, bueno, ya sabe cómo va.

Lo sabía. Matt se volvería loco. Enloquecería si volvían a encerrarle: su mayor temor hecho realidad.

Loren se acercó un poco más.

—Si sabe algo que pudiera ayudarlo —dijo—, ahora es el momento de decirlo.

Cingle intentó pensar. Casi confió en aquella pequeña policía, pero era demasiado lista. Eso era lo que quería Muse, jugando al poli bueno y poli malo ella sola. Vaya, hasta un aficionado se daría cuenta de aquella comedia y, sin embargo, Cingle había estado a punto de morder el anzuelo.

Palabra clave: a punto.

Pero Cingle también sabía que en cuanto entraran en el ordenador de su despacho, habría grandes problemas. Los últimos archivos a que había accedido eran las fotografías del móvil de Matt. Fotos de la víctima de asesinato. Un vídeo de la víctima de asesinato y la esposa de Matt Hunter.

Aquéllos serían los últimos clavos en el ataúd de cualquier ex convicto.

Como había señalado la investigadora Muse, ya tenían suficiente con las pruebas físicas. Las fotografías añadirían algo más: motivo.

Cingle también tenía que preocuparse por su carrera. Eso había empezado como favor a un amigo, un caso más. Pero ¿hasta dónde estaba dispuesta a llegar? ¿Qué estaba dispuesta a sacrificar? Y si Matt no tenía nada que ver con el asesinato de Charles Talley, ¿colaborar desde buen comienzo no serviría para sacar la verdad a la luz?

Cingle volvió a sentarse.

— ¿Tiene algo que decir?

—Quiero hablar con mi abogado —dijo Cingle—. Después le diré todo lo que sé.





## Capítulo 34

—No la he acusado de nada —dijo Loren.

Cingle se cruzó de brazos.

—No hagamos juegos semánticos, ¿vale? He pedido un abogado. La entrevista ha terminado. El final. *El fin*.

—Si usted lo dice.

—Lo digo. Tráigame un teléfono, por favor.

—Tiene derecho a llamar a un abogado.

—A un abogado es a quien pienso llamar.

Loren se lo pensó. No quería que Cingle advirtiera a Hunter.

—¿Le importa que yo marque el número?

—Como guste —dijo Cingle—. Pero necesitaré una guía.

—¿No se sabe el número de su abogado de memoria?

—No, lo siento.

Tardaron cinco minutos más. Loren marcó y le pasó el teléfono. Ya comprobaría el registro de llamadas más tarde, para asegurarse de que no hacía otra llamada. Apagó el micrófono y se fue a la sala de control. Cingle, consciente de la cámara, se volvió de espaldas a la lente, por si acaso alguien podía leer los labios.

Loren se puso a hacer llamadas. Primero llamó al policía que hacía guardia frente a la casa de Irvington. Le informó de que Matt y Olivia Hunter no habían regresado a casa. Aquello no era una buena noticia. Empezó una búsqueda discreta porque no quería despertar muchas alarmas todavía.

Necesitaría una citación para las transacciones recientes de las tarjetas de crédito de Matt y Olivia, y pasarlas por el banco de datos de informes de crédito. Si habían huido, probablemente necesitarían sacar dinero de un cajero o registrarse en un motel, algo.



Por la pantalla de control, Loren vio que Cingle había terminado de hablar por teléfono. Cingle levantó el teléfono hacia la cámara y le indicó con un gesto que encendiera el interruptor del audio. Loren lo apretó.

— ¿Sí?

— Mi abogado ya viene — dijo Cingle.

— Quédese ahí.

Loren apagó el intercomunicador. Se recostó en la silla. Empezaba a acusar el agotamiento. Estaba llegando al límite. Necesitaba cerrar los ojos un momento o su cerebro empezaría a jugarle malas pasadas. El abogado de Cingle tardaría al menos media hora en llegar. Cruzó los brazos, apoyó los pies sobre la mesa y cerró los ojos, esperando dormir sólo unos minutos, sólo hasta que apareciera el abogado.

Sonó su móvil. Se sobresaltó y contestó.

Era Ed Steinberg.

— Eh.

— Eh — contestó ella a duras penas.

— *¿Está hablando la detective?*

— Todavía no. Está esperando a su abogado.

— *Deja que espere, pues. Que esperen los dos.*

— ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— *Los federales, Loren.*

— ¿Qué pasa?

— *Vamos a reunirnos con ellos dentro de una hora.*

— ¿Con quién?

— *Joan Thurston.*

Eso la hizo bajar los pies al suelo.

— ¿La abogada general de Estados Unidos en persona?

— *La misma. Y unos altos cargos del FBI de Nevada. Nos reuniremos con ellos en el despacho de Thurston para hablar de tu falsa monja.*

Loren miró el reloj.

— Son las cuatro de la madrugada.

— *Gracias por decirme la hora.*



—Me sorprende que hayas llamado a Thurston tan temprano.

—*No he sido yo* —dijo Steinberg—. *Ella me ha llamado.*

Cuando Ed Steinberg llegó, miró a Loren y meneó la cabeza. Tenía el pelo encrespado por la humedad. El sudor se había secado, pero seguía teniendo un aspecto horrible.

—Te pareces a algo que dejé una vez abandonado en el fondo de mi taquilla del gimnasio —dijo Steinberg.

—Muy halagador, gracias.

Gesticuló con las dos manos mirándola.

—¿No podrías..., no sé, hacer algo con tu pelo?

—¿Qué pasa? ¿Esto es un club de solteros?

—Está claro que no.

El trayecto desde la oficina del fiscal a la de la abogada general de Estados Unidos era de tres manzanas. Entraron por el garaje subterráneo privado y bien custodiado. Había muy pocos coches a esa hora. El ascensor los dejó en el séptimo piso. Las letras grabadas en el cristal decían:

ABOGADO GENERAL DE ESTADOS UNIDOS

DISTRITO DE NUEVA JERSEY

JOAN THURSTON

ABOGADO GENERAL DE ESTADOS UNIDOS

Steinberg señaló la línea superior y después la inferior.

—¿No es un poco redundante?

A pesar del poder que tenía aquella oficina, la sala de espera era de estilo Dentista Americano Temprano. La alfombra estaba deshilachada. El mobiliario no era ni actual ni funcional. Había una docena de números diferentes de *Sports Illustrated* sobre la mesa y nada más. Las paredes pedían a gritos una mano de pintura. Estaban manchadas y vacías, exceptuando las fotografías de antiguos abogados generales de



Estados Unidos, una lección encomiable sobre lo que nadie se debe poner y cómo no se debe posar cuando te sacan una foto para la posteridad.

No había recepcionista haciendo guardia a esas horas. Llamaron y les abrieron la puerta del despacho interior. Dentro era mucho más bonito, una sensación y una decoración totalmente distintas, como si se hubiera atravesado una pared hacia Diagon Alley.

Doblaron a la derecha y se dirigieron al despacho del rincón. Un hombre —un hombre enorme— estaba de pie en el pasillo. Tenía el pelo cortado al uno y el ceño fruncido. Estaba absolutamente quieto y parecía que pudiera servir de pista de squash. Steinberg alargó la mano.

—Hola, soy Ed Steinberg, fiscal del condado.

Pista de Squash le estrechó la mano pero no parecía contento de hacerlo.

—Cal Dollinger, FBI. Les esperan.

Ése fue el final de la conversación. Cal Dollinger se quedó en su sitio. Doblaron la esquina. Joan Thurston les recibió en la puerta.

A pesar de lo temprano de la hora, la abogada de Estados Unidos Joan Thurston estaba resplandeciente, con un traje gris oscuro que parecía haber sido cortado por los dioses. Thurston tenía cuarenta y tantos años y, en opinión de Loren, era demasiado atractiva. Tenía el pelo de color castaño rojizo, los hombros anchos, la cintura estrecha. Tenía dos hijos preadolescentes. Su marido trabajaba en Morgan Stanley, en Manhattan. Vivían en el lujoso Short Hills y tenían una casa de vacaciones en Long Beach Island.

En resumen: Joan Thurston era lo que Loren quería ser cuando fuera mayor.

—Buenos días —dijo Thurston, que se sentía rara porque al otro lado de la ventana, el cielo seguía siendo totalmente negro.

Estrechó la mano de Loren con firmeza, y la miró a los ojos suavizándolo con una sonrisa. Abrazó a Steinberg y le dio un beso en la mejilla.

—Os presento a Adam Yates. Es el agente especial responsable de la oficina de Las Vegas del FBI.

Adam Yates llevaba unos pantalones de algodón recién planchados y una camisa rosa brillante que podía ser la norma en Worth Avenue de Palm Beach, pero no en Broad Street de Newark. Llevaba mocasines sin calcetines y cruzaba las piernas con excesiva informalidad. Desprendía un aire a Viejo Mundo, a pionero, con sus cabellos rubios ceniza que empezaban a escasear, los pómulos altos y los ojos de un



azul tan claro que Loren se preguntó si usaría lentes de contacto. Su colonia olía a hierba recién cortada. A Loren le gustó.

—Por favor, sentaos —dijo Thurston.

Thurston tenía un espacioso despacho esquinado. En una pared —la pared menos evidente— había una variedad de diplomas y premios. Estaban puestos en un lugar apartado, como si dijeran: «Bueno, tengo que ponerlos, pero no me gusta hacer ostentación». El resto del despacho era personal. Tenía fotos de sus hijos y de su marido, todos ellos —qué sorpresa— guapísimos. Hasta el perro. Había una guitarra blanca autografiada por Bruce Springsteen colgando sobre su cabeza. En la estantería se veía el habitual surtido de libros de leyes, junto con pelotas de béisbol y fútbol autografiadas. Todas de equipos locales, por supuesto. Joan Thurston no tenía fotografías de sí misma, ni recortes de periódico, ni premios en forma de bloques de resina acrílica a la vista.

Loren se sentó cuidadosamente. Tenía la costumbre de sentarse sobre los talones para subir unos centímetros, pero había leído en un libro de autoayuda para ejecutivas cómo saboteaban las mujeres sus propias carreras y una de las normas decía que una mujer nunca debía sentarse sobre los talones. Parecía poco profesional. Generalmente Loren se olvidaba de esa norma. Por algún motivo ver a Joan Thurston le había hecho recordarla.

Thurston fue a medio sentarse, medio apoyarse, en la parte frontal de su escritorio. Cruzó los brazos y concentró su atención en Loren.

—Cuéntame lo que tenemos por ahora.

Loren miró a Ed Steinberg. Él asintió.

—Tenemos tres muertos. El primero, bueno, no sabemos su nombre real. Por eso estamos aquí.

—¿Esa sería la hermana Mary Rose? —preguntó Thurston.

—Sí.

—¿Cómo te metiste en el caso?

—Disculpe.

—Tengo entendido que al principio la muerte se atribuyó a causas naturales —dijo Thurston—. ¿Qué te hizo seguir investigando?

Steinberg se encargó de contestar.

—La madre superiora pidió específicamente que se encargara la investigadora Muse.



— ¿Por qué?

— Loren fue alumna de St. Margaret's.

— Eso lo comprendo, pero ¿qué hizo que esa madre superiora...? ¿Cómo se llama?

— Madre Katherine — dijo Loren.

— Madre Katherine, bien. ¿Qué le hizo sospechar que había algo raro?

— No creo que sospechara nada — dijo Loren—. Cuando la madre Katherine encontró el cuerpo de la hermana Mary Rose, intentó reanimarla con compresiones de tórax y descubrió que llevaba implantes mamarios. Eso no se ajustaba a la historia de la hermana Mary Rose.

— ¿Y acudió a ti para descubrir qué pasaba?

— Algo así, sí.

Thurston asintió.

— ¿Y el segundo cadáver?

— Max Darrow. Era un agente de policía retirado de Las Vegas que residía actualmente en la zona de Reno.

Todos miraron a Adam Yates. Él permaneció inmóvil. O sea que jugarían así, pensó Loren. Ellos charlarían y quizá, sólo quizá, los federales les obsequiarían con un insignificante regalito.

Thurston preguntó:

— ¿Cómo relacionó a Max Darrow con la hermana Mary Rose?

— Las huellas — dijo Loren—. Las huellas de Darrow se hallaron en la habitación de la monja.

— ¿Algo más?

— Hallaron a Darrow muerto en su coche. Dos tiros a quemarropa. Tenía los pantalones bajados hasta los tobillos. Creemos que el asesino intentó hacer que pareciera que le había atracado una prostituta.

— Bien, ya entraremos en detalles más tarde — dijo Thurston—. Dinos qué relación tiene Max Darrow con la tercera víctima.

— La tercera víctima es Charles Talley. Primero, tanto Talley como Darrow vivían en la zona de Reno. Segundo, los dos se alojaban en el Howard Johnson's, cerca del aeropuerto de Newark. Sus habitaciones eran contiguas.

— ¿Y allí es donde encontraste el cadáver de Talley? ¿En el hotel?



—Yo no. Un portero de noche lo encontró en la escalera. Le habían pegado dos tiros.

—¿Como a Darrow?

—Más o menos, sí.

—¿Hora de la muerte?

—Todavía lo están precisando, pero entre las once y las dos de esta noche. La escalera no tenía aire acondicionado, ni ventanas, ni ventilación, debía estar a treinta y cinco grados.

—Por eso la investigadora Muse está como está —dijo Steinberg, haciendo un gesto con las dos manos como si presentara un premio en nial estado—. Por estar en esa sauna.

Loren le lanzó una mirada fulminante e intentó contenerse y no alisarse el pelo.

—El calor hace más difícil que nuestro médico forense precise un margen de tiempo más ajustado.

—¿Qué más? —preguntó Thurston.

Loren vaciló. Se imaginaba que Thurston y Yates probablemente sabían —o al menos podían haber sabido con facilidad— casi todo lo que les había dicho. Por ahora, sólo se había tratado de ponerse al día. Lo único que quedaba en realidad — todo lo que tenía que probablemente ellos no tenían— era Matt Hunter.

Steinberg levantó una mano.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Thurston se volvió hacia él.

—Claro, Ed.

—No quiero que haya complicaciones jurisdiccionales en este caso.

—Nosotros tampoco.

—¿Por qué no unimos nuestros recursos? Comunicación totalmente abierta por ambas partes. Les decimos lo que sabemos, nos dicen lo que saben. Nada de secretos.

Thurston miró a Yates. Adam Yates se aclaró la garganta y dijo.

—Nos parece bien.

—¿Conocen la identidad real de la hermana Mary Rose? —preguntó Steinberg.

Yates asintió.

—La conocemos, sí.



Loren esperó. Yates se tomó su tiempo. Descruzó las piernas y tiró de la parte frontal de la camisa como si necesitara aire.

—Su monja..., bueno, está muy lejos de ser una monja, créanme, se llamaba Emma Lemay —dijo Yates.

El nombre no significaba nada para Loren. Miró a Steinberg. Él tampoco había reaccionado con el nombre.

Yates continuó:

—Emma Lemay y su socio, un cretino llamado Clyde Rangor, desaparecieron de Las Vegas hace diez años. Realizamos una masiva búsqueda de ambos y no conseguimos nada. Un día estaban aquí, al siguiente, *puf*, habían desaparecido.

—¿Cómo se enteró de que habíamos encontrado el cadáver de Lemay? —preguntó Steinberg.

—La Lockwood Corporation tenía sus implantes de silicona registrados. Actualmente el Centro de Información Nacional del Crimen introduce todo lo que puede en su base de datos. Huellas, evidentemente. ADN y descripciones, todo eso ya hace tiempo que se introduce. Pero ahora estamos trabajando en una base de datos nacional de aparatos médicos, toda clase de prótesis, implantes quirúrgicos, bolsas de colostomía, marcapasos, más que nada para contribuir a identificar a desconocidos. Contando con el número de modelo, se introduce en el sistema. Es nuevo y muy experimental. Lo estamos probando con un grupo selecto de personas que deseamos localizar.

—Y a esa Emma Lemay —dijo Loren—. ¿Deseaban localizarla?

Yates sonrió agradablemente.

—Oh, sí.

—¿Por qué? —preguntó Loren.

—Hace diez años Lemay y Rangor aceptaron delatar a un tipo llamado Tom *Pelambreras* Busher, un cabrón sin remedio, chantajista y corrupto.

—¿*Pelambreras*?

—Así es como le llaman, aunque no a la cara. Es su mote desde hace años, en realidad. Tenía la costumbre de peinarse todo el pelo hacia un lado para tapar la calva. Pero el pelo no paraba de crecer. Y ahora se lo enrolla una y otra vez, y parece que lleve un tortel en la cabeza.

Yates soltó una risita. Nadie le secundó.

—Nos hablabas de Lemay y Rangor —intervino Thurston.





—Bien. El caso es que arrestamos a Lemay y Rangor con cargos graves por drogas, les presionamos a lo bestia, y por primera vez, teníamos a alguien dentro para espiar. Clyde Rangor y Pelambreras eran primos. Empezaron a trabajar para nosotros, grabando conversaciones, recogiendo pruebas. Y entonces... —Yates se encogió de hombros.

—¿Qué cree que pasó?

—Lo más probable es que Pelambreras se enterara del arreglo y los matara. Pero nunca lo creímos.

—¿Por qué no?

—Porque había pruebas, muchas, en realidad, de que Pelambreras seguía buscando también a Lemay y Rangor. Con más intensidad que nosotros incluso. Durante un tiempo fue como una carrera, a ver quién les encontraba primero. En vista de que no aparecían, bueno, pensamos que habíamos perdido la carrera.

—Ese Pelambreras. ¿Sigue libre?

—Sí.

—¿Y Clyde Rangor qué?

—No tenemos ni idea de donde está. —Yates se movió en la silla—. Clyde Rangor era un pirado de categoría. Regentaba un par de clubes de *strippers* para Pelambreras y tenía fama de celebrar sesiones... digamos que duras, de vez en cuando.

—¿Cómo de duras?

Yates juntó las manos y las dejó sobre el regazo.

—Sospechamos que alguna de las chicas no se recuperó.

—Cuando dice que no se recuperó...

—Una terminó en estado catatónico. Otra, la última, creemos que acabó muerta.

Loren hizo una mueca.

—¿Y estaban haciendo un trato con ese tipo?

—¿Por qué? ¿Preferiría que buscáramos a alguien más simpático? —soltó Yates.

—Pues...

—¿Es necesario que le explique cómo funcionan los tratos, investigadora Muse?

Steinberg intervino.

—En absoluto.



—No pretendía insinuar... —Loren se calló, con la cara roja, molesta consigo misma por comportarse como una aficionada—. Siga.

—¿Qué más puedo decir? No sabemos dónde está Clyde Rangor, pero creemos que puede proporcionarnos información valiosa, y quizás ayudarnos a coger a Pelambreras.

—¿Qué sabe de Charles Talley y del detective Max Darrow? ¿Tiene idea de cuál es su papel?

—Charles Talley es un matón con antecedentes por brutalidad. Controlaba a algunas de las chicas de los clubes, las tenía a raya, que no robaran, que compartieran sus... sus propinas con la casa. Lo último que supe de él es que trabajaba en un tugurio de Reno llamado Eager Beaver. Lo que podemos imaginar es que a Talley lo contrataron para matar a Emma Lemay.

—¿El tal Pelambreras?

—Sí. Nuestra teoría es que, de algún modo, Pelambreras descubrió que Emma Lemay se hacía pasar por esa hermana Mary Rose. Mandó a Talley hasta aquí para matarla.

—¿Y Max Darrow? —preguntó Loren—. Sabemos que estuvo en la habitación de Lemay. ¿Cuál es su papel?

Yates descruzó las piernas y se incorporó un poco.

—Para empezar, creemos que Darrow, aunque hubiera sido un poli bastante bueno, podría ser corrupto.

Se calló y se aclaró la garganta.

—Y para acabar —instó Loren.

Yates respiró hondo.

—Bueno, Max Darrow... —Miró a Thurston. Ella no asintió ni se movió, pero Loren tuvo la impresión de que, como había hecho ella con Steinberg, Yates le pedía el visto bueno—. Digamos que Max Darrow está relacionado con este caso de otra manera.

Esperaron. Pasaron varios segundos. Finalmente Loren dijo:

—¿Cómo?

Yates se frotó la cara con ambas manos, y de repente parecía exhausto.

—Antes ya he dicho que Clyde Rangor era un poco bruto.

Loren asintió.



—Y que creemos que mató a su última víctima.

—Sí.

—La víctima era una *stripper* de poca monta y probablemente prostituta, llamada... un momento, lo tengo aquí... —Yates sacó una libretita de piel del bolsillo de atrás, se mojó el dedo y pasó unas páginas— llamada Candace Potter, alias Candi Cane. — Cerró la libreta de golpe—. Emma Lemay y Clyde Rangor desaparecieron poco después de que se hallara el cadáver.

—¿Y eso qué tiene que ver con Darrow?

—Max Darrow era el detective de homicidios que se encargó del caso.

Todos quedaron callados.

—Espere un momento —empezó Ed Steinberg—. Veamos: el tal Clyde Rangor asesina a una *stripper*. A Darrow le toca el caso. Unos días después Rangor y su novia, Lemay, desaparecen. ¿Y ahora, diez años después, encontramos las huellas de Darrow en la escena del crimen de Emma Lemay?

—En resumen es más o menos así, sí.

Hubo otro silencio. Loren intentó digerirlo.

—Lo importante es esto —siguió Yates, echándose hacia delante—. Si Emma Lemay seguía teniendo en su poder materiales pertinentes en este caso, o si dejó información sobre el paradero de Clyde Rangor, creemos que la investigadora Muse es la que está en mejor posición para descubrirlo.

—¿Yo?

Yates se dirigió a ella.

—Tiene una relación con sus compañeras. Lemay vivió con el mismo grupo de monjas siete años. La madre superiora es evidente que confía en usted. Necesitamos que se concentre en este ángulo, en descubrir qué sabía o qué tenía Lemay.

Steinberg miró a Loren y se encogió de hombros. Joan Thurston dio la vuelta a su mesa. Abrió una mininevera.

—¿Alguien quiere beber algo? —preguntó.

Nadie contestó. Thurston se encogió de hombros, cogió una botella y la agitó.

—¿Tú tampoco, Adam? ¿Te apetece algo?

—Agua.

Ella le lanzó una botella.

—¿Ed? ¿Loren?



Los dos negaron con la cabeza. Joan Thurston destapó la botella y tomó un largo sorbo. Volvió a situarse frente a la mesa.

—Bien, ya está bien de charla —dijo Thurston—. ¿Qué más has descubierto, Loren?

Loren. Ya la llamaba Loren. De nuevo miró a Steinberg. De nuevo él asintió.

—Hemos descubierto varias conexiones entre todo esto y un ex convicto llamado Matt Hunter —dijo Loren.

Thurston entornó los ojos.

—¿Por qué me suena ese nombre?

—Es de aquí, de Livingston. Su caso salió en la prensa hace años. Se metió en una pelea en una fiesta de la universidad...

—Ah, sí, me acuerdo —interrumpió Thurston—. Conocí a su hermano, Bernie. Un buen abogado, que murió demasiado joven. Creo que Bernie le consiguió un empleo en Carter Sturgis cuando salió de la cárcel.

—Matt Hunter sigue trabajando allí.

—¿Y está metido en esto?

—Hay conexiones.

—¿Como cuál?

Les habló de la llamada de teléfono desde St. Margaret's a la residencia de Marsha Hunter. No parecieron muy impresionados. Cuando Loren empezó a contarles lo que había descubierto aquella misma noche, que Matt Hunter, con toda probabilidad, se había peleado con Charles Talley en el Howard Johnson's, se animaron. Por primera vez Yates empezó a tomar notas en su libretita de piel.

Cuando acabó, Thurston preguntó:

—¿Qué deduces de esto, Loren?

—¿Sinceramente? No tengo ni idea.

—Deberíamos investigar el tiempo que pasó ese Hunter en la cárcel —dijo Yates—. Sabemos que Talley también estuvo encerrado. Tal vez se conocieron allí. O quizás Hunter se relacionara con gente de Pelambreras.

—Sí —dijo Thurston—. ¿Podría ser que Hunter estuviera atando los cabos sueltos para Pelambreras?

Loren no dijo nada.

—¿No estás de acuerdo, Loren?



—No lo sé.

—¿Cuál es el problema?

—Puede que les parezca muy ingenuo, pero no creo que Matt Hunter trabaje como asesino a sueldo. Tiene antecedentes, sí, pero eso fue por una pelea en una fiesta universitaria de hace quince años. No se le conoce ningún problema anterior y desde entonces no ha hecho nada ilegal.

No les dijo que habían ido juntos al colegio ni que su «instinto» le decía lo contrario. Cuando otros investigadores utilizaban estos razonamientos, a Loren le daban ganas de vomitar.

—¿Cómo explicas entonces la participación de Hunter? —preguntó Thurston.

—No lo sé. Puede que sea algo más personal. Según el recepcionista, su esposa estaba alojada en el hotel sin él.

—¿Crees que se trata de una disputa conyugal?

—Podría ser.

Thurston no parecía convencida.

—De todos modos, todos estamos de acuerdo en que Matt Hunter tiene algo que ver.

Steinberg dijo:

—Por supuesto.

Yates asintió con entusiasmo. Loren se quedó callada.

—Ahora mismo —siguió Thurston—, tenemos más que suficiente para arrestarle e imputarle. Tenemos la pelea, la llamada, todo eso. Pronto tendremos ADN que le relacionará con el muerto.

Loren vaciló. Ed Steinberg no.

—Tenemos suficiente para arrestarle.

—Y con los antecedentes de Hunter, probablemente no habrá fianza. Podemos encerrarle y no soltarlo durante un tiempo, ¿no, Ed?

—Seguro que sí, sí —dijo Steinberg.

—Pues cogedlo —dijo Joan Thurston—. Meted a Matt Hunter entre rejas cuanto antes.



## Capítulo 35

Matt y Olivia estaban solos en la habitación de invitados de Marsha.

Hacía nueve años Matt había pasado su primera noche de libertad en esa habitación. Bernie le había llevado a su casa. Marsha había sido muy educada pero, viéndolo en perspectiva, estaba claro que tenía profundas reservas. La gente vive en casas como ésta precisamente para huir de personas como Matt. Aunque se sepa que es inocente, aunque se crea que es buena persona y tuvo mala suerte, no se quiere mezclar la vida con ellos. Son un virus, portadores de algo malévolos. Y si hay hijos, hay que protegerlos. Se cree, como Lance Banner, que los pulcros céspedes mantienen alejada a esa especie.

Pensó en Duff, su viejo compañero de universidad. En una época Matt había creído que Duff era duro. Ahora sabía que no. Ahora podría hacer huir a Duff a patadas sin sudar ni una gota. No era una fanfarronada. No lo pensaba con orgullo. Era así y basta. Los amigos que tenía que creían que eran duros —los Duff del mundo—, caramba, no tenían ni idea.

Pero por duro que se hubiera vuelto Matt, se había pasado toda su primera noche de libertad en aquella habitación llorando. No podía decir exactamente por qué. En la cárcel no había llorado nunca. Algunos dirían que sencillamente temía demostrar debilidad en un sitio tan horrible. Tal vez era verdad, pero sólo en parte. Tal vez sólo lo había estado «ahorrando» y ahora estaba llorando por cuatro años de angustia.

Pero Matt no lo creía.

La razón de verdad, sospechaba, tenía más que ver con el miedo y la incredulidad. No podía aceptar que era realmente libre, que la cárcel había quedado atrás. Sentía como si fuera una burla cruel, que aquella cama tan cálida era una ilusión, que pronto volverían a llevárselo y lo encerrarían para siempre.

Había leído que los interrogadores y secuestradores intentaban quebrantar el espíritu de los rehenes con ejecuciones falsas. Seguro que funcionaba, pensaba Matt, pero lo que sin duda era más efectivo, lo que por descontado quebrantaría a un hombre, sería lo contrario: fingir que se iba a soltarlo. Hacer que se viera, decirle que



está todo a punto para su libertad, despedirse, taponarle los ojos y llevarle a dar una vuelta en coche y entonces, parar y bajar del coche, quitarle la venda y descubrir que vuelve a estar como al principio, que todo ha sido una broma macabra.

Así era como se sentía.

Matt estaba sentado en el mismo colchón de matrimonio. Olivia le daba la espalda. Tenía la cabeza baja. Los hombros todavía altos, orgullosos. A Matt le encantaban sus hombros, el tendón de la espalda, el nudo de músculos blandos y la piel suave.

Estuvo a punto de decir: «Olvidémonos de todo. No necesito saberlo. Me has dicho que me amabas. Acabas de decirme que soy el único hombre al que has amado. Es suficiente para mí».

Al llegar ellos, Kyra había salido y les había recibido en la entrada. Parecía preocupada. Matt recordó el día que se había instalado en la habitación sobre el garaje. Le había dicho que era «igualita que los Fonz»<sup>6</sup>. Kyra no tenía ni idea de lo que le decía. Es raro las cosas que pasan por la cabeza cuando se está aterrado. Marsha también parecía preocupada, sobre todo al ver el vendaje de Matt y al notar sus pasos inseguros. Pero Marsha le conocía lo suficiente para saber que no era el momento de hacer preguntas.

Olivia rompió el silencio.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Claro.

—Me dijiste por teléfono que habías recibido unas fotos.

—Sí.

—¿Me dejas verlas, por favor?

Matt sacó su móvil y se lo dio. Olivia se volvió y lo cogió sin rozarle la piel. Él le miró la cara. Estaba concentrada de aquella forma que él conocía tan bien. La cabeza un poco inclinada a un lado, el gesto que hacía siempre cuando algo la desconcertaba.

—No lo entiendo —dijo.

—¿Eres tú? —preguntó Matt—. ¿La de la peluca?

—Sí. Pero no fue así.

—¿Así cómo?

---

<sup>6</sup> Serie de dibujos animados. (N. de la T.)



Los ojos de ella siguieron mirando la cámara. Apretó la tecla de «replay», volvió a mirar la escena y meneó la cabeza.

—Pienses lo que pienses de mí, nunca te he engañado. Y el hombre con el que me encontré también llevaba una peluca. O sea que podría parecerse al hombre de la primera foto, supongo.

—Me lo imaginaba.

—¿Cómo?

Matt le enseñó la ventana, el cielo gris, el anillo en el dedo. Le explicó lo de la sequía y que habían ampliado las fotos en el despacho de Cingle.

Olivia se sentó a su lado en la cama. Estaba guapísima.

—O sea que lo sabías.

—¿Saber qué?

—En el fondo de tu corazón, a pesar de lo que viste aquí, sabías que yo nunca te engañaría.

Matt deseaba cogerla y abrazarla. Veía que a Olivia le temblaba un poco el pecho por el esfuerzo de no echarse a llorar.

—Sólo necesito hacerte dos preguntas antes de que empieces, ¿de acuerdo? —dijo Matt.

Ella asintió.

—¿Estás embarazada? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. Y antes de que formules la segunda pregunta: sí, es tuyo.

—Entonces lo demás no me importa. Si no quieres contármelo, no lo hagas. No importa. Podemos huir. No me importa.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que pueda volver a huir, Matt. —Parecía exhausta—. Y tú tampoco podrías. ¿Y Paul y Ethan? ¿Y Marsha?

Tenía razón, por supuesto. Él no supo qué decir. Se encogió de hombros y dijo:

—No quiero que las cosas cambien.

—Yo tampoco. Y si pudiera encontrar una manera de evitarlo, lo haría. Estoy asustada, Matt. Nunca he estado tan asustada en mi vida.

Se volvió a mirarla. Ella alargó una mano y la posó en la nuca de Matt. Se inclinó y le besó. Le besó apasionadamente. Él conocía ese beso. Era el preludio. A pesar de lo





que estaba sucediendo, su cuerpo reaccionó, empezó a activarse. El beso se hizo más hambriento. Ella se acercó más, se apretó contra él. Los ojos de Matt se cerraron.

Se volvieron un poco, y de repente las costillas de Matt se quejaron. El dolor le recorrió un costado. Se puso rígido. Su grito silencioso apagó el momento de ardor. Olivia le soltó y se apartó. Bajó los ojos.

—Todo lo que te he contado sobre mí —dijo— es mentira.

Matt no reaccionó. No estaba seguro de lo que esperaba oír —esto no—, pero siguió sentado y esperó.

—No crecí en Northways, Virginia. No fui a la Universidad de Virginia, ni siquiera fui al instituto. Mi padre no era médico de pueblo, no sé quién era mi padre. Nunca tuve una niñera llamada Cassie ni nada por el estilo. Me lo inventé todo.

Por la ventana vieron pasar un coche por la calle que iluminó la pared con los faros al pasar. Matt siguió sentado, inmóvil como una roca.

—Mi verdadera madre era una yonqui colgada que me dejó en los servicios sociales cuando yo tenía tres años. Murió dos años después, de sobredosis. Fui saltando de casa de acogida en casa de acogida. No quieras saber cómo eran. Lo aguanté hasta que me escapé a los dieciséis. Acabé cerca de Las Vegas.

—¿A los dieciséis?

—Sí.

La voz de Olivia había adoptado un tono curiosamente monótono. Sus ojos estaban secos, pero miraban fijamente enfrente, dos metros detrás de él. Parecía esperar una reacción. Matt seguía titubeando, intentando digerirlo.

—Entonces las historias del doctor Joshua Murray...

—¿Te refieres a la niña que perdió a su madre y el padre cariñoso y los caballos? —Casi sonrió—. Venga Matt. Lo saqué de un libro que leí cuando tenía ocho años.

Matt abrió la boca, pero no le salió nada. Lo intentó de nuevo.

—¿Por qué?

—¿Por qué mentí?

—Sí.

—No fue tanto mentir como —calló y miró hacia arriba— morir. Sé que suena melodramático. Pero convertirme en Olivia Murray era mucho más que comenzar de nuevo. Era como si nunca hubiera sido aquella otra persona. La niña huérfana estaba muerta. Olivia Murray de Northways, Virginia, había ocupado su lugar.



—Entonces todo... —Matt levantó las manos—. ¿Era todo mentira?

—Nosotros no —dijo ella—. No lo que siento por ti. No como me porto contigo. Nada de nosotros fue nunca mentira. Ni un solo beso. Ni un abrazo. Ni una emoción. No amabas una mentira. Me amabas a mí.

Amabas, había dicho. Me amabas. En pasado.

—Así que cuando nos conocimos en Las Vegas, no estabas en la universidad.

—No —dijo ella.

—¿Y aquella noche? ¿En el club?

Le miró a los ojos.

—Se suponía que estaba trabajando.

—No lo entiendo.

—Sí, Matt. Sí lo entiendes.

Matt recordó el sitio web. El sitio de las *strippers*.

—¿Bailabas?

—¿Bailar? Bueno, el término exacto es bailarina exótica. Todas las chicas lo utilizan. Pero yo era una *stripper*. Y a veces, cuando me obligaban... —Olivia meneó la cabeza. Los ojos empezaron a humedecerse—. Nunca lo superaremos.

—Y aquella noche —dijo Matt, sintiendo un brote de rabia iniciándose dentro de él—, ¿qué? ¿Te pareció que tenía dinero?

—Eso no tiene gracia.

—No intento hacer gracia.

La voz de Matt se había vuelto de acero.

—No tienes ni idea de lo que aquella noche significó para mí. Me cambió la vida. Tú nunca lo has entendido, Matt.

—¿No he entendido qué?

—Tu mundo —dijo ella—. Vale la pena luchar por conseguirlo.

Matt no estaba seguro de entender a qué se refería, o de querer entenderlo.

—¿Dices que estuviste con familias de acogida?

—Sí.

—¿Y que huíste?



—En mi última casa de acogida me animaron a que lo hiciera. No te imaginas las ganas que tienes de largarte. La hermana de mi última madre de acogida regentaba el club. Nos consiguió documentos de identidad falsos y nos dijo adonde podíamos ir.

Matt meneó la cabeza.

—Aun así no entiendo por qué no me contaste la verdad.

—¿Cuándo, Matt?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo debería habértelo contado? ¿Aquella primera noche en Las Vegas? ¿O cuando entré en tu despacho? ¿En la segunda cita? ¿Al prometernos? ¿Cuándo debería habértelo contado?

—No lo sé.

—No era tan fácil.

—Tampoco me resultó fácil a mí contarte mi condena en prisión.

—Mi situación implica a alguien más que a mí —dijo ella—. Hice un pacto.

—¿Qué pacto?

—Tienes que comprenderlo. De haberse tratado de mí, podría haberme arriesgado. Pero no podía ponerla en peligro a ella.

—¿A quién?

Olivia apartó la mirada y no dijo nada durante un largo rato. Sacó un papel del bolsillo de atrás, lo desdobló lentamente y se lo pasó. Después volvió la cabeza otra vez.

Matt cogió el papel y le dio la vuelta. Era un artículo impreso de la página del *Nevada Sun News*. Lo leyó. No tardó mucho.

Mujer asesinada Las Vegas, Nevada. Candace Potter, de veintiún años, ha sido hallada muerta en un parque de caravanas de la Ruta 15. La causa de la muerte es estrangulamiento. La policía no ha hecho comentarios sobre la posibilidad de agresión sexual. La señorita Potter trabajaba de bailarina en el Young Thangs, un club nocturno de las afueras de la ciudad, utilizando el nombre artístico de Candi Cane. Según las autoridades, la investigación progresa y se siguen varias pistas prometedoras.

Matt levantó la cabeza.



—Sigo sin entenderlo. —La cara de ella seguía vuelta hacia el otro lado—. ¿Le hiciste una promesa a esa tal Candace?

Ella soltó una risita sin humor.

—No.

—¿Entonces a quién?

—Lo que he dicho antes. De que no te mentí. De que fue como morir.

Olivia se volvió a mirarle.

—Soy yo —dijo—. Yo era Candace Potter.



## Capítulo 36

Cuando Loren volvió a la oficina del fiscal del condado, Roger Cudahy, uno de los técnicos que había ido a la oficina de Cingle, estaba sentado a la mesa de Loren con los pies apoyados y los brazos doblados detrás de la cabeza.

— ¿Estás cómodo? — dijo Loren.

Le sonrió ampliamente.

— Oh, sí.

— ¿Esa cara es la del gato que se comió al canario?

La sonrisa permaneció.

— No sé si ése es el refrán adecuado, pero sí.

— ¿Qué pasa?

Con las manos detrás de la cabeza, Cudahy señaló el portátil.

— Echa un vistazo.

— ¿Al portátil?

— Oh, sí.

Ella cogió el ratón. La pantalla oscura cobró vida. Y allí, llenando toda la pantalla, había una fotografía de Charles Talley. Estaba levantando una mano. Su pelo era negro azabache. Tenía una sonrisa jactanciosa en la cara.

— ¿Lo has sacado del ordenador de Cingle Shaker?

— Oh, sí. De su teléfono móvil.

— Bien hecho.

— Espera.

— ¿Qué?

Cudahy siguió sonriendo.



—Como cantaba Bachaman Turner Overdrive, todavía no has visto nada.

—¿Qué? —preguntó Loren.

—Aprieta la flecha. La de la derecha.

Loren lo hizo. Se inició el tembloroso vídeo. Una mujer con una peluca rubio platino salió del cuarto de baño. Se acercó a la cama. Cuando el vídeo acabó, Cudahy dijo:

—¿Comentarios?

—Sólo uno.

Cudahy alargó la palma de la mano.

—Descárgalo en el mío.

Loren chocó con él.

—Oh, sí.



## Capítulo 37

—Fue como un año después de conocerte a ti —dijo Olivia.

Estaba de pie al otro lado de la habitación. Su cara había recuperado el color. La columna más erguida. Era como si, al contárselo todo, estuviera recuperando el valor. Por su parte, Matt intentaba no analizarlo todavía. Sólo quería absorberlo.

—Tenía dieciocho años, pero ya llevaba dos en Las Vegas. La mayoría de las chicas vivíamos en caravanas bastante viejas. El director del club, un hombre malvado llamado Clyde Rangor, que tenía un terreno un kilómetro y medio más abajo, en la misma carretera. Puso una verja metálica, compró tres o cuatro caravanas de las más desvencijadas que puedas haber visto en tu vida y allí vivíamos. Las chicas iban y venían, pero en esa época yo compartía la caravana con otras dos. Una era nueva, una chica llamada Cassandra Meadows. Tenía dieciséis o diecisiete años. La otra se llamaba Kimmy Dale. Kimmy no estaba ese día. De vez en cuando Clyde nos mandaba de gira. Hacíamos el número en algún pueblo, dos o tres veces al día. Era dinero fácil para él. Buenas propinas para nosotras, aunque Clyde se lo quedaba casi todo.

Matt necesitaba orientarse un poco pero no sabía cómo.

—Cuando empezaste con eso, ¿cuántos años tenías? —preguntó.

—Dieciséis.

Matt intentó no cerrar los ojos.

—No entiendo cómo funcionaba.

—Clyde estaba bien relacionado. No sé muy bien cómo, pero cogían a chicas problemáticas de casas de acogida, en Idaho.

—¿Eras de allí?

Ella asintió.

—También tenían contactos en otros estados. Oklahoma. Cassandra era de Kansas, creo. Básicamente mandaban a las chicas al local de Clyde. Les daban documentos



falsos y las ponían a trabajar. No era difícil. Los dos sabemos que nadie se preocupa mucho por los pobres. Los niños al menos despiertan simpatía. Nosotras éramos adolescentes problemáticas. No teníamos a nadie.

—De acuerdo, continúa —dijo Matt.

—Clyde tenía una novia llamada Emma Lemay. Emma era una figura maternal para todas las chicas. Parecerá raro, pero si tienes en cuenta lo que habíamos pasado, casi te lo hacía creer. Clyde le pegaba unas palizas terribles. En cuanto se le acercaba, Emma se estremecía. Entonces no me daba cuenta, pero aquella victimización... hizo que nos uniera, supongo. A Kimmy y a mí nos gustaba. Siempre hablábamos del día en que nos largaríamos, no hablábamos de otra cosa. Les conté a ella y a Kimmy que te había conocido. Lo que había significado aquella noche para mí. Me escuchaban. Todas sabíamos que no pasaría nunca nada, pero me escuchaban de todos modos.

Se oyó un ruido fuera de la habitación. Un gritito. Olivia se volvió hacia la puerta.

—Es Ethan —dijo Matt.

—¿Le pasa a menudo?

—Sí.

Esperaron. La casa quedó en silencio otra vez.

—Un día no me encontraba bien —dijo Olivia. Su voz había vuelto a adoptar el tono distante y monótono—. No solían darte noches libres, pero aquel día estaba tan mareada que no me tenía en pie, y, bueno, las chicas que vomitan en el escenario no son buenas para el negocio. Como Clyde y Emma no estaban, le pregunté al guardia de la puerta. Me dijo que podía marcharme. Así que volví al Corral, que es como llamábamos a la zona de caravanas. Eran sobre las tres de la tarde. El sol seguía pegando fuerte. Notaba que se me quemaba la piel.

Olivia sonrió cansadamente.

—¿Sabes una cosa curiosa? Bueno, en fin, todo es bastante raro, pero ¿sabes lo que me abruma?

—¿Qué?

—Los grados. No los grados de temperatura sino los grados que lo cambian todo. Los pequeños «y si» que se convierten en grandes. Tú lo sabes mejor que nadie. Si tú hubieras vuelto directamente a Bowdoin. Si Duff no hubiera vertido la cerveza. Ya sabes.

—Sí.





—Es lo mismo en mi caso. Si no me hubiera encontrado mal. Si hubiera bailado como hacía cada día. Claro que en mi caso, en fin, supongo que diferentes personas dirían diferentes cosas. Pero yo diría que mis «y si» me salvaron la vida.

Estaba de pie junto a la puerta. Miró la manilla como si deseara huir.

—¿Qué pasó cuando volviste al Corral? —preguntó Matt.

—El lugar estaba vacío —dijo Olivia—. Casi todas las chicas estaban en el club o en la ciudad. Normalmente terminábamos sobre las tres de la madrugada y dormíamos hasta mediodía. El Corral era tan deprimente que nos largábamos de allí en cuanto podíamos. Así que cuando volví, estaba en silencio. Abrí la puerta de mi caravana y lo primero que vi fue sangre en el suelo.

Matt la observaba atentamente. La respiración de Olivia se había hecho más profunda, pero su cara seguía tranquila, impávida.

—Llamé. Fue una tontería, supongo. Probablemente debería haber huido. No lo sé. Otro «y si», ¿no? Entonces eché un vistazo. Las caravanas tenían dos habitaciones, pero estaban dispuestas al revés, de modo que se entraba por el dormitorio, donde dormíamos las tres. Yo tenía la litera de abajo. La de Kimmy era la de arriba. Cassandra, la nueva, tenía su cama enfrente. Kimmy era muy pulcra. Siempre se metía con nosotras porque no recogíamos. Decía que nuestra vida podía ser una basura, pero que no hacía falta vivir en un basurero.

»En fin, el sitio estaba patas arriba. Todos los cajones fuera, la ropa tirada. Y cerca de la cama de Cassandra, adonde conducía el rastro de sangre, vi dos piernas en el suelo. Corrí y me paré en seco.

Olivia le miró directamente a los ojos.

—Cassandra estaba muerta. No necesité tomarle el pulso. Su cuerpo estaba de lado, casi en posición fetal. Los dos ojos abiertos, mirando a la pared. Tenía la cara púrpura e hinchada. Con quemaduras de cigarrillos en los brazos. Todavía tenía las manos atadas con cinta adhesiva a la espalda. Acuérdate, Matt, que tenía dieciocho años. Me sentí mayor y parecía mayor. Tenía mucha experiencia de la vida. Pero piensa en esto: estaba de pie mirando un cadáver, estaba paralizada, no podía moverme. Incluso ni al oír ruidos procedentes de la otra habitación y los gritos de Emma: «¡Clyde, no!».

Se calló, cerró los ojos y soltó un bufido.

—Me volví justo a tiempo de ver un puño que se dirigía a mí. No tuve tiempo de reaccionar. Clyde no me apuntó de lado, me dio de lleno en la nariz. Incluso oí el crujido más de lo que llegué a sentirlo. La cabeza se me fue hacia atrás y caí sobre



Cassandra; probablemente ésa fue la peor parte. Caer sobre su cadáver. Tenía la piel pegajosa. Intenté apartarme de ella. Me chorreaba la sangre hasta la boca.

Olivia calló, aspiró aire, intentó controlar la respiración. Matt no se había sentido tan incompetente en su vida. No se movió, no dijo nada. Dejó que ella recobrara la compostura.

—Clyde se echó encima de mí. Su cara... bueno, normalmente siempre tenía una sonrisa de suficiencia. Le había visto pegarle un revés a Emma Lemay miles de veces. Sé que te parecerá raro. ¿Por qué no reaccionábamos? ¿Por qué no hacíamos algo? Pero es que sus palizas no eran algo nuevo para nosotras. Eran lo normal. Tienes que entenderlo. Era lo único que conocíamos.

Matt asintió, aunque le pareciera totalmente inadecuado, pero comprendía el razonamiento. Las cárceles están repletas de este tipo de racionalizaciones: no era tanto que hicieras algo horrible sino que lo horrible era la costumbre.

—En fin —siguió Olivia—, la sonrisita había desaparecido. Si crees que las serpientes de cascabel dan miedo, es que no conocías a Clyde Rangor. Pero, entonces, encima de mí, parecía aterrado. Respiraba con dificultad. Tenía sangre en la camisa. Detrás de él, no lo olvidaré nunca, estaba Emma de pie con la cabeza baja. Allí estaba yo, sangrando y herida, y detrás del psicópata, con los puños cerrados, otra de sus víctimas. Su auténtica víctima, supongo.

»"¿Dónde está la cinta?", me preguntó Clyde. Yo no tenía ni idea de lo que decía. Me pisoteó con todas sus fuerzas. Aullé de dolor. Entonces Clyde gritó: "¿Estás jugando conmigo, puta? ¿Dónde está?".

»Intenté alejarme de él, pero tropecé con un rincón. Clyde le pegó una patada al cuerpo de Cassandra para sacarlo de en medio y me siguió. Estaba atrapada. Oí la voz de Emma en la distancia, débil como la de un corderito: "No lo hagas, Clyde. Por favor". Sin dejar de mirarme, Clyde le pegó. Descargó todo el peso de su cuerpo en el golpe. El revés de la mano le abrió la mejilla a Emma. Ella se tambaleó hacia atrás y dejé de verla. Pero para mí fue suficiente. La distracción me dio la posibilidad de actuar. Estiré la pierna y le di una patada en el punto justo por debajo de la rodilla. Las piernas de Clyde vacilaron. Me puse de pie y salté sobre la cama. Tenía un objetivo muy claro. Kimmy guardaba una pistola en su habitación. No me gustaba, pero si crees que yo había tenido una vida dura, lo de Kimmy había sido peor. Por eso siempre iba armada. Tenía dos pistolas. Guardaba un minirrevólver, un veintidós en la bota. Incluso en escena. Y Kimmy tenía otra arma debajo del colchón.

Olivia se calló y le sonrió.

—¿Qué? —dijo Matt.



—Como tú.

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que no sé lo de tu pistola?

Matt la había olvidado por completo. Se palpó los pantalones. Se los habían quitado en el hospital. Olivia abrió tranquilamente su bolso.

—Toma —dijo.

Le alargó la pistola.

—No quería que la policía la encontrara y les llevara hasta ti.

—Gracias —dijo Matt tontamente.

Miró la pistola y se la guardó.

—¿Por qué la guardas? —preguntó ella.

—No lo sé.

—Creo que Kimmy tampoco lo sabía. Pero allí estaba. Y cuando Clyde cayó, me lancé a por ella. No tenía mucho tiempo. Mi patada no había incapacitado a Clyde, sólo me concedía unos segundos. Metí la mano bajo el colchón de la litera de arriba. Oí que gritaba: «Putas asquerosas, te voy a matar». No tenía ninguna duda de que lo haría. Había visto a Cassandra. Había visto la cara de Clyde. Si me agarraba, si yo no conseguía la pistola, estaba muerta.

Olivia tenía la mirada perdida, y levantaba la mano como si volviera a estar en aquella caravana, buscando la pistola.

—Tenía la mano debajo del colchón. Casi podía sentir su aliento en la nuca. Pero no lograba encontrar la pistola. Clyde me agarró del pelo. Empezaba a tirar de él cuando mis dedos tocaron el metal. Alargué la mano con todas mis fuerzas mientras él tiraba de mí. La pistola salió conmigo. Clyde la vio. Yo no la tenía bien agarrada. Apretaba la culata con el pulgar y el índice. Intenté meter el dedo en el gatillo. Pero tenía a Clyde encima. Me agarró la muñeca. Intenté sacudírmelo. Era demasiado fuerte. Pero no la solté. Resistí. Entonces me clavó el pulgar en la piel. Clyde llevaba las uñas larguísimas y afiladas. ¿Ves esto?

Olivia cerró un puño y lo dobló para que Matt viera la cicatriz de media luna blanquecina que tenía en la parte interior de la muñeca. Matt ya la había visto. Hacía tiempo le había dicho que se la había hecho cayendo de un caballo.

—Me lo hizo Clyde Rangor. Me clavó tan fuerte la uña que me hizo sangre. Dejé caer la pistola. Todavía me tenía cogida por el pelo. Me tiró sobre la cama y subió encima de mí. Me agarró el cuello y empezó a apretar. Estaba llorando. Eso es lo que



recuerdo. Clyde me estaba estrangulando y estaba llorando. No porque le diera pena ni nada de eso. Estaba asustado. Me estaba ahogando y le oía suplicar: «Dime dónde está. Dime dónde está...».

Olivia se llevó una mano a la garganta.

—Me resistí. Pataleé, me revolví, pero notaba que me estaba quedando sin energía. Ya no me quedaba aire. Sentía su pulgar apretándome la garganta. Me estaba muriendo. Y entonces oí la pistola.

Dejó caer la mano a un lado. El reloj antiguo del comedor, un regalo de boda de Bernie y Marsha, empezó a sonar. Olivia esperó, lo dejó terminar.

—No era un arma ruidosa. Fue más bien como el *crac* de un bate. Supongo que eso es porque era un veintidós. No lo sé. Por un segundo, el apretón de Clyde se estrechó más aún. Su cara expresó más sorpresa que dolor. Me soltó. Empecé a jadear, a respirar. Rodé hacia un lado, intentando introducir aire en mis pulmones. Emma Lemay estaba de pie detrás. Le apuntaba con el arma y era como si todos esos años de abuso, todas esas palizas, se hubieran desbordado. No se acobardó. No bajó la cabeza. Clyde avanzó hacia ella, rabioso, y ella volvió a apuntarle, en la cara. Apretó el gatillo una vez más y Clyde Rangor cayó, muerto.



## Capítulo 38

Motivo.

Loren tenía un motivo. Si el vídeo era una indicación, Charles Talley, una escoria según todos, no sólo se había acostado con la esposa de Matt Hunter —Loren estaba convencida de que la del vídeo con la peluca rubia era Olivia Hunter— sino que se había tomado la molestia de mandar las fotos a Matt.

Burlándose de él.

Sacándolo de quicio.

Provocándole, en realidad.

Encajaba. Tenía mucho sentido.

Excepto que en este caso demasiadas cosas habían tenido sentido al principio. Y después, a los pocos minutos, ya no lo tenían. Como Max Darrow atracado por una prostituta. Como el asesinato de Charles Talley que parecía un escenario corriente de marido celoso cuando, si ése era el caso, ¿cómo se explicaba la relación con Emma Lemay y el FBI de Nevada y el resto de detalles que había oído en la oficina de Joan Thurston?

Sonó su móvil. El número estaba bloqueado.

— ¿Diga?

— *¿Qué pasa con la orden de búsqueda de Hunter?*

Era Lance Banner.

— *¿No duermes nunca?* —preguntó Loren.

— *En verano no. Prefiero invernar. Como un oso. ¿Qué pasa?*

— *Le estamos buscando.*

— *No te enrolles tanto, Loren, en serio. No sé si puedo asumir tantos detalles.*

— *Es una larga historia, Lance, y estoy cansadísima.*

*Harlan Coben*



*El inocente*

*—La alerta se ha puesto sólo en el canal de Newark.*

*—¿Y qué?*

*—¿Alguien ha ido a casa de la cuñada de Hunter?*

*—No lo creo.*

*—Yo vivo cerca —dijo Lance Banner—. Ahora mismo salgo.*



## Capítulo 39

Ni Matt ni Olivia se movieron. La historia la había agotado. Era evidente para Matt. Estuvo a punto de acercarse a ella, pero ella le detuvo.

—Una vez vi una fotografía antigua de Emma Lemay —empezó Olivia—. Era tan bonita. También era lista. Si alguien tenía posibilidades de dejar aquella vida, era Emma. Pero la verdad es que nadie la dejaba. Yo tenía dieciocho años, Matt. Y ya tenía la sensación de que mi vida estaba acabada. Y allí estábamos, yo medio asfixiada y Emma con la pistola en la mano. Estuvo mirando a Clyde un buen rato y esperó a que yo me recuperara. Tardé varios minutos. Entonces se volvió hacia mí, con expresión decidida, y dijo: «Tenemos que esconder su cadáver».

»Recuerdo que negué con la cabeza. Le dije que no quería saber nada. No se enfadó ni levantó la voz. Era todo tan raro. Estaba tan... serena.

—Había matado a su torturador —dijo Matt.

—En parte era por eso, sí.

—¿Pero?

—Era como si hubiera estado esperando ese momento. Como si supiera que algún día sucedería. Dije que teníamos que llamar a la policía. Emma meneó la cabeza, con calma, controladísima. Seguía teniendo la pistola en la mano. No me apuntaba. «Podríamos decir la verdad —dije—. Que fue en defensa propia. Les enseñaremos las marcas que tengo en el cuello. Qué caramba, les enseñaremos a Cassandra.» Matt se movió en su asiento. Olivia lo vio y sonrió.

—Lo sé —dijo—. Yo también me doy cuenta. Defensa propia. Como alegaste tú. Supongo que los dos nos encontramos en esa disyuntiva en la vida. Tal vez tú no tuviste alternativa, con toda la gente que había. Y aunque la hubieras tenido, tú procedías de un mundo diferente. Confiabas en la policía. Creías que triunfaría la verdad. Pero nosotras creíamos otra cosa. Emma le había pegado tres tiros a Clyde, uno por la espalda, dos a la cara. Nadie creería en la defensa propia. Y aunque lo creyeran, Clyde le pasaba dinero a su primo, y no nos habría dejado vivas.



— ¿Qué hicisteis, pues? —preguntó Matt.

— Yo estaba hecha un lío, supongo. Pero Emma me expuso el problema. No teníamos alternativa. Ninguna. Y entonces me ofreció su mejor argumento.

— ¿Cuál?

— Emma dijo: «¿Y si todo sale bien?».

— ¿Qué pasa si todo sale bien? —preguntó Matt.

— ¿Qué pasa si la policía nos cree y el primo de Clyde nos deja en paz?

Se calló y sonrió.

— No lo entiendo —dijo Matt.

— ¿Cómo quedábamos Emma y yo? ¿Cómo quedábamos si todo salía bien?

Matt lo entendió por fin.

— Os quedabais igual que antes.

— Exacto. Aquélla era nuestra oportunidad, Matt. Clyde tenía cien mil dólares escondidos en la casa. Los cogéramos, nos los partiríamos y huiríamos. Empezaríamos de nuevo. Emma ya tenía un destino pensado. Ella llevaba años planeando la huida, pero nunca había tenido valor. Yo tampoco. Ninguna de nosotras lo tenía.

— Pero entonces teníais que hacerlo.

Olivia asintió.

— Si escondíamos a Clyde, creerían que ellos dos habían huido juntos. Buscarían a una pareja. O pensarían que los habían matado a los dos y habían escondido los cadáveres juntos. Pero necesitaba mi ayuda. Yo dije: «¿Y yo qué? Los amigos de Clyde me conocen. Me perseguirán. ¿Y cómo explicamos que Cassandra esté muerta?».

»Pero Emma lo tenía todo pensado. Dijo: "Dame tu billetero". Lo busqué en mi bolsillo y se lo di. Tomó mi permiso de conducir, en aquella época en Nevada no se necesitaba foto en el permiso, y lo metió en el bolsillo de Cassandra. "¿Cuándo volverá Kimmy?", me preguntó. Le dije que al cabo de tres días. Era tiempo suficiente. Y entonces me dijo: "Escúchame, ni tú ni Cassandra tenéis familia. La madre de Cassandra la echó hace años. No se hablan". Le dije: "No te entiendo". "Hace años que pienso en esto —repuso—. Cada vez que me pegaba.

Cada vez que me asfixiaba hasta que me desmayaba. Cada vez que me decía que lo sentía y me prometía que no volvería a suceder y que me quería. Cada vez que me decía que me perseguiría y me mataría si me marchaba. ¿Y si... y si mato a Clyde y le





entierro y cojo el dinero y me largo a un sitio donde esté segura? ¿Y si hago algo para compensar lo que les he hecho a las chicas? Se tienen esas fantasías, ¿no, Candi? De fugarse."

—Y lo hicisteis —dijo Matt.

Olivia levantó el dedo índice.

—Con una diferencia. Antes he dicho que me parecía que mi vida hubiera acabado. Me evadía con mis libros. Intentaba mantener el ánimo. Imaginaba algo diferente. Porque tenía algo a que agarrarme. Mira, no quiero exagerar nuestra noche en Las Vegas. Pero pensaba en ella, Matt. Pensaba en lo que me habías hecho sentir. Pensaba en el mundo en que vivías. Recordaba todo lo que me habías contado: tu familia, dónde creciste, tus amigos y la escuela. Y lo que no sabías, lo que todavía no comprendes, es que me describías un lugar que yo no me podía permitir imaginar.

Matt no dijo nada.

—Después de que te fueras aquella noche, no te puedes imaginar las veces que pensé en buscarte.

—¿Por qué no lo hiciste?

Ella meneó la cabeza.

—Tú más que nadie deberías entender cómo funcionan las cadenas.

Él asintió, incapaz de contestar.

—Pero ya no importaba —dijo Olivia—. Entonces ya era demasiado tarde. Incluso con cadenas, como tú mismo has dicho, teníamos que hacer algo. Así que trazamos un plan. La verdad es que era muy sencillo. Primero, enrollamos a Clyde en una alfombra y lo metimos en el maletero del coche. Cerramos el candado del Corral. Emma conocía un sitio. Clyde había tirado al menos dos cadáveres allí, según dijo. En el desierto. Lo enterramos bien adentro, en tierra de nadie. Entonces Emma llamó al club. Se aseguró de que todas las chicas se quedaran a trabajar hasta tarde, para que nadie volviera de repente al Corral.

»Paramos en su casa a ducharnos. Me metí bajo el agua caliente y pensé, no lo sé, que debería sentirme rara, enjuagándome toda esa sangre, como un personaje de *Macbeth*.

Sonrió tristemente.

—Pero no fue así —preguntó Matt.

Olivia meneó la cabeza lentamente.



—Acababa de enterrar un hombre en el desierto. Por la noche los chacales le desenterrarían y se darían un festín. Esparcirían sus huesos. Eso es lo que me había dicho Emma. Y no me importaba.

Le miró como si le desafiara a decir algo.

—¿Qué hicisteis después?

—¿No te lo imaginas?

—Cuéntamelo.

—Yo... bueno, Candace Potter no era nadie. No había nadie a quien notificar en caso de muerte prematura. Emma, como jefa y guardiana, llamó a la policía. Dijo que una de las chicas había sido asesinada. Llegó la policía. Emma les mostró el cuerpo de Cassandra. Tenía mis documentos en su bolsillo. Emma identificó el cuerpo y confirmó que era de una de las chicas, Candace *Candi Cane* Potter. No había parientes. Nadie lo cuestionó. ¿Por qué habían de hacerlo? ¿Por qué había de inventárselo? Emma y yo nos partimos el dinero. Me quedé con cincuenta mil. ¿Te lo imaginas? Todas las chicas del club tenían identidades falsas, o sea que no me costó mucho obtener una.

—Y te marchaste.

—Sí.

—¿Y Cassandra? —preguntó Matt.

—¿Cassandra, qué?

—¿Nadie se preguntó qué había sido de ella?

—Las chicas venían y se iban a menudo. Emma dijo que se había ido, que el asesinato la había asustado. Otras dos hicieron lo mismo.

Matt meneó la cabeza, intentando aclararse.

—Cuando te conocí, la primera vez, utilizaste el nombre de Olivia Murray.

—Sí.

—¿Utilizabas ese nombre?

—Fue la primera vez que lo utilicé. Contigo, aquella noche. ¿Has leído *A Wrinkle in Time*?<sup>7</sup>

—Claro. En quinto, creo.

---

<sup>7</sup> *A Wrinkle in Time*, de Madeleine L'Engle, es la historia de Meg, que es transportada en una aventura a través del tiempo y el espacio para rescatar a su padre de las fuerzas del mal. (*N. de la T.*)



—Cuando era pequeña era mi libro preferido. La protagonista se llama Meg Murray. De ahí salió el apellido.

—¿Y Olivia?

Se encogió de hombros.

—Me pareció el contrario directo de Candi.

—¿Y después qué pasó?

—Emma y yo hicimos un pacto. Nunca le contaríamos a nadie la verdad, pasara lo que pasara, porque si una de nosotras hablaba, podía representar la muerte de la otra. Así que juramos. Necesito que comprendas la solemnidad con que hice esa promesa.

Matt no supo muy bien qué decir.

—¿Entonces te fuiste a Virginia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque era donde vivía Olivia Murray. Era bastante lejos de Las Vegas o Idaho. Me inventé un pasado. Seguí cursos en la Universidad de Virginia. No estaba matriculada oficialmente, por supuesto, pero en aquella época la seguridad no era tan estricta como ahora. Sólo asistía a las clases. Pasaba el rato en la biblioteca y en la cafetería. Conocí a gente. Creían que era estudiante. Al cabo de unos años fingí que me había graduado. Busqué un empleo. No miré atrás ni volví a pensar en Candi. Candace Potter estaba muerta.

—Y entonces, ¿qué? ¿Aparecí yo?

—Algo así, sí. Mira, yo era una chica asustada. Huí e intenté construirme una vida. Una vida de verdad. Y la verdad es que no me interesaba en absoluto conocer a un hombre. Tú contrataste a DataBetter, ¿recuerdas?

Matt asintió.

—Es verdad.

—Ya había tenido bastante en mi vida. Pero entonces te vi y... no lo sé. Tal vez deseaba volver a la noche en la que nos conocimos. Volver a un bonito sueño. A ti te fastidia la idea de volver a vivir aquí, Matt. No ves que este sitio, esta ciudad, es el mejor de los mundos posibles.

—¿Es por eso por lo que quieres mudarte aquí?



—Contigo —dijo ella, con ojos implorantes—. ¿No lo ves? Nunca me he creído esa tontería de las almas gemelas. Ya sabes lo que he vivido y... pero quizá, no lo sé, quizá nuestras heridas nos unen. Tal vez el sufrimiento nos haga apreciar las cosas. Se aprende a luchar por lo que los demás dan por descontado. Tú me quieres, Matt. Nunca creíste que tuviera una aventura. Por eso seguiste buscando pruebas, porque a pesar de lo que te estoy contando ahora, tú y sólo tú me conoces de verdad. Eres el único. Y sí, quiero vivir aquí y tener una familia contigo. Es lo único que deseo.

Matt abrió la boca, pero no salieron palabras.

—Está bien —dijo ella con una sonrisa—. Es mucho para digerir.

—No es eso. Es que... —No lograba expresarse. Las emociones seguían siendo un torbellino. Necesitaba dejar que se aposentaran—. ¿Qué es lo que se torció? —preguntó—. Después de tantos años, ¿cómo te descubrieron?

—No me encontraron ellos —dijo Olivia—. Les encontré yo.

Matt estaba a punto de hacer otra pregunta cuando otros faros de coche empezaron a iluminar la pared. Se detuvieron demasiado rato. Matt levantó la mano para hacerla callar un momento. Los dos escucharon. El sonido de un motor encendido se oía lejano, pero se oía. Sin lugar a dudas.

Se miraron. Matt se acercó a la ventana y miró disimuladamente.

El coche estaba aparcado al otro lado de la calle. Los faros se apagaron. Unos segundos después, también se apagó el motor. Matt reconoció el coche enseguida. De hecho, unas horas antes estaba en ese coche.

Pertenecía a Lance Banner.



## Capítulo 40

Loren volvió a la sala de interrogatorios.

Cingle se estaba mirando las uñas.

—El abogado todavía no ha llegado.

Loren sólo la miró un momento. Se preguntó cómo sería ser como Cingle, tener hombres babeando por ti, saber que puedes hacer prácticamente lo que quieras con ellos. La madre de Loren era un poco así, pero cuando una mujer era como Cingle Shaker, ¿cómo debía sentirse? ¿Era algo bueno o malo? ¿Se confiaba en ese recurso en detrimento de los demás? Loren no creía que ése fuera el caso de Cingle, pero eso sólo la hacía más peligrosa.

—¿A que no adivina lo que hemos encontrado en su ordenador? —preguntó Loren.

Cingle pestañeó. Pero fue suficiente. Lo sabía. Loren sacó la fotografía de Charles Talley. También sacó algunas instantáneas tomadas del vídeo. Las colocó sobre la mesa frente a Cingle, quien apenas las miró.

—No voy a hablar —dijo Cingle.

—¿Asentiría?

—¿Qué?

—Yo voy hablando. Usted puede asentir si le apetece. Porque ahora creo que está todo muy claro. —Loren se sentó, juntó las manos y las apoyó en la mesa—. Nuestros técnicos dicen que estas fotografías proceden de un móvil con cámara. Así es como creemos que ha ido la cosa. Charles Talley era una especie de psicópata. Eso lo sabemos. Tiene un historial criminal bastante rico en violencia y perversiones. En fin, se encuentra con Olivia Hunter. Todavía no sé cómo. Tal vez nos lo dirá usted cuando llegue el abogado. Da lo mismo. De todos modos, por alguna razón perversa, se dedica a mandar fotos y un vídeo a nuestro mutuo amigo Matt Hunter. Matt le lleva las fotos a usted. Usted, que es buena en su trabajo, descubre que el tipo de la



foto es Charles Talley y se aloja en el Howard Johnson's del aeropuerto de Newark. O quizá deducen que Olivia Hunter está alojada allí. No sé cuál de los dos.

—No fue así —dijo Cingle.

—Pero más o menos. No conozco los detalles y no me importa por qué o cómo Hunter acudió a usted. Lo que está claro es que lo hizo. Le dio la foto y el vídeo. Usted encontró a Charles Talley. Los dos fueron a enfrentarse con él al hotel. Talley y Hunter se pelearon. Hunter acabó herido y Talley acabó muerto.

Cingle apartó la mirada.

—¿Tiene algo que añadir? —preguntó Loren.

El teléfono de Loren volvió a sonar. Lo cogió, lo abrió y dijo:

—Diga.

—*Soy tu amigo del barrio, Lance.*

—¿Qué pasa?

—*Adivina dónde estoy.*

—¿Frente a la casa de Marsha Hunter?

—*Acertaste. Adivina quién tiene el coche aparcado enfrente.*

Loren se incorporó un poco.

—¿Has pedido refuerzos?

—*Ya vienen.*

Cerró el teléfono de golpe. Cingle la miraba fijamente.

—¿Era por Matt?

Loren asintió.

—Estamos a punto de arrestarlo.

—Se volverá loco.

Loren se encogió de hombros y esperó.

Cingle se mordió una uña.

—Lo ha entendido todo mal.

—¿Cómo es eso?

—Cree que Charles Talley le mandó esas fotos a Matt.

—¿No las mandó él?



Cingle negó lentamente con la cabeza.

— ¿Quién, pues?

— Buena pregunta.

Loren volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Pensó en la fotografía, la de Charles Talley. Tenía la mano levantada, casi como si le diera vergüenza que le tomaran la foto. No se había hecho la foto él mismo.

— No importa. Vamos a detener a Matt.

Cingle se puso de pie. Empezó a pasear. Se cruzó de brazos.

— Tal vez las fotos sean un gran montaje — dijo.

— ¿Qué?

— Venga, Loren. Utilice la sesera. ¿Todo esto no le parece demasiado bien atado?

— La mayoría de asesinatos lo son.

— Qué estupidez.

— Encuentras un muerto, investigas su vida amorosa. Encuentras una muerta, investigas a su novio o a su marido. Normalmente es así de sencillo.

— Excepto que Charles Talley no era el amante de Olivia Hunter.

— ¿Y cómo ha llegado a esa conclusión?

— No fui yo. Fue Matt.

— Sigo esperando el cómo.

— Porque las fotos son falsas.

Loren abrió la boca, la cerró y decidió esperar.

— Por eso ha venido Matt a mi despacho esta noche. Quería ampliar las fotos. Se dio cuenta de que no eran lo que aparentaban ser. Se dio cuenta cuando se puso a llover.

Loren se echó hacia atrás y separó las manos, desesperada.

— Será mejor que se explique desde el principio.

Cingle cogió la fotografía de Charles Talley.

— Mire, ¿ve esta ventana?, ¿cómo entra el sol...?



## Capítulo 41

El coche de Lance Banner seguía aparcado al otro lado de la calle, frente a la casa de Marsha.

— ¿Le conoces? — preguntó Olivia.

— Sí. Fuimos juntos a la escuela. Es policía de la ciudad.

— ¿Ha venido a interrogarte sobre la agresión?

Matt no contestó. Tenía sentido, suponía. Con el arresto de Cingle, seguramente la policía quería tener un informe completo. O quizás el nombre de Matt, como víctima o testigo, se hubiera emitido por la radio de la policía y Lance lo había oído. Tal vez sólo se trataba de más acoso.

De todos modos, no era muy importante. Si Lance llamaba a la puerta, Matt le diría que se marchara. Estaba en su derecho. No podían arrestar a una víctima por no rellenar la denuncia cuando ellos querían.

— ¿Matt?

Se volvió hacia Olivia.

— Estabas diciendo que no te encontraron ellos. Que les encontraste tú.

— Sí.

— No sé si te entiendo.

— Porque ésta es la parte más difícil — dijo Olivia.

Matt pensó —no, esperó— que estaba bromeando. Intentaba aguantar el tipo, intentaba compartimentar, racionalizar o simplemente bloquear.

— He dicho muchas mentiras — dijo—. Pero esta última es la peor.

Matt se quedó junto a la ventana.

— Me convertí en Olivia Hunter. Ya te lo he dicho. Candace Potter estaba muerta para mí. Pero... había una parte de ella que no podía dejar atrás.





Se calló.

— ¿Qué es? — preguntó Matt con voz suave.

— Cuando tenía quince años quedé embarazada.

Cerró los ojos.

— Estaba muy asustada, y lo disimulé hasta que fue demasiado tarde. Cuando rompí aguas, mi madre de acogida me llevó a una consulta médica. Me hicieron firmar un montón de papeles. Me dieron dinero. No sé cuánto porque nunca lo vi. El médico me sedó. Tuve al bebé. Cuando me desperté...

Se le quebró la voz. Se rehízo y dijo:

— Ni siquiera llegué a saber si había sido niño o niña.

Matt siguió mirando el coche de Lance. Sintió que algo se le rompía por dentro.

— ¿Y el padre?

— Salió pitando en cuanto supo que estaba embarazada. Me rompió el corazón. Se mató en un aparatoso accidente de coche un par de años después.

— ¿Y nunca supiste dónde fue a parar el bebé?

— No. Nada de nada. En cierto modo ya me parecía bien. Aunque hubiera querido intervenir en su vida, no podía, dada mi situación. Pero eso no significa que no me importara. O que no pensara en lo que habría sido de ella.

Hubo un momento de silencio. Matt se volvió y miró a su esposa.

— Has dicho «ella».

— ¿Qué?

— Ahora mismo. Primero has dicho que no sabías si era un niño o una niña. Después has dicho que no querías interferir en su vida y que te preguntabas qué habría sido de ella.

Olivia no dijo nada.

— ¿Cuánto tiempo hace que sabes que tuviste una niña?

— Sólo unos días.

— ¿Cómo te enteraste?

Olivia sacó otra hoja de papel.

— ¿Sabes algo de los grupos de apoyo a niños adoptados en la red?

— No, no mucho.



—Hay unas páginas donde los hijos adoptados insertan su nombre para buscar a sus padres biológicos y viceversa. Yo siempre miraba. Por pura curiosidad. Nunca pensé que encontraría nada. Candace Potter había muerto hacía tiempo. Aunque su hija buscara a la madre biológica, le dirían lo que había pasado y abandonaría. De todos modos, no podía decir nada. Había hecho un pacto. Encontrarme sólo podía traer problemas a mi hijo.

—Pero igualmente mirabas la página.

—Sí.

—¿Con qué frecuencia?

—¿Es importante eso, Matt?

—Supongo que no.

—¿No entiendes por qué lo hacía?

—No, sí lo entiendo —dijo Matt, aunque no estaba seguro de que fuera verdad—. ¿Qué pasó entonces?

Olivia le alargó una hoja de papel.

—Encontré esto.

El papel estaba arrugado y era evidente que lo había doblado y desdoblado muchas veces. La fecha de arriba era de hacía cuatro semanas. Leyó:

Éste es un mensaje urgente y debe ser mantenido en estricto secreto. Nuestra hija fue adoptada hace dieciocho años en la consulta del doctor Eric Tequesta en Meridian, Idaho, el 12 de febrero. El nombre de la madre biológica es Candace Potter, fallecida. No tenemos ninguna información del padre.

Nuestra hija está muy enferma. Necesita urgentemente una donación de riñón de un pariente cercano. Estamos buscando parientes sanguíneos que puedan ser compatibles. Por favor, si es pariente de la difunta Candace Potter, póngase en contacto con nosotros en...

Matt siguió leyendo y releendo el mensaje.

—Tenía que hacer algo —dijo Olivia.

Matt asintió, atontado.



—Mandé un correo electrónico a los padres. Al principio fingí ser una vieja amiga de Candace Potter, pero no quisieron darme información. No sabía qué hacer. Así que volví a escribir y dije que era de la familia. Y entonces todo tomó un giro muy raro.

—¿Cómo?

—Creo que... No lo sé..., de repente los padres se volvieron desconfiados. Por eso quedamos para vernos en persona. Quedamos en un sitio y una hora.

—¿En Newark?

—Sí. Incluso me reservaron una habitación. Tenía que registrarme en el hotel y esperar a que se pusieran en contacto conmigo. Así lo hice. Por fin me llamó un hombre y me dijo que fuera a la habitación 508. Cuando llegué, el hombre dijo que tenía que registrarme el bolso. Supongo que fue entonces cuando me quitó el teléfono. Después me dijo que me metiera en el cuarto de baño y me pusiera una peluca y un vestido. No entendía por qué, pero me dijo que iríamos a un sitio y que no quería que nos reconocieran. Estaba demasiado asustada para no hacerle caso. El también se puso una peluca, una peluca negra. Cuando salí me dijo que me sentara en la cama. Él caminó hacia mí, tal como lo viste. Cuando llegó a la cama, se paró y dijo que sabía quién era yo. Si quería salvar la vida de mi hija, tenía que transferir un dinero a su cuenta. Tenía que tenerlo preparado.

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Cincuenta mil dólares.

Matt asintió, fingiendo calma. Todo el dinero que tenían.

—¿Y entonces qué?

—Me dijo que necesitaría más. Otros cincuenta mil. Le dije que no tenía tanto dinero. Discutimos. Finalmente le dije que le daría más dinero cuando viera a mi hija.

Matt miró a otro lado.

—¿Qué? —preguntó Olivia.

—¿No empezabas a desconfiar?

—¿De qué?

—De que se tratara de un timo.



—Claro —dijo Olivia—. He leído sobre timadores que fingían tener información sobre desaparecidos en Vietnam. Hacían que la familia les diera dinero para seguir buscando. Las familias estaban tan deseosas de que fuera cierto que no se daban cuenta de que era una estafa.

—¿Y?

—Candace Potter estaba muerta —dijo ella—. ¿Por qué querría alguien sacar dinero de una muerta?

—Tal vez alguien llegara a la conclusión de que estabas viva.

—¿Cómo?

—No lo sé. Emma Lemay podría haber dicho algo.

—Supongamos que sí. ¿Y qué? Nadie sabía lo de mi hija, Matt. La única persona en Las Vegas a quien se lo dije fue a mi amiga Kimmy, pero ella tampoco tenía toda la información: la fecha de nacimiento, la ciudad de Idaho, el nombre del médico. Ni siquiera yo me acordaba del nombre del médico hasta que lo vi en la página. Las únicas personas que podían saber algo eran mi hija o sus padres adoptivos. Y aunque hubiera sido un timo, con peluca y todo, tenía que seguir. De algún modo mi hija estaba implicada. ¿Lo ves o no?

—Sí —dijo. También veía que su lógica tenía muchos fallos, pero no era el momento de señalárselos—. ¿Y ahora qué?

—Insistí en ver a mi hija. Y me montó una cita para llevar el resto del dinero.

—¿Cuándo?

—Mañana a medianoche.

—¿Dónde?

—En Reno.

—¿En Nevada?

—Sí.

Otra vez Nevada.

—¿Conoces a un hombre llamado Max Darrow?

Ella no dijo nada.

—Olivia.

—Era el hombre de la peluca negra. El que vino a verme. Ya le conocía de Las Vegas. Solía venir por el club.



Matt no estaba seguro de qué conclusión sacar de todo eso.

— ¿Dónde de Reno?

— La dirección es 488 Center Lane Drive. Tengo un billete de avión. Darrow dijo que no debía decírselo a nadie. Si no me presento... No lo sé, Matt. Me dijo que le harían daño.

— ¿Hacerle daño a tu hija?

Olivia asintió. Volvía a tener lágrimas en los ojos.

— No sé lo que está pasando. No sé si está enferma o si la han secuestrado o, caramba, si está metida en esto. Pero es real y está viva y tengo que acudir.

Matt intentó asumirlo, pero era como si no estuviera pasando. Sonó su móvil. Matt fue automáticamente a apagarlo, pero se lo pensó mejor. A esa hora seguramente sería Cingle. Podría estar en peligro, necesitar su ayuda. Miró el identificador. Un número privado. Podía ser de la comisaría.

— Diga.

— ¿Matt?

Frunció el ceño. Parecía Mediana Edad.

— Ike, ¿eres tú?

— *Matt, acabo de hablar con Cingle.*

— ¿Qué?

— *Ahora estoy en camino hacia la oficina del fiscal del distrito* — dijo Mediana Edad —. *Quieren interrogarla.*

— ¿Te ha llamado?

— *Sí, pero creo que tenía más que ver contigo.*

— ¿De qué hablas?

— *Quería advertirte.*

— ¿De qué?

— *Lo he escrito, espera. Veamos, primero, le preguntaste por un hombre llamado Max Darrow. Ha sido asesinado. Le encontraron muerto a tiros en Newark.*

Matt miró a Olivia. Ella dijo:

— ¿Qué pasa?

Mediana Edad seguía hablando.



—Pero aún peor, Charles Talley está muerto. Encontraron su cuerpo en el Howard Johnson's. También encontraron unos puños de hierro ensangrentados. Están haciendo análisis de ADN de la sangre. Dentro de una hora tendrán las fotografías de tu móvil.

Matt no dijo nada.

—¿Entiendes lo que te digo, Matt?

Lo entendió. No le costó mucho. Ellos lo habían interpretado así: Matt, un ex convicto que ya ha cumplido condena por matar a un hombre en una pelea, recibe esas fotografías provocadoras al móvil. Está claro que su esposa está liada con el tal Charles Talley. Matt contrata a una detective para que descubra dónde están. Entra como una tromba en el hotel por la noche. Hay una pelea. Habría por lo menos un testigo, el recepcionista. Probablemente un vídeo de seguridad. También tendrían pruebas físicas. Su ADN seguramente estaba en el muerto.

Habría agujeros en el caso. Matt podía mostrarles la ventana gris y explicarles lo de la sequía. Tampoco sabía a qué hora habían matado a Talley, pero si Matt tenía suerte, la muerte habría tenido lugar mientras él estaba en la ambulancia o en el hospital. O quizá tendría una coartada con el taxista. O con su mujer.

Como si eso fuera a sostenerse.

—Matt.

—¿Qué?

—La policía te está buscando.

Matt miró por la ventana. Un coche de policía paró junto al de Lance.

—Creo que ya me han encontrado.

—¿Quieres que arregle una entrega pacífica?

Una entrega pacífica. Confía en que las autoridades lo arreglarán. Cumple la ley.

Con lo bien que le había ido antes, ¿no?

Si me la pegan una vez, soy tonto. Si me la pegan dos...

Y si lograba salir impune. ¿Entonces qué? Tendrían que contarle todo, incluido el pasado de Olivia. Por no hablar del hecho que Matt había jurado, jurado, que nunca permitiría que le metieran otra vez en la cárcel. Olivia había cometido un delito. En el mejor de los casos, había ocultado un cadáver. Y Max Darrow, que también había sido asesinado, la había chantajeado. ¿Qué les parecería eso?

—Ike...

—Sí.



—Si saben que hemos hablado, podrían detenerte por complicidad.

—No, Matt, no pueden. Soy tu abogado. Te estoy explicando la situación y animándote a entregarte. Pero lo que tú hagas... Bueno, eso no puedo controlarlo. Sólo puedo sentirme ofendido y ultrajado. ¿Entiendes?

Entendía. Volvió a mirar por la ventana. Paró otro coche patrulla. Pensó en volver a la cárcel. En el reflejo de la ventana, vio al fantasma de Stephen McGrath. Stephen le guiñó un ojo. Matt sentía una opresión en el pecho.

—Gracias, Ike.

—Buena suerte, chico.

Mediana Edad colgó el teléfono. Matt se volvió a mirar a Olivia.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tenemos que salir de aquí.



## Capítulo 42

Lance Banner se acercó a la puerta de la casa de Marsha Hunter.

Le acompañaban dos agentes de uniforme agotados. Ambos hombres tenían esa barba de tres días indecisa entre una cara que necesita un afeitado y una barba de moda, el final de un turno de noche poco ajetreado en Livingston. Eran chicos jóvenes, bastantes nuevos en el cuerpo. Caminaron en silencio. Les oía respirar pesadamente. Ambos hombres habían engordado recientemente. Lance no estaba seguro de la razón, de por qué los nuevos reclutas siempre engordaban en su primer año en el cuerpo, pero le costaría mucho dar ejemplos de casos en que no sucediera.

Lance tenía un conflicto. Tenía dudas sobre su encuentro con Matt el día anterior. Aunque tuviera antecedentes, aunque hubiera cambiado, Hunter no se merecía que le sometieran al acoso patoso y tonto de Banner. Porque había sido una estupidez, de eso no había ninguna duda, intimidar a un supuesto intruso como un sheriff paleta de una mala película.

La noche anterior Matt Hunter se había mofado del ingenuo intento de Lance de mantener alejado el mal de su pulcro pueblo. Pero Matt no lo había entendido. Lance no era ingenuo. Comprendía que no había un campo de fuerzas protectoras alrededor de la fértil extensión suburbana. Ésa era la cuestión. Se trabaja para montar una vida. Se conoce a personas que piensan igual y se construye una gran comunidad. Después no se esfuerza por conservarla. Hay un problema en potencia, no hay que dejar que se encone. Se elimina. Ser proactivo. Eso era lo que había hecho con Matt Hunter. Eso era lo que hombres como Lance Banner hacían por sus pueblos. Eran los soldados, la línea del frente, los pocos que hacían el turno de noche para que los demás, incluida la familia de Lance, pudieran dormir tranquilos.

Así que, cuando sus compañeros empezaron a hablar de hacer algo, cuando la propia esposa de Lance, Wendy, que había ido a la escuela con la hermana pequeña de Matt Hunter y creía que era una «reina engreída», empezó a darle la lata porque un asesino convicto iba a mudarse al barrio, cuando uno de los concejales le había comunicado la más severa de las inquietudes suburbanas —«Lance, ¿te das cuenta del mal que puede hacer a los valores tradicionales?»— había actuado.





Y ahora no estaba seguro de si se arrepentía o no.

Pensó en su conversación con Loren Muse el día anterior. Le había preguntado sobre Matt Hunter. ¿Había visto Lance señales tempranas de psicosis? La respuesta era un no bastante rotundo. Hunter era blando. Lance recordaba haberle visto llorar en un partido de la Liga Infantil por perder un balón. Su padre le había consolado mientras Lance se maravillaba de lo crío que podía ser el chico. Pero —y eso podía ser lo contrario del estudio de Loren sobre señales tempranas de problemas— sin duda los hombres pueden cambiar. No estaba todo decidido a los cinco años o lo que le hubiera dicho Loren.

La trampa era que el cambio siempre, siempre, era para peor.

Si descubres a un joven psicótico, nunca cambiará para convertirse en alguien productivo. Nunca. Pero sí puedes encontrar muchos chicos, chicos simpáticos que crecieron con buenos valores, buenos chicos que respetaban la ley y querían al prójimo, chicos pacíficos que aborrecían la violencia y querían mantenerse dentro de los márgenes de la ley, y descubrir que muchos de esos chicos hacían cosas terribles.

¿Quién sabía por qué? A veces sólo era, como en el caso de Hunter, una cuestión de mala suerte, pero es que todo era cuestión de suerte, ¿no? La educación, la familia, la experiencia de la vida, las condiciones, todo, sólo eran chorradas. Matt Hunter estaba en un mal sitio en un mal momento. Ahora ya no tenía importancia. Se le veía en los ojos. Se veía en la forma como Hunter caminaba, el cabello gris prematuro, la forma como pestañeaba, la tensión en la sonrisa.

La mala suerte persigue a algunas personas. Les atrapa y no los suelta.

Y por simple que parezca, no quieres tener a esas personas cerca.

Lance llamó a la puerta de la casa de Hunter. Los dos agentes se quedaron detrás de él en formación de «V». El sol había iniciado su ascenso. Escucharon.

No oyeron nada.

Vio el timbre. Sabía que Marsha Hunter tenía dos niños pequeños. Si Matt no estaba, se sentiría mal por haberlos despertado, pero no podía evitarlo. Apretó el timbre y oyó la campana.

Tampoco nada.

Por probar, Lance intentó abrir la puerta, con la esperanza de que estuviera abierta. Estaba cerrada.

El agente a la derecha de Lance se agitó un poco.

— ¿La echamos abajo?



—Todavía no. Ni siquiera sabemos si está aquí.

Volvió a llamar al timbre, y esta vez lo apretó hasta que sonó tres veces.

El otro policía dijo:

—Detective...

—Démosle unos segundos más —dijo Lance.

Como si le hubieran oído, se encendió la luz del vestíbulo. Lance intentó mirar a través del cristal opaco, pero la imagen se distorsionaba demasiado. Mantuvo la cara pegada al cristal buscando movimiento.

—¿Quién es?

La voz de la mujer parecía asustada, lo cual era comprensible dadas las circunstancias.

—Soy el detective Lance Banner, de la policía de Livingston. ¿Puede abrir la puerta, por favor?

—¿Quién?

—El detective Lance Banner, de la policía de Livingston. Abra la puerta por favor.

—Espere un momento.

Esperaron. Lance no dejó de mirar a través del cristal. Pudo distinguir una figura borrosa que bajaba la escalera. Marsha Hunter, supuso. Sus pasos eran tan asustados como su voz. Oyó que se abría una cerradura y se corría una cadena, y después se abrió la puerta.

Marsha Hunter llevaba una bata bien anudada a la cintura. La bata era vieja y de franela. Parecía de hombre. Lance pensó por un momento que debía de ser de su difunto marido. Tenía el pelo erizado. No llevaba maquillaje, por supuesto, y aunque Lance siempre la había considerado una mujer atractiva, estaba claro que el maquillaje hacía mucho.

Marsha miró a Lance, después a los dos agentes en su estela, y otra vez a Lance.

—¿Qué quiere a estas horas?

—Estamos buscando a Matt Hunter.

Ella entornó los ojos.

—Yo le conozco a usted.

Lance no dijo nada.



—Entrenó a mi hijo el año pasado en el equipo de fútbol. Tiene un hijo de la edad de Paul.

—Sí señora.

—Nada de señora —dijo ella con voz seca—. Me llamo Marsha Hunter.

—Sí, lo sé.

—Somos sus vecinos, ¡por Dios! —Marsha volvió a escrutar a los dos agentes y fijó la mirada en Lance—. Sabe que vivo sola con dos niños —dijo— y aun así ¿nos despierta con la guardia de asalto?

—Necesitamos hablar con Matt Hunter.

—Mami...

Lance reconoció al niño que bajaba la escalera. Marsha lanzó a Lance una mala mirada y se volvió hacia su hijo.

—Vete a la cama, Ethan.

—Pero, mamá...

—Subiré enseguida. Vuelve a la cama. —Se volvió hacia Lance—. Me sorprende que no lo sepa.

—¿Que no sepa qué?

—Matt no vive aquí —dijo Marsha—. Vive en Irlington.

—Su coche está frente a la casa.

—¿Y qué?

—¿Está aquí?

—¿Qué pasa?

Había otra mujer en lo alto de la escalera.

—¿Quién es usted? —preguntó Lance.

—Me llamo Olivia Hunter.

—¿Olivia Hunter, la esposa de Matt Hunter?

—¿Disculpe?

Marsha miró a su cuñada.

—Me preguntaba por qué está tu coche frente a la casa.

—¿A estas horas? —preguntó Olivia Hunter—. ¿Por qué quiere saberlo?



— Están buscando a Matt.

— ¿Sabe dónde está su marido, señora Hunter?

Olivia Hunter empezó a bajar la escalera. Sus pasos también eran desconfiados. Puede que eso le hiciera saltar la alarma. O tal vez fuera su ropa. Al fin y al cabo iba vestida. Con ropa de calle. Vaqueros y sudadera. No llevaba pijama. Ni bata, ni camisón. A esas horas.

No tenía sentido.

Cuando Lance miró a Marsha Hunter, se dio cuenta. Algo en la expresión de su cara. Maldita sea, ¿cómo había podido ser tan estúpido? La luz, la bajada de la escalera, el paso calmado al bajar... Era todo demasiado lento.

Se volvió hacia los agentes.

— Mirad detrás. Deprisa.

— Espere. — Olivia gritó demasiado —. ¿Por qué van a mirar detrás?

Los policías echaron a correr, uno hacia la derecha y otro hacia la izquierda. Lance miró a Marsha. Ella se la devolvió desafiadoramente.

Entonces oyeron gritar a una mujer.

— ¿Qué pasa? — preguntó Olivia.

— Era Mediana Edad — dijo Matt —. Charles Talley y Max Darrow están muertos.

— Dios mío.

— Y si no me equivoco — siguió Matt, gesticulando hacia la ventana —, esos polis han venido a arrestarme por sus asesinatos.

Olivia cerró los ojos, e intentó mantener la calma.

— ¿Qué quieres hacer?

— Tengo que salir de aquí.

— Querrás decir que tenemos que salir de aquí.

— No.

— Iré contigo, Matt.

— No te quieren a ti. No tienen nada contra ti. Como mucho, creen que engañaste a tu marido. Tú niégate a responder sus preguntas. No pueden retenerte.



—Y tú huyes y ya está.

—No tengo alternativa.

—¿Adonde irás?

—Ya lo pensaré. Pero no podemos comunicarnos. Vigilarán la casa e interceptarán el teléfono.

—Necesitamos un plan, Matt.

—¿Qué te parece esto? —dijo él—. Quedamos en Reno.

—¿Qué?

—Mañana a medianoche. En la dirección que dijiste: 488 Center Lane Drive.

—Todavía crees que hay alguna posibilidad de que mi hija...

—Lo dudo —dijo Matt—. Pero también dudo que Darrow y Talley hicieran esto por su cuenta.

Olivia vaciló.

—¿Qué?

—¿Cómo vas a cruzar el país tan deprisa?

—No lo sé. Si no lo logro, ya pensaremos en algo. Mira, no es un gran plan, pero no tenemos tiempo para pensar nada mejor.

Olivia avanzó un paso. Él volvió a sentirlo en su pecho, el agradable tecleo. Nunca le había parecido tan bonita y tan vulnerable.

—¿Nos queda tiempo para que me digas que todavía me quieres?

—Te quiero. Más que nunca.

—¿Así sin más?

—Así sin más —dijo.

—¿Incluso después...?

—Incluso después.

Ella meneó la cabeza.

—Eres demasiado bueno para mí.

—Sí, soy una joya.

Olivia se rió entre sollozos. Él la abrazó.

—Ya hablaremos de esto, pero ahora mismo tenemos que encontrar a tu hija.



Algo que ella había dicho, sobre que en la vida valía la pena el esfuerzo, resonó dentro de él, incluso más que sus revelaciones. Se esforzaría. Se esforzaría por los dos.

Olivia asintió, se secó las lágrimas.

—Toma, sólo tengo veinte dólares.

Matt los cogió. Se arriesgaron a mirar un momento por la ventana. Lance se acercaba a la puerta principal, flanqueado por los dos policías. Olivia se puso delante de Matt, como si se dispusiera a recibir una bala.

—Sal por detrás —dijo Olivia—. Yo despertaré a Marsha y le contaré lo que pasa. Intentaremos retenerles.

—Te quiero —dijo Matt.

Ella le sonrió tristemente.

—Me alegro de saberlo. —Se besaron rápida y apasionadamente—. No dejes que te pase nada —dijo.

—No lo permitiré.

Matt bajó la escalera y fue a la puerta trasera. Olivia ya estaba en la habitación de Marsha. No estaba bien meterla en eso, pero ¿qué remedio les quedaba? Desde la cocina vio que otro coche de policía aparcaba frente a la casa.

Llamaron a la puerta.

No había tiempo. Matt tenía un plan. No estaba lejos de East Orange Water Reservation, y era zona de bosque. De pequeño Matt lo había cruzado miles de veces. Una vez dentro sería difícil que le localizaran. Podría encontrar el camino a Short Hills Road y desde allí, bien, sí que necesitaría ayuda.

Sabía dónde buscarla.

Tenía la mano en la manilla. Matt oyó que Lance Banner tocaba el timbre. Hizo girar el pomo y abrió la puerta.

Había alguien delante de la puerta. Matt casi se muere del susto.

—Matt.

Era Kyra.

—Matt, ¿qué pa...?

Él le indicó que se callara y la hizo entrar.

—¿Qué pasa? —susurró Kyra.



— ¿Qué haces despierta?

— Es que... — Se encogió de hombros—. He visto los coches de policía. ¿Qué pasa?

— Es una larga historia.

— La investigadora ha venido antes. Me ha preguntado por ti.

— Ya lo sé.

Los dos oyeron gritar a Marsha.

— Ya voy.

Los ojos de Kyra se abrieron mucho.

— ¿Intentas huir?

— Es una larga historia.

Sus ojos se encontraron. Se preguntó qué iba a hacer Kyra. No quería involucrarla. Si gritaba, lo comprendería. Era sólo una niña. No tenía nada que ver con aquel asunto y ningún motivo para confiar en él.

— Vete — susurró Kyra.

Matt no esperó ni le dio las gracias. Salió. Kyra le siguió, y se dirigió en sentido contrario hacia su habitación. Matt vio el columpio que Bernie y él habían instalado hacía mil años. El día que lo montaron hacía un calor absurdo. Los dos se habían quitado la camisa. Marsha les esperaba en el porche con unas cervezas. Bernie quería instalar una tirolina, pero Marsha se había puesto firme con el argumento, cabal desde el punto de vista de Matt, de que eran peligrosas.

Las cosas que se recuerdan...

El patio era demasiado abierto, no había árboles, ni matorrales, ni rocas. Bernie lo había limpiado bastante con la idea de poner algún día una piscina, otro sueño, ni que fuera menor, que había muerto con él.

Había bases blancas pintadas en forma de diamante y dos porterías pequeñas de fútbol. Empezó a cruzar el césped. Kyra había vuelto a su cuarto.

Matt oyó el jaleo.

— ¡Espere! — Era la voz de Olivia. Gritaba intencionadamente para que él la oyera—. ¿Por qué van a mirar detrás?

No había tiempo para dudas. Estaba en campo abierto. ¿Debía echar a correr como un desesperado? No podía elegir. Corrió al jardín del vecino. Esquivó los parterres de flores, una preocupación bien tonta dadas las circunstancias, pero los esquivó. Se arriesgó a mirar atrás.



Un agente había doblado la esquina de la casa hacia la parte trasera.

Maldita sea.

No le habían visto todavía. Buscó un lugar donde esconderse. Los vecinos tenían un cobertizo de herramientas. Matt se agachó detrás. Apretó la espalda contra él, como había visto hacer en las películas. Un gesto inútil. Se palpó el cinturón.

Ahí estaba la pistola.

Matt se arriesgó a echar una ojeada.

El policía miraba directamente hacia él.

O eso parecía. Matt se retiró rápidamente. ¿Le había visto el agente? Quién sabe. Esperó a que alguien gritara: «Eh, está allí, en el jardín de al lado, detrás del cobertizo».

No oyó nada.

Deseaba echar otra mirada.

No podía arriesgarse.

Se quedó quieto y esperó.

Entonces oyó una voz, otro policía, imaginó.

—Sam, ¿tú ves algo?

La voz era entrecortada, como de una radio.

Matt contuvo el aliento. Aguzó los oídos. Pasos. ¿Oía pasos? No estaba del todo seguro. No sabía si volver a mirar. Si se estaban acercando a él, ¿qué mal haría? De todos modos lo pillarían.

Estaba todo en silencio.

Si los polis le estuvieran buscando activamente, se llamarían unos a otros. Si estaban tan en silencio, como ahora, sólo podía haber una explicación.

Le habían visto. Se acercaban sigilosamente.

Matt volvió a escuchar.

Algo chocó. Como algo colgado del cinturón de un policía.

No había ninguna duda, iban a por él. A Matt se le aceleró el corazón. Lo sentía martilleando en el pecho. Encerrado. Otra vez. Se imaginó lo que ocurriría: el arresto brutal, las esposas, el asiento trasero del coche patrulla...

Cárcel.





El miedo lo atenazó. Se le acercaban. Se lo llevarían y lo tirarían a un agujero. Nunca le escucharían. Le encerrarían. Era un ex convicto. Otro hombre había muerto tras una pelea con Matt Hunter. Lo demás no tenía importancia. Le machacarían.

¿Y qué sería de Olivia si le detenían a él?

Ni siquiera podría explicar la verdad, aunque quisiera, porque entonces ella acabaría en la cárcel. Y si había algo que le aterrorizara más que su propia encarcelación...

Matt no supo muy bien cómo pero de repente tenía la máuser Mi en la mano.

«Cálmate —se dijo—. No vamos a disparar a nadie.» Pero podía usarla para amenazar, ¿o no? Excepto que allí había varios policías, cuatro o cinco como mínimo, y probablemente más en camino. Ellos también sacarían el arma. ¿Entonces qué? ¿Estarían despiertos Ethan y Paul?

Se deslizó hacia la parte trasera del cobertizo. Se arriesgó a echar una ojeada.

Había dos policías a no más de dos metros de distancia de él.

Le habían visto. No había ninguna duda. Se dirigían hacia él.

No había escapatoria. Matt apretó la pistola y se preparó para correr cuando algo le llamó la atención en el patio de Marsha.

Era Kyra.

Debía de haber estado observando todo el rato. Estaba de pie junto a la puerta del garaje. Sus ojos se encontraron. Matt vio algo en ella que le pareció una sonrisa. Estuvo a punto de menear negativamente la cabeza, pero no lo hizo.

Kyra chilló.

El grito rompió el aire y resonó en los oídos. Los dos policías se volvieron hacia ella y dieron la espalda a Matt. Kyra volvió a chillar. Los policías corrieron hacia ella.

—¿Qué pasa? —gritó uno de ellos.

Matt no dudó. Utilizó la distracción de Kyra y corrió en dirección contraria, hacia el bosque. Ella volvió a chillar. Matt no miró atrás, hasta que llegó a la protección de los árboles.



## Capítulo 43

Sentada con los pies apoyados en la mesa, Loren Muse decidió llamar a la viuda de Max Darrow.

Eran las tres o las cuatro de la madrugada en Nevada —Loren no recordaba nunca si Nevada iba dos o tres horas por detrás— pero sospechaba que una mujer cuyo marido había sido asesinado probablemente tendría un sueño ligero.

Marcó el número. Salió un contestador. Una voz de hombre dijo: «Max y Gertie no pueden atender su llamada ahora. Seguramente hemos salido a pescar. Deje su mensaje».

La voz de ultratumba la hizo detenerse. Max Darrow, policía retirado, era un ser humano. Simple, pero a veces se olvida. Te concentras en los detalles, en las piezas del rompecabezas. Una vida se ha perdido. Gertie tendrá que cambiar el mensaje. Ella y Max no volverán a pescar juntos. Parecía tonto, pero era una vida, un esfuerzo, un mundo hecho pedazos.

Loren dejó un mensaje con su número de teléfono y colgó.

—Eh, ¿en qué está trabajando?

Era Adam Yates, el jefe del FBI de Las Vegas. El la había acompañado a la oficina del fiscal del condado tras la reunión con Joan Thurston. Loren le miró.

—Ha habido novedades.

—¿Como cuáles?

Loren le contó su conversación con Cingle Shaker. Yates cogió una silla de una mesa cercana. Se sentó, sin apartar los ojos de ella. Era de ese tipo de hombres. De los que ponen énfasis en el contacto ocular.

Cuando Loren terminó, Yates frunció el ceño.

—No entiendo qué papel tiene Hunter en esto.

—Pronto le habrán detenido. A lo mejor entonces nos enteraremos.

Yates asintió, sin dejar de mantener el contacto ocular.



— ¿Qué? — preguntó Loren.

— Este caso — dijo Yates. Su voz era más amable—. Es muy importante para mí.

— ¿Por alguna razón en particular?

— ¿Tiene hijos? — preguntó.

— No.

— ¿Casada?

— No.

— ¿Es gay?

— Por Dios, Yates.

Él levantó una mano.

— Ha sido una tontería, perdone.

— ¿Por qué tantas preguntas?

— No tiene hijos. No creo que lo comprenda.

— ¿Lo dice en serio?

Yates volvió a levantar una mano.

— No quería que sonara tan mal. Estoy seguro de que es usted buena persona.

— Hombre, gracias.

— Pero... cuando se tienen hijos, las cosas cambian.

— Hágame un favor, Yates. No me venga con el rollo ese de que tener hijos te cambia la vida. Ya oigo esas tonterías bastante a menudo de mis pocos amigos.

— No es eso. — Calló—. De hecho, creo que los solteros son mejores policías. Se concentran más.

— Hablando de eso... — Cogió unos papeles y fingió estar ocupada.

— Deje que le pregunte algo, Muse.

Ella esperó.

— Al despertarse — siguió Yates —, ¿quién es la primera persona en que piensa?

— Disculpe...

— A ver, esta mañana. Ha abierto los ojos. Empieza a levantarse de la cama. ¿Quién es la primera persona en que piensa?

— ¿Por qué no me lo dice usted?



—Bueno, sin ánimo de insultar, pero la respuesta es en sí misma, ¿no? No hay nada malo en eso. Piensa en usted. Es normal. Todos los solteros lo hacen. Se despierta y piensa en lo que hará durante el día. Ah, claro, puede que cuide a un familiar anciano o algo por el estilo. Pero la cuestión es que, con un hijo, ya no se es el número uno. Hay alguien más importante. Cambia la visión del mundo. Es como debe ser. Nos parece saber lo que quiere decir proteger y servir, pero cuando hay familia...

—¿Todo esto tiene algún objetivo?

Adam Yates retiró por fin el contacto ocular.

—Tengo un hijo. Se llama Sam. Ahora tiene catorce años. Cuando tenía tres, tuvo meningitis. Creímos que moriría. Estaba en el hospital en su gran cama. Era demasiado grande para él. Parecía que se lo fuera a tragar. Y yo me limitaba a estar a su lado y ver cómo empeoraba.

Aspiró y tragó saliva. Loren le dejó hablar a su ritmo.

—Un par de horas después, cogí a Sam y lo abracé. No dormí. No lo dejé en la cama. Seguí abrazándole. Mi esposa dice que estuve así tres días enteros. No lo sé. Sabía que si seguía abrazando a Sam, si seguía mirándolo, la muerte no podría arrebatármelo.

Yates parecía adormilado.

Loren habló suavemente.

—Sigo sin ver adonde quiere ir a parar.

—Pues ahí va —dijo, con la voz normal otra vez. Volvió a mirarla a los ojos. Sus pupilas eran como alfileres—. Amenazaron a mi familia.

Yates se llevó una mano a la cara, y después la bajó como si quisiera asegurarse de que estaba donde quería.

—Cuando empecé con este caso —siguió—, pusieron a mi esposa y a mis hijos en el punto de mira. Ahora lo entiende.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada.

El teléfono del despacho sonó. Loren lo cogió.

—Hemos perdido a Matt —dijo Lance Banner.

—¿Qué?

—La chica que vive con ellos. Esa Kyra, o como se llame. Se ha puesto a gritar y... En fin, su esposa estaba allí. Dice que era ella la que conducía, no él, y que no sabe dónde está.



—Menuda chorrada.

—Ya.

—Tráela.

—Se niega a venir.

—¿Cómo?

—No tenemos nada contra ella.

—Es testigo material en una investigación por asesinato.

—Entiende de leyes. Dice que tenemos que arrestarla o dejarla en paz.

Su móvil sonó. Loren miró el identificador. La llamada procedía de la casa de Max Darrow.

—Ya te llamaré. —Colgó el teléfono del despacho y apretó el móvil—. Investigadora Muse.

—*Soy Gertie Darrow. ¿Me ha dejado un mensaje?*

Loren percibió las lágrimas en la voz de la mujer.

—Siento mucho su pérdida.

—*Gracias.*

—No querría molestarla en un momento tan difícil, pero necesito hacerle unas preguntas.

—*Lo comprendo.*

—Gracias —dijo Loren. Cogió un bolígrafo—. ¿Sabe por qué estaba en Newark su marido, señora Darrow?

—*No.* —Lo dijo como si fuera la palabra más dolorosa que hubiera pronunciado en su vida—. *Me dijo que iba a visitar a un amigo en Florida. A pescar, dijo.*

—Ya. Estaba retirado, ¿no?

—*Lo estaba.*

—¿Puede decirme si estaba trabajando en algo?

—*No entiendo. ¿Qué tiene que ver esto con su muerte?*

—Son preguntas de rutina...

—*Por favor, investigadora Muse* —interrumpió ella, con la voz un poco más aguda—. *Mi marido era agente de policía, no lo olvide. No me llama a estas horas para hacerme preguntas de rutina.*



—Intento encontrar un motivo —dijo Loren.

—¿Un motivo?

—Sí.

—Pero... —Y entonces se calmó—. *El otro policía. El que me llamó antes. El investigador Wine.*

—Sí. Trabaja en mi oficina.

—*Me dijo que Max estaba en un coche, que...* —se le cortó un poco la voz, pero no se acoquinó— *que tenía los pantalones bajados.*

Loren cerró por un momento los ojos. O sea que Wine finalmente se lo había dicho. Era comprensible en cierto modo. En el ambiente de franqueza de la sociedad actual, ya no se podía ahorrar nada a una viuda.

—Señora Darrow...

—¿Qué?

—Creo que fue un montaje. No creo que hubiera ninguna prostituta. Creo que su marido fue asesinado por alguna otra razón. Y creo que podría tener que ver con un antiguo caso suyo. Por eso le pregunto: ¿estaba trabajando en algo?

Hubo un breve silencio.

—*Esa chica* —dijo.

—¿Qué?

—*Lo sabía. Lo sabía.*

—Lo siento, señora Darrow. No estoy segura de entenderlo.

—*Max nunca me hablaba del trabajo. Nunca lo traía a casa. Y estaba retirado. Ella no tenía motivo para venir a casa.*

—¿Quién?

—*No sé su nombre. Era muy jovencita. Unos veinte.*

—¿Qué quería?

—*Ya se lo he dicho. No lo sé. Pero Max... Cuando ella se marchó, se volvió loco. Se puso a revisar expedientes antiguos.*

—¿Sabe de qué iban esos expedientes?

—No. —Y a continuación—: *¿De verdad cree que eso pudo tener algo que ver con el asesinato de Max?*

—Sí. Creo que pudo tener mucho que ver. ¿Le suena el nombre de Clyde Rangor?



—No, lo siento.

—¿Y los de Emma Lemay o Charles Talley?

—No.

—¿Candace Potter?

Silencio.

—¿Señora Darrow?

—He visto ese nombre.

—¿Dónde?

—Sobre su mesa. Había una carpeta. Hará cosa de un mes. Sólo vi la palabra «Potter». Lo recuerdo porque era el nombre del malo en *Qué bello es vivir*. ¿Se acuerda? El señor Potter.

—¿Sabe dónde está esa carpeta?

—Buscaré en los archivadores, investigadora Muse. Si sigue allí, la encontraré y la volveré a llamar.



## Capítulo 44

Matt había aprendido a robar coches en la cárcel. O al menos eso creía.

Había un tal Saul, dos celdas más abajo, que tenía la fijación de pasearse con coches robados. Era lo más decente que se podía encontrar en la cárcel. Tenía sus demonios —probablemente más inocuos que los de la mayoría— y lo llevaron a la ruina. Le arrestaron por robar un coche cuando tenía diecisiete años, y de nuevo a los diecinueve. En su tercer intento, Saul perdió el control del vehículo y mató a alguien. Tenía dos condenas anteriores y le cayó cadena perpetua.

—¿Todas esas cosas que se ven en la tele? —le había dicho Saul—. Sólo son chorradas, a menos que quieras una marca específica. Lo normal es que no te cargues la cerradura. Ni utilices herramientas. Ni hagas puentes. De todos modos, eso sólo se puede hacer con los coches viejos. Y con tantas alarmas, si pruebas alguna de esas cosas el coche se bloquea.

—¿Y tú qué haces? —preguntó Matt.

—Utilizar las llaves de otro coche. Abres la puerta como un ser humano. Y te vas.

Matt hizo una mueca.

—Así de fácil.

—No, de fácil nada. Lo que hay que hacer es buscar un aparcamiento lleno de coches. Los centros comerciales van estupendamente, aunque tienes que estar alerta para evitar al guardia de seguridad que hace la ronda. Los supermercados grandes son aún mejor. Eliges una zona donde no se fijan demasiado en ti. Vas caminando y vas pasando la mano por debajo del neumático delantero o debajo del parachoques. La gente deja allí sus llaves. También las guardan debajo de esos imanes tan monos que ponen en los parachoques del lado del conductor. No todos, pero al menos uno de cada cincuenta. Si perseveras, encuentras una llave. *Voilà*.

Matt no estaba muy seguro. Su información carcelaria era de hacía nueve años y quizá estaba obsoleta. Llevaba más de una hora caminando, primero a través del bosque y luego evitando las carreteras principales. Cuando llegó a la esquina de





Livingston Avenue, tomó un autobús hasta el campus de Bergen Community College en Paramus. El trayecto duró casi una hora. Matt lo pasó durmiendo.

Bergen Community era una universidad para alumnos externos. La seguridad era casi inexistente. Matt inició su búsqueda. Tardó casi una hora, pero como le había prometido Saul, Matt finalmente dio en el blanco con un Isuzu blanco con un cuarto de depósito lleno. No estaba mal. Las llaves estaban escondidas en uno de esos imanes sobre el parachoques delantero. Matt entró en el coche y se dirigió a la Ruta 17. No conocía muy bien el condado de Bergen. Sería más prudente ir al norte por el Tappan Zee pero eligió la ruta que conocía a través del George Washington Bridge.

Iba camino de Westport, Connecticut.

Cuando llegó al George Washington Bridge, le preocupó que el empleado del peaje le reconociera —hasta el punto de que se quitó el vendaje de la cabeza y se puso una gorra de los New York Rangers que encontró en el asiento trasero—, pero no pasó nada. Puso la radio y escuchó las noticias: primero la 1010 WINS durante veintidós minutos, después la CBS 880. En las películas siempre interrumpen para dar un boletín especial cuando hay un fugitivo. Pero ni rastro de él. De hecho, no hablaban de nada relacionado, ni de Max Darrow, ni de Charles Talley ni de un sospechoso fugitivo.

Necesitaba dinero, un lugar donde dormir, medicamentos. Había mantenido a raya el dolor con el flujo de adrenalina. Ahora volvía a fluir. Sólo había dormido una hora en las últimas veinticuatro, y la noche anterior, con el asunto de las fotos, tampoco había dormido bien.

Matt contó su dinero. Tenía treinta y ocho dólares. No daba para mucho. No podía usar la tarjeta de débito ni las de crédito. La policía las localizaría. Lo mismo si recurría a amigos íntimos o familiares, aunque tampoco tenía muchos en quienes confiar.

Sin embargo había una persona a la que Matt podía acudir y de la que la policía nunca sospecharía.

Cuando salió por Westport, redujo la velocidad. Nunca le habían invitado, pero conocía la dirección. Cuando salió de la cárcel, pasó varias veces por aquella calle en particular, pero nunca tuvo el valor de parar allí.

Dobló a la derecha un par de veces y paró lentamente en una calle tranquila y arbolada. Su pulso volvió a acelerarse. Echó un vistazo y vio que el suyo era el único coche frente a la casa. Pensó en llamar con el móvil, pero no, la policía también accedería. Tal vez debía llamar a la puerta. Se lo pensó, pero al final decidió ir sobre seguro. Volvió a la ciudad y buscó un teléfono público. Marcó el número.



Sonya McGrath respondió al primer timbre.

— ¿Diga?

— Soy yo — dijo —. ¿Estás sola?

— Sí.

— Necesito tu ayuda.

— ¿Dónde estás?

— A cinco minutos de tu casa.

Matt paró frente a la casa de los McGrath.

Había un aro de baloncesto oxidado cerca del garaje. La red desgarrada no se había cambiado en mucho tiempo. El aro no pegaba con el entorno. Era viejo y oxidado, mientras el resto de la casa era lujoso y actual. Por un momento Matt se detuvo y miró el aro de baloncesto. Stephen McGrath estaba allí. Lanzaba con brío, los ojos clavados en el aro. Matt veía el efecto de retroceso de la pelota. Stephen sonreía.

— Matt.

Se volvió. Sonya McGrath estaba ante la puerta. Se volvió a ver lo que Matt observaba y se demudó.

— Cuéntame — dijo Sonya.

Se lo contó, pero al hablar se dio cuenta de que la congoja no se desvanecía de su rostro. La había visto encajar golpes como ése antes. Siempre se rehacía, si no del todo, lo suficiente. Ahora no. Su cara mantenía aquella palidez horrible. No cambiaría. Matt se dio cuenta, pero no podía dejar de hablar. Habló y explicó por qué estaba allí y de repente tuvo la sensación de que se levantaba por encima de aquello y oía lo que él mismo iba diciendo y la impresión que le causaba a ella. Aun así no paró. Siguió hablando mientras una vocecita en su cerebro le instaba a callarse de una vez. Pero él no escuchaba. Siguió explicándose penosamente, pensando que tenía que acabar.

Pero, mirándolo con frialdad, sus palabras decían finalmente: otra pelea, otra muerte.

Cuando acabó, Sonya McGrath se limitó a mirarlo unos segundos. Matt sintió que se marchitaba y moría bajo su mirada.



—¿Quieres que te ayude? —preguntó ella.

Y ahí estaba. Tan claro. Ahora se daba cuenta, no sólo lo ridículo que era, sino cuán ofensivo. Cuán obsceno.

Matt no sabía qué hacer.

—Clark se ha enterado de nuestros encuentros —dijo ella.

Matt iba a decir lo siento o algo parecido, pero no le pareció correcto. Se quedó callado y esperó.

—Clark cree que no se me puede consolar. No va desencaminado, creo, pero pienso que no era sólo eso. Creo que necesitaba cerrar. Creo que necesitaba perdonarte. Y no puedo.

—Debería irme —dijo Matt.

—Deberías entregarte, Matt. Si eres inocente...

—¿Qué? —dijo él en un tono más agudo de lo que habría querido—. Esa vía ya la intenté, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. —Sonya McGrath inclinó la cabeza a un lado—. Pero ¿eras inocente entonces, Matt?

Matt miró el aro de baloncesto. Stephen tenía una pelota en la mano. Se paró a medio lanzar, se volvió y esperó a oír la respuesta de Matt.

—Lo siento —dijo Matt, apartándose de los dos—. Tengo que irme.



## Capítulo 45

Sonó el móvil de Loren Muse. Era la viuda de Max Darrow.

—*He encontrado algo* —dijo.

—¿Qué?

—*Parece un expediente con la autopsia de Candace Potter* —dijo Gertie Darrow—. *Bueno, es una autopsia. Está firmada por el antiguo médico forense. Le recuerdo. Era un hombre muy agradable.*

—¿Qué dice?

—*Dice muchas cosas. Altura, peso. ¿Quiere que se lo lea todo?*

—¿Qué pone como causa de la muerte?

—*Aquí dice estrangulación. También dice algo de una grave paliza y trauma en la cabeza.*

Aquello se ajustaba a lo que sabían. ¿Qué habría notado Max Darrow después de tantos años? ¿Qué le había mandado a Newark, qué le había llevado hasta Emma Lemay, alias hermana Mary Rose?

—Señora Darrow, ¿tiene fax?

—*Hay uno en el despacho de Max.*

—¿Le importaría mandarme el expediente?

—*En absoluto.*

Loren le dio el número del fax.

—*Investigadora Muse...*

—Sí.

—¿*Está casada?*

Loren reprimió un suspiro. Primero Yates y ahora la señora Darrow.

—No, no estoy casada.



— ¿Lo ha estado?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Por el otro investigador. Se llama Wine, ¿no?

—Sí.

—Me tragué lo que dijo, que Max estaba en un coche con, bueno, con una mujer de moral cuestionable, como solía decirse.

—Ya.

—Sólo quería que lo supiera.

—¿Que supiera qué, señora Darrow?

—Mire, Max, bueno, no siempre era un buen marido, no sé si me entiende.

—Creo que sí —dijo Loren.

—Lo que quiero decir es que ya lo había hecho otras veces. En un coche. Más de una vez. Por eso me costó tan poco creerlo. Pensé que debía saberlo. Por si acaso esto no lleva a ninguna parte.

—Gracias, señora Darrow.

—Ahora mismo le mando el fax.

Colgó sin decir nada más. Loren se levantó y esperó junto al fax.

Llegó Adam Yates con un par de Coc-Colas. Le ofreció una, pero ella no la aceptó.

—Oiga, lo que le he dicho antes, que si no tenía hijos...

—No se preocupe —dijo Loren—. Sé lo que pretendía.

—De todos modos ha sido una estupidez.

—Sí, sí que lo ha sido.

—¿Qué pasa?

—Max Darrow estaba investigando la autopsia de Candace Potter.

Yates frunció el ceño.

—¿Qué tiene que ver todo esto con él?

—Ni idea, pero dudo que se trate de una coincidencia.

El teléfono sonó y el fax empezó a funcionar. La primera hoja salió lentamente. No había página de encabezamiento. Mejor. Loren no soportaba que se desperdiciara papel. Tomó la hoja y se puso a buscar la conclusión. En realidad ella leía poca cosa



más en los informes de autopsia. El peso de los hígados y los corazones podía interesar a algunos, pero a ella sólo le interesaba lo que representaban para su caso.

Adam Yates leía por encima de su hombro. Todo parecía perfectamente normal.

—¿Ve algo? —preguntó ella.

—No.

—Yo tampoco.

—Esto podría ser un callejón sin salida.

—Es probable.

Salió otra hoja. Los dos empezaron a leerla.

Yates señaló la mitad de la columna de la derecha.

—¿Qué es esto?

Había una señal a mitad de la descripción del cadáver.

Loren leyó en voz alta.

—No hay ovarios, testículos ocultos, probable SIA.

—¿SIA?

—Significa Síndrome de Insensibilidad Andrógina —explicó Loren—. Tuve una amiga en la universidad con eso.

—¿Qué importancia tiene? —preguntó Yates.

—No estoy segura. Las mujeres con SIA parecen por fuera hembras normales, y en cuestiones prácticas son consideradas como tales. Pueden casarse legalmente y adoptar. —Se calló y reflexionó.

—¿Pero?

—Pero en resumen significa que Candace Potter era genéticamente un varón. Tenía testículos y cromosomas XY.

El hizo una mueca.

—¿Quiere decir que era transexual?

—No.

—¿Entonces qué? ¿Era un hombre?

—Genéticamente, sí. Pero probablemente de ninguna otra manera. A menudo una mujer con SIA no sabe que es diferente hasta que alcanza la pubertad y no menstrua. No es tan insólito. Hubo una Miss Adolescente Estados Unidos hace unos años que



tenía SIA. Muchos creen que la reina Isabel I y Juana de Arco y un puñado de supermodelos y actrices lo padecen, pero todo eso no son más que especulaciones. De todos modos, se puede llevar una vida absolutamente normal. De hecho, si Candace Potter era una prostituta, por cínico que sea, podría haberla beneficiado.

— ¿Beneficiarla cómo?

Loren le miró.

— Las mujeres con SIA no se quedan embarazadas.



## Capítulo 46

Matt puso el coche en marcha. Sonya McGrath entró en la casa. Su relación, si es que había existido, había terminado. Era raro pero, a pesar de la sinceridad y de las emociones al descubierto, cualquier cosa fundamentada en tanta miseria estaba condenada al fracaso. Era todo demasiado frágil. Eran sólo dos personas que necesitaban algo que ninguno de los dos podría tener.

Se preguntó si Sonya llamaría a la policía. Se preguntó si tenía importancia.

Por Dios, ir allí había sido una estupidez.

Le dolía mucho. Necesitaba descansar. Pero no tenía tiempo. Tenía que seguir. Controló la aguja del depósito. Estaba casi vacío. Paró en una estación de Shell y utilizó el resto del dinero para repostar.

Durante el trayecto, pensó en la bomba que Olivia le había dejado caer. Al fin y al cabo, por raro o ingenuo que sonara, no estaba seguro de que algo hubiera cambiado. Seguía amando a Olivia. Amaba su forma de fruncir el ceño cuando se miraba al espejo, la sonrisita que se le escapaba cuando pensaba en algo divertido, que levantara los ojos al cielo cuando él hacía una bromita sin gracia, cómo escondía los pies bajo el cuerpo cuando leía, sus resoplidos, como en los dibujos animados, cuando estaba irritada, los ojos que se le llenaban de lágrimas cuando hacían el amor, el corazón que se le aceleraba cuando reía, que lo observara pensando que él no se daba cuenta, la suavidad con que sus ojos se cerraban cuando escuchaba su canción favorita en la radio, la forma de cogerle de la mano en cualquier momento sin vacilar ni avergonzarse, el tacto de su piel, cómo le excitaba su tacto, que enroscara la pierna perezosamente por las mañanas, que apretara el pecho contra su espalda cuando dormía, que le besara en la mejilla y le tapara bien con las mantas cuando se levantaba.

¿Había cambiado algo?

La verdad no era siempre liberadora. El pasado era el pasado. Por ejemplo él no le había hablado de su condena en la cárcel para que conociera al «Matt real» o «para ahondar en su relación». Se lo explicó porque lo habría descubierto algún día de





todos modos. No significaba nada. De no habérselo dicho, ¿no sería su relación igual de sólida?

¿O aquello sólo eran puras racionalizaciones?

Se paró en un cajero automático próximo a la casa de Sonya. No tenía más remedio. Necesitaba dinero. Si ella llamaba a la policía, bueno, sabrían que había estado allí de todos modos. Si localizaban la retirada de dinero, tardarían un tiempo en llegar. No quería utilizar la tarjeta de crédito en una gasolinera. Podrían coger la matrícula del coche. Tal como estaban las cosas, si conseguía un poco de dinero y ponía distancia entre él y el cajero, suponía que todo iría bien.

El cajero daba un máximo de mil dólares. Los retiró.

Entonces se puso a pensar en la forma de llegar a Reno.

Loren conducía. Adam Yates iba sentado a su lado.

—Vuelva a explicármelo —dijo él.

—Tengo un informador. Un tal Len Friedman. Hace un año encontramos dos mujeres muertas en un callejón frecuentado por prostitutas, las dos jóvenes, las dos negras, las dos con las manos cortadas para que no pudiéramos identificarlas por las huellas dactilares. Pero una de ellas tenía un tatuaje raro, un logo de la Universidad de Princeton, en la parte interior del muslo.

—¿Princeton?

—Sí.

Él meneó la cabeza.

—En fin, lo hicimos publicar en la prensa. La única persona que se presentó fue ese Len Friedman. Preguntó si también tenía un tatuaje con un pétalo de rosa en el pie derecho. Eso no se había hecho público. Así que nuestro interés, por decirlo suavemente, subió un punto.

—Pensasteis que había sido él.

—Sí, cómo no. Pero resultó que las dos mujeres eran *strippers*, o como dice Friedman, bailarinas eróticas, en un tugurio llamado Honey Bunny, en Newark. Friedman es un experto en todo lo relacionado con las *strippers*. Es su afición. Colecciona pósteres, biografías, información personal, nombres reales, tatuajes, marcas de nacimiento, cicatrices, absolutamente todo. Una base de datos completa. Y



no sólo de ámbito local. Doy por supuesto que se ha paseado por el Strip de Las Vegas.

—Ya lo creo.

—Entonces conocerá esas tarjetas que anuncian *strippers* y prostitutas y lo que haga falta.

—Oiga, que yo vivo allí, ¿se acuerda?

Ella asintió.

—Bueno, pues Len Friedman las colecciona. Como si fueran cromos de béisbol. Recoge información a través de ellas. Se pasa semanas viajando por visitar esos lugares. Escribe lo que algunos consideran ensayos académicos sobre el tema. También colecciona material histórico. Tiene un sostén que había pertenecido a Gypsy Rose Lee. Tiene cosas que se remontan a más de un siglo.

Yates hizo una mueca.

—Debe de ser el alma de las fiestas.

Loren sonrió.

—Ni se lo imagina.

—¿Qué significa eso?

—Ya lo verá.

Se quedaron callados.

—Vuelvo a decirle que lo siento. Por lo que le he dicho antes —dijo Yates. Ella hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—¿Cuántos hijos tiene?

—Tres.

—¿Niños o niñas?

—Dos chicas y un chico.

—¿De qué edad?

—Mis hijas tienen diecisiete y dieciséis. Sam tiene catorce.

—Chicas de diecisiete y dieciséis —dijo Loren—. Qué miedo.

Yates sonrió.

—Ni se lo imagina.

—¿Tiene fotos?



—Nunca llevo fotos encima.

—Ah.

Yates se removió en el asiento. Loren le miró por el rabillo del ojo. De repente su postura se había vuelto rígida.

—Hace seis años —empezó—, me robaron la cartera. Ya lo sé, soy el jefe del FBI y tan tonto que me mangan la cartera. Es para matarme. Bueno, me volví loco. No por el dinero o las tarjetas de crédito. En lo único que podía pensar era que un desgraciado de mierda tuviera las fotos de mis hijos. Mis hijos. Probablemente sólo tomó el dinero y tiró la cartera a la basura. Pero pongamos que no lo hiciera. Que se hubiera quedado las fotos. No sé, para divertirse. A lo mejor miraba las fotos con anhelo. A lo mejor incluso les acariciaba la cara con los dedos.

Loren frunció el ceño.

—Hablando de ser la alegría de la huerta.

Yates hizo chasquear la lengua sin humor.

—Bueno, pues por eso nunca llevo fotos encima.

Se desviaron en Northfield Avenue, West Orange. Era un pueblo agradablemente anticuado. La mayoría de los suburbios nuevos tenían un entorno que parecía falso, como un trasplante reciente de cabello. West Orange tenía céspedes bien cuidados y hiedra en las paredes. Los árboles eran altos y recios. Las casas no eran simplonas, de estilo Tudor, con toques nórdicos o mediterráneos. Estaban todas un poco anticuadas, no en las mejores condiciones, pero seguían siendo funcionales.

Había un triciclo en un jardín. Loren aparcó detrás. Había un aro de baloncesto en el patio. Había dos guantes de béisbol sobre la hierba tirados en posición fetal.

—¿Su informador vive aquí? —preguntó Yates.

—Ya se lo he dicho, ni se lo imagina.

Yates se encogió de hombros.

Les abrió la puerta una mujer parecida al figurín de un manual de ama de casa de los sesenta. Llevaba un delantal de cuadros y sonreía de una forma que Loren asociaba al fervor religioso.

—Len está en el estudio, abajo —dijo la mujer.

—Gracias.

—¿Les apetece un café?

—No, no se moleste.



—¡Mamá!

Un chico de unos diez años entró corriendo en la habitación.

—Kevin, tenemos visita.

Kevin sonrió como su madre.

—Soy Kevin Friedman.

Alargó la mano y miró a Loren a los ojos. Su apretón fue firme. Se volvió hacia Yates, que pareció sobresaltarse. También se la estrechó y se presentó.

—Encantado de conocerle —dijo Kevin—. Mamá y yo estamos haciendo pan de plátano. ¿Les apetece un poco?

—Tal vez más tarde —dijo Loren—. Vamos...

—Es por ahí, abajo —dijo ella.

—Gracias.

Abrieron la puerta del sótano. Yates murmuró:

—¿Qué le han hecho a ese niño? Yo no consigo que mis hijos me saluden a mí, imagínese a un desconocido.

Loren sofocó una risa.

—¡Señor Friedman! —gritó.

Apareció el hombre. Los cabellos de Friedman estaban un tono más grisáceo que la última vez que Loren le había visto. Llevaba un jersey azul claro con botones y pantalones de algodón.

—Me alegro de volver a verla, investigadora Muse.

—Lo mismo digo.

—¿Y su amigo?

—Es el agente especial jefe Adam Yates, de Las Vegas.

A Friedman se le iluminaron los ojos al oír el nombre de la ciudad.

—¡Las Vegas! Bienvenido. Venga, siéntense y díganme en qué puedo ayudarles.

Abrió una puerta con una llave. Dentro era el mundo de las *strippers*. Había fotografías en las paredes. Documentos de toda clase. Bragas y sostenes enmarcados. Boas y abanicos. Había viejos pósteres, uno con Lili St. Cyr, y su «Bubble Bath Dance», otro de Dixie Evans, «The Marilyn Monroe of Burlesque», que actuaba en el Minsky-Adams Theater de Newark. Por un momento Loren y Yates miraron a su alrededor con la boca abierta.



—¿Saben lo que es eso? —Friedman señaló un gran abanico de plumas que tenía en un cubo de cristal, como en un museo.

—¿Un abanico? —preguntó Loren.

Él rió.

—No sólo un abanico. Llamar a esto abanico sería como... —Friedman lo pensó— como llamar a la Declaración de Independencia un pergamino. No, este abanico fue utilizado por la gran Sally Rand en el Paramount Club, en 1932.

Friedman esperó una reacción, pero no obtuvo ninguna.

—Sally Rand inventó la danza del abanico. Lo bailó en la película *Bolero* de 1934. El abanico está hecho de plumas de avestruz auténticas. ¿Se lo imaginan? ¿Y el látigo? Lo utilizaba Bettie Page. La llamaban la Reina del Fetiche.

—¿Era el apellido de la madre? —Loren no había podido resistirlo.

Friedman frunció el ceño, decepcionado. Loren levantó despacio una mano a modo de disculpa. Friedman suspiró y se acercó al ordenador.

—Supongo que quieren hablar de alguna bailarina erótica de Las Vegas.

—Podría ser —dijo Loren.

Se sentó frente al ordenador y tecleó algo.

—¿Tiene un nombre?

—Candace Potter.

Él les miró.

—¿La víctima de asesinato?

—Sí.

—Pero murió hace diez años.

—Sí, ya lo sabemos.

—Al parecer la mató un hombre llamado Clyde Rangor —empezó Friedman—. Él y su novia, Emma Lemay, tenían mucho ojo para encontrar talentos. Regentaban juntos algunos de los mejores clubes para caballeros, de poca categoría, pero repletos de talentos.

Loren miró de soslayo a Yates, que meneaba la cabeza con asombro o quizá con repugnancia. Era difícil saberlo. Friedman también lo vio.

—Oigan, los hay que se aficianan a las carreras de coches trucados —dijo Friedman encogiéndose de hombros.



—Sí, qué desperdicio —dijo Loren—. ¿Qué más?

—Había muchos rumores siniestros sobre Clyde Rangor y Emma Lemay.

—¿Maltrataban a las chicas?

—Seguro. Tenían relaciones con el hampa. No es raro en ese ramo, por desgracia. Estropea mucho la estética del conjunto, no sé si me entienden.

—Aja —murmuró Loren.

—Pero incluso entre ladrones hay un cierto código de honor. Ellos lo rompieron a propósito.

—¿De qué manera?

—¿Han visto los nuevos anuncios de Las Vegas? —preguntó Friedman.

—Me parece que no.

—Esos que dicen: «Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas».

—Ah, claro —dijo Loren—. Sí, los he visto.

—Bueno, los clubes para caballeros llevan este lema hasta el fanatismo. Nunca jamás se habla.

—¿Y Rangor y Lemay hablaron?

La cara de Friedman se ensombreció.

—Peor aún...

—Basta —dijo Yates, interrumpiéndole.

Loren miró a Yates con un gesto expresivo de incompreensión.

—Mire —siguió Yates, mirando el reloj—, esto es muy interesante, pero vamos un poco justos de tiempo. ¿Qué puede decirnos concretamente de Candace Potter?

—¿Puedo preguntar algo? —dijo Friedman.

—Adelante.

—Hace mucho tiempo que murió. ¿Ha surgido algo nuevo en el caso?

—Podría ser —dijo Loren.

Friedman se cruzó de brazos y esperó. Loren se arriesgó.

—¿Sabía que Candace Potter podría haber sido —decidió utilizar un término más popular, aunque impreciso— un hermafrodita?

Eso lo impresionó.



—Uau.

—Sí.

—¿Está segura?

—He visto la autopsia.

—¡Espere! —gritó Friedman, como un director de una película antigua gritaría: «¡Parad la máquina!»—. ¿Tiene la autopsia?

—Sí.

Friedman se pasó la lengua por los labios, e intentó no parecer demasiado ansioso.

—¿Puedo conseguir una copia?

—Seguramente puede arreglarse —dijo Loren—. ¿Qué más puede decirnos de ella?

Friedman volvió a teclear en el ordenador.

—La información sobre Candace Potter es incompleta. En general actuaba con el nombre artístico de Candi Cane, que, las cosas claras, es un nombre espantoso para una bailarina exótica. Es demasiado, ¿saben? Demasiado mono. ¿Saben cuál es un buen nombre? Jenna Jameson, por ejemplo. Seguramente han oído hablar de ella. Bueno, Jenna empezó como bailarina, antes de pasarse al porno. Sacó el nombre de Jameson de una botella de whisky irlandés. Tiene más clase. Es más sexy, ya me entienden.

—Claro —dijo Loren, por decir algo.

—Y el único número de Candi tampoco era muy original. Se vestía como un caramelo a rayas y llevaba una gran piruleta. ¿Entienden? ¿Candi Cane? Eso sí es un estereotipo. —Meneó la cabeza como un profesor decepcionado por un alumno aventajado—. Profesionalmente será más recordada por un dúo que hacía con el nombre de Brianna Piccolo.

—¿Brianna Piccolo?

—Sí. Trabajaba con otra bailarina, una afroamericana escultural llamada Kimmy Dale. Kimmy, en el número, se hacía llamar Gayle Sayers.

Loren lo captó. Yates también.

—¿Piccolo y Sayers? Por favor, dígame que es broma.

—No. Brianna y Gayle hacían una especie de danza exótica inspirada en la película *La canción de Brian*. Gayle decía llorosa: «Quiero a Brianna Piccolo», como Billy Deed en la película. Entonces aparecía Brianna enferma en una cama. Se



ayudaban una a otra a desnudarse. Nada de sexo. No se trataba de eso. Era una experiencia artística exótica. Con mucho atractivo para los que tienen gustos interraciales, que, seamos francos, es casi todo el mundo. Creo que era una de las declaraciones políticas más elaboradas del mundo de la danza exótica, una expresión temprana de sensibilidad racial. Nunca vi el número en persona, pero tengo entendido que era un retrato socioeconómico conmovedor...

—Sí, conmovedor, ya lo veo —interrumpió Loren—. ¿Algo más?

—Sí, claro. ¿Qué quiere saber? El número de Sayer-Piccolo solía ser el previo al de la condesa Allison Beth Weiss IV, más conocida como Alteza Judía. Su número, no se lo pierdan, se llamaba «Dile a mamá que es kosher». Habrán oído hablar de él.

El aroma a pan de plátano empezaba a llegar hasta ellos. Era un olor maravilloso, incluso en ese ambiente reductor del apetito. Loren intentó que Friedman se centrara.

—Quiero saber cualquier cosa de Candace Potter. Cualquier cosa que pueda ayudarnos a saber qué le pasó.

Friedman se encogió de hombros.

—Ella y Jimmy Dale no sólo eran compañeras de baile sino también compañeras de cuarto. De hecho, Kimmy Dale pagó el funeral de Candi para que no fuera a parar a una tumba de pobres. Está enterrada en el Holy Mother de Coaldale. Visité su tumba para presentarle mis respetos. Es una experiencia conmovedora.

—Estoy segura. ¿Está al corriente de lo que hacen las bailarinas exóticas cuando dejan el ambiente?

—Por supuesto —dijo él como si Loren hubiera preguntado a un sacerdote si iba a misa—. Suele ser la parte más interesante. Es increíble la variedad de caminos que toman.

—Bien, ¿qué fue de esa Kimmy Dale?

—Sigue en el mundillo. Es una guerrera. Ya no es tan espectacular. Ha ido descendiendo por la barra, si me permiten la bromita fácil. Los días de gloria han acabado. Pero sigue teniendo adeptos. Lo que ha perdido en tono o musculatura, lo compensa con experiencia, digamos. Ahora ya no está en Las Vegas.

—¿Dónde está?

—En Reno, que yo sepa.

—¿Algo más?

—No mucho —dijo Friedman. Pero entonces hizo chasquear los dedos—. Esperen. Tengo algo que enseñarles. Estoy orgulloso de ello.





Esperaron. Len Friedman tenía tres archivadores altos en un rincón. Abrió el segundo cajón del archivador central y empezó a pasar carpetas.

—El número de Piccolo y Sayers. Es una pieza rara y es sólo una reproducción a color de una Polaroid. Me encantaría encontrar más. —Se aclaró la garganta mientras seguía su búsqueda—. ¿Cree que podría conseguir una copia de esa autopsia, investigadora Muse?

—Lo intentaré.

—Sería una gran aportación a mis estudios.

—Estudios. Claro.

—Aquí está.

Sacó una fotografía y la puso sobre la mesa frente a ellos.

Yates la miró y asintió. Se volvió a Loren y vio su expresión.

—¿Qué?— preguntó Yates.

—Investigadora Muse... —añadió Friedman.

«Aquí no —pensó Loren—. Ni una palabra.»

Miró fijamente a la difunta Candace Potter alias Candi Cane, alias Brianna Piccolo, alias la víctima de asesinato.

—¿Ésta es Candace Potter, seguro? —logró decir.

—Sí.

—¿Seguro?

—Por supuesto.

Yates la miró inquisitivamente. Loren fingió no darse cuenta.

Candace Potter. Si aquella mujer era realmente Candace Potter, no era la víctima de asesinato. No estaba muerta en absoluto. Estaba viva y coleando y vivía en Irvington, Nueva Jersey, con su marido Matt, ex convicto.

Se habían equivocado de medio a medio. Matt Hunter no era el punto de conexión del caso. Por fin las cosas empezaban a cobrar sentido.

Porque ahora Candace Potter tenía un nuevo alias.

Era Olivia Hunter.



## Capítulo 47

Adam Yates hizo un esfuerzo por controlarse.

Estaban fuera de la casa, sobre el césped de los Friedman. Le había ido de un pelo. Cuando el chiflado de Friedman había empezado a explicar lo de la norma tácita de no hablar, bueno, todo podría haber terminado allí: la carrera de Yates, su matrimonio, incluso su libertad. Todo.

Yates necesitaba recuperar el control.

Esperó a subir al coche. Entonces, con toda la calma de que fue capaz, le preguntó a Loren Muse:

—¿De qué iba eso?

—Candace Potter sigue viva —dijo Muse.

—¿Cómo?

—Sigue viva, sana y casada con Matt Hunter.

Yates escuchó la explicación de Loren. Sintió que se le revolvían las entrañas. Cuando terminó, pidió que le enseñara la autopsia. Ella se la entregó.

—¿No hay fotos de la víctima?

—Esto no es todo el expediente —dijo Loren—. Son sólo las páginas que inquietaban a Max Darrow. Mi idea es que él se enteró de la verdad de algún modo, de que Candace Potter no había sido asesinada hace diez años. Tal vez tenga algo que ver con el hecho de que la víctima real fuera una mujer con SIA.

—¿Por qué había de revisarlo ahora Darrow? Después de diez años, me refiero.

—No lo sé. Pero necesitamos hablar con Olivia Hunter.

Adam Yates asintió, intentando asumirlo. Era incapaz de entenderlo. Olivia Hunter era la *stripper* muerta llamada Candace Potter. Candi Cane. Estaba presente aquella noche, de eso estaba seguro.

Era probable entonces, muy probable, que Olivia Hunter tuviera la cinta de vídeo.



Yates echó otro vistazo al informe de la autopsia. Muse conducía. La altura, el peso y el color del pelo concordaban, pero ahora la verdad era evidente. La víctima real había sido Cassandra Meadows. Ella había estado muerta siempre. Debería haberlo imaginado. No habría sido lo bastante lista para desaparecer.

Len Friedman tenía razón cuando hablaba de honor entre ladrones. Probablemente, Yates había contado con ello, lo que en sí era una estupidez monumental. En ese ramo las personas respetan la confidencialidad, no por sentido del honor, sino por los beneficios. Si hay fama de charlatán, se pierde la clientela. Así de fácil. De todos modos, Clyde Rangor y Emma Lemay habían encontrado la forma de hacer un poco más de dinero. En su caso esa fantasía del «honor entre ladrones» brillaba por su ausencia.

Yates no lo hacía a menudo, pero con los años, había engañado a Bess. El nunca le había dado importancia. Era algo más que compartimentar, más que el habitual «el sexo es una cosa y hacer el amor, otra». El sexo con Bess era estupendo. Incluso después de tantos años. Pero un hombre necesita más. No hay más que ver los libros de historia, es un hecho. Ningún gran hombre fue sexualmente monógamo. Era así de sencillo y así de complicado.

Y en verdad no había ningún mal en ello. ¿Se molestaban realmente las esposas porque sus maridos miraran de vez en cuando, por ejemplo, una película X? ¿Era eso un delito? ¿Valía la pena divorciarse por eso? ¿Era un engaño?

Por supuesto que no.

Contratar a una prostituta tampoco era muy diferente. Un hombre puede utilizar fotos o líneas 900 o lo que sea como estímulos externos. Era sólo eso. Muchas esposas lo comprendían. Yates incluso podría habérselo explicado a Bess.

Si eso hubiera sido todo.

Rangor y Lemay deberían pudrirse en el infierno.

Yates había estado buscando a Rangor, a Lemay, a Cassandra y la maldita cinta durante diez años. Ahora el caso había dado un giro. Al menos dos de ellos estaban muertos. Y Candace Potter aparecía de repente en escena.

¿Qué sabía ella?

Se aclaró la garganta y miró a Loren Muse. Primer paso: eliminarla del caso. ¿Cómo enfocarlo?

—Dijo que conocía a Matt Hunter.

—Sí.

—Entonces no debería entrevistar a la esposa.



Loren frunció el ceño.

—¿Porque le conocí a él hace tiempo?

—Sí.

—Fue en la escuela elemental, Adam. No creo que haya vuelto a hablar con él desde los diez años.

—Aun así. La relación existe.

—¿Y?

—Que la defensa podría utilizarlo.

—¿Cómo?

Yates meneó la cabeza.

—¿Qué?

—Parece una buena investigadora, Muse. Pero de vez en cuando, su ingenuidad es asombrosa.

Loren agarró más fuerte el volante. Él sabía que sus palabras le habían dolido.

—Vuelva a la oficina —dijo—. Cal y yo nos encargaremos de esta parte de la investigación.

—¿Cal? ¿Se refiere al gorila que estaba esta mañana en la oficina de Joan Thurston?

—Es un agente muy bueno.

—No lo dudo.

Se callaron. Loren intentaba encontrar la manera de negarse. Yates esperó porque ya sabía cómo enfocarlo.

—Mire, yo sé dónde es —dijo Loren—. Le acompañaré a la casa de Hunter y esperaré fuera por si acaso.

—No.

—Pero yo quiero...

—¿Quiere? —interrumpió Yates—. ¿Con quién cree que está hablando, investigadora Muse?

Loren se tragó la indignación en silencio.

—Ahora esto es una investigación federal. Gran parte del caso, en realidad, parece llevarnos a Nevada. De todos modos está claro que cruza las fronteras estatales y sin duda sale de los límites del condado. Es investigadora del condado. ¿Entendido?



Primero está el condado, después el estado, y después los federales. Se lo demostraré con un gráfico, si lo prefiere. Pero usted no da las órdenes aquí. Las doy yo. Usted volverá a la oficina y si lo considero conveniente, la mantendré informada de lo que ocurre en mi investigación. ¿Me he expresado con claridad?

Loren se esforzó para que su voz no la delatara.

—Ni siquiera sabría que Olivia Hunter es Candace Potter de no ser por mí.

—Ah, ya. ¿Se trata de eso, Muse? ¿De su ego? ¿Quiere llevarse el mérito? Bien, todo suyo. Pondré una estrella dorada junto a su nombre en el tablero, si quiere.

—No me refería a eso.

—Pues le aseguro que eso es lo que me ha parecido. Ingenua y deseosa de gloria. Una combinación ganadora.

—Eso no es justo.

—Eso no... —Yates se rió—. ¿Me toma el pelo? ¿Justo? ¿Cuántos años tiene, Muse, doce? Esto es una investigación federal de un asesinato y un chantaje y ¿le preocupa que yo sea justo con una insignificante investigadora del condado? Me acompañará inmediatamente a su oficina y... —suficientes palos, un poco de zanahoria—... si quiere participar en la investigación, su misión actual será descubrir todo lo que pueda sobre la otra puta, la negra que compartía cuarto con ella.

—Kimmy Dale.

—Sí. Descubra dónde está exactamente, a qué se dedica, todo lo que pueda. Pero no hable con ella sin consultármelo primero. Si no le gusta, la apartaré del caso. ¿Comprendido?

Ella contestó como si tuviera clavos en la boca.

—Comprendido.

Tendría que aguantarse. Loren Muse quería seguir en el caso, y se conformaría con seguir en los márgenes a la espera de volver al centro del escenario. La verdad es que era una investigadora muy buena. Yates intentaría captarla cuando aquello terminara. Le permitiría llevarse el mérito y después, por buena que fuera, probablemente no se fijaría demasiado en los detalles. Al menos eso esperaba.

Porque, hasta el momento, los muertos no eran inocentes, habían intentado perjudicarle. Loren Muse era diferente. No quería perjudicarla. Pero como dicen todas las filosofías antiguas, al final, si se trata de elegir entre nosotros o ellos, siempre somos nosotros.



Loren Muse paró el coche en el aparcamiento y bajó sin decir ni una palabra. Yates la dejó sulfurarse. Llamó a Cal Dollinger, el único hombre en quien confiaba para esta información. Le explicó rápidamente lo que quería. Cal no necesitaba muchos detalles.

Adam tuvo un momentáneo y penoso recuerdo: el hospital, cuando Sam tuvo meningitis. Había dejado fuera de la historia, al contársela a Loren, la parte de Cal en la pesadilla. También Cal se negó a salir del hospital. El más antiguo amigo de Adam se apostó en una silla metálica frente a la puerta de Sam durante tres días, sin decir palabra, simplemente haciendo guardia, asegurando su ayuda en caso de que Adam necesitara algo.

— ¿Quieres que vaya solo? —preguntó Cal.

—No. Nos veremos en casa de Hunter —dijo Yates, en voz baja—. Recobramos la cinta y pondremos fin a esto.



## Capítulo 48

Olivia Hunter se mantuvo firme hasta que Mediana Edad consiguió arrancarla de las garras del detective Lance Banner. Ahora que estaba de vuelta en casa, sus defensas se derrumbaron. Lloró silenciosamente. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Olivia no podía reprimirlas. No sabía si eran de alegría, de alivio, de miedo o de qué. Sólo sabía que intentar detenerlas sería una pérdida de tiempo.

Tenía que ponerse en marcha.

Su maleta seguía en el Howard Johnson's. Llenó otra. Sabía que no debía esperar. La policía volvería. Querrían respuestas.

Tenía que irse a Reno inmediatamente.

No podía dejar de llorar, lo que no era propio de ella, aunque fuera comprensible dadas las circunstancias. Olivia estaba física y emocionalmente agotada. Estaba embarazada, para empezar. Además, estaba preocupada por su hija adoptada. Y finalmente, después de tanto tiempo, le había contado a Matt la verdad de su pasado.

El pacto ya no existía. Olivia lo había roto cuando había respondido a aquel mensaje en la red; peor aún, había sido directamente responsable de la muerte de Emma Lemay. Era culpa de Olivia. Emma había hecho muchas cosas malas en su vida. Había hecho daño a muchas personas. Olivia sabía que había intentado compensarlo, que había pasado los últimos años de su vida rectificando. Olivia no sabía en qué posición dejaría eso a Emma en el cielo, pero si alguien se había ganado la redención, tenía claro que era Emma Lemay.

Pero lo que Olivia no podía superar, lo que estaba provocando la cascada de lágrimas por sus mejillas, era la expresión de la cara de Matt cuando le contó la verdad.

No había sido en absoluto lo que esperaba.

Debería haberse enfadado. Probablemente lo estaba. ¿Cómo podía ser que no estuviera enfadado? Desde la primera vez que se vieron en Las Vegas, Olivia había amado la forma como la miraba, como si Dios nunca hubiera creado nada tan



espectacular, más puro, a falta de una palabra mejor. Naturalmente Olivia esperaba que esa expresión desapareciera o al menos se ensombreciera al saber la verdad. Se imaginaba que sus ojos azul claro se endurecerían y se volverían fríos.

Pero eso no había ocurrido.

Nada había cambiado. Matt se enteraba de que su esposa era una mentirosa, y lo que había hecho provocaría que la mayoría de los hombres se apartaran para siempre asqueados. Pero él había reaccionado con amor incondicional.

Con los años Olivia había ganado en perspectiva viendo que su horrible educación la empujaba, como a muchas de las chicas que trabajaban con ella, a la autodestrucción. Los hombres que crecían así, en casas de acogida diferentes y en circunstancias que pueden describirse suavemente como míseras, normalmente reaccionaban con violencia. Los hombres maltratados mostraban la rabia vengándose, con brutalidad física. Las mujeres eran diferentes. Utilizaban formas de crueldad más sutiles o, en la mayoría de los casos, dirigían la rabia hacia sí mismas: no podían hacer daño a nadie y se lo hacían a sí mismas. Kimmy era así. Olivia, no; Candi también era así.

Hasta que llegó Matt.

Tal vez fuera por los años que había pasado en la cárcel. Tal vez, como había dicho, por sus mutuas heridas. Pero Matt era el hombre más bueno que había conocido nunca. No se obsesionaba por tonterías. Vivía el momento. Prestaba atención a las cosas importantes. No se distraía con florituras. Ignoraba lo superfluo y veía lo esencial, y había contribuido a que ella también viera más allá, al menos en su interior.

Matt no veía las cosas malas en ella — ¡todavía no! — ergo no existían.

Pero mientras llenaba la maleta, la verdad pura y dura se le hizo evidente. Tras tantos años y tanto disimulo, aún no se había deshecho de la tendencia autodestructiva. ¿Cómo explicar sus actos si no? ¿Por qué había sido tan estúpida de buscar a Candace Potter en la red?

Había provocado unos daños terribles. A Emma, por supuesto. A sí misma, sí, pero lo más importante, al único hombre que había amado en la vida.

¿Por qué había insistido en hurgar en el pasado?

Porque la verdad era que no podía evitarlo. Se puede tener en cuenta todos los argumentos pro-elección, pro-adopción y pro-vida y Olivia lo había hecho hasta la saciedad a lo largo de los años, pero había una verdad básica: estar embarazada es el cruce definitivo en el camino. Elijas lo que elijas, siempre dudarás de haber tomado la decisión correcta. Aunque fuera muy joven, aunque le hubiera sido imposible





quedarse con el niño, aunque la decisión la tomaran los demás en realidad, no pasaba día sin que Olivia se preguntara sobre un gigantesco «y si».

Ninguna mujer sale intacta de eso.

Llamaron a la puerta.

Olivia esperó. Llamaron otra vez. No había mirilla, así que Olivia se acercó a la ventana, apartó la cortina de encaje y echó un vistazo.

Había dos hombres en la puerta. Uno parecía salido de un catálogo de ropa de deporte. El otro era enorme. Llevaba un traje que no le caía demasiado bien, pero mirándolo bien estaba claro que ningún traje le sentaría bien. Llevaba un corte de pelo militar y no tenía cuello.

El gigante se volvió y la pilló mirando por la ventana. Dio un codazo al otro hombre. El más pequeño también se volvió.

—FBI —dijo el hombre de talla normal—. Desearíamos hablar con usted un momento.

—No tengo nada que decir.

El hombre deportivo se acercó a la ventana.

—No creo que ésa sea una actitud prudente, señora Hunter.

—Por favor, si tiene preguntas hable con mi abogado, Ike Kier.

El hombre sonrió.

—Tal vez deberíamos intentarlo de nuevo.

A Olivia no le gustó cómo lo dijo.

—Soy el agente especial jefe Adam Yates de la oficina de Las Vegas de la Agencia Federal de Investigación. Él —señaló al hombretón— es el agente especial Cal Dollinger. Nos gustaría mucho hablar con Olivia Hunter o, si lo prefiere, podemos arrestar a Candace Potter.

A Olivia le fallaron las piernas al oír su antiguo nombre. Una sonrisa se dibujó en la cara de roca del hombretón. Estaba disfrutando.

—Usted decide, señora Hunter.

No tenía alternativa. Estaba atrapada. Tendría que dejarles entrar, tendría que hablar.

—Déjenme ver sus identificaciones, por favor.

El hombretón se acercó al cristal. Olivia tuvo que esforzarse para no retroceder. Él se metió la mano en el bolsillo, sacó la identificación, la apretó bruscamente contra el



cristal y la sobresaltó. El otro hombre, el llamado Yates, hizo lo mismo. Las identificaciones parecían legítimas, aunque ella sabía lo fácil que era conseguirlas falsas.

—Pasen su tarjeta por debajo de la puerta. Quiero llamar a su oficina y verificar sus nombres.

El hombretón, Dollinger, se encogió de hombros, sin dejar la sonrisa afectada. Habló por primera vez:

—Por supuesto, Candi.

Olivia tragó saliva. El hombretón buscó una tarjeta en la cartera, y la pasó por debajo de la puerta. No valía la pena llamar por teléfono. La tarjeta tenía un sello en relieve y parecía legítima; además Cal Dollinger, quien, según la tarjeta, era un agente especial de Las Vegas, no había dudado en absoluto.

Olivia abrió la puerta. Adam Yates entró el primero. Cal Dollinger se metió dentro como si se introdujera en una tienda de campaña. Se quedó junto a la puerta, con las manos unidas al frente.

—Hace buen tiempo, ¿no? —comentó Yates.

Y entonces Dollinger cerró la puerta.



## Capítulo 49

Loren Muse estaba que echaba humo.

Había estado a punto de llamar a Ed Steinberg para quejarse de la forma como la había tratado Yates, pero finalmente había decidido no hacerlo. La chica indefensa que no puede cuidarse sola y necesita que su jefe la ayude. No, no pensaba jugar a eso.

Seguía formando parte de la investigación. Bien, era todo lo que quería. Tener un pie dentro. Empezó a investigar todo lo que pudo sobre la compañera de cuarto, Kimmy Dale. No fue muy difícil. Kimmy tenía antecedentes por prostitución. A pesar de lo que se cree, la prostitución no era legal en el condado de Clark, donde está Las Vegas.

Uno de los agentes de la condicional de Dale, un veterano llamado Taylor, estaba de servicio a aquella hora temprana. Se acordaba de ella.

—¿Qué puedo decirte? —dijo Taylor—. *Kimmy Dale tenía una historia familiar pésima, pero ¿cuál de esas chicas no la tiene? ¿Has oído alguna vez a Howard Stern en la radio?*

—Claro.

—*¿Lo has oído cuando saca strippers? Siempre les pregunta medio en broma: «¿Ya qué edad abusaron de ti por primera vez?», y la pena es que siempre obtiene una respuesta. Siempre han abusado de ellas. Se dan un hartón de decir que les encanta desnudarse y que lo hacen porque quieren, bla, bla, bla, pero siempre hay algo debajo. Tú ya me entiendes.*

—Claro.

—*Y Kimmy Dale era otro caso clásico. Se escapó de casa y empezó a hacer de stripper cuando no tendría más de catorce o quince años.*

—¿Sabes dónde está ahora?

—*Se fue a Reno. Tengo la dirección de su casa, si quieres.*

—Sí, por favor.

Le dio las señas del domicilio de Kimmy Dale.



—Que yo sepa, trabaja en un local llamado Eager Beaver, que, por si lo dudabas, no tiene tanta categoría como su nombre puede hacernos creer.

Eager Beaver, claro. ¿No era donde Yates había dicho que trabajaba Charles Talley?

—Reno está bien —dijo Taylor—. No es como Las Vegas. No me malinterpretes. Me encanta Las Vegas. Como a todos. Es espantosa, horrible, llena de mafiosos, pero no nos vamos. Tú ya me entiendes.

—Te llamo desde Newark, Nueva Jersey —dijo Loren—. O sea que sí, te entiendo.

Taylor se echó a reír.

—En fin, hoy en día Reno es un buen lugar para vivir en familia. Hace buen tiempo porque está por debajo de las montañas de Sierra Nevada. Antes era la capital del divorcio de Estados Unidos y tiene más millonarios per cápita que ningún lugar del país. ¿Has estado alguna vez?

—Nunca.

—¿Eres mona?

—Adorable.

—Pues vente a Las Vegas. Te lo enseñaré.

—Tomo el primer avión.

—Espera, ¿no serás una de esas feminazis que odian a los hombres?

—Sólo cuando he dormido poco.

—¿Y de qué va el caso?

El móvil de Loren sonó.

—Te lo contaré más tarde, gracias, Taylor.

—Nos alojaremos en el Mandalay Bay. Conozco a un tipo. Te encantará.

—Claro, hasta pronto, adiós.

Loren colgó y apretó la tecla de responder del móvil.

—¿Diga?

Sin preámbulos, la madre Katherine dijo:

—La asesinaron, ¿verdad?

Loren iba a dorar la píldora, pero algo en el tono de la madre Katherine le hizo intuir que sería una pérdida de tiempo.



—Sí.

—Entonces necesito verte.

—¿Por qué?

—Antes no me estaba permitido decir nada. La hermana Mary Rose fue muy concreta.

—¿Concreta con qué?

—Por favor, ven a mi despacho en cuanto puedas, Loren. Tengo que enseñarte algo.

—¿Qué puedo hacer por usted, agente Yates? —preguntó Olivia.

Desde la puerta, los ojos de Cal Dollinger barrieron la habitación. Adam Yates se sentó y apoyó los codos en los muslos.

—Tiene muchos libros —dijo Yates.

—Muy observador.

—¿Son suyos o de su marido?

Olivia se puso en jarras.

—Sí, ya veo la relevancia de la pregunta, por eso la contestaré. La mayor parte de los libros son míos. ¿Hemos terminado?

Yates sonrió.

—Es muy divertida —dijo—. ¿A que es divertida, Cal?

Cal asintió.

—Las *strippers* y las putas suelen ser amargas. Pero ella no. Es como un rayo de sol.

—Sin duda brilla —añadió Yates.

A Olivia no le hizo ni pizca de gracia el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿Qué quiere?

—Simuló su propia muerte —dijo Yates—. Es un delito.

Ella no dijo nada.

—La chica que realmente murió —siguió él—. ¿Cómo se llamaba?

—No sé de qué me habla.

—Se llamaba Cassandra, ¿no? —Yates esperó un momento—. ¿La asesinó usted?



Olivia no mordió el anzuelo.

—¿Qué quiere?

—Ya lo sabe.

Las manos de Yates se apretaron en puños, y después se relajaron. Olivia miró hacia la puerta. Cal seguía quieto, una estatua.

—Lo siento —dijo ella—. No lo sé.

Yates intentó sonreír.

—¿Dónde está la cinta?

Olivia se puso rígida. De repente volvió a la caravana. Había un olor horrible cuando ella y Kimmy se instalaron, como si hubiera animales muertos en las paredes. Kimmy compró un ambientador muy caro, demasiado perfumado. Intentaba tapar algo que nunca podría ocultarse del todo. Evocó el olor. Vio el cuerpo encogido de Cassandra. Recordó el miedo de Clyde Rangor al preguntarle: «¿Dónde está la cinta?».

Olivia intentó que no le temblara la voz.

—No sé de qué me habla.

—¿Por qué huyó y cambió de nombre?

—Necesitaba empezar de nuevo.

—¿Así, sin más?

—No —dijo Olivia—. Nada de «así, sin más». —Se puso de pie—. Y no pienso contestar más preguntas hasta que esté presente mi abogado.

Yates la miró.

—Siéntese.

—Quiero que se vayan.

—He dicho que se siente.

Olivia miró otra vez a Cal Dollinger. Seguía haciendo de estatua. Tenía unos ojos vacíos. Olivia hizo lo que Yates decía. Se sentó.

—Iba a decir que la vida debe de ser bonita aquí, que no querrá que nadie se la estropee —empezó Yates—. Pero no estoy seguro de que sirva. Su barrio es un asco. Su casa, un tugurio. Su marido, un ex convicto buscado por triple asesinato. —Le sonrió—. Cualquiera esperaría que aprovechara más su segunda oportunidad, Candi. Pero asombrosamente ha hecho justo lo contrario.



Intentaba irritarla intencionadamente. Olivia no pensaba caer en la trampa.

—Quiero que se vayan.

—¿Le da igual quién se entere de su secreto?

—Márchense por favor.

—Podría arrestarla.

Entonces fue cuando decidió jugársela. Olivia adelantó las manos, como si se ofreciera a ser esposada. Yates no se movió. Claro que podía arrestarla. Olivia no conocía bien las leyes ni el estatuto de limitaciones, pero estaba claro que había interferido en una investigación de asesinato; de hecho, se había hecho pasar por una víctima. Era más que suficiente para detenerla. Pero no era eso lo que Yates quería.

La voz suplicante de Clyde: «¿Dónde está la cinta?».

Yates quería algo más. Algo por lo que Cassandra había muerto. Algo por lo que Clyde Rangor había matado. Le miró a la cara. Los ojos eran firmes. Las manos no dejaban de cerrarse y abrirse.

Olivia seguía con las manos extendidas delante. Esperó otro segundo, y las dejó caer a los lados.

—No sé nada de ninguna cinta —dijo.

Le tocó a Yates el turno de escudriñarla. Se lo tomó con calma.

—La creo —dijo.

Y por alguna razón la forma como lo dijo la asustó más que nada de lo que había dicho.

—Venga con nosotros, por favor —dijo Yates.

—¿Adónde?

—La llevo detenida.

—¿Con qué cargo?

—¿Quiere la lista por orden alfabético?

—Necesito llamar a mi abogado.

—Puede llamarle desde la comisaría.

Olivia no sabía qué hacer. Cal Dollinger dio un paso hacia ella. Ella retrocedió y el hombretón dijo:

—¿Quiere que la saque a rastras y esposada?

Olivia se detuvo.



—No será necesario.

Salieron. Yates iba delante. Dollinger caminaba junto a Olivia. Ella echó un vistazo a la calle. La botella de cerveza marrón gigante se recortaba en el cielo. Por alguna razón, eso la consoló. Yates se adelantó. Abrió la puerta del coche, entró y lo puso en marcha. Se volvió y miró a Olivia y de repente ella cayó en la cuenta.

Le reconoció.

Los nombres se le olvidaban con facilidad, pero las caras eran sus prisioneras a cadena perpetua. Cuando bailaba era una forma de atontarse. Les estudiaba las caras. Las memorizaba, las clasificaba según el grado de aburrimiento y diversión, intentaba recordar cuántas veces les había visto. Era un ejercicio mental, una forma de distraerse.

Adam Yates había estado en el club de Clyde.

Tal vez vaciló o tal vez Cal Dollinger estaba atento cuanto pasaba a su alrededor. Estaba a punto de salir corriendo, huir hasta donde la llevaran las piernas, pero Dollinger le agarró el brazo con firmeza. Se lo apretó por debajo del codo con suficiente fuerza para llamar su atención. Intentó zafarse, pero era como tirar de un brazo metido en un bloque de cemento.

No podía moverse.

Estaban llegando al coche. Cal cogió velocidad. Los ojos de Olivia escudriñaron la calle, y se posaron sobre Lawrence. Estaba en una esquina, de pie, balanceándose con otro hombre al que ella no conocía. Ambos llevaban unas bolsas de papel marrón en la mano. Lawrence la miró y empezó a levantar una mano para saludarla.

Olivia vocalizó sin sonido: «Ayúdame».

La cara de Lawrence no cambió. No hubo ninguna reacción. El otro bromeó. Lawrence rió desafortadamente y se dio palmadas en el muslo.

No la había visto.

Se acercaron al coche. Olivia pensó aceleradamente. No quería subir con ellos. Intentó caminar más despacio. Dollinger le pellizcó dolorosamente el brazo.

—No se pare —dijo el hombretón.

Llegaron a la puerta trasera. Dollinger la abrió. Ella intentó resistirse, pero la agarraba demasiado fuerte. La empujó para que entrara en el coche.

—Oiga, ¿tiene un dólar?

El hombretón lo miró un segundo. Era Lawrence. Dollinger empezó a volverse, sin hacer caso del mendigo, pero Lawrence le agarró del hombro.





—Oiga, tío. Tengo hambre. ¿Tiene un dólar?

—Aparta.

Lawrence puso las manos sobre el pecho del hombretón.

—Sólo le he pedido un dólar.

—Suelta.

—Un dólar. ¿Es pedir demasiado...?

Y entonces Dollinger soltó el brazo del Olivia.

Olivia dudó, pero no mucho. Cuando las dos manos de Dollinger agarraron a Lawrence por la camisa, ella estaba a punto. Dio un salto y echó a correr.

—¡Corre, Liv!

Lawrence no tuvo que repetirlo.

Dollinger soltó a Lawrence y se volvió rápidamente. Lawrence saltó sobre la espalda del hombretón. Dollinger se lo sacudió como si fuera caspa. Entonces Lawrence hizo una tontería. Pegó a Dollinger con la bolsa marrón. Olivia oyó el *crac* de la botella. Dollinger se volvió y pegó un puñetazo a Lawrence en el esternón. Con fuerza.

—¡Alto, FBI! —gritó Dollinger.

«Ni lo sueñes, hombretón.»

Olivia oyó el coche que salía disparado. Yates hizo chirriar los neumáticos derrapando. Olivia miró por encima del hombro.

Dollinger la estaba alcanzando. Llevaba un arma en la mano.

La ventaja de Olivia era de unos quince metros. Corrió tan rápido como pudo. Era su barrio. Tenía ventaja, ¿no? Atajó por un callejón. Estaba vacío, no había un alma a la vista. Dollinger la siguió. Olivia se arriesgó a mirar atrás. La estaba alcanzando y no parecía cansado.

Aceleró y corrió aún más, balanceando los brazos.

Una bala le pasó silbando. Después otra.

Dios mío. ¡Estaba disparando!

Tenía que salir del callejón. Tenía que encontrar gente. No le dispararía delante de la gente.

¿O sí?



Giró para volver a la calle. El coche estaba allí. Yates corrió detrás de ella. Olivia rodó por encima de un coche aparcado sobre la acera. Estaban en la vieja fábrica Pabst Blue Ribbon. Pronto la derrumbarían y la sustituirían por otro centro comercial sin personalidad. Pero ahora mismo las ruinas podían ser un paraíso.

Un momento. ¿Dónde estaba la vieja taberna?

Olivia dobló a la izquierda. Estaba al fondo del segundo callejón. Se acordaba. Olivia no se atrevía a mirar atrás, pero oía pasos. Se estaba acercando.

— ¡Alto!

«Y una mierda», pensó ella. La taberna. ¿Dónde se había metido la taberna?

Dobló a la derecha.

Bingo, ¡ahí estaba!

La puerta quedaba a la derecha. Olivia no estaba muy lejos. Corrió desesperadamente. Agarró el tirador cuando Dollinger doblaba la esquina. Abrió la puerta y entró cayendo al suelo.

— ¡Auxilio!

Había un hombre dentro. Estaba limpiando vasos detrás de la barra. Levantó la cabeza, sorprendido. Olivia se puso de pie y rápidamente echó el cerrojo.

— ¡Eh! — gritó el camarero —. ¿Qué pasa aquí?

— Alguien intenta matarme.

La puerta tembló.

— ¡FBI! ¡Abran!

Olivia meneó la cabeza. El camarero dudó, después hizo un gesto hacia atrás con la cabeza. Ella corrió. El camarero cogió una escopeta mientras Dollinger abría la puerta a patadas.

El camarero se quedó pasmado al ver a aquel gigante.

— ¡Joder!

— ¡FBI! ¡Tire el arma!

— No tan deprisa, chico...

Dollinger apuntó con su pistola al camarero y disparó dos veces.

El camarero cayó, dejando un charco de sangre en la pared.

«¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!»

Olivia quería gritar.



No. Sigue. Corre.

Pensó en el bebé que llevaba dentro. Le dio fuerzas adicionales. Entró en la habitación trasera que le había señalado el camarero.

Las balas rebotaron en la pared detrás de ella. Olivia se tiró al suelo.

Se arrastró hacia la puerta de atrás. Era de metal pesado. Tenía una llave en la cerradura. Con un movimiento abrió la puerta y giró la llave con tanta fuerza que se rompió. Rodó hacia la luz exterior. La puerta se cerró y se bloqueó automáticamente detrás de ella.

El hombre intentaba abrir la puerta. Como no funcionó, se puso a golpearla. Aquella puerta no cedería tan fácilmente. Olivia corrió, evitando las calles principales, mirando a todos lados en busca del coche de Yates o de Dollinger a pie.

No vio a ninguno de los dos. Tenía que largarse.

Caminó a paso rápido a lo largo de unos tres kilómetros. Pasó un autobús y subió sin importarle adonde se dirigía. Bajó en el centro de Elizabeth. Había una cola de taxis junto a la parada.

—¿Adónde? —preguntó el conductor.

Ella intentó recuperar el aliento.

—Al aeropuerto de Newark, por favor.



## Capítulo 50

Mientras Matt cruzaba Pennsylvania con el Isuzu blanco, se asombró de la cantidad de información que había retenido en la prisión aun considerándola inútil. Está claro que la cárcel no es la gran escuela del crimen que muchos creen. No hay que olvidar que a todos sus inquilinos los habían..., bueno, pillado, y eso ensombrecía un poco su supuesta experiencia.

Él tampoco había escuchado con mucha atención. Las actividades criminales no le interesaban. Su plan, que había mantenido durante nueve años, era mantenerse alejado de cualquier cosa remotamente ilegal.

Eso había cambiado.

El método de robar coches de Saul había dado fruto. Y ahora Matt recordaba otra lección de evasión de la ley de su época entre rejas. Se paró en el aparcamiento de un Great Western junto a la Ruta 80. No había seguridad, como era de esperar. No quería robar otro coche, sólo una matrícula. Quería una matrícula con la letra P. Tuvo suerte. Había un coche en el aparcamiento de empleados con una matrícula que empezaba por la letra P. El coche del empleado serviría, pensó. Eran las once de la mañana. El turno no había terminado. El dueño del coche seguramente estaría varias horas más adentro.

Se paró en un Home Depot y compró cinta aislante negra de la que se usa para recubrir cables telefónicos. Después de asegurarse de que nadie escuchara, cortó un pedazo y lo colocó sobre la letra P hasta convertirla en una letra B. No resistiría un escrutinio cercano pero serviría para llevarle a donde se dirigía.

A Harrisburg, Pennsylvania.

No había alternativa. Tenía que llegar a Reno. Por lo tanto necesitaba coger un avión. Sabía que sería arriesgado. Los trucos de la cárcel para evitar la detección, aunque fueran buenos en su momento, eran anteriores al 11 de septiembre. La seguridad había cambiado mucho desde entonces, pero seguía habiendo medios. Sólo tenía que pensarlo, actuar deprisa y contar con un poco de suerte.



Primero, intentó una maniobra de confusión de toda la vida. Desde un teléfono público de la frontera de Nueva Jersey llamó para hacer una reserva desde el aeropuerto de Newark a Toronto. A lo mejor lo detectarían y creerían que era un aficionado. A lo mejor no. Colgó, fue a otro teléfono público e hizo otra reserva. Apuntó su número de reserva, colgó y meneó la cabeza.

No sería fácil.

Paró en el aparcamiento del aeropuerto de Harrisburg. Todavía llevaba la máuser M2 en el bolsillo. No podía llevársela de ninguna manera. Escondió el arma debajo del asiento del pasajero porque, si las cosas no salían como había pensado, tendría que volver. El Isuzu le había ido bien. Quería escribir una nota a su dueño explicando el motivo de lo que había hecho. Con suerte tendría la posibilidad de hacerlo en el futuro.

A ver si su plan funcionaba...

Pero primero necesitaba dormir. Se compró una gorra de béisbol en la tienda de recuerdos. Buscó una silla vacía en la zona de llegadas, cruzó los brazos sobre el pecho, cerró los ojos y se bajó la visera sobre la cara. En los aeropuertos siempre había gente durmiendo, pensó. ¿Por qué habrían de fijarse en él?

Se despertó una hora después, sintiéndose fatal. Subió al nivel de las salidas. Compró Tylenol extrafuerte y Motrin, y tomó tres de cada. Se aseó un poco en el baño.

La cola en el mostrador de venta de billetes era larga. Eso era bueno, si llegaba a tiempo. Quería que el empleado fuera con prisas. Cuando le tocó, la empleada le dirigió una sonrisa distraída.

—A Chicago, vuelo 188 —dijo.

—Ese vuelo sale dentro de veinte minutos —dijo ella.

—Ya lo sé, pero había tanto tráfico...

—¿Me deja ver su identificación, por favor?

Matt le dio el permiso de conducir. Ella tecleó «Hunter, M.». Era el momento de la verdad. Matt se quedó inmóvil. Ella frunció el ceño y siguió tecleando. No pasó nada.

—No figura, señor Hunter.

—Qué raro.

—¿Tiene el número de reserva?

—Por supuesto.



Le dio el que había apuntado al hacer la reserva por teléfono. Tecleó las letras. YTIQZ2. Matt contuvo el aliento.

La mujer suspiró.

—Ya lo entiendo.

—¡Ah!

Ella meneó la cabeza.

—Han escrito mal su nombre en la reserva. Figura como Mike, no Matt. Y el apellido es Huntman, no Hunter.

—No está mal —comentó Matt.

—Le sorprendería lo a menudo que sucede.

—Ya nada me sorprende —dijo.

Se rieron en comunión de los incompetentes que abundan en el mundo. Ella imprimió el billete y cobró. Matt sonrió, le dio las gracias y subió al avión.

No había vuelo directo de Harrisburg a Reno, pero eso podía ser favorable. No sabía de qué forma se conectaba el sistema informático de la línea aérea con el del gobierno federal, pero dos vuelos cortos seguro que le beneficiaban más que uno largo. ¿Detectaría su nombre el sistema inmediatamente? Matt lo dudaba, pero la esperanza es lo último que se pierde. Pensando con lógica, debería llevar un poco de tiempo recoger la información, procesarla, hablar con la persona idónea. Unas horas como mínimo.

Llegaría a Chicago al cabo de una hora.

En teoría todo iba bien.

Cuando aterrizó sin incidentes en el aeropuerto de O'Hare, en Chicago, sintió que se le aceleraba el corazón de nuevo. Desembarcó intentando no hacerse notar, planificando una ruta de escape si veía una hilera de policía en la puerta. Pero nadie le detuvo cuando bajó del avión. Soltó un buen bufido. Así que no le habían localizado, todavía. Pero ahora venía la parte difícil. El vuelo a Reno era más largo. Si deducían lo que había hecho la primera vez, tendrían tiempo suficiente para detenerle.

Por lo tanto intentó algo ligeramente diferente.

Otra larga fila ante el mostrador de la línea aérea. Podría ir en su favor. Esperó, avanzando a lo largo de la cinta de terciopelo. Observó, buscando al empleado más agotado o más complaciente. La encontró, en el extremo de la derecha. Parecía aburrida hasta las lágrimas. Miraba las identificaciones, pero sus ojos apenas



reaccionaban. No dejaba de suspirar. Miraba a su alrededor todo el rato, obviamente distraída.

Seguramente tenía algún problema personal, pensó Matt. Quizás una pelea con el marido, con su hija adolescente o quién sabe qué.

*«Quizá sea muy astuta y ponga cara de agotada.»*

De todos modos, no tenía muchas alternativas. Cuando Matt llegó al frente de la cola y quedó libre un empleado, fingió buscar algo y dejó adelantarse a una familia. Volvió a hacerlo otra vez y por fin llamó la empleada que esperaba: «Siguiente.» Se acercó lo más discretamente posible.

—Me llamo Matthew Huntler. —Le dio un pedazo de papel con el número de reserva. Ella lo cogió y se puso a teclear.

—De Chicago a Reno/Tahoe, señor Huntler.

—Sí.

—Su identificación, por favor.

Ésa era la parte más difícil. Había intentado pensar en lo más simple posible. M. Huntler era un miembro del club de pasajeros habituales, según lo había memorizado. Los ordenadores no entienden de sutilezas. Los humanos a veces sí.

Le dio su cartera a la empleada. Ella no la miró. Seguía tecleando en el ordenador. A lo mejor tenía suerte. A lo mejor ni siquiera comprobaba su identificación.

—¿Factura maletas?

—Hoy no.

Ella asintió, sin dejar de teclear. Después se volvió a mirar la identificación. Matt sintió un vuelco en el estómago. Recordó algo que Bernie le había mandado por correo electrónico hacía años. Decía:

Esto es un test para divertirse. Lee la frase:

LA FE INFINITA  
ES EL RESULTADO FATAL  
DE AÑOS DE FRENÉTICO ESTUDIO  
COMBINADO CON UNA EXPERIENCIA FERROZ

Ahora cuenta las «F» de esta frase.



Al hacerlo le había dado cuatro. La respuesta correcta era seis. No vemos todas las letras. No estamos capacitados. Matt contaba con ello. Hunter. Huntler. ¿Sería capaz de captar la diferencia?

La mujer dijo:

— ¿Pasillo o ventana?

— Pasillo.

Lo había logrado. El control de seguridad fue aún más fácil, al fin y al cabo, Matt ya se había identificado en facturación, ¿no? El guardia de seguridad miró su foto, su cara, pero no cayó en la cuenta de que en la identificación decía Hunter y en la tarjeta de embarque, Huntler. Se cometen errores tipográficos a todas horas. Y quien revisa cientos o miles de tarjetas de embarque cada día no advierte algo tan insignificante.

De nuevo, Matt subió al avión estando a punto de cerrarse la puerta. Se instaló en un asiento de pasillo, cerró los ojos y no despertó hasta que el piloto anunció que descendían sobre Reno.

La puerta del despacho de la madre Katherine estaba cerrada.

Esta vez Loren no experimentó un retroceso en el tiempo. Llamó con fuerza y puso la mano sobre la manilla. Cuando oyó que la madre Katherine decía: «Adelante», abrió.

La madre superiora daba la espalda a la puerta. No se volvió cuando entró. Sólo preguntó:

— ¿Estás segura de que la hermana Mary Rose fue asesinada?

— Sí.

— ¿Sabes quién fue?

— Todavía no.

La madre Katherine asintió lentamente.

— ¿Ya sabes su nombre real?

— Sí — dijo Loren —, pero habría sido más fácil que usted me lo hubiera dicho.

Loren esperaba que la madre Katherine protestara, pero no lo hizo.

— No podía.

— ¿Por qué no?





—Por desgracia no estaba en mi mano.

—¿Se lo dijo?

—No exactamente. Pero sabía suficiente.

—¿Cómo lo averiguó?

La anciana monja se encogió de hombros.

—Por lo que decía sobre su pasado —dijo—. No parecía cierto.

—¿Le habló de ello?

—No, nunca. Y nunca me dijo su verdadera identidad por temor a poner en peligro a alguien. Pero sé que era algo sórdido. La hermana Mary Rose quería superarlo. Quería corregir su pasado. Y lo hizo. Contribuyó en gran manera a esta escuela, con estos niños.

—¿Con su trabajo o con su dinero?

—Con ambas cosas.

—¿Le donó dinero?

—A la parroquia —corrigió la madre Katherine—. Sí, dio bastante.

—Suenan a culpabilidad.

La madre Katherine sonrió.

—El dinero siempre es así.

—O sea que la versión de las compresiones cardíacas...

—Sabía lo de sus implantes. Me lo dijo ella. También me dijo que si se descubría quién era en realidad, la matarían.

—Pero no creyó que hubiera pasado por eso.

—Parecía muerte por causas naturales. Creí que era mejor dejarlo.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión?

—Habladurías —dijo.

—¿A qué se refiere?

—Una de nuestras hermanas me confesó que había visto a un hombre en la habitación de la hermana Mary Rose. Yo sospechaba, por supuesto, pero no podía demostrarlo. Además había que proteger la reputación de la escuela. Por eso necesitaba que se investigara con discreción y sin traicionar la confianza de la hermana Mary Rose.



— Ahí entro yo.

— Sí.

— ¿Ahora que sabe que fue asesinada?

— Dejó una carta.

— ¿Para quién?

La madre Katherine le enseñó un sobre.

— Para una mujer llamada Olivia Hunter.

Adam Yates era presa del pánico.

Aparcó a buena distancia de la vieja cervecería y esperó a que Cal hiciera una limpieza rápida. Las pistas desaparecerían. El arma de Cal era imposible de rastrear. Las matrículas que usaban no llevarían a ninguna parte. Algún chiflado podría identificar a un hombre enorme persiguiendo a una mujer, pero eso no serviría en la práctica para relacionarlos con el camarero muerto. Quizá.

No, nada de eso. Había estado en peores apuros. El camarero había apuntado a Cal con un rifle. Sus huellas quedaban en él. El arma sin identificar, en el escenario. Y ellos dos saldrían del estado en cuestión de horas.

Saldrían de ésta.

Cuando Cal se sentó en el asiento contiguo, Adam dijo:

— La has hecho buena.

Cal asintió.

— Lo reconozco.

— No deberías haber intentado matarla.

Él asintió otra vez.

— Un error —reconoció—. Pero no podemos dejarla escapar. Si se descubre su identidad...

— La descubrirán de todos modos. Loren Muse lo sabe.

— Es verdad, pero sin Olivia Hunter no llega a ninguna parte. Si la detienen, intentará salvarse y eso significa hablar de lo que pasó hace años.

Yates sintió que algo dentro de él empezaba a desgarrarse.



—No quiero hacer daño a nadie.

—Adam...

Él miró al gigante.

—Es demasiado tarde para eso —dijo Dollinger—. O nosotros o ellos, ¿recuerdas?

Adam asintió lentamente.

—Tenemos que encontrar a Olivia —dijo Dollinger—. Y me refiero a nosotros. Si otros agentes la arrestan...

Yates acabó la frase:

—Podría hablar.

—Exactamente.

—La convocaremos como testigo material —dijo Yates—. Diremos que vigilen los aeropuertos cercanos y las estaciones de tren pero que no hagan nada sin notificárnoslo.

Cal asintió.

—Está hecho.

Adam Yates consideró las posibilidades.

—Volvamos a la oficina del condado. Quizá Loren ha descubierto algo útil sobre Kimmy Dale.

Llevaban cinco minutos conduciendo cuando sonó el teléfono. Cal lo cogió y ladró:

—Agente Dollinger.

Cal escuchó atentamente.

—Dejadla bajar. Que la siga Ted. No os acerquéis a ella, repito, no os acerquéis. Iré en el próximo avión.

Colgó.

—¿Qué?

—Olivia Hunter —dijo—. Va en un avión a Reno.

—Otra vez Reno —dijo Yates.

—Hogar de los difuntos Charles Talley y Max Darrow.

—Y quizá la cinta. —Yates dobló a la derecha—. Todas las señales apuntan al oeste, Cal. Creo que será mejor que vayamos allí nosotros también.



## Capítulo 51

El taxista que la recogió trabajaba para una compañía llamada Reno Rides. Se paró, aparcó, se volvió y miró a Olivia de arriba abajo.

— ¿Está segura de que es aquí?

Olivia se limitó a mirarle.

— Señora...

Una cruz adornada colgaba del retrovisor del taxi. La guantera estaba empapelada con tarjetas de oraciones.

— ¿Es aquí el 488 de Center Lane Drive? — preguntó.

— Aquí es.

— Entonces sí.

Olivia metió la mano en el bolso. Le dio el dinero y él le entregó un folleto.

— No tiene que hacerlo — dijo él.

El folleto era de una iglesia. Juan 3:16 estaba en la cubierta. Olivia sonrió.

— Jesús la ama — dijo el taxista.

— Gracias.

— La llevaré a donde quiera. Sin cobrar.

— No se preocupe — dijo Olivia.

Bajó del taxi. El conductor la miró con tristeza. Olivia le despidió con la mano. Después se puso una mano sobre los ojos a modo de visera. El rótulo anticuado de neón decía:

EAGER BEAVER - BAILARINAS DESNUDAS



Le tembló el cuerpo. Una vieja reacción, pensó. Nunca había estado en ese sitio, pero lo conocía. Conocía las camionetas sucias que llenaban el aparcamiento. Conocía a los hombres que entraban despreocupadamente, las luces de baja intensidad, la sensación pegajosa de la barra de baile. Se fue hacia la puerta sabiendo lo que encontraría dentro.

Matt temía la cárcel, que volvieran a encerrarle. Esto, frente a ella, era su cárcel.

Candi Cane vive un día más.

Olivia Hunter había intentado exorcizar a Candace *Candi Cane* Potter hacía años. Ahora la chica había vuelto a lo grande y de la peor manera. Los expertos no tienen ni idea: claro que se puede borrar el pasado. Olivia lo sabía. Podía apretujar a Candi en una habitación trasera, cerrar la puerta y destruir la llave. Casi lo había hecho, lo habría hecho, pero había algo que siempre había impedido que esa puerta, por muy fuerte que la empujara, se cerrara del todo.

Su hija.

Un escalofrío le recorrió la columna. Dios mío, pensó. ¿Estaría trabajando allí su hija?

Por favor, no.

Eran las cuatro de la tarde. Quedaba mucho tiempo para la cita de medianoche. Podía ir a alguna parte, buscar un Starbucks tal vez o coger una habitación en un motel, dormir un poco. Se había adormilado un rato en el avión, pero sin duda podía dormir más.

Cuando aterrizaron, Olivia llamó a la sede del FBI y preguntó por Adam Yates. Cuando le pusieron con la oficina del agente especial jefe, colgó.

O sea que Yates era legal. Probablemente Dollinger también.

Eso significaba que dos agentes del FBI habían intentado matarla.

No habría ni arresto ni captura. Sabía demasiado.

Las últimas palabras que le había dicho Clyde le volvieron a la cabeza: «Dime dónde está...».

Empezaba a cobrar sentido. Había rumores de que Clyde grababa cintas para hacer chantaje. Probablemente había chantajeado a quien no debía, a Yates o a alguien cercano a él. De algún modo eso los había llevado hasta la pobre Cassandra. ¿Tenía ella las cintas? ¿Salía en ellas?

De pie, leyendo el cartel del eager beaver buffet a 4,99 dólares, Olivia asintió para sí misma.



Ya estaba. Debía acabar. Se puso a caminar hacia la puerta.

Podía esperar, volver más tarde.

No.

Cuando entró la miraron con curiosidad. Las mujeres no van a esos locales solas. De vez en cuando un hombre lleva a su novia. La chica intenta dárselas de moderna. O tal vez tiene tendencias lésbicas. Lo que sea. Pero las mujeres nunca van solas.

Al entrar ellas algunas cabezas se volvieron, pero no tantas como sería de suponer. En esa clase de locales la gente reacciona con lentitud. El ambiente era pegajoso, lánguido. Las luces estaban bajas. Las expresiones eran desanimadas. Los clientes supondrían que ella era una de las bailarinas en día de descanso o una lesbiana que esperaba que su amante terminara el turno.

«Don't You Want Me» de Human League sonaba en la sala, una canción que ya era un clásico cuando Olivia bailaba. Retro, imaginó, pero siempre le había gustado. En aquel lugar, la letra se suponía que había de sonar sexy, pero si escuchabas con atención, Phil Oakey, el cantante, te hacía sentir el dolor y el trastorno de tener el corazón roto. El título no se repetía con lujuria. Se repetía con angustiada incredulidad.

Olivia se sentó en un rincón alejado. Había tres bailarinas en escena en aquel momento. Dos miraban al infinito. Una se trabajaba a un cliente, con fingida pasión, invitándolo a introducir billetes de dólar en su tanga. El hombre la satisfacía. Olivia observó a la clientela y se dio cuenta de que nada había cambiado en la última década, desde que ella ya no trabajaba en locales así. Los hombres eran del mismo estilo. Unos tenían caras inexpresivas. Otros tenían miradas borrosas. Otros probaban una expresión engreída, jactanciosa, como quien está por encima de todo. Otros se tragaban las cervezas agresivamente, mirando a las chicas con descarada hostilidad, como si exigieran una respuesta a la eterna pregunta: «¿Eso es todo?».

Las chicas en escena eran jóvenes y estaban colocadas. Se notaba. Su antigua compañera Kimmy tenía dos hermanos que se pinchaban. Kimmy no toleraba el consumo de drogas. Así que Olivia —no, Candi— se tiró a la bebida, pero Clyde Rangor la obligó a dejarlo cuando empezó a tambalearse en escena. Clyde, el asesor de rehabilitación. Raro, pero así era.

La grasa del repugnante buffet ensuciaba el ambiente, más como una especie de segunda piel que como un olor. ¿Quién se comía esa porquería?, se preguntó Olivia. Alitas de pollo que se remontaban a la administración Carter. Perritos calientes metidos en agua hasta que..., bueno, hasta que desaparecían. Patatas fritas tan aceitosas que engullirlas se convertía en una imposibilidad. Hombres gordos se



acercaban a la comida y la amontonaban en los platos hasta alturas vertiginosas. Olivia casi podía ver cómo se endurecían sus arterias con aquella poca luz.

Algunos locales de *strippers* se autodenominaban «clubes de caballeros», y los ejecutivos vestían traje y se comportaban como si estuvieran por encima de la chusma. El Eager Beaver no tenía esas pretensiones. Era un local donde los tatuajes superaban en número a los dientes. Había peleas. Los gorilas tenían más agallas que músculos, porque los músculos eran sólo fachada y esos tipos podían sacudir en serio.

Olivia no tenía miedo ni estaba intimidada, pero no estaba muy segura de lo que hacía allí. La chica en escena empezó a girar. La bailarina de la plataforma uno se fue del escenario. Una jovencita burbujeante subió a la plataforma tres. De ninguna manera podía alcanzar la edad legal. Era todo piernas, y se movía sobre los altos tacones como un potro. Su sonrisa parecía casi sincera, con lo que Olivia se imaginó que todavía no le habían arrancado del todo la vida.

—¿Le pongo algo?

La camarera miró a la rareza que constituía Olivia con cautela.

—Una Coca-Cola, por favor.

La camarera se marchó. Olivia no dejó de mirar a la chica burbujeante. Algo de ella le trajo recuerdos de la pobre Cassandra. Sería por la edad, se imaginó. Cassandra era mucho más bonita. Y entonces, mientras miraba a las tres chicas que seguían en escena, se planteó la pregunta obvia: ¿Sería su hija una de esas chicas?

Miró sus caras buscando algún parecido y no encontró ninguno. Eso no quería decir nada, por supuesto. Ya lo sabía. La camarera le trajo la Coca-Cola. Olivia la dejó intacta. No tenía ninguna intención de beber de uno de esos vasos.

Diez minutos después las chicas volvieron a cambiar. Otra chica nueva. Seguramente era un turno de cinco: tres chicas en escena, dos fuera, una rotación constante. Podía ser un turno de seis. Pensó en Matt, y en cómo llegaría hasta allí. Se había mostrado tan seguro de conseguirlo, ¿o había sido una fanfarronada para hacerla sentir segura?

La bailarina en la plataforma dos se trabajaba a un hombre con un tupé tan horrible que parecía que llevara una cremallera. Probablemente le estaba soltando el clásico cuento de que trabajaba para pagarse los estudios, pensó Olivia. Siempre la asombraba que a los hombres les pusiera la idea de que una chica era estudiante. ¿Necesitaban un toque de pureza para compensar la inmundicia?

La chica que estaba en la plataforma uno al entrar Olivia salió de atrás. Se acercó a un hombre que tenía un ala de pollo colgando de la boca. El hombre dejó caer el ala y



se secó las manos en los vaqueros. La chica tomó al hombre de la mano y desapareció en un rincón. Olivia quería seguirla. Deseaba coger a todas esas chicas y arrastrarlas fuera, a la luz del sol.

Era suficiente.

Hizo un gesto a la camarera para que le trajera la cuenta. La chica se apartó de un puñado de clientes bromistas.

—Tres cincuenta —dijo ella.

Olivia se puso de pie, recogió el bolso y sacó un billete de cinco. Estaba a punto de dárselo a la camarera, dispuesta a salir de aquel lugar oscuro y siniestro, cuando las bailarinas cambiaron de nuevo. Una nueva chica salió de bastidores.

Olivia se quedó paralizada. Después un pequeño gemido, un fuerte gemido de angustia se le escapó de los labios.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó la camarera.

Caminando por el escenario, situándose en la posición número tres, era Kimmy.

—¿Señorita?

A Olivia le fallaron las piernas. Volvió a sentarse.

—Deme otra Coca-Cola.

No había tocado la primera, pero si esto inquietó a la camarera, lo disimuló muy bien. Olivia se quedó mirando el escenario. Durante unos segundos, dio rienda suelta a sus sentimientos. Remordimiento, por supuesto. Una profunda tristeza de ver a Kimmy todavía en aquel escenario después de todo ese tiempo. Culpabilidad por lo que Olivia se había visto obligada a dejar atrás. Pero también había alegría por volver a ver a su amiga. Olivia había visitado un par de páginas web en las últimas semanas, para saber si Kimmy seguía bailando. No había encontrado nada, y Olivia esperaba que eso significara que Kimmy ya no estaba en el negocio. Ahora lo comprendía: Kimmy tenía un nivel demasiado bajo para merecer una simple mención.

Olivia no podía moverse.

A pesar de lo que se pueda creer, no era difícil forjar amistades en aquella vida. La mayor parte de ellas se querían sinceramente. Eran como compañeros de armas, que crean vínculos mientras intentan seguir con vida. Pero nadie había sido como Kimmy Dale. Kimmy había sido su amiga más íntima, la única a la que añoraba, la única en que pensaba, con quien todavía deseaba hablar. Kimmy la hacía reír. Kimmy la había sacado de la cocaína. Había guardado el arma que había salvado la vida de Olivia.





La sonrisa de Olivia en la penumbra. Kimmy Dale, obsesiva por la limpieza, a veces compañera de baile, su confidente.

Y entonces la culpabilidad y la tristeza volvieron a invadirla.

Los años no la habían tratado bien, pero ningún año había tratado bien a Kimmy Dale. Le colgaba la piel. Tenía arrugas alrededor de la boca y de los ojos. Tenía pequeños moratones en los muslos. Llevaba demasiado maquillaje, como las viejas «loro» en que tanto miedo les daba llegar a convertirse. Ése era su mayor temor: ser uno de esos loros que no se daban cuenta de que había llegado la hora de retirarse.

El número de Kimmy no había cambiado, los mismos pocos pasos, los movimientos un poco más lentos, más letárgicos. Las mismas botas negras altas que siempre le habían gustado. Hubo una época en la que Kimmy animaba al público mejor que ninguna otra —tenía una sonrisa espectacular— pero la fachada ya no existía. Olivia no se movió.

*«Kimmy cree que he muerto.»*

¿Cómo reaccionaría Kimmy, se preguntó, al ver a ese... a ese fantasma? Olivia no sabía qué hacer. ¿Debía dejarse ver, o quedarse en la penumbra, esperar treinta minutos más y salir cuando estuviera segura de que Kimmy no la vería?

Se quedó sentada, miró a su amiga y pensó en lo que podía hacer a continuación. Era evidente. Empezaba a ver las cosas con claridad. El pacto con Emma estaba anulado. Yates y Dollinger sabían quién era ella. No había razones para seguir escondiéndose. No había nadie más a quien proteger y quizá, todavía podía salvar a alguien.

Cuando Kimmy estaba acabando su rotación, Olivia hizo un gesto a la camarera.

—La bailarina de la derecha —dijo Olivia.

—¿La negra?

—Sí.

—La llamamos Magic.

—De acuerdo, bien. Quiero una sesión privada con ella.

La camarera arqueó una ceja.

—¿Se refiere a detrás?

—Eso. Una habitación privada.

—Cincuenta dólares más.

—De acuerdo —dijo Olivia.



Había sacado dinero del cajero en Elizabeth. Le dio a la chica diez más de propina. La camarera se guardó el billete en el escote y se encogió de hombros.

—Vaya atrás y a la derecha. Segunda puerta. Tiene una B. Le mandaré a Magic en cinco minutos.

Tardó más que eso. En la habitación había un sofá y una cama. Olivia no se sentó. Se quedó de pie y esperó. Estaba temblando. Oyó pasos al otro lado de la puerta. Por el sistema musical, se oía a Tears for Fears diciendo que todos quieren gobernar el mundo. Y que lo digan.

Llamaron a la puerta.

—¿Está ahí?

La voz. No había duda de quién era. Olivia se secó los ojos.

—Pase.

Se abrió la puerta. Entró Kimmy.

—Bien, primero le diré la tarifa...

Calló.

Durante unos segundos, se quedaron quietas dejando que las lágrimas les resbalaran por las mejillas. Kimmy meneó la cabeza con incredulidad.

—No puede ser...

Candi —no, ahora Olivia— finalmente habló.

—Soy yo.

—Pero...

Kimmy le puso una mano sobre los labios y sollozó. Candi abrió los brazos. Kimmy casi se desplomó. Candi la agarró con fuerza.

—Tranquila —dijo suavemente.

—No puede ser...

—Tranquila —repitió Olivia, acariciándole el pelo—. Estoy aquí. He vuelto.



## Capítulo 52

El vuelo de Loren tenía destino a Reno vía Houston.

Había pagado el billete con su dinero. Se estaba arriesgando mucho —podía verse obligada a dejar su trabajo y mudarse a un lugar como Nuevo México o Arizona— pero los hechos eran los hechos. Steinberg debía trabajar siguiendo las normas. Ella lo comprendía y en cierto modo estaba de acuerdo.

Pero en el fondo sabía que aquélla era la única forma de proceder.

Yates, un federal, estaba involucrado en algo poco claro.

Había empezado a sospechar cuando Yates se había puesto desagradable de golpe al salir de casa de Len Friedman. De repente había fingido ser un imbécil irracional —no era muy raro en un agente federal, lo sabía— pero le había parecido falso, forzado. Yates había fingido control, pero Loren había presentido su pánico. Casi se podía oler.

Estaba claro que Yates no quería que ella viera a Olivia Hunter ni que hablara con ella.

¿Por qué?

Y cuanto más lo pensaba, ¿qué había provocado aquel cambio de humor? Recordaba lo que había ocurrido en el sótano de Friedman, algo que en aquel momento había parecido ínfimo y sin importancia. Yates se había esforzado mucho por desviar la conversación sobre Rangor y Lemay, sobre lo que Friedman había calificado de «peor» que delatar a la clientela. En aquel momento a Loren sólo le había molestado la interrupción de Yates. Pero si después añadía la forma como la había echado del caso...

Bueno, sí, todavía no tenía nada concreto.

Después de visitar a la madre Katherine, Loren había llamado al móvil de Yates. No había obtenido respuesta. Había probado en casa de Olivia Hunter. Tampoco le había contestado nadie. Y entonces había salido una llamada por radio, sobre un asesinato en Irvington, en una taberna, no muy lejos de donde vivían los Hunter.



Todavía no se sabía gran cosa, pero había rumores sobre un tipo enorme que perseguía a una mujer por la calle.

Un tipo enorme. Cal Dollinger, a quien Yates dijo que llevaría para interrogar a Olivia Hunter, era un hombre enorme.

De nuevo eso no significaba nada por sí solo.

Pero añadido a lo que ya sabía...

Entonces había llamado a Steinberg y le había preguntado:

—¿Sabes dónde está Yates?

—No.

—Yo sí —dijo Loren—. He hablado con mi informador en el aeropuerto. —Al fin y al cabo, el aeropuerto de Newark estaba en el condado de Essex. La oficina tenía varios contactos allí—. Él y ese Goliat van en un vuelo que se dirige al aeropuerto de Reno-Tahoe.

—¿Y a mí me interesa por algo?

—Querría seguirles —dijo Loren.

—¿Cómo dices?

—Yates está metido en algo.

Le contó a Steinberg lo que sabía. Casi podía verle frunciendo el ceño.

—*Veamos si lo he entendido* —dijo su jefe—. *¿Crees que Yates está involucrado de alguna manera en el caso? Adam Yates, un agente del FBI condecorado. Espera, no, para ser concretos: un agente especial jefe, el federal de máximo rango de Nevada. Te basas en: A, su estado de ánimo y B, que un tipo muy grande se vio cerca de un escenario del crimen, en Irvington, y C, que vuelve al estado donde vive. ¿Es eso todo?*

—Deberías haberle visto jugando a policía bueno-policía malo, jefe.

—Ya.

—Me quería fuera del caso y lejos de Olivia Hunter. Te lo digo: Yates es el malo, jefe, lo sé.

—Y tú ya sabes lo que voy a decir, ¿no?

Loren lo sabía.

—Encuentra pruebas.

—Acertaste.

—Hazme un favor, jefe.



— ¿Qué?

— Comprueba su versión de que Rangor y Lemay fueron testigos del estado.

— ¿Por qué?

— Comprueba que sea verdad.

— ¿Es que crees que se lo inventó?

— Tú compruébalo.

Su jefe vaciló.

— *Dudo que sirva para nada. Soy empleado del condado. Esto afecta a la ley anticorrupción y chantaje. No querrán hablar.*

— Entonces pregúntaselo a Joan Thurston.

— *Me dirá que estoy pirado.*

— ¿No lo piensa ya?

— *Sí, bueno, en eso tienes razón* —dijo él. Se aclaró la garganta—. *Una cosa más.*

— Sí, jefe.

— *¿Estás pensando en hacer alguna estupidez?*

— ¿Quién? ¿Yo?

— *Como jefe, sabes que no autorizaré nada. Pero si vas a tu aire y yo no me entero...*

— No digas más.

Loren colgó. Sabía que las respuestas estaban en Reno. Charles Talley trabajaba en el Eager Beaver, en Reno. Kimmy Dale también. Ahora Yates y Dollinger se dirigían allí. Así que Loren dejó claro que no estaba de servicio. Después reservó un vuelo y se fue al aeropuerto. Antes de embarcar, hizo otra llamada. Len Friedman seguía en su oficina del sótano.

— *Hola* —exclamó Friedman—. *¿Me llama por lo de la autopsia de Candi Cane?*

— Es suya si contesta unas preguntas más. Me ha dicho que «lo que pasa en Las Vegas queda en Las Vegas».

— Sí.

— Cuando le he preguntado si se refería a que Clyde Rangor y Emma Lemay delataran a los clientes, ha dicho «peor».

Hubo un silencio.

— ¿A qué se refería, señor Friedman?



—*¿5 algo que he oído* — dijo él.

— ¿Qué?

— *Que Rangor tenía un negocio montado.*

— ¿Se refiere a chantaje?

— *Sí, algo parecido.*

Calló.

— ¿Qué hacía? — preguntó Loren.

— *Grababa cintas.*

— ¿De?

— *De lo que cree.*

— ¿De las relaciones sexuales que mantenían sus clientes con mujeres?

De nuevo un breve silencio.

— Señor Friedman...

— *Sí* — dijo — . *Pero...*

— ¿Pero qué?

— *Pero* — bajó la voz — *no estoy seguro de que se las pueda llamar mujeres.*

Ella frunció el ceño.

— ¿Eran hombres?

— *No, no es eso* — dijo Friedman — . *Mire, ni siquiera sé si es verdad. La gente no para de inventar historias.*

— ¿Y cree que esto es una invención?

— *No lo sé, es lo único que puedo decir.*

— Pero ha oído rumores.

— *Sí.*

— ¿En qué consisten esos rumores? — preguntó Loren — . ¿Qué había en las cintas?



## Capítulo 53

Matt bajó del avión y salió rápidamente del aeropuerto. Nadie le detuvo. Se sentía exaltado. Lo había conseguido. Había llegado a Reno con horas de sobra.

Paró un taxi.

—488 Center Lane Drive.

El viaje transcurrió en silencio. Cuando llegaron a la dirección, Matt echó un vistazo al Eager Beaver a través de la ventanilla. Pagó al taxista, bajó y se metió en el local.

Era de esperar, pensó para sí mismo.

Aunque no hubiera pensado que el 488 de Center Lane Drive fuera un local de *strippers*, tampoco le sorprendió mucho. Olivia pasaba algo por alto en aquel asunto. Matt lo veía. Incluso comprendía la razón. Quería encontrar a su hija. Eso la había cegado un poco. Ella no percibía lo que para él era obvio: aquel embrollo iba más allá de una adopción o incluso de un montaje para extorsionar dinero.

Todo se originaba en las fotos que le habían mandado al móvil.

Al familiar de un chica enferma no le interesa poner celoso al marido. Un gánster de poca monta que persigue un buen negocio no pierde el tiempo rompiendo matrimonios.

Había un motivo para ir más lejos. Matt no estaba seguro, pero sabía que era algo malo, algo por lo que quien estuviera detrás quisiera arrastrarlos hasta un local de esa categoría.

Una vez dentro encontró una mesa en un rincón. Echó un vistazo a su alrededor, esperando ver a Olivia. No la vio. Tres chicas ondulaban lentamente en el escenario. Intentó imaginarse a su preciosa mujer, la que hacía que los afortunados que la conocían se sintieran mejor, allí arriba. Curiosamente no era tan difícil de imaginar. Más que confundirlo, la impactante confesión de Olivia lo explicaba todo. Por eso ella tenía esa pasión por las cosas que la mayoría considera corrientes, por eso deseaba tanto tener una familia, un hogar, la vida en las afueras. Anhelaba lo que los



demás consideran al mismo tiempo su normalidad y su sueño. Ahora Matt lo entendía en todo su sentido.

Aquella vida. La vida que intentaban construir juntos. Ella tenía razón: valía la pena esforzarse por conseguirla.

Se le acercó una camarera y Matt pidió un café. Necesitaba un chute de cafeína. Ella se lo trajo. Era sorprendentemente bueno. Mientras lo bebía observó a las chicas e intentó reflexionar un poco, pero no se le ocurrió nada nuevo.

Se levantó y preguntó si tenían teléfono público. El portero, un gordo con la cara marcada de viruela, le señaló uno con el pulgar. Matt llevaba una tarjeta prepago. Siempre llevaba una, algo que también había aprendido en la celda, creía. La verdad es que una tarjeta se podía localizar. Se podía descubrir de dónde procedía e incluso quién la había comprado. Algún día. El mejor ejemplo era la localización de una llamada con tarjeta telefónica en el caso del atentado de Oklahoma. Pero tardaron. Podrían utilizarlo para procesarle, pero a Matt ya no le preocupaba.

Llevaba el móvil apagado. Si se llevaba encendido, se corría el riesgo de delatar el paradero. La localización de móviles, incluso sin llamada, es un hecho. Apretó los dígitos del número 800, después su código y a continuación la línea privada de Mediana Edad en el despacho.

—Kier.

—Soy yo.

—No digas nada que no quieras que otros oigan.

—Entonces habla tú, Ike.

—Olivia está bien.

—¿La retuvieron?

—No. Se ha... ido.

Era una buena noticia.

—¿Y?

—Espera. —Dejó el teléfono.

—Hola, Matt.

Era Cingle.

—He hablado con esa investigadora que conoces. Espero que no te importe, pero me tenían entre la espada y la pared.

—Lo entiendo.





—De todos modos nada de lo que dije puede perjudicarte.

—No te preocupes por eso —dijo Matt.

Matt miraba en dirección a la entrada del club. Cingle le estaba diciendo algo más, algo sobre Darrow y Talley, pero otra cosa le distrajo.

Matt casi dejó caer el teléfono cuando vio quién acababa de entrar en el Eager Beaver. Era Loren Muse.

Loren Muse enseñó la placa al gordo de la puerta.

—Estoy buscando a una de sus bailarinas. Se llama Kimmy Dale.

El gordo se limitó a mirarla.

—¿Me ha oído?

—Sí.

—¿Y?

—Y su identificación pone Nueva Jersey.

—Sigo siendo un agente de policía.

El gordo meneó la cabeza.

—Está fuera de su jurisdicción.

—¿Es abogado usted, o qué?

El gordo la señaló con el dedo.

—Muy buena. Adiós, adiós.

—He dicho que estoy buscando a Kimmy Dale.

—Y yo he dicho que aquí no tiene jurisdicción.

—¿Quiere que traiga a la policía local?

Él se encogió de hombros.

—Si eso la complace, guapa, adelante.

—Le puedo complicar la vida.

—Mire. —El gordo sonrió y señaló su propia cara—. Mire cómo tiemblo.



Sonó el móvil de Loren. Ella dio un paso a la derecha. La música estaba muy alta. Loren se llevó el móvil a la oreja derecha y se tapó la izquierda con un dedo. Entornó los ojos, como si así pudiera mejorar la conexión.

— ¿Diga?

— *Quiero hacer un trato contigo.*

Era Matt Hunter.

— Te escucho.

— *Me entregaré a ti y sólo a ti. Iremos a algún sitio y esperaremos allí hasta la una de la madrugada.*

— ¿Por qué hasta la una?

— *¿Crees que he matado a Darrow o a Talley?*

— Te reclaman para interrogarte.

— *No te he preguntado eso. Te pregunto si crees que les he matado yo.*

Ella frunció el ceño.

— No, Matt. No creo que tengas nada que ver con eso. Pero tu esposa sí. Sé quién es. Se ha escondido y ha huido durante mucho tiempo. Deduzco que Max Darrow descubrió que estaba viva, que fue tras ella y que tú te encontraste en medio.

— *Olivia es inocente.*

— De eso no estoy tan segura — dijo Loren.

— *Mi trato sigue en pie. Me entregaré a ti. Vayamos a otro sitio y hablemos de esto.*

— ¿A otro sitio? No sabes dónde estoy.

— *Sí— dijo Matt—. Sé exactamente dónde estás.*

— ¿Cómo?

Loren oyó un clic. Maldita sea, le había colgado. Estaba a punto de llamar para que localizaran la llamada cuando sintió que le tocaban el hombro. Se volvió y lo vio detrás de ella, como si se hubiera materializado sin más.

— ¿Qué? — dijo Matt—. ¿Hago bien en confiar en ti?



## Capítulo 54

Cuando el avión aterrizó, Cal Dollinger se puso al mando. Yates ya estaba acostumbrado. Muchos creían equivocadamente que Dollinger era sólo la fuerza bruta y Yates el cerebro. En realidad su relación había estado siempre más cerca de la asociación política. Adam Yates era el candidato que se mantenía impoluto. Cal Dollinger estaba entre bastidores y dispuesto a ponerse desagradable.

— Adelante — dijo Dollinger —. Llama.

Yates llamó a Ted Stevens, el agente que habían asignado a seguir a Olivia Hunter.

— Eh, Ted, ¿aún la sigues? — preguntó Yates.

— *Estoy en ello.*

— ¿Dónde está?

— *No se lo va a creer. La señora Hunter bajó del avión y se fue directamente a un local de strippers llamado Eager Beaver.*

— ¿Sigue allí?

— *No, se ha ido con una stripper negra. Las he seguido hasta un tugurio de la parte oeste de la ciudad.* — Stevens le dio la dirección.

Yates la repitió para Dollinger.

— Así que Olivia Hunter sigue en la caravana de la *stripper* — preguntó Yates.

— *Sí.*

— ¿Hay alguien con ellas?

— *No, están solas.*

Yates miró a Dollinger. Habían hablado de cómo apartar a Stevens del caso y montar el escenario para lo que estaba a punto de ocurrir.

— De acuerdo, gracias, Ted. Déjalas por ahora. Nos vemos en el despacho de Reno dentro de diez minutos.



— *¿Van a relevarme?* —preguntó Stevens.

—No es necesario —dijo Yates.

— *¿Qué pasa?*

—Olivia Hunter solía trabajar en los clubes para Pelambreras. Ayer la descubrimos.

— *¿Sabe mucho?*

—Sabe suficiente —dijo Yates.

— *¿Qué hace con la negra?*

—Bueno, nos prometió que intentaría convencer a una mujer llamada Kimmy Dale, una bailarina negra que trabaja en el Eager Beaver, para que cantara. Hunter nos dijo que Dale sabía mucho. Así que le hemos dado cuerda, a ver si mantiene su palabra.

— *Parece que sí.*

—Sí.

— *Entonces vamos bien.*

Yates miró a Dollinger.

—Siempre que Pelambreras no se entere, sí, creo que vamos bien. Nos veremos en el despacho dentro de diez minutos, Ted. Ya hablaremos.

Yates colgó. Estaban en la explanada, buscando la salida. Él y Dollinger caminaban hombro con hombro, como hacían desde la escuela elemental. Vivían en la misma calle, en Henderson, en las afueras de Las Vegas. Sus esposas eran compañeras de universidad y todavía eran inseparables. El hijo mayor de Dollinger era íntimo amigo de la hija de Yates, Anne. La llevaba cada mañana a la escuela.

—Tiene que haber otra forma —dijo Yates.

—No la hay.

—Estamos cruzando una línea, Cal.

—Ya las hemos cruzado.

—No de esta manera.

—No, no de esta manera —convino Cal—. Tenemos familia.

—Lo sé.



—Entonces haz los cálculos. Por un lado, hay una persona, Candace Potter, una ex *stripper*, probablemente una ex prostituta, que se relacionaba con pringados como Clyde Rangor y Emma Lemay. Esto está en un lado de la ecuación, ¿no?

Yates asintió, sabiendo lo que venía a continuación.

—Por otro lado hay dos familias. Dos maridos, dos esposas, tres hijos tuyos, dos míos. Tú y yo, puede que no seamos tan inocentes, pero el resto lo son. Así que eliminamos la vida de una ex prostituta, tal vez dos si no puedo apartarla de esa Kimmy Dale, o dejamos que siete vidas, vidas que valen la pena, se hagan pedazos.

Yates mantuvo la cabeza baja.

—Ellos o nosotros —dijo Dollinger—. En este caso, no es una elección difícil.

—Debería ir contigo.

—No. Es necesario que estés en la oficina con Ted. Tú vas a crear el escenario del asesinato. Cuando se descubra el cadáver de Hunter, debe parecer un golpe de la mafia para mantener en silencio a una confidente.

Salieron del aeropuerto. La noche empezaba a caer.

—Lo siento —dijo Yates.

—Tú me has salvado la piel muchas veces, Adam.

—Debería haber otra manera —repitió Yates—. Seguro que hay otra manera.

—Ve a la oficina —dijo Dollinger—. Te llamaré cuando haya terminado.



## Capítulo 55

El olor a ambientador llenaba la caravana de Kimmy.

Cada vez que Olivia olía aquel ambientador durante la última década se había transportado a aquella caravana en las afueras de Las Vegas. La nueva casa de Kimmy todavía conservaba ese olor. Olivia sintió viajar hacia atrás en el tiempo.

Si había vías de tren cerca, ese barrio estaba en el lado desfavorecido. La caravana tenía la pintura desconchada. Faltaban cristales en las ventanas y se habían tapado con chapa. El coche oxidado seguía en un rincón como un perro abandonado. El camino de entrada estaba manchado de aceite. Pero el interior, además del olor mencionado, estaba limpio y amueblado con lo que las revistas clasificarían de buen gusto. Nada caro, por supuesto. Pero tenía detalles. Cojines bonitos. Algunas figurillas.

En resumidas cuentas, era un hogar.

Kimmy cogió dos copas y una botella de vino. Se sentaron en un sofá y Kimmy sirvió. El aire acondicionado rugía. Kimmy dejó su copa a un lado. Alargó ambas manos y las colocó cariñosamente en las mejillas de Olivia.

—No puedo creer que estés aquí —dijo Kimmy suavemente.

Entonces Olivia le contó toda la historia.

Tardó un rato. Empezó por el día que se encontró mal en el club, la vuelta a la caravana, el cadáver de Cassandra, la agresión de Clyde. Kimmy escuchó atentamente. No dijo una sola palabra. De vez en cuando lloraba. Se estremeció, pero no la interrumpió.

Cuando Olivia mencionó el mensaje de su hija, Kimmy se puso rígida.

—¿Qué?

—La conocí —dijo Kimmy.

Olivia sintió un vuelco en el estómago.

—¿Mi hija?



—Vino aquí —dijo Kimmy—. A mi casa.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—No lo entiendo. Vino aquí. ¿Por qué?

—Dijo que se había puesto a buscar a su madre biológica. Por curiosidad. Los jóvenes sienten curiosidad. Le dije lo más amablemente que pude que estabas muerta, pero ya lo sabía. Dijo que quería encontrar a Clyde y vengarte, o algo parecido.

—¿Cómo podría haber sabido de Clyde?

—Dijo... Déjame pensar, dijo que primero había visitado al policía que llevó tu homicidio.

—¿A Max Darrow?

—Ése, creo que se llamaba así. Fue a hablar con él. Le dijo que creía que Clyde te había matado, pero que nadie sabía dónde estaba Clyde. —Kimmy meneó la cabeza—. Todos estos años. ¿Ese hijo de puta ha estado muerto todos estos años?

—Sí —dijo Olivia.

—Es como enterarse de que Satán ha muerto.

—¿Cómo se llama mi hija?

—No me lo dijo.

—¿Parecía enferma?

—¿Enferma? Ah, claro, lo del mensaje en la red. No, parecía muy sana. —Kimmy sonrió—. Era bonita. No espectacular. Pero tenía su gracia. Como tú. Le di aquella foto. Aquella del número de Sayers-Pic. ¿Te acuerdas?

—Sí. Sí, claro.

Kimmy sólo meneó la cabeza.

—Es que no me puedo creer que estés aquí. Es como un sueño. Me da miedo que empieces a desvanecerte y despertar en esta madriguera asquerosa sin ti.

—Estoy aquí —dijo Olivia.

—Y estás casada. Y embarazada. —Meneó un poco más la cabeza y sonrió encantada—. No puedo creerlo.

—Kimmy, ¿conoces a un tal Charles Talley?

—¿Te refieres a Chally? Es un loco peligroso. Ahora trabaja en el club.



— ¿Cuándo lo viste por última vez?

— Oh, no lo sé. Al menos hace una semana. —Frunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ese cabrón con todo esto?

Olivia no dijo nada.

— ¿Qué pasa, Candi?

— Están muertos.

— ¿Quiénes?

— Charles Talley y Max Darrow. Estaban metidos en todo. No lo sé. Creo que la vuelta de mi hija les dio alguna idea. Seguramente ellos escribieron esa nota en la red para encontrarme. —Olivia frunció el ceño. Eso le parecía raro, pero siguió adelante—. Darrow quería dinero. Le di cincuenta mil. Charles Talley también estaba involucrado.

— No te entiendo.

— Esta noche debía encontrarme con alguien —dijo Olivia—. Debían llevarme hasta mi hija. Pero ahora resulta que Darrow y Chally están muertos. Y alguien sigue buscando una cinta.

La cara de Kimmy se transformó otra vez.

— ¿Una cinta?

— Clyde, al tiempo que me pegaba, no dejaba de preguntar: «¿Dónde está la cinta?». Y hoy...

— Espera un momento. —Kimmy levantó una mano—. ¿Clyde te lo preguntó?

— Sí.

— ¿Por eso mató a Cassandra? ¿Para encontrar una cinta?

— Creo que sí. Estaba como loco buscándola.

Kimmy se puso a morderse las uñas.

— ¿Kimmy?

Pero su vieja amiga se puso de pie y se acercó a un armario de un rincón.

— ¿Qué pasa? —preguntó Olivia.

— Ya sé por qué quería la cinta —dijo Kimmy, con una voz repentinamente tranquila. Abrió la puerta del armario—. Y sé dónde está.





## Capítulo 56

Matt llevó a Loren al oscuro reservado del Eager Beaver. Se sentaron mientras ABC empezaba a cantar «The Look of Love». La sala estaba oscura. De repente las *strippers* parecían muy lejanas.

—No vas armada, ¿no? —preguntó Matt.

—No he tenido tiempo de pedir un permiso de armas.

—Además has venido por tu cuenta.

—¿Y?

Matt se encogió de hombros.

—Si quisiera, podría reducirte y escapar.

—Soy más fuerte de lo que parece.

—No lo dudo. Eras una niña fuerte.

—Tú no.

Matt asintió.

—¿Qué sabes de mi esposa?

—¿Por qué no empiezas tú, Matt?

—Porque por ahora yo ya he demostrado buena voluntad —contestó él—. Tú no has hecho nada.

—Es verdad.

—¿Y?

Loren lo pensó un momento, pero no mucho. No había ninguna razón para no hablar. Creía de verdad que Matt era inocente y, si se equivocaba, las pruebas lo demostrarían. No convencería a nadie de lo contrario hablando. Los ex convictos no podían permitirse esos lujos.

—Sé que el nombre real de tu esposa es Candace Potter.



Siguió hablando. Él intervenía. La interrumpió con preguntas y aportando detalles. Cuando Loren le comentó la autopsia de Candace Potter, que era una mujer con SIA, Matt se incorporó y abrió mucho los ojos.

—Repítelo.

—Max Darrow subrayó la parte que decía que la víctima padecía SIA.

—¿Dices que es como ser un hermafrodita?

—Algo así.

Él asintió.

—Así es como lo descubrió Darrow.

—¿Descubrir qué?

—Que Candace Potter estaba viva. Mira, mi esposa tuvo una hija cuando tenía quince años. Dieron al bebé en adopción.

Loren asintió.

—Claro, y Darrow lo descubrió.

—Exactamente.

—Y entonces él recuerda el SIA de la autopsia. Si Candace Potter había estado embarazada...

—No podía ser Candace Potter la que había sido asesinada —acabó Matt.

—¿Y tu esposa ha de encontrarse con su hija aquí esta noche?

—A medianoche, sí.

Loren asintió.

—Por eso has hecho ese trato conmigo. El de la una de la madrugada. Para que tu esposa pueda sostener la cita con su hija.

—Sí —dijo Matt.

—Muy bonito. Hacer ese sacrificio.

—Sí, soy una joya, si no fuera... —Matt se calló—. Oh, Dios mío, piensa en lo que acabamos de decir. Es todo un montaje. Tiene que serlo.

—No te sigo.

—De acuerdo, pongamos que eres Max Darrow. Pongamos que averiguas que Candace Potter sigue viva, que ha huido. ¿Cómo la localizarías después de tantos años?



—No lo sé.

—Intentarías sacarla de su escondrijo, ¿no?

—Sí, supongo.

—¿Y cómo? Obligándola a delatarse. Colgando que su hija está perdida a las puertas de la muerte. Tú, siendo poli, podrías descubrir detalles del hospital, de la ciudad, del médico. Incluso podrías descubrir quién es la chica adoptada. No sé.

—Es arriesgado —dijo Loren.

—¿Por qué arriesgado?

—¿Por qué seguiría buscando ella su antiguo nombre en la red?

Matt lo pensó.

—No estoy seguro. Pero por supuesto no es lo único que se hace. Se intenta seguir cualquier pista antigua. Repasar el caso paso a paso. Pero si ella está por ahí, si tiene ordenador como todo el mundo en este país, puede que introduzca su nombre en el Google por curiosidad. Podría pasar, ¿no?

Loren frunció el ceño. Lo mismo que Matt. Le seguía molestando el mismo detalle.

—Las fotos que me mandaron al móvil —dijo él.

—¿Qué pasa?

Estaba pensando cómo decirlo cuando llegó la camarera a su lado.

—¿Otra copa?

Matt sacó la cartera. Cogió un billete de veinte dólares y se lo enseñó.

—¿Conoces a Kimmy Dale?

Ella dudó.

—Sólo quiero un sí o un no —dijo Matt—. Veinte pavos.

—Sí.

Le dio los veinte y sacó otro billete igual.

—¿Está aquí?

—¿Sólo sí o no?

—Exacto.

—No.

Matt le dio el billete. Sacó tres más.



—Te llevas éstos si me dices dónde está.

La camarera se lo pensó. Matt mantuvo el dinero a la vista.

—Podría estar en casa. Es raro. Su turno acaba a las once, pero se fue hace una hora con una mujer.

Loren miró a Matt, pero él no pestañeó. Se mantuvo inexpresivo. Sacó otros veinte, y una fotografía de Olivia.

—¿Es ésta la mujer que iba con Kimmy?

La camarera se asustó de repente. No contestó. No era necesario. Loren ya estaba en pie y se encaminaba a la puerta. Matt dejó los dólares y la siguió.

—¿Qué pasa? —preguntó Matt.

—Vamos —dijo Loren—. Ya tengo la dirección de Kimmy Dale.

Kimmy metió la cinta en el reproductor.

—Debería haberlo imaginado —dijo.

Olivia esperó sentada en el futón.

—¿Te acuerdas de aquel armario de la cocina? —preguntó Kimmy.

—Sí.

—Tres, quizá cuatro semanas después de tu asesinato, compré aquella lata grande de aceite vegetal. Cogí una escalera para guardarla en el estante de arriba, y entre el estante y el techo, encontré esto —señaló la pantalla con la barbilla— pegado con cinta adhesiva.

—¿La has visto?

—Sí —dijo ella bajito—. Debería... no sé, haberme deshecho de ella. O entregarla a la policía.

—¿Por qué no lo hiciste?

Kimmy se encogió de hombros.

—¿Qué hay?

Kimmy parecía a punto de explicarse, pero entonces señaló la pantalla.

—Mira.

Olivia se concentró. Kimmy paseó frotándose las manos, sin mirar la pantalla. Durante unos segundos no hubo más que rayas. Después se vio una escena demasiado familiar.

Un dormitorio.



Estaba filmado en blanco y negro. La fecha y la hora salían por sobreimpresión en un rincón. Había un hombre sentado en el borde de una cama. Olivia no le reconoció.

Una voz masculina susurraba:

— *Es el señor Alexander.*

El señor Alexander, si es que ése era su nombre, empezaba a desnudarse. Por la derecha aparecía una mujer y le ayudaba a quitarse la ropa.

— Cassandra — exclamó Olivia.

Kimmy asintió.

Olivia frunció el ceño.

— ¿Clyde grababa a los clientes?

— Sí — dijo Kimmy —. Pero con un toque.

— ¿Cuál?

En la pantalla, ambos participantes estaban desnudos. Ahora Cassandra estaba encima del hombre. Tenía la boca abierta. Se oían sus exagerados gritos de pasión; no podrían haber sonado más falsos con una voz de dibujos animados.

— Creo que he visto suficiente — dijo Olivia.

— No — dijo Kimmy —. No lo creo.

Kimmy apretó la tecla de avance. Las actividades se aceleraron. Cambiando de postura, giros rápidos. No llevó mucho tiempo. El hombre terminó y se vistió en segundos acelerados. Cuando salió de la habitación, Kimmy volvió a apretar «play». La cinta recuperó la velocidad normal.

Cassandra se acercaba más a la cámara. Sonreía hacia la lente. Olivia sintió que le costaba respirar.

— Mírala, Kimmy. Era tan joven.

Kimmy dejó de caminar. Se puso un dedo en los labios y señaló la pantalla.

Se oía una voz masculina.

— *Esto es un recuerdo para el señor Alexander.*

Olivia hizo una mueca. Parecía Clyde Rangor intentando disimular la voz.

— ¿Lo has pasado bien, Cassandra?

— *Lo he pasado muy bien* — dijo Cassandra sin ninguna entonación—. *El señor Alexander estuvo fantástico.*



Había un breve silencio. Cassandra se humedecía los labios y miraba a alguien que estaba fuera de cámara, como si esperara una indicación, que llegó enseguida.

— *¿Cuántos años tienes, Cassandra?*

— *Tengo quince años.*

— *¿Estás segura?*

Cassandra asentía. Alguien fuera de cámara le pasaba una hoja de papel. *Cumplí quince años la semana pasada. Este es mi certificado de nacimiento.* Acercaba el documento a la lente. Al principio la imagen era borrosa, pero alguien la enfocaba. Cassandra la aguantaba así durante treinta segundos. Nacida en el Mercy Medical Center en Nampa, Idaho. Nombre de los padres Mary y Sylvester. Las fechas eran claramente visibles.

— *El señor Alexander dijo que prefería a una de catorce* —decía Cassandra como si leyerá esas palabras por primera vez—, *pero después ha dicho que no importaba.*

La imagen se perdía.

Olivia quedó en silencio, igual que Kimmy. Tardó un rato en asumir la importancia de lo que había hecho Clyde Rangor.

— *Dios mío* —dijo.

Kimmy asintió.

— *Clyde no sólo los chantajeaba con prostitutas* —dijo Olivia—. Les ponía una trampa con menores. Tenía sus certificados de nacimiento como prueba. Y achacaba a los clientes la solicitud de chicas menores, pero diciendo que la chica parecía de dieciocho, es un delito grave. Ese hombre, el tal Alexander, no sólo se arriesgaba a ser humillado y puesto en evidencia. Le destrozarían la vida. Podía acabar en la cárcel.

Kimmy asintió.

De repente, apareció otro hombre en escena.

— *Este es el señor Douglas* —decía la voz susurrante.

Olivia sintió que se le helaba la sangre.

— *Oh, no.*

— *Candi.*

Ella se acercó más a la pantalla. El hombre. El hombre de la cama. No había duda. El señor Douglas era Adam Yates. Olivia lo miró traspuesta. Cassandra entraba en la habitación otra vez. Le ayudaba a desvestirse. Era eso. Por eso estaba Clyde tan



desesperado. Había grabado a un importante agente federal. Seguramente no lo sabía, ni siquiera Clyde Rangor era tan estúpido, y cuando intentó chantajearlo, el negocio se había ido a pique.

— ¿Le conoces? — preguntó Kimmy.

— Sí — dijo Olivia —. Acabamos de conocernos.

La puerta se abrió de golpe. Olivia y Kimmy se volvieron de golpe.

Kimmy gritó:

— ¿Qué...?

Cal Dollinger cerró la puerta, sacó la pistola y apuntó.



## Capítulo 57

Loren conducía un coche.

— ¿Cómo crees que empezó todo? ¿Fue Darrow quien hizo rodar la bola?

— Parece lo más sensato — aceptó ella—. Darrow averigua que tu esposa tuvo una hija. Se acuerda de la autopsia. Entonces empieza a imaginarse qué pasó hace diez años. Había dinero de por medio. Contrata a un gorila para que le ayude.

— Que sería Charles Talley.

— Sí, Talley.

— ¿Y crees que encontró a Olivia cuando contestó al mensaje?

— Sí, pero...

Loren se calló.

— ¿Qué?

— Encontraron primero a Emma Lemay.

— Como hermana Mary Rose.

— Sí.

— ¿Cómo?

— No lo sé. Tal vez quisiera compensar el mal que había hecho. He sabido la historia por la madre superiora. La hermana Mary Rose vivió una vida recta y piadosa desde que cambió de identidad. Quizá, no lo sé, quizás ella viera también el mensaje.

— ¿E intentó ayudar?

— Sí. Y eso explicaría esa llamada de seis minutos de St. Margaret's a casa de tu cuñada.

— ¿Para avisar a Olivia?





—Tal vez, no lo sé. Pero probablemente encontraron primero a Emma Lemay. El forense dice que la torturaron. Tal vez querían el dinero.

O el nombre de tu esposa. Lo que sea, pero Emma acaba muerta. Y cuando yo intento descubrir su identidad, suena la alarma.

—Y ese tipo del FBI, ¿las oye?

—Sí. O puede que ya supiera lo de Lemay. Puede que lo utilizara como tapadera para involucrarse. No estoy segura.

—¿Y crees que Yates intenta tapar algo?

—Un informador me ha hablado de un montaje para perpetrar un chantaje de sexo con menores. No está seguro del todo. Pero si lo es, sí, creo que de alguna manera está relacionado con esto. Creo que me sacó del caso porque me estaba acercando demasiado. Él también está en Reno.

Matt miró al frente.

—¿Cuánto falta?

—La calle siguiente.

El coche acababa de doblar la esquina cuando Loren vio a Cal Dollinger cerca de la caravana. Estaba agachado, fisgando por la ventana. Loren apretó el freno.

—Maldita sea.

—¿Qué?

—Necesitamos un arma.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es el hombre de Yates. El de la ventana.

Dollinger se incorporó. Le vieron meter la mano en un bolsillo y sacar una pistola. Con una velocidad que desafiaba su corpulencia, Dollinger fue a la puerta, la empujó y desapareció dentro.

Matt no vaciló.

—Espera. ¿Adónde vas?

Matt no miró atrás, no redujo el paso. Corrió hacia la casa. Veía el interior de la caravana a través de la ventana.

Olivia estaba allí.



De repente se puso de pie y levantó las manos. Había otra mujer —Matt supuso que era Kimmy Dale— allí también. Abrió la boca para gritar. Dollinger las apuntaba con un arma.

Disparó.

Oh, no...

Kimmy cayó. Olivia desapareció de su vista. Matt corrió. Dollinger no estaba lejos de la ventana. Utilizando el impulso que llevaba, consciente de que el tiempo era esencial, se lanzó contra la ventana. Bajó la barbilla y golpeó con los antebrazos.

La ventana se hizo añicos con sorprendente facilidad.

Matt encogió las piernas. Aterrizó y de nuevo no dudó. Dollinger seguía con la pistola. Había abierto la boca por la sorpresa. Matt no quería perder la ventaja. Se lanzó sobre él.

Fue como saltar sobre un bloque de cemento. Dollinger apenas se tambaleó.

—¡Corre! —gritó Matt.

Dollinger reaccionó. Apuntó a Matt con la pistola. Matt le agarró la muñeca con ambas manos. Tiró. Dollinger hizo lo mismo. Aunque Matt utilizaba las dos manos y Dollinger sólo una, Matt perdía la partida. Con la mano libre, Dollinger pegó a Matt un gancho en las costillas. Matt sintió que se le encogía el estómago, que no le entraba aire. Quería derrumbarse y caer al suelo.

Pero no podía.

Olivia estaba allí.

Siguió agarrando la muñeca con todas sus fuerzas.

Otro puño se hundió en su caja torácica. Los ojos de Matt se empañaron. Vio puntos negros. Estaba perdiendo la conciencia, la fuerza.

Una voz gritó.

—¡Quietos! ¡Policía! ¡Suelte el arma!

Era Loren Muse.

Dollinger la soltó. Matt cayó al suelo. Pero sólo un segundo. Miró a Dollinger desde abajo. Dollinger tenía una expresión curiosa en la cara. Echó un vistazo a la habitación.

Loren Muse no se veía por ninguna parte.



Matt sabía lo que pasaría. Dollinger se preguntaría por qué no se dejaba ver. Se acordaría de que acababa de llegar de Newark, que era una investigadora del condado, que las autoridades no le permitirían viajar con pistola.

Caería en la cuenta de que Loren no tenía arma. Que era un farol.

Olivia se arrastraba hacia Kimmy Dale. Matt miró por encima de ella. Sus ojos se encontraron.

—Ve —dijo casi sin voz.

Volvió a mirar a Dollinger.

Dollinger ya había caído en la cuenta.

Volvió a apuntar a Olivia.

—¡No! —gritó Matt.

Dobló las piernas y empujó como si fueran pistones. Sabía algo de peleas de verdad. Que el grande siempre sacude al pequeño. Pero a él no le preocupaba ganar. A él le preocupaba salvar a su esposa. Sólo necesitaba tiempo para que Olivia pudiera huir.

Y se acordó de algo más.

Incluso el hombre más grande y más fuerte tiene los mismos puntos vulnerables que el resto de los mortales.

Matt preparó la mano para un ataque. Saltó y golpeó a Dollinger en la ingle. El grandullón resopló y se dobló por la cintura. Agarró a Matt al caer. Matt intentó incorporarse. Dollinger era demasiado grande.

«Puntos vulnerables —pensó—. Dale en los puntos vulnerables.»

Matt golpeó con la cabeza. Aterrizó con el cráneo en la nariz de Dollinger. Dollinger aulló y se levantó. Matt miró a su esposa. ¿Qué...?

Olivia no había huido. Matt no podía creerlo. Seguía al lado de Kimmy, palpando la pierna de su amiga, intentando febrilmente, detener una hemorragia o algo así.

—¡Huye! —gritó.

Dollinger se había recuperado y apuntó con la pistola a Matt.

Desde el otro extremo de la caravana, Loren Muse soltó un grito y atacó a Dollinger por la espalda. Intentó agarrarle la cara con la mano. El hombre empujó



hacia atrás, con la nariz y la boca ensangrentadas. Se sacudió a Loren como un toro. Ella se golpeó con fuerza contra la pared. Matt saltó en pie.

«Ve a por los puntos vulnerables...»

Buscó los ojos de Dollinger y falló. La mano le resbaló. Acabaron en la garganta del hombretón.

Como la otra vez.

Como hacía tantos años, en un campus universitario de Massachusetts, con un chico llamado Stephen McGrath.

A Matt le daba igual.

Apretó con fuerza. Puso el pulgar sobre el hueco de la garganta y apretó más.

Los ojos de Dollinger protuberaron. Pero ahora tenía libre la mano de la pistola. Levantó el arma hacia Matt. Matt soltó una mano de la garganta. Intentó desviar el arma de Dollinger. La pistola se disparó de todos modos. Algo caliente se le introdujo en la carne por encima de la cadera.

Las piernas le fallaron. Soltó a Dollinger.

Dollinger tenía otra vez el arma a punto. Miró a Matt a los ojos y empezó a apretar el gatillo.

Se oyó un disparo.

Los ojos de Dollinger protuberaron un poco más. La bala le había dado en la sien. El hombretón cayó al suelo. Matt se volvió y miró a su esposa.

Llevaba una pistolita. Matt se arrastró hacia ella. Los dos miraron a Kimmy Dale, que no sangraba por la pierna sino por un punto sobre el codo.

—Te acordaste —dijo Kimmy.

Olivia sonrió.

—¿De qué te has acordado? —preguntó Matt.

—Ya te lo dije —dijo Olivia—. Kimmy siempre lleva un arma en la bota. Pero me ha costado sacarla.



## Capítulo 58

Loren Muse estaba sentada frente a Harris Grime, el ayudante del jefe de la oficina de Los Ángeles del FBI. Grimes era uno de los agentes federales más importantes de la región, y no era feliz.

— ¿Es consciente de que Adam Yates es amigo mío? — dijo Grimes.

— Es la tercera vez que me lo dice — dijo Loren.

Estaban en una habitación del segundo piso del Washoe Medical Center de Reno. Grimes entornó los ojos y se mordió el labio inferior.

— ¿Se está insubordinando, Muse?

— Le he contado lo que pasó tres veces.

— Y volverá a contarlo. Otra vez.

Loren lo hizo. Había mucho que explicar. Le llevó horas. El caso no estaba cerrado. Quedaban muchos interrogantes. Yates estaba en paradero desconocido. Nadie sabía dónde estaba. Pero Dollinger estaba muerto. Loren se estaba enterando de que, él también, era muy querido por sus compañeros.

Grimes se puso de pie y se frotó la barbilla. Había tres agentes más en la habitación, todos con cuadernos en la mano, todos con la cabeza baja y tomando apuntes. Lo sabían. No querían creerlo, pero la cinta de vídeo de Yates y Cassandra hablaba por sí misma. De mala gana tenían que aceptar la teoría de Loren. Simplemente no les hacía gracia.

— ¿Tiene idea de adonde puede haber ido Yates? — preguntó Grimes a Loren.

— No.

— Le vieron en nuestra oficina de Reno en Kietzke Lane unos quince minutos antes del incidente en casa de la señora Dale. Habló con un agente especial llamado Ted Stevens, el encargado de seguir a Olivia Hunter desde el aeropuerto.

— Sí. Ya me lo ha dicho. ¿Puedo irme ya?

Grimes se volvió y la despidió con la mano.



—Fuera de mi vista.

Loren se levantó y fue abajo, a la sala de urgencias del primer piso. Olivia Hunter estaba sentada en la recepción.

—Hola —dijo Loren.

—Hola. —Olivia sonrió forzosamente—. He bajado a ver cómo estaba Kimmy.

Olivia no había sufrido heridas de consideración. A Kimmy Dale la estaban atendiendo al final del pasillo. Llevaba el brazo en cabestrillo. La bala sólo había rozado el hueso, pero había dañado gravemente el tejido. Sería doloroso y necesitaría horas de rehabilitación. Pero, en esta era en que hay que sacar a los pacientes enseguida del hospital —seis días después de que a Bill Clinton le abrieran el pecho ya estaba leyendo en su jardín—, terminaron de hacerle preguntas y dejaron que se marchara a casa, con la advertencia de «quedarse en la ciudad».

—¿Dónde está Matt? —preguntó Loren.

—Acaba de salir de cirugía —dijo Olivia.

—¿Ha ido todo bien?

—El médico dice que se pondrá bien.

La bala había rozado el cuello del fémur por debajo de la articulación de la cadera. Los médicos le habían puesto un par de tornillos. Cirugía menor, decían. Estaría fuera y caminando en un par de días.

—Deberías descansar —comentó Olivia.

—No puedo —dijo Loren—. Estoy aceleradísima.

—Sí, yo también. ¿Por qué no vas con Matt por si despierta? Yo iré a buscar a Kimmy y vuelvo enseguida.

Loren cogió el ascensor hasta el tercer piso. Se sentó junto a la cama de Matt. Pensó en el caso, en Adam Yates, en dónde estaría y lo que haría.

Unos minutos después Matt abrió los ojos. La miró.

—Hola, héroe —dijo Loren.

Matt se esforzó por sonreír. Volvió la cabeza a la derecha.

—Olivia...

—Está abajo con Kimmy.

—¿Kimmy está...?

—Está bien. Olivia ha ido a buscarla.



Matt cerró los ojos.

—Necesito que hagas algo por mí.

—¿Por qué no descansas?

Matt meneó la cabeza. Su voz era débil.

—Necesito unos registros telefónicos.

—¿Ahora?

—El móvil —dijo Matt—. La foto. El vídeo. Sigue sin tener sentido. ¿Para qué iban a tomar Yates y Dollinger esas fotos?

—No lo hicieron ellos. Fue Darrow.

—¿Por qué...? —Matt volvió a cerrar los ojos—. ¿Por qué lo haría?

Loren pensó un momento. De repente Matt abrió los ojos.

—¿Qué hora es?

Loren miró su reloj.

—Las once y media.

—¿De la noche?

—Por supuesto que de la noche.

Entonces Loren se acordó. La cita a medianoche. En el Eager Beaver. Tomó rápidamente el teléfono y llamó a la recepcionista de urgencias.

—Soy la investigadora Muse. Estaba aquí hace un momento con una mujer llamada Olivia Hunter. Esperaba a una paciente llamada Kimmy Dale.

—Sí—dijo la recepcionista—. *La he visto.*

—¿Siguen ahí?

—¿Quién? ¿La señora Dale y la señora Hunter?

—Sí.

—*No, se marcharon en cuanto usted se fue.*

—¿Se marcharon a dónde?

—*Se metieron en un taxi.*

Loren colgó.

—Se ha ido.

—Dame el teléfono —dijo Matt, que seguía echado en la cama.



Ella le puso el teléfono junto a la oreja. Matt le dio el número del móvil de Olivia. El teléfono sonó tres veces hasta que salió la voz de Olivia.

—Soy yo —dijo Matt.

— *¿Estás bien?* —preguntó Olivia.

— *¿Dónde estás?*

— *Ya sabes dónde.*

— *Todavía crees...*

— *Ha llamado, Matt.*

— *¿Qué?*

— *Ha llamado al móvil de Kimmy. Alguien ha llamado. Ha dicho que la cita seguía en pie, pero sin polis, ni maridos, ni nadie. Vamos para allá.*

— *Olivia, tiene que ser un montaje. Ya lo sabes.*

— *No pasará nada.*

— *Loren va para allá.*

— *No. Por favor, Matt. Sé lo que hago. Por favor.*

Y Olivia colgó.





## Capítulo 59

23:50 THE EAGER BEAVERRENO, NEVADA

Cuando Olivia y Kimmy llegaron, el gordo de la puerta señaló a Olivia y dijo:

—Te has ido temprano. Tienes que recuperar.

Kimmy le enseñó el brazo en cabestrillo.

—Estoy lesionada.

—¿Qué pasa? ¿No puedes desnudarte con eso?

—¿Lo dices en serio?

—Éste. —Se señaló la cara—. Éste soy yo en serio. Hay tíos que se ponen con estas cosas.

—¿Con un brazo en cabestrillo?

—Claro. Como los que se ponen con amputadas.

—No me han amputado.

—Oye, hay tíos que se ponen con cualquier cosa, ya lo sabes. —El gordo se frotó las manos—. Conocía a uno que se ponía con los michelines. Los michelines.

—Encantador.

—¿Quién es tu amiga?

—Nadie.

Él se encogió de hombros.

—Una poli de Nueva Jersey ha preguntado por ti.

—Ya lo sé. Ya está arreglado.

—Quiero que salgas. Con el cabestrillo.

Kimmy miró a Olivia.



—Me quedaré mirando desde allí arriba. Nadie se fijará en mí.

Olivia asintió.

—Como quieras —dijo.

Kimmy desapareció en la habitación trasera. Olivia se sentó a la mesa.

No vio o no se fijó en la gente. No miró a la bailarina buscando la cara de su hija. La cabeza le iba a cien por hora. Tristeza, una abrumadora tristeza se había apoderado de ella.

«Déjalo —pensaba—. Márchate.»

Estaba embarazada. Tenía a su marido en el hospital. Era allí donde estaba su vida. Esto era el pasado. Debía marcharse.

Pero no lo hizo.

Olivia pensó otra vez que las personas maltratadas siempre toman el camino de la autodestrucción. No pueden evitarlo. Lo toman sin pensar en las consecuencias, sin pensar en los peligros. O a veces, como en su caso, lo toman por la razón contraria, porque por mucho que la vida las haya apaleado, no pueden dejar de tener esperanza.

¿No existía la posibilidad de que esta noche se reuniera con el bebé que había dado en adopción hacía tantos años?

La camarera se acercó a la mesa.

—¿Es usted Candace Potter?

No dudó.

—Sí, soy yo.

—Tengo un mensaje para usted.

Le dio una nota a Olivia y se marchó. El mensaje era breve y simple:

Ve a la sala trasera B. Espera diez minutos.

Se sentía como si caminara sobre brasas. La cabeza le daba vueltas. Tenía el estómago en un puño. Tropezó con un hombre por el camino y dijo:

—Perdone.

—Ha sido un placer, guapa —contestó él.

El hombre que iba con él le jaleó. Olivia siguió caminando. Encontró la zona trasera. Encontró la puerta con la letra «B», la misma por la que había entrado hacía unas horas.



La abrió y entró. Sonó el móvil. Ella descolgó.

—*No cuelgues.*

Era Matt.

—*¿Estás en el club?*

—Sí.

—*Sal de ahí. Creo que ya sé lo que pasa...*

—Calla.

—*¿Qué?*

Olivia estaba llorando.

—Te quiero, Matt.

—*Olivia, no sé en qué estás pensando, por favor, sal...*

—Te quiero más que a nada en el mundo.

—*Escúchame. Sal de ahí...*

Ella cerró el teléfono y lo desconectó. Miró a la puerta. Pasaron cinco minutos. Se quedó de pie, sin moverse, sin balancearse, sin mirar a su alrededor. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Y se abrió la puerta.



## Capítulo 60

Por mucho que quisiera, Matt no podía levantarse de la cama.

—¡Ve! —dijo a Loren.

Ella habló por radio con el Departamento de Policía de Reno y corrió a su coche. Loren estaba a tres kilómetros del Eager Beaver cuando sonó su teléfono.

Lo descolgó y ladró:

—Muse.

—*Veo que sigue en Reno.*

Era Adam Yates. Su voz era pastosa.

—Sigo aquí.

—*¿Están aplaudiendo todos su inteligencia?*

—Yo diría que justo lo contrario.

Yates rió.

—*Ay las, era querido.*

Estaba claro que había bebido.

—Dígame dónde está, Adam.

—*Lo que dije iba en serio. Lo sabe, ¿no?*

—Claro, Adam. Lo sé.

—*Me refiero a lo de amenazar a mi familia. Nunca dije que fuera algo físico. Pero mi esposa. Mis hijos. Mi empleo. La cinta era como una gran pistola. Una gran pistola que nos apuntaba a todos, ¿me comprende?*

—Sí —dijo Loren.

—*Trabajaba infiltrado, fingiendo ser un agente inmobiliario. Por eso Clyde Rangor se imaginó que yo sería un blanco perfecto. No sabía que la chica era menor. Tiene que creerme.*



— ¿Dónde está, Adam?

Él ignoró la pregunta.

*—Alguien llamó. Pidió un pago a cambio de la cinta. Así que Cal y yo fuimos a ver a Rangor. Le presionamos. No la voy a engañar. Lo hizo Cal. Era un buen hombre, pero tenía una vena violenta. Una vez mató a un sospechoso a golpes. Entonces le saqué del apuro. Yo le salvé a él, y él a mí. Eso es la amistad. Ahora está muerto, ¿no?*

—Sí.

*—Maldita sea. —Se echó a llorar—. Cal le dio a Emma Lemay. Le pegó un puñetazo en el riñón. Era una advertencia. Entramos y yo creía que íbamos a hablar y él empieza a golpear a Lemay en la espalda como si fuera una bolsa de boxeo. A Rangor nada. Dejó a la mujer hecha un guiñapo. Mejor ella que él, ¿entiende?*

Loren ya estaba casi en el aparcamiento.

*—Rangor se meó en los pantalones. Literalmente. Estaba tan asustado que fue a buscar la cinta. Pero no estaba. Dijo que la chica del vídeo se llamaba Cassandra, dijo que se la habría robado ella, pero que la conseguiría. Cal y yo pensamos que le habíamos metido el miedo en el cuerpo. Lo haría. Pero resulta que Rangor y Lemay y la tal Cassandra desaparecen. Pasan los años. Sigo pensando en ello. Pienso en ello todos los días. Y entonces recibimos noticia de que se ha encontrado el cadáver de Lemay. Y todo vuelve a empezar. Yo ya sabía que ocurriría algún día.*

—Adam, no es demasiado tarde.

—Sí lo es.

Loren aparcó.

—Sigue teniendo amigos.

—Lo sé. Les he llamado. Por eso la he llamado a usted.

—¿Qué?

—Grimes se deshará de la cinta.

—¿Qué dice?

*—Si se hace pública, destruirá mi familia. También destruirá a los demás. Sólo eran clientes.*

—No puede hacer desaparecer la cinta.

—Nadie la necesita. Grimes y sus hombres lo arreglarán. Sólo necesitan que usted coopere.

Entonces Loren se dio cuenta de lo que pensaba hacer Yates. Le entró el pánico.

—Espere, Adam, escúcheme.



—*Cal y yo moriremos en cumplimiento del deber.*

—*Adam, no. Tiene que escucharme.*

—*Grimes lo arreglará.*

—*Piense en sus hijos...*

—*Pienso en ellos. Nuestras familias recibirán la pensión completa.*

—*Mi padre, Adam.* —*Loren tenía lágrimas en las mejillas—.* Se mató. Por favor, no se imagina lo que eso puede...

Pero él no la escuchaba.

—*Sólo tiene que ser discreta. Es una buena investigadora. De las mejores. Por favor, por mis hijos.*

—*¡Maldita sea, Adam, escúcheme!*

—*Adiós, Loren.*

Y colgó.

Loren Muse apagó el motor. Bajó, llorando, gritando por dentro, y a lo lejos, le pareció que oía el ruido sordo de un tiro.



## Capítulo 61

Se abrió la puerta de la habitación B. Olivia esperó.

Cuando Kimmy entró, las dos mujeres se miraron durante un rato. Las dos tenían lágrimas en los ojos. Como hacía unas horas.

Pero ahora no era lo mismo.

—Lo sabías —dijo Kimmy.

Olivia meneó la cabeza.

—Lo imaginé.

—¿Cómo?

—Te has comportado como si no recordaras a Max Darrow. Era uno de tus clientes en aquellos tiempos. Todo el mundo cree que fue Darrow quien puso el mensaje en la red. Pero él no sabía que aquello me haría salir. Sólo una buena amiga, mi mejor amiga, pensaba que seguiría buscando a mi hijo.

Kimmy entró en la habitación.

—Me abandonaste, Candi.

—Lo sé.

—Teníamos que irnos juntas. Te conté mis sueños. Tú me contaste los tuyos. Siempre nos ayudamos, ¿te acuerdas?

Olivia asintió.

—Me lo prometiste.

—Lo sé.

Kimmy meneó la cabeza.

—Todos estos años pensé que estabas muerta. Te enterré, ¿lo sabías? Pagué el funeral. Te lloré. Lloré durante meses. Hice servicios gratis a Max, todo lo que quería, para asegurarme de que intentara buscar al asesino.



—Tienes que comprender que no podía decir nada. Emma y yo...

—¿Tú qué? —gritó Kimmy. El sonido resonó en la quietud—. ¿Hiciste una promesa?

Olivia no dijo nada.

—Morí cuando tú moriste. ¿Sabes qué? Los sueños. La esperanza de salir de esta vida. Todo murió contigo. Lo perdí todo. Por todos esos años.

—¿Cómo...?

—¿Cómo supe que estabas viva?

Olivia asintió.

—Dos días después de esa chica, se presentó Max. Dijo que la había mandado él, pero que no era tu hija, que sólo quería ponerme a prueba.

Olivia no comprendía.

—¿Ponerte a prueba?

—Sí. Sabía que éramos íntimas y cree que sé dónde estás. Y me prepara una trampa. Me manda a una chica que finge ser tu hija. Después me observa, a ver si te llamo o algo. Pero lo único que hago es ir a tu tumba y llorar.

—Lo siento, Kimmy.

—Imagínatelo, ¿vale? Imagínate que Max viene a mi casa y me enseña la autopsia. Me dice que la muerta tenía una enfermedad rara que no le permitía tener hijos, y que no puedes ser tú. ¿Y sabes lo que hice? Me negué a creerlo. No le creía. ¿Cómo podía creerlo? «Candi nunca me haría eso —le dije—. No me dejaría atrás de esta manera.» Pero me enseña la foto de la muerta. Es Cassandra. Entonces descubro la verdad. Empiezo a comprender.

—Y querías vengarte —dijo Olivia.

—Sí. Es decir... Lo hice. —Kimmy meneó la cabeza—. Pero se salió de madre.

—Ayudaste a Darrow a localizarme. Tú tuviste la idea de poner el mensaje sobre la adopción en la red. Sabías que picaría.

—Sí.

—Así que montaste aquella cita. En el motel.

—No sólo yo. De haber sido sólo yo... —Kimmy se calló y la miró—. Yo sólo estaba muy dolida.

Olivia asintió y no dijo nada.





—Sí, ya, quería vengarme. Y también quería una buena compensación. Esta vez quería ser yo quien se montara una nueva vida. Por fin me tocaba a mí. Pero en cuanto Max y Chally se fueron a Jersey... —Kimmy cerró los ojos y meneó la cabeza como si quisiera sacudirse algo—, todo escapó a mi control.

—Querías hacerme daño —dijo Olivia.

Kimmy asintió.

—Intentaste sabotear mi matrimonio con la llamada al móvil de mi marido.

—De hecho se le ocurrió a Max. Iba a utilizar su propio móvil, pero entonces se dio cuenta de que sería mucho mejor utilizar el tuyo. Si algo salía mal, sería Chally quien saldría en el móvil. Cargaría con el muerto. Pero primero necesitaba la ayuda de Chally.

—Con Emma Lemay.

—Sí. Chally era la fuerza bruta y basta. Max y él sonsacaron a Emma. Pero ella no quiso delatarte, aunque hicieran lo que fuese. Y siguieron intentándolo hasta llegar demasiado lejos.

Olivia cerró los ojos.

—Así que esto —hizo un gesto que abarcaba la habitación—, las dos aquí, esta noche, iba a ser tu gran final, ¿no, Kimmy? Tomas el dinero. Me rompes el corazón explicándome que no hay ninguna hija. ¿Y luego qué?

Kimmy no dijo nada durante unos segundos.

—No lo sé.

—Sí, Kimmy, sí lo sabes.

Ella meneó la cabeza, pero no era sincera.

—Darrow y Chally no me habrían dejado viva —dijo Olivia.

—Darrow —dijo Kimmy bajito— no tenía voz en el asunto.

—¿Porque le mataste?

—Sí. —Sonrió—. ¿Sabes cuántas veces se bajó los pantalones ese cabrón en un coche conmigo?

—¿Por eso le mataste?

—No.

—Entonces ¿por qué?

—Tenía que detenerle —dijo Kimmy—. Y tenía que golpear primero.



— ¿Pensabas que te mataría?

— Por tanto dinero, Max Darrow mataría a su propia madre. Sí, me dolió cuando me enteré. No, fue algo más bien... Fue más bien un shock. Pero Max empezó a jugar con sus propias reglas. Tenía que detenerle.

— ¿Qué quieres decir?

— Es que... — Toda su persona emanaba agotamiento—. Olvídalo — dijo Kimmy—. Lo único que importa es que Max no quería testigos. Yo era una puta poco de fiar. ¿Crees que se habría arriesgado?

— ¿Y Charles Talley?

— Tu marido lo descubrió. Se pelearon y huyó. Luego Challey me llamó. Yo me alojaba en el piso de abajo. Él estaba aterrado, pensando que la policía estaría al caer. Estaba en libertad condicional. Un delito más y le caía perpetua. Habría hecho lo que fuera para evitarlo. Así que le dije que me esperara en la escalera.

— Lo planeaste para que pareciera que le había matado Matt.

— Es lo que quería Max desde el principio, poner una trampa a Challey y a tu marido. — Se encogió de hombros—. Pensé que podía ceñirme al plan.

Olivia miró a su vieja amiga. Se acercó un poco más a ella.

— Pensé en ti — dijo—. Lo sabes.

— Lo sé — dijo Kimmy—. Pero no era suficiente.

— Tenía miedo. Según Emma, si descubrían lo que habíamos hecho, nos destrozarían a los dos. Volverían a buscar la cinta. No la teníamos. Nos matarían.

— Mírame — dijo Kimmy.

— Ya te miro.

Sacó un arma.

— Mira en lo que me he convertido.

— Kimmy...

— ¿Qué?

— No lo planeé — dijo Olivia—. Pensé que iba a morir.

— Ahora lo sé.

— Y estoy embarazada.

Kimmy asintió.

— Eso también lo sé. — Le tembló la pistola en la mano.



Olivia se acercó un paso más.

—No matarás al bebé.

A Kimmy le cambió la expresión. Su voz era apenas audible.

—Fue por la cinta.

—¿Que fue por la cinta, Kimmy? —Y entonces Olivia lo comprendió—. Oh, no, no...

—Esa maldita cinta —dijo Kimmy, con lágrimas en la cara—. Por eso murió Cassandra. Todo empezó con aquello.

—Oh, Dios mío. —Olivia tragó saliva—. No fue Cassandra quien se la robó a Clyde —dijo—. Fuiste tú.

—Por nosotras, Candi. ¿Es que no lo entiendes? —suplicó—. Esa cinta era nuestro punto de salida. Íbamos a conseguir un buen fajo. Huiríamos, tú y yo, como habíamos hablado. Sería nuestra oportunidad. Y entonces llego a casa y veo que te han matado...

—Todo ese tiempo, todos esos años, tú... —Olivia sintió que el corazón se le rompía de nuevo—. Te culpaste de mi muerte.

Kimmy se esforzó por asentir.

—Lo siento mucho, Kimmy.

—Me dolió mucho cuando me enteré de que estabas viva. ¿Lo entiendes? Te quería tanto...

Olivia lo entendía. Se llora, no sólo por los muertos sino por una misma, por lo que podría haber sido, pensando que la mejor amiga, la única persona que compartía tus sueños... ha muerto por tu culpa. Vives con ese sentimiento de culpa durante diez años, y entonces un día, te enteras de que todo fue mentira...

—Podemos arreglarlo —dijo Olivia.

Kimmy se irguió.

—Mírame.

—Quiero ayudar.

Llamaron a la puerta con fuerza.

—¡Abran! ¡Policía!

—He matado a dos hombres —dijo Kimmy. Después sonrió, con una sonrisa beatífica que hizo volver a Olivia al pasado—. Mira mi vida. Me toca a mí, ¿recuerdas? Me toca a mí escapar.



—Por favor, Kimmy...

Pero Kimmy apuntó el arma al suelo y disparó. Hubo un momento de pánico y entonces la puerta se abrió de golpe. Kimmy se volvió hacia la puerta y apuntó con el arma. Olivia gritó:

—¡No!

Se oyeron más disparos. Kimmy se volvió otra vez, como una marioneta, y después cayó al suelo. Olivia se echó de rodillas y recogió la cabeza de su amiga. Acercó los labios a su oreja.

—No... —suplicó Olivia.

Pero ahora le tocaba a Kimmy.



## Capítulo 62

Dos días después, Loren Muse estaba en casa, en su apartamento. Se estaba preparando un bocadillo de jamón y queso. Tomó dos rebanadas de pan y las puso en un plato. Su madre estaba sentada en el sofá de la otra habitación, mirando *Entertainment Tonight*. Loren oyó la conocida sintonía. Tomó una cucharada de mayonesa y empezó a untar el pan cuando de repente se echó a llorar.

Los sollozos de Loren eran silenciosos. Esperó a que le pasara, para poder hablar.

—Mamá.

—Estoy viendo la tele.

Loren se colocó detrás de su madre. Carmen estaba devorando una bolsa de Fritos. Tenía los pies hinchados apoyados en un cojín, sobre la mesita de centro. Loren olió el humo de tabaco, escuchó la respiración fatigosa de su madre.

Adam Yates se había suicidado. Grimes no podría ocultar eso. Las dos chicas, Ella y Anne, y el chico, Sam, a quien Adam había abrazado en el hospital para ahuyentar a la muerte, sabrían la verdad. No sobre la cinta. A pesar del miedo de Adam, esas imágenes no serían lo que obsesionaría a sus hijos por las noches.

—Siempre te he echado la culpa —dijo Loren.

No hubo respuesta. El único sonido procedía del televisor.

—Mamá.

—Te he oído.

—He conocido a un hombre hace poco. Se suicidó. Tenía tres hijos.

Finalmente Carmen se volvió.

—Te echaba la culpa porque... —Se calló y recuperó el aliento.

—Lo sé —dijo Carmen bajito.



—¿Cómo podía ser...? —dijo Loren, con la voz aguda y las lágrimas cayendo libremente. Su cara empezó a desmoronarse—. ¿Cómo podía ser que papá no me quisiera lo bastante para seguir vivo?

—Oh, cariño.

—Tú eras su esposa. Podría haberte dejado. Pero yo era su hija.

—Te quería muchísimo.

—Pero no lo suficiente para querer vivir.

—No es así —dijo Carmen—. Sufría mucho. Nadie podía salvarle. Tú eras lo mejor que tenía.

—Tú. —Loren se secó la cara con la manga—. Tú dejaste que te echara la culpa.

Carmen no dijo nada.

—Intentabas protegerme.

—Necesitabas culpar a alguien —dijo su madre.

—Y todos estos años... te la has cargado tú.

Pensó en Adam Yates, en lo mucho que quería a sus hijos, en que eso no había sido suficiente. Se secó los ojos.

—Debería llamarles —dijo Loren.

—¿A quién?

—A sus hijos.

Carmen asintió e hizo un gesto despreocupado con las manos.

—Mañana, ¿de acuerdo? Ahora ven aquí. Siéntate conmigo en el sofá.

Loren se sentó en el sofá. Su madre le dejó sitio.

—Tranquila —dijo Carmen.

Puso la manta sobre Loren. Salió un anuncio. Loren apoyó la cabeza en el hombro de su madre. Olía a cigarrillo, pero era reconfortante en ese momento. Carmen acarició el pelo de su hija. Loren cerró los ojos. Unos segundos después, su madre empezó a jugar con el mando.

—No ponen nada que valga la pena —dijo Carmen.

Con los ojos todavía cerrados, Loren sonrió y se acercó más a su madre.



Matt y Olivia volvieron a casa aquel mismo día. Matt iba con bastón. Cojeaba, pero no sería por mucho tiempo. Cuando bajaron del avión, Matt dijo:

—Creo que debería ir solo.

—No —dijo Olivia—. Iremos los dos.

Él no discutió.

Tomaron la misma salida de Westport, pararon en la misma calle. Aquella mañana había dos coches frente a la casa. Matt miró la canasta de baloncesto. No había señales de Stephen McGrath aquel día.

Fueron hasta la puerta. Olivia le tomó la mano. Él tocó el timbre. Pasó un minuto. Clark McGrath abrió la puerta.

—¿Qué demonios haces tú aquí?

Detrás de él, Sonya McGrath dijo:

—¿Quién es, Clark?

Sonya calló de golpe cuando vio quién era.

—¿Matt?

—Apreté demasiado —dijo Matt.

Reinaba el silencio. No había viento, no pasaban coches, ni peatones. Eran sólo cuatro personas y quizás un fantasma.

—Podría haberle soltado. Estaba demasiado asustado. Y creía que Stephen iba con ellos. Y cuando caímos, no lo sé. Podría haberlo hecho mejor. Le solté demasiado tarde. Ahora lo sé. No puedo decirles cuánto lo siento.

Clark McGrath se mordió el labio, con la cara enrojecida.

—¿Crees que es suficiente?

—No —dijo Matt—. No lo es. Mi esposa está embarazada. Ahora lo entiendo mejor. Pero esto tiene que acabar, aquí y ahora.

—¿De qué estás hablando, Matt? —preguntó Sonya.

Él mostró una hoja de papel.

—¿Qué es eso? —preguntó Sonya.

—Registros telefónicos.

Cuando Matt se despertó en el hospital, había pedido a Loren que los consiguiera. Tenía un principio de sospecha, nada más. Pero el plan de venganza de Kimmy... No parecía posible que pudiera haberlo llevado a cabo ella sola. Era demasiado



elaborado, apuntaba demasiado claramente a destruir no sólo a Olivia... sino a Matt también.

—Estos registros de teléfono pertenecen a un hombre llamado Max Darrow que vivía en Reno, Nevada —dijo Matt—. La semana pasada llamó al teléfono de tu marido ocho veces.

—No entiendo nada —dijo Sonya. Se volvió a mirar a su marido—. Clark...

Pero Clark cerró los ojos.

—Max Darrow era un agente de policía —dijo Matt—. Cuando descubrió quién era Olivia, la investigó. Debió de enterarse de que su marido era ex convicto. Se puso en contacto con usted. No sé cuánto le pagó, señor McGrath, pero estaba muy claro. Matar dos pájaros de un tiro. Como le dijo la socia de Darrow a mi esposa, él tenía su propio plan. Con usted.

—¿Clark? —preguntó Sonya.

—Debería estar en la cárcel —soltó Clark rabioso—. Y no almorzando contigo.

—¿Qué has hecho, Clark?

Matt se acercó un poco más.

—Se acabó, señor McGrath. Voy a disculparme una vez más por lo que sucedió. Sé que no aceptará mis disculpas. Lo comprendo. Lo siento mucho por Stephen. Pero quiero que lo entienda.

Matt dio otro paso. Los dos hombres casi se tocaban.

—Si vuelve a acercarse a mi familia —dijo Matt—, le mataré.

Matt se marchó. Olivia se quedó un segundo más. Primero miró a Clark McGrath y después a Sonya, como si quisiera asegurar con clavos las palabras de su marido. Después se volvió y tomó la mano de su marido sin mirar atrás.





## Capítulo 63

Matt condujo alejándose de la casa de los McGrath. Estuvieron un buen rato en silencio. En la radio del coche sonaba «O» de Damien Rice. Olivia la apagó.

— Es tan raro — dijo.

— Lo sé.

— ¿Qué? ¿Seguimos donde lo dejamos?

Matt meneó la cabeza.

— No lo creo.

— ¿Empezamos de nuevo?

Matt meneó la cabeza.

— No lo creo.

— Bueno, al menos eso está aclarado.

Él sonrió.

— ¿Sabes qué?

— ¿Qué?

— Nos irá bien.

— No me conformo con bien.

— Yo tampoco.

— Será espectacular — dijo Olivia.

Llegaron a casa de Marsha. Ella salió a recibirles y los abrazó a los dos a la vez. Paul y Ethan la imitaron. Kyra se quedó en la puerta, con los brazos cruzados.

— Dios mío — exclamó Marsha —, ¿qué diablos os ha pasado?

— Tenemos muchas cosas que contarte.

— Tu pierna...



Matt no le dio importancia.

—No pasa nada.

—El bastón es guay, tío Matt —dijo Paul.

—Sí, tope guay —se apuntó Ethan.

Se acercaron a la puerta donde estaba Kyra de pie. Matt recordó que le había ayudado a escapar del jardín.

—Eh, gracias por el grito.

Ella se ruborizó.

—De nada.

Kyra llevó a los niños al jardín. Matt y Olivia empezaron a explicarse. Marsha les escuchó con atención. Se lo contaron todo. No se dejaron nada. Ella se lo agradeció. Cuando acabaron, Marsha dijo:

—Os prepararé el almuerzo.

—No te molestes.

—A descansar.

Le hicieron caso. Olivia parecía distraída. Matt se daba cuenta de que todavía quedaba un gigantesco hueco.

—Ya he llamado a Cingle —dijo.

—Gracias.

—Encontraremos a tu hijo.

Olivia asintió, pero ya no lo creía.

—Quiero visitar la tumba de Emma. Despedirme de ella.

—Lo entiendo.

—Es increíble que acabara tan cerca de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

—Eso formaba parte de nuestro pacto. Las dos conocíamos la identidad de la otra, por supuesto. Pero no nos comunicábamos nunca. Yo creía que ella seguía en la parroquia de Oregón.

Matt sintió un escalofrío en la columna. Se incorporó un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Olivia.

—¿No sabías que estaba en St. Margaret's?



—No.

—Pero ella te llamó.

—¿Qué?

—Siendo la hermana Mary Rose. Había registros telefónicos. Te llamó.

Olivia se encogió de hombros.

—Supongo que pudo haber descubierto dónde estaba —dijo—. Sabía mi nombre. Tal vez intentó hablar conmigo para avisarme.

Matt negó con la cabeza.

—Seis minutos.

—¿Qué?

—La llamada duró seis minutos. Y no llamó a nuestra casa. Llamó aquí.

—No entiendo nada.

Y después otra vez dijo:

—Me llamaba a mí.

Los dos se volvieron. Kyra entró en la habitación. Marsha estaba detrás de ella.

—No sabía cómo decíroslo —dijo Kyra.

Matt y Olivia se quedaron de piedra.

—Tú no rompiste el pacto, Olivia —dijo Kyra—. Fue la hermana Mary Rose.

—No lo entiendo —dijo Olivia.

—Siempre supe que era adoptada —dijo Kyra.

Olivia se llevó una mano a la boca.

—Oh, Dios mío...

—Y cuando empecé a investigar, descubrí enseguida que mi madre biológica había muerto asesinada.

De la boca de Olivia escapó un sonido. Matt estaba mudo.

Olivia, pensó. Era de Idaho. Y Kyra... vivía en uno de esos estados con «I» del Medio Oeste...

—Pero yo quería saber más. Así que me puse en contacto con el policía que investigó su muerte.

—Max Darrow —dijo Matt.



Kyra asintió.

—Le dije quién era. Parecía que quisiera ayudarme sinceramente. Se apuntó toda la información: dónde había nacido, el médico, todo eso. Me dio la dirección de Kimmy Dale. Fui a verla.

—Espera —dijo Matt—. ¿No decía Kimmy...?

Kyra le miró, pero Matt calló. La respuesta era evidente. Darrow controlaba los hilos manteniendo a Kimmy en la ignorancia. ¿Por qué hacerle saber que había una hija en el panorama? Tal vez Kimmy, ya bastante vulnerable emocionalmente, se pasaría al otro bando si sabía que la chica que la había visitado era realmente la hija de Candi.

—Lo siento —dijo Matt—. Sigue.

Kyra se volvió lentamente hacia Olivia.

—Así que fui a ver a Kimmy a su caravana. Fue muy amable. Y al hablar con ella me entraron ganas de saber cosas de ti. Quería... aunque parezca mentira, encontrar a tu asesino. Y seguí investigando. Seguí preguntando. Y después recibí una llamada de la hermana Mary Rose.

—¿Qué?

—Intentaba ayudar a algunas de sus antiguas chicas, creo. Redimirse. Se enteró de lo que estaba haciendo. Y me llamó.

—¿Te dijo que seguía viva?

—Sí. La verdad es que me quedé pasmada. Creía que te habían asesinado. Y la hermana Mary Rose me dice que si hago lo que ella diga, podré verte. Pero teníamos que ir sobre seguro, no quería ponerte en peligro. Sólo quería... quería una posibilidad de conocerte.

Matt miró a Marsha.

—¿Lo sabías?

—Hasta ayer no. Kyra me lo contó.

—¿Cómo llegaste a vivir aquí?

—En parte fue por suerte —dijo Kyra—. Quería encontrar la manera de estar más cerca de ti. La hermana Mary Rose iba a intentar colocarme en DataBetter. Pero entonces nos enteramos de que Marsha necesitaba a una canguro que viviera en casa. Así que la hermana Mary Rose llamó a St. Philomena's y me recomendó.

Matt recordó que Marsha había conocido a Kyra a través de la parroquia. Una monja tenía cierta influencia, ¿quién cuestionaría su recomendación?



—Quería decírtelo —dijo Kyra, con los ojos puestos en Olivia—. Esperaba un buen momento. Pero entonces llamó la hermana Mary Rose. Como has dicho, hace tres semanas. Dijo que todavía era pronto, que no debía decir nada hasta que ella se pusiera en contacto conmigo. Tenía miedo, pero confiaba en ella. Así que le hice caso. Ni siquiera sabía que la habían matado. Y la otra noche, cuando vinisteis tan tarde, quería decíroslo de todos modos. Por eso salí del garaje, pero entonces Matt se vio obligado a escapar.

Olivia se puso de pie, abrió la boca, la cerró y lo intentó de nuevo.

—Entonces ¿eres... eres mi...?

—Hija. Sí.

Olivia dio un paso incierto hacia Kyra. Alargó una mano. Después se lo pensó mejor y la dejó caer.

—¿Estás bien, Kyra? —preguntó.

Kyra sonrió, con una sonrisa tan apabullantemente parecida a la de su madre que Matt se preguntó cómo no se había fijado antes.

—Estoy bien —dijo.

—¿Eres feliz?

—Sí, soy feliz.

Olivia no dijo nada. Kyra se acercó un paso más.

—Estoy bien, de verdad.

Y entonces Olivia se echó a llorar.

Matt apartó la mirada. Aquello no tenía que ver con él. Oyó los sollozos y los ruiditos tranquilizadores de dos personas que intentan consolarse. Pensó en la distancia, en el dolor, la prisión, los malos tratos, los años, y lo que decía Olivia, que valía la pena esforzarse por llevar una vida sencilla.



## EPÍLOGO

Te llamas Matt Hunter.

Ha pasado un año.

Lance Banner se ha disculpado contigo. Durante meses ha mantenido la distancia, pero un día, en una barbacoa en el barrio, te pide que seas su ayudante de entrenador de baloncesto. Tu sobrino, Paul, te recuerda Lance con una palmada en la espalda, también está en el equipo. ¿Qué dices?

Dices que sí.

Al final te compras la casa de Livingston. Ahora trabajas allí, como asesor en temas legales para Carter Sturgis. Ike Kier es con diferencia tu mejor cliente. Te paga bien.

Se han retirado todos los cargos contra Cingle Shaker. Cingle ha abierto su propia agencia de investigación privada llamada Cingle Service. Ike Kier y Carter Sturgis le encargan todos sus casos. Hay tres investigadores que trabajan para ella.

Marsha, tu cuñada, sale en serio con Ed Essey. Ed trabaja en la construcción, no sabes muy bien en qué. Quieren casarse pronto. Parece simpático, el tal Ed. Intentas que te guste, pero no puedes. Pero él quiere a Marsha. Y cuidará de ella. Probablemente será el único padre que Paul y Ethan recuerden. Son demasiado pequeños para acordarse de Bernie. Tal vez sea así como debe ser, pero no lo soportas. Siempre intentarás ser una presencia en su vida, pero te convertirás simplemente en un tío. Paul y Ethan acudirán primero a Ed.

La última vez que estuviste en su casa, buscaste la foto de Bernie en la nevera. Seguía allí, pero debajo de fotografías más recientes y tarjetas y dibujos.

No vuelves a saber nada de Sonya o de Clark McGrath.

Stephen, su hijo, te visita de vez en cuando. No tanto como antes. Y a veces incluso te alegras de verle.

Después de cerrar el trato de la casa nueva, Loren Muse viene a verte. Los dos os sentáis en el jardín con un par de cervezas Corona.



—De vuelta en Livingston — dice.

—Sí.

—¿Estás contento?

—Las ciudades no te hacen feliz, Loren.

Ella asiente.

Todavía hay algo pendiente.

—¿Qué le pasará a Olivia? —preguntas.

Loren mete la mano en el bolsillo y saca un sobre.

—Nada.

—¿Qué es eso?

—Una carta de la hermana Mary Rose, antes Emma Lemay. La madre Katherine me la dio.

Te sientas. Loren te da la carta. Te pones a leer.

—Emma Lemay se atribuye toda la culpa —dice Loren—. Ella y sólo ella mató a Clyde Rangor, ocultó su cadáver y mintió a las autoridades sobre la identidad de la víctima. Afirma que Candace Potter no sabía nada de eso. Hay más, pero esto es lo esencial.

—¿Crees que será suficiente?

Loren se encoge de hombros.

—¿Quién puede decir lo contrario?

—Gracias —dices.

Loren asiente. Deja la cerveza y se incorpora.

—Veamos, ¿quieres hablar de esos registros telefónicos, Matt?

—No.

—¿Crees que no sé con quién habló Darrow en Westport, Connecticut?

—Da igual. No puedes demostrar nada.

—Eso no lo sabes. Seguramente McGrath le mandó dinero. Podríamos localizarlo.

—Déjalo, Loren.

—Desear venganza no es una defensa.

—Déjalo.



Ella vuelve a tomar la cerveza.

—No necesito tu permiso.

—Es verdad.

Loren mira hacia otro lado.

—Si Kyra le hubiera contado la verdad a Olivia de buen principio...

—Probablemente estarían todas muertas.

—¿Por qué dices eso?

—La llamada de Emma Lemay. Le dijo a Kyra que no hablara. Y creo que tenía una buena razón.

—¿Qué es?

—Creo que Emma, la hermana Mary Rose, sabía que se estaban acercando.

—¿Crees que Lemay pagó por todas ellas?

Te encoges de hombros. Te preguntas cómo localizaron a Lemay y sólo a Lemay. Te preguntas por qué Lemay, si sospechaba algo, no huyó. Te preguntas por qué resistió la tortura y no delató a Olivia. Quizá Lemay pensó que un último sacrificio le pondría fin. Ella no sabía que habían colgado algo sobre la adopción. Probablemente creía que ella era el único vínculo. Y si se rompía para siempre ese vínculo, sobre todo por la fuerza, no habría forma de localizar a Olivia.

Pero nunca se está seguro.

Loren vuelve a ensimismarse.

—Otra vez en Livingston — dice.

Los dos meneáis la cabeza. Los dos bebéis.

A lo largo de los años Loren te visita de vez en cuando. Si el tiempo acompaña, os sentáis afuera.

El sol está alto ese día, un año después. Loren y tú estáis echados en tumbonas. Los dos bebéis cervezas Sol. Loren te dice que son mejores que las Corona.

Tú das un sorbo y le das la razón.

Como siempre, Loren echa un vistazo, meneas la cabeza y dice su frase de siempre:

—Otra vez en Livingston.

Estáis en el jardín. Olivia, tu esposa, planta flores en un parterre. Benjamín, tu hijo, está en una colchoneta a su lado. Ben tiene tres meses. Hace ruiditos de alegría. Lo



*Harlan Coben*



*El inocente*

oyes desde el otro extremo del jardín. Kyra también está en el jardín, ayudando a su madre. Hace un año que vive con vosotros. Piensa quedarse hasta que se gradúe.

Y tú, Matt Hunter, los miras. A los tres. Olivia siente tus ojos en ella. Levanta la cabeza y sonrío. Kyra también. Tu hijo suelta otro gorgorito de alegría.

Sientes el pecho ligero.

—Sí —dices a Loren con una sonrisa tonta en la cara—. Otra vez en Livingston.



## AGRADECIMIENTOS

De nuevo, mi agradecimiento a Carole Baron, Mitch Hoffman, Lisa Johnson, Kara Welsh y todos los de Dutton, NAL, y Penguin Group (EE.UU.); a Jon Wood, Malcolm Edwards, Susan Lamb, Jane Wood, Juliet Ewers, Emma Noble, y a la banda de Orion, Aaron Priest y Lisa Erbach Vanee por las cosas de siempre.

Mi gratitud especial al senador Harry Reid de Nevada. Me enseña constantemente la belleza de su estado y sus habitantes, aunque, en aras de la narración, acabe dándoles mi propio toque.

El autor también desea agradecer a las siguientes personas su asesoramiento técnico: Christopher J. Christie, abogado de Estados Unidos para el estado de New Jersey; Paula T. Dow, fiscal del condado de Essex (NJ); Louie F. Alien, jefe de investigadores, oficina del fiscal del condado de Essex (NJ); Carolyn Murray, primera ayudante del fiscal del condado de Essex (NJ); Elkan Abramowitz, abogado extraordinario; David A. Gold, doctor en medicina, cirujano extraordinario; Linda Fairstein, extraordinaria en tantas cosas; Anne Armstrong Coben, doctora en medicina, directora médica de Covenant House Newark y simplemente extraordinaria; y por tercera y última vez, Steven Z. Miller, doctor en medicina, director de medicina pediátrica de urgencias, Children's Hospital of New York-Presbyterian. Me enseñaste mucho más que medicina, amigo mío. Te echaré de menos siempre.

*Fin*